

LAS TARDES  
DE LA  
GRANJA



S. CAJAL. MADRID.

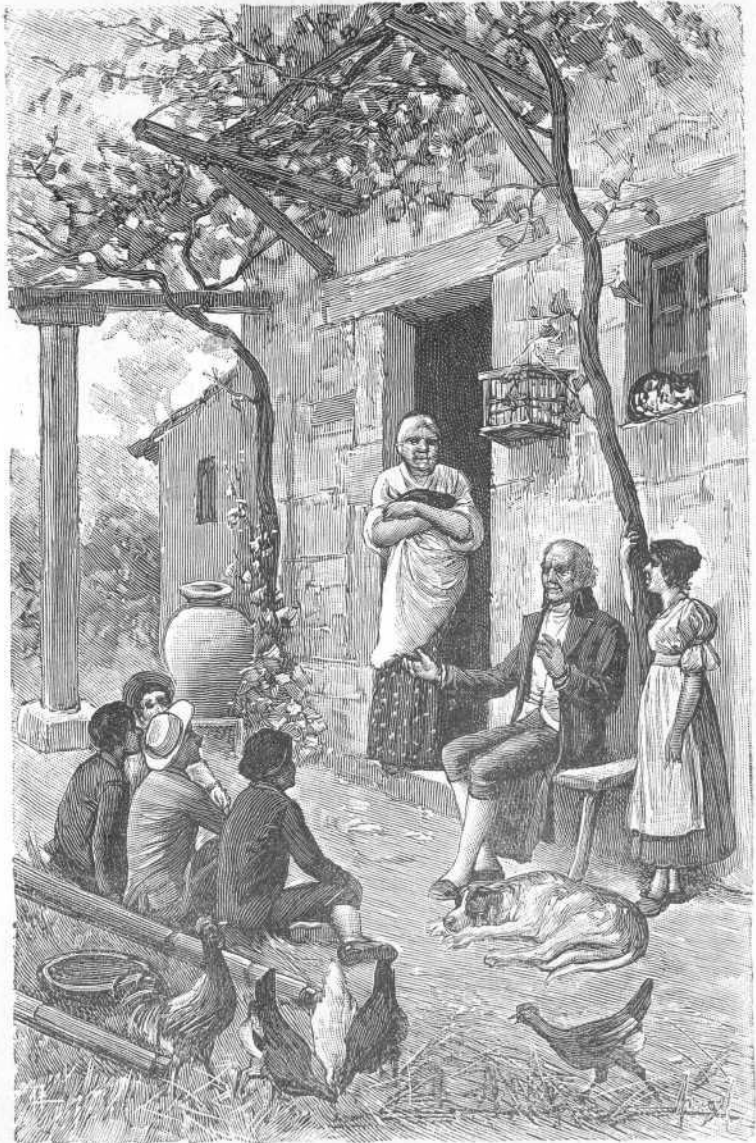
2277

BIBLIOTECA PERLA

---

XXV





PALEMÓN Y SU FAMILIA



R<sup>o</sup> 1164

Segu. 81025

# LAS TARDES DE LA GRANJA

Ó LAS LECCIONES  
≡ DEL PADRE ≡

— POR —

:: DUCRAY-DUMINIL ::

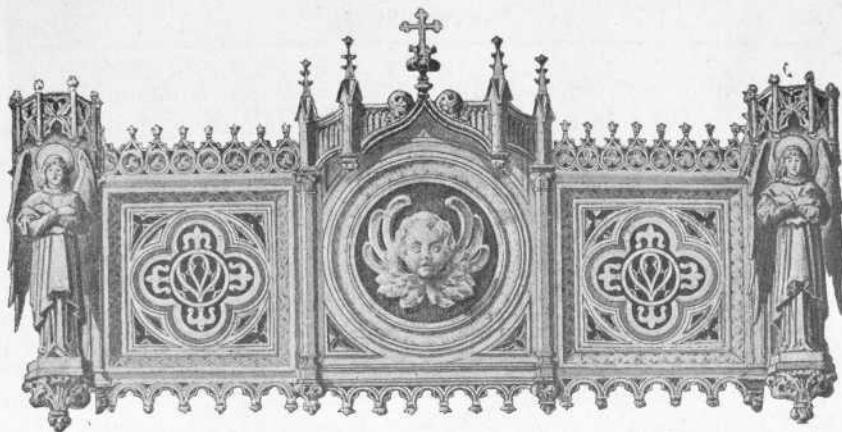
~~~~~  
Ilustradas con 54 dibujos originales de M. Ángel.  
~~~~~

QUINTA EDICIÓN



ES PROPIEDAD

Imp. de los Hijos de R. Alvarez.  
Ronda de Atocha, 15. — Madrid.



## INTRODUCCIÓN

---

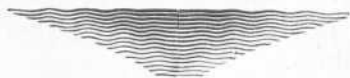
Palemón era un labrador honrado y de mediana posición, á quien una larga experiencia y las diferentes vicisitudes de su vida habían proporcionado un profundo conocimiento del corazón humano. En sus primeros años habíase dedicado al estudio de las ciencias filosóficas, en las cuales había adquirido conocimientos nada comunes, así como en el dibujo, música y lenguas extranjeras. El prematuro fallecimiento de sus padres, ocasionado por el sentimiento de la pérdida de su fortuna, había precisado á Palemón á dedicarse al cultivo de las pocas heredades que le quedaban; y no bastando esto para su alimento, no se había desdeñado en recibir un módico jornal por la ayuda que prestaba á sus vecinos.

Un inesperado socorro que la Providencia le deparó, reunido á su aplicación y laboriosidad y á la economía de la virtuosa mujer que le destinó su buena suerte, le permitieron aumentar considerablemente su hacienda y hacerse uno de los labradores más acomodados de la comarca. Pero habiendo fallecido su amada consorte dejándole cuatro hijos, quiso consolarse de tan

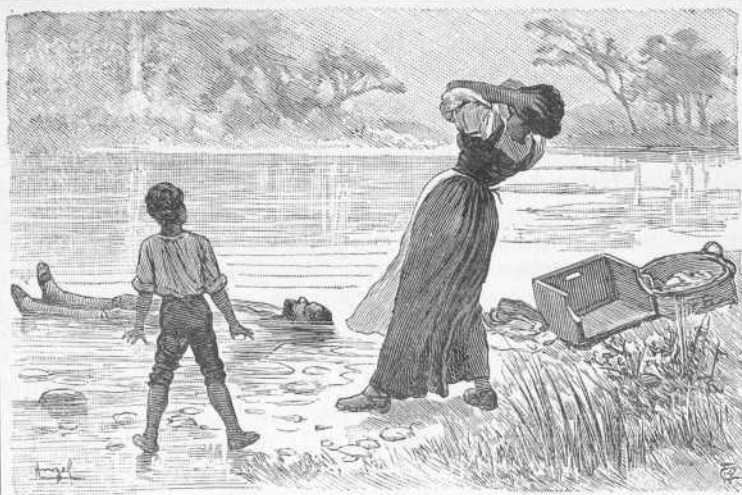
irreparable pérdida dedicándose á darles por sí mismo la educación moral más acomodada al porvenir que les deparaba la suerte. Sus dos hijos menores, Benito y León, habían vivido desde muy niños en compañía de una pariente que residía á alguna distancia de la aldea. Palemón los llamó á su lado, y para enseñar á todos que la primera de las virtudes es la caridad, recogió y llevó en su compañía á un niño huérfano desamparado, á quien adoptó por hijo.

Vivía Palemón en una granja á corta distancia del pueblo que le vió nacer, casa sencilla en cuyo extenso cercado se reunían cuantos encantos ofrece la Naturaleza y son apetecibles en la vida campestre. Marcela, la antigua ama de gobierno de Palemón, y algunos vecinos que le amaban por su benéfico corazón, se prestaron gustosos á representar los papeles que en aquella continuada comedia de la moral en acción quiso el virtuoso labrador destinarles.

Todas las tardes al ponerse el Sol se sentaba el anciano Palemón bajo el emparrado de su casita, y en derredor suyo tomaban asiento en el mullido césped sus cuatro hijos: Armando, de quince años; Adela, de catorce; Benito, de trece; León, de doce, y el huérfano Julio, también de trece años, que se había criado al lado de los dos primeros; y tanto teórica como prácticamente, el padre de familia se ocupaba en instruir á sus hijos, y los veía con satisfacción crecer en edad, en talento y en virtudes.







## TARDE PRIMERA

### EL TRABAJO

En vano el hombre se afana  
Por eludir el trabajo:  
Desde el más alto al más bajo,  
De mala ó de buena gana,  
Debe trabajar. ¿Se allana  
Y sufre alegre la pena?  
Del trabajo en la condena  
Su ventura labrará.  
¿Se resiste? Arrastrará  
Del esclavo la cadena.

Era una hermosa tarde de otoño, y ya el Sol se acercaba al término de su carrera: los labradores y suspendían sus tareas para entregarse al descanso necesario para recobrar sus fuerzas y emprender con nuevo vigor el trabajo al día siguiente. Esta era la hora que Palemón desde su primera edad había elegido para sus estudios, y la que posteriormente había adoptado para la instrucción de sus queridos educandos. Sentado en medio de ellos y al lado de la buena Marcela, asegurado de la atención de su auditorio, le dirige estas cariñosas palabras:

—Hijos míos, ¡qué gozo experimento en este instante por verme rodeado de vosotros! ¡Cuánto se complace mi alma en abra-

zaros á todos! Benito, León, la muerte os arrebató una bienhechora, que nunca debéis olvidar: por esta causa vais á vivir en adelante conmigo, con Armando, con Adela y con Julio, interesante huerfanito que he adoptado, y á quien en breve me parece que amaréis como á un nuevo hermano que os ha enviado la Naturaleza. Hijos y amigos míos, vivid siempre unidos; nunca turbe rivalidad alguna vuestro tierno y recíproco amor. Estáis viendo á Julio, á ignoráis las desgracias de este hijo adoptivo. Pues voy á referirlas: si la sensibilidad os arranca lágrimas, dejadlas correr libremente. Si la Naturaleza ha dado al hombre la facultad de derramar lágrimas, debe verterlas sobre las desventuras de sus semejantes.

Escuchadme atentamente, y de esta historia podréis inferir que todos los hombres han nacido para trabajar, y que el ocioso se causa á sí propio su desventura y la desgracia de toda su familia.

#### **Historia de Bernardo el holgazán.**

«Bernardo era un joven de esta comarca, á quien su padre había criado en la ociosidad; por lo cual, en vez de ayudarle en las faenas de la labranza quitándole de las manos el arado, que ya no podía manejar, pasaba los días enteros sentado descuidadamente en el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su habitación. No era Bernardo disipador, no era afecto á la embriaguez, ni aun frecuentaba sociedad alguna de las del pueblo: sólo la pereza le dominaba, y en tales términos, que á la hora del desayuno se le hallaba todavía muellemente reclinado en su lecho. Se levantaba cuando ya el Sol había corrido la mitad de su carrera. ¿Os reis? Pues me gustan, hijos míos, esas señales de desprecio que manifestáis respecto de la conducta tan indigna de un hombre, y más siendo labrador: ellas significan que despreciáis á Bernardo tanto como él se hizo despreciable á los ojos de todos sus conciudadanos. Su anciano padre no tenía bastante resolución ni autoridad para obligarle al trabajo. Cuando le hablaba, Bernardo no le atendía, y aun se propasaba á tratar al buen viejo con tanta dureza, que abrevió sus cansados días. Sí, hijos míos; aquel padre débil, con el sentimiento de haber dado la vida á un hombre inútil á sus semejantes (porque el perezoso ni aun para sí mismo es útil), enfermó, y murió una mañana sin tener el consuelo de ver á su hijo, porque todavía estaba durmiendo.

»Tan triste suceso mudó en parte el plan de vida del indolente Bernardo. Le fué preciso arreglar sus negocios, en lo cual tuvo poco que trabajar, porque todo estaba corriente. Su virtuoso padre le había dejado su quinta y algunas aranzadas de

tierra libres de toda deuda y obligación. Consideradle ya dueño de sí propio, y también casado, pues uno de sus vecinos, antiguo amigo de su padre, se empeñó en obligarle á que reflexionara sobre la necesidad del trabajo, dándole por esposa á una hija suya joven, modesta, económica y llena de mil gracias. Era de esperar que Bernardo abandonase la indolencia y se aplicara al trabajo para sostener su casa y familia. ¡Vana esperanza! Los vicios de la juventud rara vez se dejan en la edad madura. Bernardo era padre, era esposo, y veía tranquilamente desmejorarse la preciosa herencia de sus padres. La Naturaleza, que quiere que el hombre bañe con su sudor el pan que le sustenta, le negaba las producciones que solamente concede á los que fertilizan sus campos: se veía precisado á recurrir á sus vecinos para obtener de ellos la legumbre más simple y que exige menos cultivo.

»No podía Bernardo vivir de esta manera y desempeñar sus obligaciones. En vano su desgraciada esposa le reconvenía con dulzura y le exhortaba al trabajo. Bernardo maltrataba á su mujer y volaba á la taberna, donde se estaba bebiendo hasta la noche. Al cabo de algunos años este hombre despreciable se vió sumergido en un mar de deudas. Su suegro salió fiador y se arruinó. Contrajo Bernardo nuevos empeños, y la Justicia se apoderó de aquel campo, fértil en otro tiempo y tantas veces regado con el sudor de su padre; de los muebles que Bernardo había usado, sin atender á su conservación; y, en fin, de la quinta, antes tan hermosa, y entonces casi desmoronada por todas partes. Su desgraciada esposa, llevando de la mano á su hijo Julio, se vió precisada á abandonar el techo conyugal, y volvió á la casa paterna, maldiciendo mil veces al criminal esposo que ocasionó sus desgracias. ¿Os enterneceís, hijos míos? Pues esperad, y veréis cómo presento á vuestra vista un cuadro todavía más horroroso.

»No sobrellevó Bernardo este golpe terrible con su acostumbrada indolencia: apoderóse de su corazón el pesar, y prontamente éste cedió lugar á la desesperación.

»Una tarde su pobre esposa, que casi no le veía, estaba á la orilla del río lavando su ropa y la de su hijo Julio: éste jugaba á poca distancia de su madre; pero la desventurada se deshacía en lágrimas pensando en su triste situación y suplicaba al Cielo que pusiera término á sus males. Mas ¡ay! el Cielo la había escuchado. De repente se agitaron las ondas, y arrojaron á la playa junto á la afligida esposa un objeto que al pronto no pudo distinguir. Se acercó y vió un cadáver. ¡Un cadáver! ¡Oh, Cielos, qué funesto presentimiento! Se aproximó más, lo examinó, reconoció á Bernardo, y cayó sin sentido. ¡Considerad el espanto del inocente Julio! Llamó con dolorosas voces á su madre, se

arrojó sobre su padre, á quien quería reanimar con el calor de sus besos..., hasta que, al fin, sus penetrantes gritos fueron oídos por algunos pasajeros.

»Llegaron varias personas, que trasladaron á otra parte el desfigurado cuerpo del suicida Bernardo; llevaron también á su desmayada esposa á casa de su padre, donde la infeliz sólo recobró la vida para dar á luz un niño, que murió pocas horas después sobre el seno de su madre, la cual no pudo sobrevivir á tantas penas, y exhaló el último suspiro entre los brazos de su padre; de su padre, desesperado, anciano, enfermo, sin apoyo, sin recursos, que aún llora el haber perdido por su imprudencia una hija virtuosa y adorada.

»Julio, el inocente Julio, quedó huérfano. Yo le adopté, hijos míos: vedle ahí; en vuestros brazos le tenéis. ¡Oh! ¡Acariciad á esta tierna criatura, y tened siempre presente el ejemplo de su padre, para que améis el trabajo y evitéis los males que son indispensable consecuencia de una vida ociosa, inútil y pesada para los mismos que la siguen y para la sociedad!»

Había Palemón acabado su historia, y todos los muchachos estaban en pie abrazando estrechamente á Julio: lloraba éste, y también sus hermanos adoptivos le inundaban en lágrimas de ternura. Los sucesos de Bernardo los habían interesado tanto, que todos se propusieron no perder nunca de vista su ejemplo, para arreglar su conducta y hacerse dignos de las lecciones de su respetable padre.

El resto de la tarde se dedicó á manifestar la necesidad del trabajo y la felicidad que disfruta un hombre honrado cuando llena todas sus obligaciones. Palemón había elegido con cuidado una víspera de fiesta, á fin de ofrecer á sus hijos una viva imagen de la actividad y de las ventajas que de ella resultan. Vamos á ver cómo se manejó para conseguirlo.

Estaba ocupado en explicar á su joven auditorio que el hombre en todas las clases ha nacido para trabajar, que todos trabajan en una sociedad bien organizada, y que de la aplicación han nacido las artes, su perfección y el adelantamiento en todas las materias, cuando se presentó una cuadrilla de jornaleros cubiertos de polvo y de sudor y cargados de instrumentos de agricultura.

—¡Hola! ¿Estáis aquí, mis buenos amigos?—les dijo Palemón levantándose.—Habéis hecho muy bien en venir. Sentáos, que vendréis fatigados. Esperad un instante, que muy luego volveré á pagaros vuestra semana.

En seguida se dirigió á su granja para tomar el dinero necesario. Entretanto sus hijos examinaron atentamente á los buenos jornaleros que estaban delante de ellos sentados sobre la hierba. Benito y León particularmente, para los cuales era en-

teramente nuevo aquel espectáculo, no se cansaban de mirar los rostros tostados por el Sol, los nervudos brazos y el aire alegre de aquellos hombres laboriosos. Pensaron en las lecciones que acababa de darles su padre sobre el amor al trabajo, y desearon con ansia poder ser tan útiles como aquellas buenas gentes, disfrutar la salud y la paz interior de que gozaban.

No tardó en volver Palemón acompañado de Marcela, la cual llevaba un buen jarro lleno de vino y una taza, en la cual dió de beber á todos los peones. El mismo Palemón no se desdijó de brindar á su salud; y aquel cuadro de bondad y sencillez enterneció á los muchachos, que apenas se atrevían á respirar por no perder nada de tan agradable escena.

Cuando los jornaleros hubieron satisfecho su sed, se sentó Palemón y pagó á cada uno su salario, pues todos trabajaban en sus heredades y le amaban á porfía.—«Toma, Santiago, dijo á uno; esto es lo que te pertenece. Es un verdadero placer el ver á un hombre honrado como tú ganar dinero y saber emplearlo, pues me consta que socorres al pobre carretero que está herido. ¿Te avergüenzas, amigo mío? ¡Vaya, no hablemos más de ello!

»Tú, Pedro, ¿cómo tienes á tu mujer y á tus cuatro hijos? Serán muy buenos trabajadores si se parecen á su padre.

»Jorge, tengo que hacerte algunas advertencias. Siento mucho que quieras abreviar tu vida. Sé que después de haber trabajado para mí todo el día vas á trabajar una parte de la noche en el molino de Tomás. Eso me parece demasiado: es verdad que, además de tu mujer y de tus hijos, tienes que alimentar á tu anciano padre, los cuales por tu actividad disfrutan de una regular comodidad; pero temo que con el exceso del trabajo se debilite tu salud.

»A propósito, Felipe: dicen que vas á comprar la casa y el cercado de Guillermo, tu vecino. Preciso es, buen Felipe, que hayas trabajado y economizado mucho para poder proporcionarte un albergue seguro en tu vejez. ¡Muy bien, amigo mío, muy bien! ¡Oh; los hombres laboriosos nunca carecen de ocupación ni de lo necesario á su vida: sólo los perezosos se confunden en la indigencia y se arrebatan á cometer el crimen!»

Así elogiaba Palemón á sus obreros, proporcionando las alabanzas al mérito. Todos le dieron las gracias, y se retiraron después de haberle prometido, como tenían por costumbre, madrugarse mucho el primer día de labor, para servirle con toda diligencia y exactitud.

Luego que se fueron tuvo el anciano la satisfacción de ver que el cuadro de la actividad recompensada que acababa de presentar á sus hijos producía todo el efecto que se había prometido. Vió brillar en sus ojos el deseo que tenían de hacerse un día amables á la sociedad en fuerza de útiles ocupaciones y de una actividad sin límites. Todos le prometieron aprovecharse de las

lecciones que les daba, y no olvidar por las artes agradables los oficios honrados y estimables que les enseñaba. Uno aprendería el de carpintero, otro, el de cerrajero, otro se dedicaría á la arquitectura y otro se ocuparía en la agricultura. En cuanto á la joven Adela, quería su padre que los cuidados domésticos y los trabajos de su sexo fueran su única ocupación, persuadido de que una buena madre de familia es tan recomendable como el artista ó el oficial que trabaja fuera de casa para atender á sus obligaciones y proporcionar recursos á los que de él dependen.

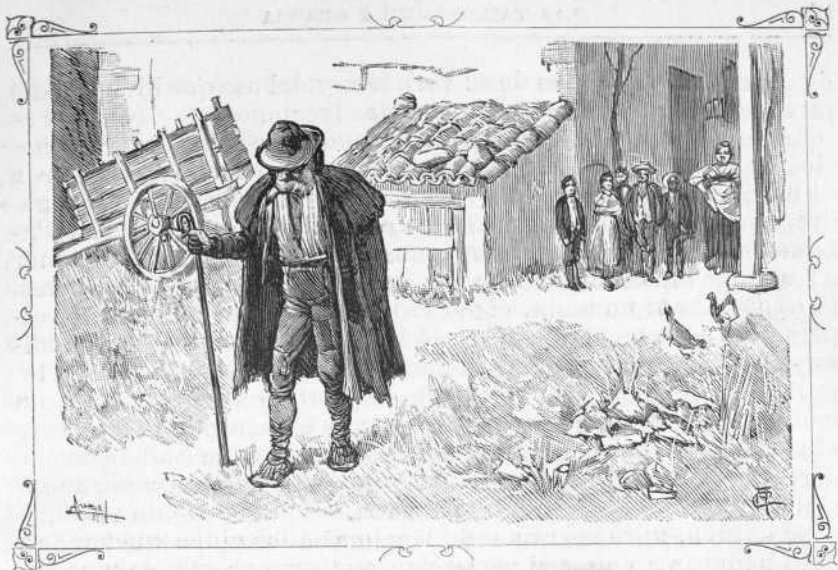
Así se pasó aquella tarde, consagrada á las lecciones y al ejemplo del trabajo.

Palemón se había propuesto instruir á sus hijos con ejemplos y lecciones prácticas, contando con que por este medio conseguiría mejor la perfecta y sólida educación de sus tiernos discípulos, que no con sólo lecciones teóricas y puramente clásicas. Continuemos para ver el sazoadísimo fruto de sus trabajos.

Virtuosos padres y madres que amáis á vuestros hijos, á esos dones preciosos de la Naturaleza, que son vuestra esperanza y la de vuestra patria: venid á casa del anciano Palemón; entrad conmigo en su granja, sencilla, pero cómoda, á pasar con este respetable hombre todas las tardes que ha de consagrar á la formación de hombres y ciudadanos. Este cuadro es digno de vuestra atención: él inflama y exalta mi imaginación; y si no os ofrezco un plan completamente ordenado de educación, á lo menos os presentaré algunos rasgos morales que podrán ser provechosos á vuestros hijos y domésticos.

Cuantos esfuerzos, cuantos sacrificios hiciereis quedarán ampliamente recompensados si lográis inspirar en el corazón de vuestros hijos el amor á la virtud. Presentadles con claridad todos sus atractivos, para que por sí mismos la busquen y la sigan como el único recurso que ha de facilitarles la paz del alma, única felicidad que puede disfrutarse en la Tierra.





## TARDE II

---

### LA BENEFICENCIA

Al pobre tiende la mano  
Si tu caridad implora,  
Y al desgraciado que llora  
No desprecies inhumano:  
Es tu prójimo, es tu hermano.  
Ya prudente, ya importuno,  
No le despidas ayuno,  
Porque es del Dios heredero,  
De quien tú eres tesorero,  
Y te da ciento por uno.

El día siguiente era festivo. Palemón y sus hijos le dedicaron á los actos religiosos propios de semejantes días, y el tiempo sobrante, á esos juegos juveniles que excitan la alegría y hacen desarrollar las fuerzas y la agilidad. Proponíase el buen anciano acostumbrarlos al uso del dinero; pero quería que lo empleasen dignamente. Su laboriosidad, sus buenas acciones eran siempre premiadas con algunas monedas. No temía en cuanto á su inversión, porque el sitio en que vivían nada ofrecía que pudiera lisonjear sus deseos, y quería evitar que suspirasen anticipadamente por la posesión de una cosa que tantos afanes y cuidados debía costarles en adelante. Por otra parte, vigilaba muy

de cerca á las prendas de su corazón, y del uso que hicieran del metálico se proponía sacar utilísimas lecciones.

La mañana del lunes se había pasado en los ejercicios ordinarios de los muchachos, y á la caída de la tarde todos acudieron al bosquecillo á fin de aprovecharse de las lecciones de su padre, que tanto los interesaban. Ya estaban todos sentados, y Palemón no llegaba: Marcela ocupaba su lugar, y quiso entretener á los muchachos con uno de sus insípidos cuentos; pero apenas la escuchaban: no tenía, como Palemón, el arte de inspirar respeto y fijar la atención. Principió Marcela á reparar que su auditorio bostezaba á menudo, cuando de repente se presentó un viejo lleno de andrajos y encorvado bajo el peso de sus años: un báculo sostenía sus pasos vacilantes; la blanca barba le cubría el pecho; sus pies desnudos vertían sangre que le habían hecho derramar las agudas piedras que pisó en el camino: todo anunciaba en él la miseria más extremada.

Se detuvo, miró derramando lágrimas á los cinco muchachos, que quedaron atónitos al verle, y no pudieron pronunciar una palabra.—¿Qué es esto?—exclamó la anciana Marcela.—¿Qué queréis? ¿Por dónde habéis entrado?—La puerta del cercado no estaba cerrada—respondió el viejo,—y me he tomado la libertad de entrar hasta aquí.—¡Pues no es mal atrevimiento! ¡Ya se ve! ¡Es verdad! ¡Como yo estaba ocupada! ¡Vaya, vaya: me ha causado miedo! Pero al fin ¿hablaréis? ¿Qué es lo que se os ofrece?—Vengo á implorar vuestra compasión para con un desdichado viejo y enfermo, que se ve precisado á mendigar el sustento.—¡Un mendigo! A la verdad que no nos faltan aquí: éste es el sexto de los que hoy han acudido. ¡No se ve otra gente! ¡Idos, amigo, idos; tengo pobres de obligación!—¿Conque vuestras limosnas no se dirigen sino á algunos infelices privilegiados? ¿Conque todos los desgraciados no son vuestros hermanos?—¡Hermanos míos! ¿Qué queréis decir con eso? Yo tenía dos hermanos, bellos mozos, otro tanto más altos que yo: los dos murieron en el ejército, y los lloraré toda mi vida. ¡Vaya, vaya; retiráos, que yo tengo mil cosas á qué atender! ¿Apostamos á que no quiere irse?

La vieja iba á empujarle áasperamente hacia la puerta, cuando el joven Armando se levantó y le suplicó que tuviera más humanidad.—Nuestro padre—dijo—nos ha enseñado á respetar los harapos de la miseria, y no permitiremos que tratéis con tanta dureza á este venerable anciano.—¡No, no!—exclamaron todos los niños cogiendo del brazo al mendigo y obligándole á sentarse en medio de ellos.—¡Virtuosos niños—les dijo éste;—compasivas criaturas, el Cielo os bendecirá! ¡Tendréis una dichosa ancianidad, pues sabéis respetarla!—¡Bueno!—replicó la vieja.—¡Os dirá la buenaventura! ¡Despedid á ese vagabundo! ¡Si habéis de



recibir á todos de esta manera, no os faltarán ocasiones: yo os lo aseguro!

Los niños estrecharon al anciano entre sus brazos y le suplicaron que perdonara las amargas expresiones de Marcela, á tiempo que él fijaba en ella la vista y exclamaba: —¿No me engaño? ¿Sois vos, Marcela?— Sí, yo soy; pero no os conozco. —¿No reconocéis ni os acordáis de Pedro Lebón, un antiguo jornalero de vuestro amo Palemón?— ¡Ah! ¡Eres tú! ¡Qué desconocido estás! Pero ¿cómo te atreves á presentarte aquí, después del indigno modo con que has procedido respecto del hombre más honrado? Yo te aconsejo que te retires antes que vuelva mi amo, porque si te hallase aquí... — ¡Ya voy, ya voy á evitar su presencia! ¡Gran Dios! ¿Conque todavía está irritado conmigo? Voy á retirarme; pero antes hacedme el favor de oír mi justificación. —¿Tú justificarte? ¡Mucho lo dudo! —Dejadle hablar—dijo la joven Adela. — Este buen viejo puede ser inocente, y su aspecto respetable así lo anuncia: ¿no es verdad, hermanos míos? — ¡No, no—exclamaron todos; — no es culpable! ¡Hablad, buen hombre; explicáos!

Marcela murmuró entre dientes; pero por fin se sentó, y el mendigo comenzó de este modo una relación que hizo prorrumpir en llanto á los muchachos:

— Mis sucesos, niños compasivos, acaso me harán odioso á vuestros ojos: sin duda vais á aborrecerme, y á convenir en que, si soy desdichado, he merecido serlo; pero ¡cuántas lágrimas me ha hecho derramar esta falta irreparable! ¡Ah! ¡El Cielo aumente en vuestro corazón el deseo de ser buenos y útiles á vuestros semejantes! Las almas tiernas hacen su felicidad contribuyendo á la de los desgraciados á quienes socorren.

### Aventuras del viejo mendigo.

Me llamo Pedro Lebón: mi padre fué labrador de esta comarca en otro tiempo, y tenía un hermano que á los veinte años sentó plaza y dejó para siempre la casa de sus padres. El mío recibía de cuando en cuando noticias de su hermano, á quien amaba sobremanera. Le escribía muchas veces rogándole que volviese á sus hogares y á compartir las comodidades que disfrutaba: mi tío se resistió siempre á estas súplicas, porque amaba la carrera militar, y decía que estaba resuelto á morir bajo los estandartes del honor. Esta obstinación de mi tío Santiago Lebón afligía á mi padre, el cual decía que no deseaba sino que su hermano fuese á cerrarle los ojos en su última hora. Por fin un día recibió una carta (¡y fué la última!) de tan querido hermano: mi padre nos la leyó vertiendo lágrimas. Siempre la tendré presente: estaba, poco más ó menos, concebida en estos términos:

«Voy á participarte una noticia que seguramente te affigirá, »querido hermano mío, porque se opone á los proyectos que has »formado para nuestra reunión: el Cielo lo ha dispuesto de otro »modo. Sabe que un rico comerciante muy amigo mío me lleva »consigo á la América, donde, según dice, quiere que yo haga »una fortuna considerable. Por tí, amado hermano, y por tus »hijos me determino á correr los peligros de la navegación, y »mañana me embarco. ¡Dios vaya conmigo! Si la suerte me es »adversa, volveré á vivir contigo y aceptaré tus generosos »ofrecimientos: por el contrario, si hago fortuna, te traeré las »riquezas que acumule; y si la muerte me sorprendiera en me- »dio de mis trabajos, encargaré á persona segura que te entre- »gue mis bienes, ó á tu hijo Pedro, si el Cielo dispone de tus »días. Conserva esta carta para que te sirva en todo tiempo y »lugar; ruega por la felicidad de un hermano, acaso impruden- »te, pero lleno de ternura para contigo. Adiós; deséame un viaje »feliz. Te escribiré cuando pueda. Adiós. Abraza por mí á tu es- »posa, á mi sobrino y á todos nuestros amigos.—*Santiago Lebón.*»

Esta carta causó tal impresión en mi padre, que enfermó, y murió pocos días después. ¡Ejemplo admirable del amor fraternal, tú parecerás, sin duda, fabuloso y exagerado á los corazones insensibles; pero serás muy dulce para los que conocen la verdadera amistad y alientan sentimientos nobles! Niños, vosotros sois hermanos. Amaos mucho; el lazo de la fraternidad es tan dulce como el que une á los padres con los hijos.

Había muerto mi padre; y mi madre, más anciana aún, me parecía demasiado afectada por su muerte para no temer en ella igual desgracia. Mi hermano menor acababa de entrar en la milicia por haberle tocado la suerte, y era preciso que se alejara de nosotros. Todas las desventuras reunidas apuraban nuestro sufrimiento. Tomé el partido de trabajar para sostener á una triste viuda que acababa de perder su apoyo; porque, á excepción de la granja que habitábamos, y era nuestra, el poco dinero que mi padre había empleado consistía en rentas vitalicias, y con él lo perdimos todo.

Entonces fué cuando el virtuoso Palemón me alargó su mano benéfica. Me ocupó en su casa, y gané para sostenerme en compañía de mi madre, á la cual tuve el pesar de ver morir entre mis brazos al cabo de seis años. La quinta fué vendida para satisfacer algunas deudas atrasadas, y como era la única finca que poseía, no me quedó más que el esfuerzo de mis brazos. Mi hermano había muerto en campaña, y yo me encontraba absolutamente solo.

La desgracia agrió mi carácter: debo decirlo, amables niños, para mi justificación. Me había hecho áspero, taciturno, intratable y aun egoísta: aborrecía á los hombres; y á excepción de

vuestro padre, á quien quería y respetaba, todos los demás me parecían viciosos, traidores y dispuestos á ligarme más y más con la cadena del infortunio que me agobiaba. Sólo Palemón, joven entonces, pero bueno, sensible y generoso, me había colmado de beneficios: él era el único hombre exceptuado de la aversión con que miraba á los demás.

Más de veinte años después de la muerte de mi padre tuve cierto día que hacer un corto viaje á cuatro leguas de aquí para visitar á un amigo á quien no había visto en mucho tiempo. Pasamos el día juntos, y al declinar la tarde, después de haber dado un gran paseo, entramos en una hostería á merendar, con el fin de que yo me retirase temprano; pero... ¿lo confesaré?... los vapores del vino no tardaron en calentar mi cerebro, y no pensé en dejar aquel sitio, que me era tan agradable.

Un hombre de mediana edad y de porte decente que ocupaba una mesa inmediata á la nuestra, miró el reloj, se levantó de repente y preguntó si había mucho camino desde allí hasta el pueblo donde residía Palemón.—Cuatro leguas—le respondí con aspereza.—¿Cuatro leguas? ¿Estáis bien seguro?—¿Seguro? ¿No he de estarlo, si vivo yo allí?—¿Allí? ¿Y vais á marcharos pronto?—Dentro de un rato: no tengo prisa. Pero ¿á qué viene esa pregunta?—Perdonad; no conozco bien el camino: me han dicho que hay que atravesar un bosque peligroso, y como es tarde...—¿Tenéis miedo?—A la verdad...—Pues yo no lo tengo, y atravesaría el bosque á cualquiera hora de la noche. — Si hicierais el favor de acompañarme, me prestaríais un servicio, y mayor aún á cierta persona... Un beneficio nunca se pierde: contad con mi agradecimiento. — ¡He aquí una proposición bien particular!—le dije con mi aspereza acostumbrada.—¿Soy por ventura postillón? Si tenéis miedo, yo no; y gusto muy poco de acompañarme con cobardes.

A esta necedad añadí otras muchas. El extranjero volvió nuevamente á instarme; pero viendo que yo llevaba hasta el extremo la grosería, tomó su bastón y su sombrero y salió disgustado, diciendo á media voz que el Cielo no permitiría que le sucediera desgracia alguna y favorecería la buena acción que iba á ejecutar.

Había trascurrido un cuarto de hora cuando advertí que un joven que había escuchado atentamente al desconocido salió precipitadamente con cierto aire de inquietud. Aquel miserable, si era aún más descortés que yo, á lo menos tenía mayor penetración, como lo conoceréis bien pronto.

Pasé con mi amigo una gran parte de la noche, y á cosa de las once tomé el camino de mi pueblo. La oscuridad no me permitió distinguir los objetos que se me presentaban; pero aunque estaba atolondrado, atravesé el bosque presurosamente,

con cierta angustia que parecía oprimir mi corazón, funesto presentimiento de la desgracia que allí acababa de sucederme. Llegué á mi casa y me acosté; pero mil sueños melancólicos agitaron mi fantasía. El desconocido, en quien no habia pensado después de su partida, se presentó á mis ojos: parecía que me llamaba, me echaba en cara mi inhumanidad, y me decía que pronto encontraría el castigo de mi dureza. Fatigado por estas visiones, que á la mañana siguiente atribuí al festín de la víspera, tomé mis aperos y fui á casa de Palemón. Le pregunté si habia visto á un extranjero que le buscaba y cuyas señas le di; y respondiéndome que no, olvidé este asunto y me puse á trabajar.

Pero apenas principié mi tarea, cuando se presentó un oficial de Justicia y me preguntó si me llamaba *Pedro Lebón*.—Si—le respondí.—Pues es preciso que vengáis conmigo.—¿Adónde?—A la aldea inmediata, donde preguntan por vos.—¿Quién?—Un desconocido que hemos encontrado esta mañana moribundo en el bosque, y ahora está en el hospital.—¡Un desconocido moribundo en un hospital! ¡Oh, Cielos!

Arrojé mis aperos y seguí á aquel hombre, que me llevó á la grupa de su caballo. Consideradme caminando con el corazón oprimido y abismado en un mar de dudas y recelos. El desconocido moribundo me recordaba el extranjero á quien no quise acompañar.—Ese extranjero—pensaba yo—¿es mi perseguidor? El es, sin duda, el que ha sufrido esta desgracia y pregunta por mí; pero ¿de qué me conoce, quién le ha dicho mi nombre? Si mal no recuerdo, no me di á conocer en su presencia. Pero tenía asuntos con Palemón, venía á su casa, y acaso le habrán dado señas de mí. ¡Oh, Dios; qué incertidumbre tan cruel!

Pregunté al que me guiaba, y no pudo satisfacerme. En fin, agitado de dudas llegué al hospital, me acerqué al lecho del moribundo y reconocí á mi extranjero. Acababan de curarle las heridas. Me miró, me reconoció, y con lánguida voz me dijo:—¿Sois vos Pedro Lebón?—Si—le respondí timidamente.—¿Vos, hombre bárbaro y grosero, sois Pedro Lebón? ¡Cielos, qué fatalidad! ¿No sois el que ayer me negó su compañía para atravesar el bosque? Pues yo os aseguro que quedaréis más castigado que yo: yo muero sin disgusto, y vos viviréis con el remordimiento de haberme dejado asesinar, y con el pesar de perder la herencia de un tío... de un tío. ¡Leed esa carta, desventurado!

El extranjero me entregó una carta. La abrí precipitadamente y leí lo que sigue: «Estoy en mis postreras horas, amado sobrino; pero antes de exhalar mi espíritu encargo á mi antiguo amigo Felipe que te lleve las muchas riquezas que he acumulado durante mi residencia en las Colonias: ésta es la promesa que en otro tiempo hice á tu pobre padre, y de la cual me des-

- » empeño en el día. Haz buen uso de tu fortuna, y que te sirva  
» para aliviar á los desdichados.  
» Adiós. Nunca olvides á un tío que te llena de beneficios, y  
» mira como otro yo al amigo que te entregará esta carta.—*San-*  
» *tiago Lebón.*»

El espanto me dejó in móvil, y el extranjero prosiguió: — Guardad bien esa carta de un tío que os amaba: ése es el único bien que os queda de su herencia. En cuanto á una cartera llena de letras de cambio que os traía, la habéis perdido por vuestra falta. Ayer por la noche no quisisteis guiar mis pasos inciertos por el peligroso bosque. Un fatal presentimiento me lo hacía temible. Apenas entré en su espesura, cuando se me presentó un hombre á quien había visto en la hostería de que os hablé: se me acercó con afabilidad, y me suplicó que le permitiera ir en mi compañía. Aunque me inspiraba desconfianza, no pude menos de tratarle con atención. En lo más espeso del bosque, el malvado me disparó un pistoletazo, me robó y me dejó bañado en mi sangre. Esta mañana me han traído aquí, donde hallaré una muerte que me será dulce, pues me reunirá con mi amado Lebón, el único amigo que me hacía la vida soportable. Yo sólo quería cumplir su última voluntad; para eso me dirigía á casa de Palemón, pues me habían informado que os hallaría en ella. Os hubiera entregado todo cuanto me confió como fiel depositario; pero vos habéis causado vuestra desgracia y la mía. ¡Imprudente! ¡Vuestro corazón me mata y os arruina!

Calló el desventurado, y yo, oprimido por el peso del remordimiento y de la confusión, bañaba su lecho con mis lágrimas, cuando me arrancaron de aquel sitio para ver si el enfermo descansaba un rato. ¡Ay! Aquel descanso fué eterno: la noche de aquel mismo día supe que había fallecido, acusándome de su muerte.

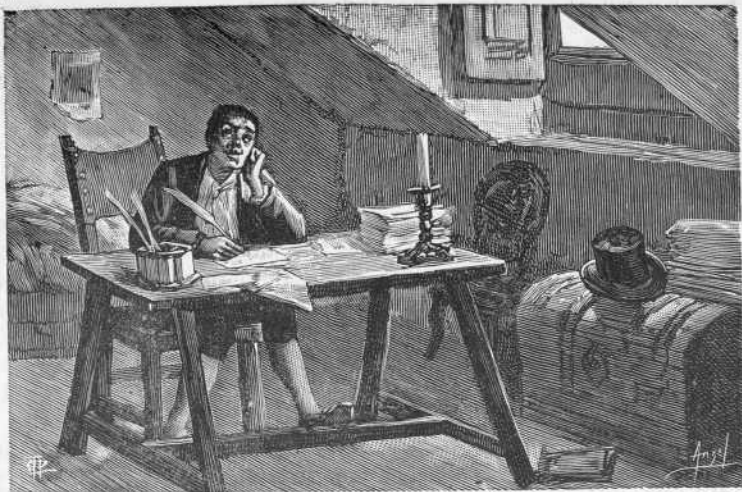
No os pintaré, amables niños, el exceso de mi dolor: todavía me despedaza el corazón tan trágico suceso. Tenía muy presente la fisonomía del malvado asesino de Felipe, quien antes de expirar me aseguró que aquel infame le dijo en el camino que pensaba marchar al otro día á París, y me determiné á buscarle en esta gran ciudad. Pero aunque busqué por muchas partes al que me arrebatava la fortuna, todo fué en vano. El monstruo acaso goza de ella en algún país remoto. En fin, después de haberme dedicado á varios oficios, me hallé á un tiempo cercado por la vejez y la miseria, y precisado á mendigar el sustento para expiar una falta, un solo defecto. Ya me veis, queridos míos: los andrajos de que voy cubierto no me defienden del remordimiento que atormenta mi corazón; y me parece que el Cielo inspira á cada persona cuya piedad imploro que debo ser tratado con dureza, pues soy desventurado por mi culpa, por no haber cumplido con las obligaciones de la beneficencia.

Apenas el mendigo acabó su historia, tan interesante para los hijos de Palemón, cuando éstos se levantaron derramando algunas lágrimas; y recogiendo de sus bolsillos cuanto el día anterior les había dado su padre, suplicaron al pobre anciano que lo aceptase. Este, después de una cortés resistencia, lo tomó; bendijo cien veces á las virtuosas criaturas que compadecían sus infortunios, y se retiró, encargándoles que nunca olvidasen que la beneficencia es la primera de las virtudes, que es un vínculo sagrado de la sociedad, y que los buenos corazones que la ejercen son imágenes de Dios en la Tierra.

Los muchachos quedaron conmovidos largo tiempo después de su partida.

A poco rato se presentó su buen padre, su digno maestro, el cual, por una casualidad que les pareció muy extraña, no les habló en toda la tarde sino de que el poderoso debe socorrer al indigente, y del placer que se disfruta dando limosna á los pobres ancianos que carecen de medios para atender á su manutención. Los muchachos, atónitos, creyeron desde luego que Palemón sabía lo que acababa de suceder; pero éste nada les dijo, y ellos guardaron su secreto mucho mejor oyendo decir á Palemón que las almas sensibles y generosas cuidan mucho de ocultar el bien que hacen á sus semejantes, porque un beneficio divulgado pierde mucho de su mérito, y disminuye en gran manera la satisfacción interior del que lo dispensa.





## TARDE III

### EL AMOR PROPIO

Es como corcel brioso  
El amor propio. Prudente,  
Apártale prontamente  
Del abismo peligroso.  
En campeón generoso  
De todo lo grande y bueno,  
De noble entusiasmo lleno,  
Conseguirás trasformarle,  
Si procuras deminarle  
De la razón con el freno.

El relato del mendigo preocupó notablemente los ánimos de los niños durante la noche: todos soñaron con él, y León llevó sus ensueños hasta la realidad, pues compuso un romance que le dejó muy satisfecho de sí mismo. Se lo leyó á los demás, y Benito se rió descaradamente. León se puso serio y le reconvino con que no haría otro tanto en toda su vida.—¡Eres un necio—le dijo—un majadero, un miserable!—¿Miserable yo?—respondió Benito, sofocado de cólera.—¡Pues toma! Y le dió una fuerte puñada. León le correspondió con un puntapié; Benito se lo volvió; León, furioso, se arrojó á su cuello; pero Armando los separó al instante y los hizo que se abrazasen, prometiéndoles

que nada diría á su padre sobre aquella contienda. Sin embargo, todo se supo: el Genio picaruelo que se complace en hacer públicos los desmanes de los muchachos contó lo ocurrido entre León y Benito al virtuoso l'alemón, que nada dijo en toda la mañana; pero se prometió manifestar muy bien por la tarde su disgusto á los dos campeones.

Llegada la hora en que debía darles una severa lección, todos se sentaron junto á su padre, que los miró y atemorizó, porque estaba más serio de lo regular.—León—dijo con mucha sequedad,—muy tarde te has levantado esta mañana. ¿Querrás imitar el ejemplo de Bernardo, cuya historia os conté hace algunos días? —Padre, me he levantado á la misma hora que mis hermanos.—Pues no has bajado hasta las diez.—Es verdad; pero...—¿Pero qué? ¿Te pones colorado? Habla, hijo, habla. Me parecería ser un extraño para ti desde el momento en que dejases de hablarme con confianza: dime en qué te has ocupado, porque estoy persuadido de que no habrás hecho nada malo.—No, señor; todo lo contrario.—¡Hola! ¿*Todo lo contrario*? ¡Mucho significa esa expresión! Vaya; pues dime, hijo mío: ¿en que has empleado una parte de la mañana?—He compuesto unos versos, padre mío.—¡Unos versos! ¡Ahí es nada! Pero el señor poeta, ¿no le hará á su padre el favor de leerle los versos?—Sí, señor; pero... recelo... temo... que os parezcan muy flojos.—¿Conque temes eso? ¡No es poco el orgullo que se descubre! Pues ¿para qué hacéis versos, señor mío? ¿Para que los celebren sin ponerles el menor defecto, ó para que cualquiera os diga francamente su parecer?—¡Oh! Sin duda para esto.—En tal caso, debes desechar todo temor, porque (y tenlo muy presente) el autor á quien falte ánimo y prudencia para oír la crítica que hagan de sus obras, debe arrojar la pluma, porque nunca hará cosa buena: yo lo digo, señor ingenio.

Pronunció Palemón esta sentencia con mucha fuerza. León mudó de color, miró á Armando como para recordarle su promesa, y luego, sacando el manuscrito, lo cual hizo sonreír á su padre, se preparó á recitar su romance, y aplicando á su composición toda la energía de que es capaz un autor, leyó con voz sonora los siguientes versos:

#### EL ANCIANO MENDIGO

¿Quién se lamenta afligido?  
 ¿Qué acentos lúgubres llegan  
 A mis oídos, que el alma  
 De agudo dolor penetran?  
 ¿Quién?... Pero veo un anciano  
 Que se aproxima á mi puerta  
 Agobiado por los años,  
 Consumido por las penas.



En su rostro venerable  
se retrata la inocencia.

¿Qué pesares le devoran?

¿Qué trabajos, qué miserias

Aumentan los que consigo

Lleva la triste indigencia?

¿No basta la ancianidad

Para agravar su pobreza?

— Si á tu corazón, hermano,

Le ennoblece un alma tierna,

Compadécete afectuoso

Del que á tus umbrales llega.

Perseguido aun en la cuna

Por la suerte más adversa,

Perdí mi padre y mi madre,

Perdí mi hermano en la guerra.

Penoso y duro trabajo

De muy niño me sustenta,

Que mis fuerzas debilita

Y hasta mi razón altera.

Un poderoso pariente

Fallece en lejanas tierras

Y me nombra su heredero;

Mas la fortuna perversa

Dispone que el portador

De aquella cuantiosa herencia

Caiga en poder de malvados

Que en lo espeso de una selva

Le acometen, le despojan

Y terminan su existencia.

Quedé, pues, sin esperanza;

Ningún consuelo me alienta.

Socórreme, hermano mío,

Compadece mi indigencia.

— Sí haré tal, que Dios me dió

Pingües, cuantiosas riquezas,

Y manda que enjугue el llanto,

Que vista, alivie y sostenga

Al que, de bienes exhausto,

Mendiga la subsistencia.

Cama tendrás en mi casa,

Te sentarás á mi mesa,

Y tus míseros harapos

Trócarás por limpias telas.

Deja el llanto, pobre anciano,

Y á Dios, que todo lo ordena,

Ruega que admita benigno

De mi caridad la ofrenda.

León acabó así su romance, y sus hermanos dieron mil palmas de aplauso, menos Benito, que no quería ceder. Palemón lo advirtió, pero no lo manifestaba: quería experimentar el amor propio del autor y descubrir enteramente los celos de su hermano, á fin de proporcionar la ocasión de dar á todos saludables consejos. — Hijo mío — dijo á León, — no quiero juzgar tu obra antes de saber el dictamen de tus hermanos: tienen gusto, y debo

consultarlo. Vaya, hijos míos; decid francamente lo que pensáis del romance de León. Sed severos: se trata de manifestar á vuestro padre si tenéis juicio recto y valor para decir la verdad. Tú, Adela, ¿qué piensas?

Adela respondió que el romance de León la parecía muy bien, pues la había hecho llorar.—¿Y tú, Julio? Julio convino con Adela.—¿Y tú, Armando? Este respondió que encontraba algunos versos flojos, pero que para un muchacho de la edad de su hermano era demasiado. Palemón preguntó su parecer á Benito, en quien esperaba hallar contrariedad; y en efecto, dijo éste:—Padre mío, si he de decir francamente mi parecer sobre el romance, sabe que lo tengo por malo, malísimo.

Al oír estas palabras León manifestó alguna alteración: Palemón lo advirtió y continuó preguntando á Benito:—¿Conque ese es tu parecer? Pero es menester razonarlo. ¿Cuáles son los defectos que encuentras?—Muchos: ese hombre que pregunta al viejo; el viejo que le responde: no se puede adivinar quién habla. Además, las voces de *pingües*, *cuantiosas*, ¿qué tiene más una que otra? En una palabra, el tal romance me parece despreciable.—¿Despreciable, señor Aristarco? Creo que partís muy de ligero, y que vuestro dictamen, más que el de un crítico, es el de un envidioso.—¡De un envidioso!—¡Eso, sí: no es otra cosa!—dijo León.—¡Me alegro de que padre lo conozca! ¡Esta mañana me ha dicho cien necedades ese miserable ignorantón?

—¡Poco á poco, niño!—repuso Palemón.—No me gusta ese modo de hablar. Ninguno de los dos carece de culpa: me reservo decir mi opinión hasta que os cuente la historia de un poeta que yo conocí, el cual desde muy niño hacía versos como León, y encontró críticos crueles como Benito. Veréis lo que le sucedió á un orgulloso que en nada quería ceder, y á un envidioso que malignamente se complacía en criticar lo que no era capaz de hacer.

Después de haber examinado atentamente la fisonomía de los dos rivales, Palemón quiso corregirlos refiriendo la siguiente

### Historia del poeta Hilario.

Hilario era hijo de un rico comerciante de París llamado Dormón. Dedicado á la carrera de jurisprudencia, acababa de terminar el estudio de las leyes; pero en el colegio había contraído la manía de hacer versos sobre el menor asunto, y componía algunos muy regulares. Deslumbrado con los elogios que recibía por todas partes, mostraba sus versos á su padre, el cual, sin prever el daño que causaba á su hijo, le llenaba de caricias, le hacía mil regalos y le pronosticaba la más brillante fortuna. Además de esto, el viejo Dormón, infatuado con el mérito que suponía en su hijo, creyendo haber engendrado un nuevo Home-

ro, esparcía por todo el pueblo las composiciones del joven Hilario y se burlaba de las familias que no tenían en su seno un genio tan superior. El hermano de Dormón era tan presuntuoso como él, y tenía un hijo de la edad de Hilario, llamado Joaquín. Este infeliz era todos los días objeto de las sátiras y aun del desprecio de su padre y de su tío.—Mira—le decían;—mira á tu primo. Ese sí que honrará á la familia. Llegará á ser un grande hombre; pero tú nunca serás más que un majadero.

Maltratado así por sus parientes, Joaquín concibió desde luego el mayor odio hacia su primo, causa de sus pesares, aunque por sí no se los proporcionaba. Los celos se apoderaron de Joaquín y le prepararon los tormentos más crueles. — ¡Este maldito—se decía á sí propio— tiene trastornada la cabeza de todos! ¡El solo recibe el incienso de toda la familia! ¡Me arrebatará el corazón de mi padre, de mi tío y de todo cuanto amo en el mundo! ¡Tal vez un día llegue yo á verme sin estado y sin fortuna, y obligado á mendigar el sustento, en tanto que el poetilla goce á mi vista de todos mis bienes y de toda la felicidad posible! ¡Oh! ¡No será así si yo puedo evitarlo!

Determinado á vengarse, Joaquín se propuso perseguir incesantemente á su primo; y vais á ver cómo se condujo para lograrlo.

Estaba Hilario en edad de tomar estado; pero arrastrado por el fanatismo poético, no quería más que hacer versos. Su padre empezó á advertir que había lisonjeado excesivamente la manía de su hijo, y le suplicó, le instó para que se aplicase á su carrera.—En el día tengo medios—le dijo— para proporcionarte un empleo, pero un revés de fortuna, tan frecuentes en nuestro estado, puede quitarte este recurso. Aprovéchate ahora; trabaja un año ó dos en el estudio de las leyes; yo te haré consejero, y entonces podrás seguir tu inclinación en cuanto no se oponga á tus obligaciones.—Pero Hilario á nada atendió, y malogró los cuatro años más floridos de su juventud. Una quiebra considerable arruinó á su padre, que murió de pesadumbre al cabo de un mes, detestando á Hilario y agobiándole con el horrible peso de su maldición. Además de esto, los acreedores le arrojaron de la casa paterna, y no halló otro recurso que la generosidad de su tío, que siempre aduló su manía.

Pero Joaquín, que todo lo había previsto, mandó escribir una sañuda sátira en verso, en donde se prodigaban á su mismo padre los más injuriosos epítetos por haber abandonado en la desgracia á su arruinado hermano Dormón. Esta sátira la hizo circular Joaquín como producción de su primo, y dispuso que llegara á manos de su padre. El viejo se encolerizó, no quiso volver á ver á su sobrino, y encargó á Joaquín que le despidiera y le diese diez escudos, bajo la condición de que no se presentara nunca en casa de un tío á quien había ultrajado tan vilmente.

Bien comprendéis el placer que experimentaría Joaquín al desempeñar semejante comisión. Llegó Hilario para arrojarle en los brazos de su tío; pero Joaquín le comunicó su resolución y le dijo: —Esto me ha encargado que os dé. Idos, señor mío, que es cosa muy indigna haber compuesto una sátira tan sangrienta contra quien tanto os amaba.—Hilario protestó de su inocencia, y Joaquín le empujó hacia la puerta; pero Hilario se revolvió contra su primo, que le rechazó duramente. Cayeron los dos luchando; acudieron los criados, los separaron y pusieron á Hilario en la calle.

¡Considérese su situación! Sin parientes, sin amigos, sin recursos, rabioso y despechado, juró que había de vengarse. Pero ¿cómo? Sin embargo, esperó hallar algún medio. Entretanto alquiló un miserable cuarto, y allí, solo, sin ropas, sin ajuar y sin esperanza de apaciguar á su tío, se postró en tierra é invocó para subsistir los favores de su musa.

— ¡Oh musa! — exclamaba. — ¡Desciende en mi auxilio; ven á inspirar á este corazón, que es tuyo, todo el ánimo que necesita! ¡Tú das gloria; pero el laurel más pomposo pronto se marchita si el pan no le acompaña!

Yo no sé si le oyó su musa; pero lo cierto es que Hilario pasó un mes en su cuarto sin poder proporcionarse el menor recurso. Los diez escudos estaban ya muy lejos; había vendido una parte de sus vestidos sin el menor disgusto, porque Hilario era filósofo y desafiaba el fausto en todo: pluma, tintero y papel eran las únicas alhajas que apreciaba. Trascorrió otro mes sin que la fortuna ni su ingrata musa le ofrecieran el más leve recurso para salir de su mal estado, aunque pasaba días y noches haciendo epitalamios, madrigales y epístolas dedicatorias que enviaba á algunas personas opulentas, á costa de las cuales esperaba mejorar de fortuna lisonjeando su vanidad. ¡Vana esperanza! Le convidaban á comer, y á esto se reducía todo. ¡Cuántas veces olvidó Hilario sus disgustos, para recordarlos en seguida con mayor dolor y sentimiento! Iba á comer á casa de un hombre rico que hacía para obsequiarle gastos excesivos, que le hubiera sido más útil percibir en dinero para alimentarse quince ó más días. Hilario era desgraciado por su voluntad, y no merecía compasión.

Muchas veces había escrito á su tío; pero Joaquín estaba vigilante para interceptar sus cartas y reducirlas á ceniza. No le quedaba, pues, á Hilario sino el triste recurso de morir de hambre, cuando una tarde halló en su cuarto una carta de cierto personaje que suponía haber sido amigo de su padre, y le instaba á que al día siguiente fuese á verle para un negocio que podría serle muy ventajoso. Loco de contento, Hilario leyó mil veces aquella salvadora carta, y se acostó temprano con la idea de madruguar mucho. En medio de mil agradables pensamientos se quedó dormido, y soñó que veía rodar el carro de la fortuna,

que la tropelia y confusión de gentes no le permitía acercarse á la deidad; pero que ésta se le acercó por sí misma, le dió la mano para subir, y colocado en un asiento de preferencia, derramó sobre su cabeza el cuerno de la abundancia. Le sorprendió la mañana en tan apacible sueño; se acicaló como pudo y se encaminó á la casa de su incógnito Mecenas. Después de los ordinarios cumplimientos, su protector le enseñó una tragedia que había compuesto, y le prometió una cantidad considerable bajo la condición de que la haría representar como suya. — Mi estado—le dijo—me impide manifestar que soy el autor: se burlarían de mí y me vería muy comprometido.— ¡Extraña necesidad! En otro tiempo, hijos, los grandes se avergonzaban de ser discretos é instruidos.

Hilario leyó la obra, que le pareció detestable, y, no obstante, cometi6 la vileza de pasar por su autor; pero su hambre, como más fuerte, triunfó del amor propio. En menos de un mes fué representada la pieza, y á fuerza de aplausos comprados salió con mediana reputación. Ya tenemos á Hilario acreditado; pero ¡qué caro iba á costarle este crédito!

La reputación que acababa de adquirir Hilario despertó desde luego el odio y los celos de Joaquín, que se declaró el mayor detractor del mérito de su primo; pero aquel inconsiderado joven se produjo tan imprudentemente, que todas las personas imparciales le detestaron. No sólo perdió la pública opinión, sino que el gran personaje verdadero autor del drama, indignado por las sátiras que esparcía Joaquín contra su tragedia, encontró medios para arruinar al padre de éste, imputándole delitos y obligándole á expatriarse con su imprudente hijo. Así fué castigado el envidioso. Veamos ahora cómo lo fué Hilario por no haber seguido los juiciosos consejos de su padre.

El orgullo de Hilario no le permitió soportar largo tiempo la fama de autor de una tragedia que muchos criticaban con razón, y reveló á varios amigos el nombre del verdadero autor: éstos lo dijeron á otros, y en breve tiempo la noticia llegó hasta la familia del personaje, que recibió terribles reprensiones. El autor se defendió como pudo, y quedó decidido en el concilio de familia que el pobre Hilario, como auxiliador de la locura de su padrino, sería encerrado en una prisión por toda su vida: en consecuencia, se obtuvo con otro pretexto la orden correspondiente, y un hermoso día en que el desdichado Hilario se extasiaba en su cuarto con las musas respirando inmortalidad, entró la Justicia y se apoderó del infeliz hijo de Apolo. Letrillas, madrigales, sonetos y elegías, todo fué pasto de las llamas; y el triste poeta se halló en breves horas á la puerta de una horrorosa fortaleza, que le sumergió para siempre en sus oscuros calabozos, porque á poco tiempo murió de pesadumbre.

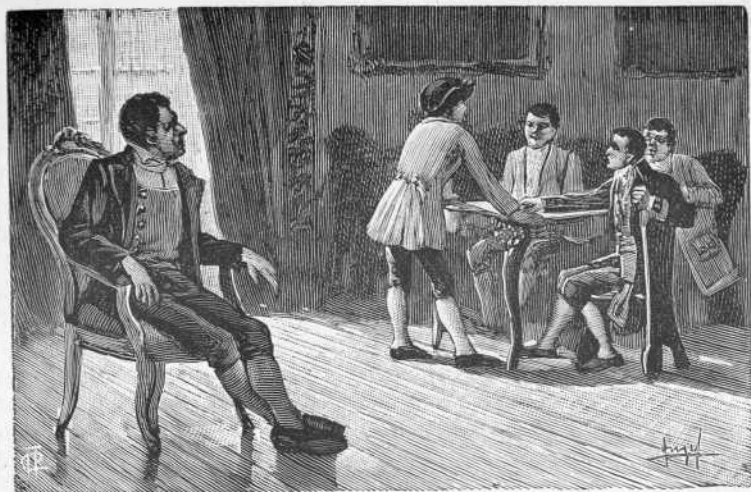
Tal fué el trágico fin de un orgulloso joven que prefirió la ociosidad al trabajo, un destino dudoso por otro cierto, y desdendiando los consejos de su padre amoroso, se atrevió á desacreditar á un grande, cuyo resentimiento es tan temible.

León, Benito, ¿es preciso deciros que en la historia de Hilario estáis retratados los dos? Tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento, porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer, y porque te opones sin razón á tu hermano; de modo que, si yo no lo remediara, al cabo le detestaría y te harías despreciable como Joaquín. Tú, León, porque estimas más de lo que valen unas obras y composiciones débiles, porque no puedes tolerar la crítica y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio. ¡Aprovecha el ejemplo de Hilario! Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos, que á nadie, ni á tus mismos hermanos, se los enseñes antes que á mí, y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas. Cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos. Entonces podrás entregarte á una ocupación que es la mejor de todas las diversiones cuando no se toma como profesión.

Y como no ignoro que León y Benito se han propasado esta mañana hasta el extremo de golpearse... ¡dos hermanos; qué horror!..., mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro. Allí dormirán sobre el duro suelo; no comerán mañana conmigo ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde. A Marcela encargo la ejecución de mis órdenes.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que habian merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.





## TARDE IV

### LA AMISTAD

En pleno día y llevando  
Encendida su linterna,  
La amistad sencilla y tierna  
Iba al cinico buscando.  
Y de este modo probando  
Esta terrible verdad:  
Que es tan raro una amistad  
Hallar desinteresada,  
Como encontrar hermanada  
La luz con la oscuridad.

Mala noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemón tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocía que su hijo León tenía talento poético, porque el romance que había compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se enorgullecía del precoz ingenio de un joven que podía adquirir mucha fama algún día; pero le atormentaba el recelo de que León perdiera un tiempo precioso en hacerse un mediano autor; por eso se felicitaba de haberle mandado que le entregara todos sus manuscritos y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacía amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito también le afligía; pero este muchacho tenía buen corazón, y era fácil corregirle. No asustaba á Palemón la pelea de los dos hermanos; mas, sin embargo, no le pesaba el severo castigo que les había impuesto. Tenía también presente el proceder de los niños con el viejo mendigo que les había enviado, que no era sino un astuto labrador del pueblo, á quien, disfrazado de aquel modo, el mismo Palemón había ensayado el papel que debía representar. Marcela estaba instruida de todo, y así se ejecutó tan perfectamente como se ha visto, para experimentar la beneficencia de los muchachos, los cuales procedieron según las esperanzas de su padre. Como ninguno de los niños habló de aquel asunto en fuerza de una modestia que embelesaba al anciano, quería éste, sin darse por entendido, encontrar ocasión de recompensarlos con mucho más de lo que habían gastado tan á su gusto, y no tardó su imaginación en sugerirle el modo de realizarlo, como se verá en la continuación de esta obra.

Apresurémonos ahora á poner en libertad á nuestros presos; sentémonos con ellos á la hora acostumbrada en el bosquecillo y junto á un padre tan respetable.

Al volver á la presencia de éste, los dos hermanos derramaron algunas lágrimas; lo advirtió el anciano, y no les habló más de una falta ya expiada; pero les abrió los brazos, á los cuales se arrojaron precipitadamente. Después de haberlos estrechado en ellos tuvo el placer de verlos abrazarse, como dándole á entender que siempre vivirían unidos. Enternecióse Palemón, y de esto mismo sacó el tema para entretener un rato á sus hijos, haciéndoles una pintura agradable del placer que experimentan los hombres amándose, y de la delicadeza de la amistad contraída desde la infancia.

— Hijos míos — les dijo, — ayer pasamos una tarde muy divertida: procuremos que la de hoy sea lo mismo. Esta mañana, hojeando algunos libros de mi biblioteca, he reparado en este grueso volumen que estáis viendo: le he recorrido, y he hallado en él una historia... ¡Pero qué linda! Estoy bien seguro de que os divertirá mucho: por eso lo he traído. Armando leerá, y así hará mis veces esta tarde.

Al solo anuncio de una historia divertida, todos los muchachos se miraron con cierto aire de alegría que no se escapó á su director. Rodearon á Armando, y éste, sin necesidad de que se le repitiesen, tomó el libro; Marcela se puso á hilar, Palemón se preparó á examinar la impresión que causaría en sus hijos la lectura, y el joven Armando la comenzó en los términos siguientes:



### Historia de Dulis y Gerardo.

Dulis y Gerardo estudiaban en un mismo colegio, y mil veces se habían jurado la amistad más tierna. Era Dulis hijo de un comerciante de escasos fondos, y el padre de Gerardo, un arrendatario del Delfinado: la poca diferencia de fortuna, el ser de una misma edad los dos jóvenes, y de unas mismas costumbres é inclinaciones, todo había, por decirlo así, identificado á estos muchachos, uniformando sus ideas y pensamientos. Sin embargo, Dulis era presuntuoso, y por deseo de sobresalir, aunque sus facultades eran muy limitadas, se complacía frecuentemente en convidar á Gerardo, el cual lo atribuía únicamente á efecto de su amistad, y no podían humillarle los favores de su amigo. ¡Cuántas veces los dos, dilatando su alma, se dijeron: «Oh amigo mío; nunca nos separaremos! Si yo llego á ser rico, quiero partir contigo mis bienes. Acordémonos sin cesar de esta promesa; y el que fuere más pobre, no dude en recordarla algún día al que tuviere más comodidades.»

Estaban para terminar sus estudios, cuando murió el padre de Dulis, y sólo le quedaba un tío poderoso, que tenía dos hijos de muy tierna edad; éste, á quien correspondía la tutela de Dulis, residía en Cambray, y compadecido de su pupilo, determinó llevarle á vivir en su compañía con ánimo de establecerle. Recibió Dulis esta noticia, que le hizo derramar muchas lágrimas porque tenía que separarse de su amado Gerardo, y esto era para él la mayor desventura. ¡Cuántas lágrimas derramaron en aquella separación! ¡Qué de abrazos! ¡Cuántas promesas de volver á reunirse! — Sí — decía Dulis; — según parece, me estableceré en Cambray. Si la desgracia te persigue, amado Gerardo, ve á buscarme allí; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazón.

En fin, llegó el día fatal, y Gerardo obtuvo del director del colegio el permiso para acompañar á su amigo hasta el paraje en que le esperaba un criado de su tío. Partió Dulis, y su amigo volvió tristemente al colegio, antes morada de la felicidad, y desierto horroroso desde que la amistad no le habitaba.

Después de la partida de Dulis los dos amigos siguieron algún tiempo escribiéndose de vez en cuando. Luego que terminó los estudios Gerardo volvió á su casa, porque su padre, anciano y enfermo, había experimentado pérdidas que casi le arruinaron. Su hija no podía más que atender á los cuidados domésticos, y era necesario un mozo que se encargase de lo demás. Gerardo se encargó de todo, cambiando los vestidos de lujo por otros rústicos y propios para el trabajo; sus libros y plumas, por el arado y la azada. En una palabra, pasó de estudiante á labrador; pero su alma era siempre hermosa; su corazón, bueno y sensible. No

olvidó las musas, y aun dirigió canciones á Triptolemo, conduciendo la ingeniosa máquina que inventó para provecho de la Humanidad.

Así pasó Gerardo algún tiempo sin recibir noticias de su querido Dulis, á quien suponía entregado á ocupaciones más serias. Estaba casi para enojarse por aquel silencio, cuando un cruel accidente le obligó á recordar las promesas que le hizo su amigo en otro tiempo. El buen padre de Gerardo murió agobiado de deudas. Obligado el hijo á ceder todos los bienes á los acreedores, se vió en la precisión de salir de su pueblo para subsistir en otra parte aplicándose á oficios indignos de su educación y delicadeza. Pensó muchas veces en Dulis, y siempre recordaba los juramentos que se hicieron recíprocamente, pues los corazones buenos y sencillos nunca dudan de la virtud ni de la amistad.— Iré—decía—á ver á aquel tierno y fiel amigo, y le diré: Ten presente las obligaciones que contrajimos desde nuestra infancia; la suerte te ha reservado la felicidad de cumplirlas. Heme aquí: yo soy Gerardo, y tú eres siempre el mismo Dulis. ¡Oh, cuánto me consuela esta esperanza! Si me proporciona un destino para vivir junto á él, me daré por satisfecho. Pero, ¿y mi hermana? La llevaré conmigo. Aunque no tenga más que un pedazo de pan, lo partiré con esta hermana querida, y la Naturaleza se complacerá en deberlo todo á la amistad.

Gerardo se decidió; y como su hermana Julia, de edad de diez y seis años, no tenía otra voluntad que la de su hermano, ambos hicieron un pequeño lío de ropa y provisiones y partieron para Cambray.

Era casi media noche cuando Gerardo entró en Cambray; pero no juzgó prudente ir á hora tan intempestiva á casa de su amigo, y se acomodó en la primera posada que halló. Le pareció que la criada de la casa gustaba de conversación, y quiso ver si le daba noticia de Dulis. — ¿Podriais decirme dónde vive Mr. Dulis? — ¡Pues no! Es nuestro vecino; vive en un gran palacio que encontraréis en la primera calle, á mano izquierda. — ¡En un gran palacio! ¿Vive con su tío? — ¿Su tío? ¡Eso quisiera el buen señor! Hace ya tiempo que se murió. — ¿Ha muerto? — Sí, señor. Pues qué, ¿no lo sabíais? Poco importa: yo os contaré todo lo ocurrido, y veréis que anda la fortuna yo no sé cómo con ciertas gentes. El tío de Mr. Dulis tenía millones, y estaba viudo con dos hijos. Pero he aquí que viene la viruela y le quita los dos hijos en quince días. ¡En quince días, señor! ¿No es una cosa bien triste? El pobre padre quedó tan desconsolado, que de allí á poco enfermó, y se lo llevó Dios. Yo misma le he visto enterrar. ¡Qué pompa! ¡Qué aparato! — ¡Adelante! — Mr. Dulis heredó todos los bienes. ¡No habrá encontrado mal bolsón, caramba! Era el comerciante más rico de esta provincia. — ¿Conque Dulis ha sido

su heredero? — Sí, señor; todo lo ha heredado: el palacio, las tierras, las casas, los ganados, todo, todo, todo. Justamente hacía un mes que había entrado en la mayor edad: ved en qué buenas manos ha caído todo. — ¡Qué dicha para la Humanidad que Dulis sea rico! ¡Ah, cuántos serán felices por su beneficencia! — ¿Felices? ¡Sí por cierto! ¡Rameras y vagabundos son los que hace felices! ¡No se da mala maña! Su casa es una feria. ¡Qué confusión! ¡Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de ese modo! ¡Pero perdonad: me están llamando en la cocina! ¡Soy muy servidora vuestra!

La muchacha había desaparecido, y Gerardo y su hermana estaban como petrificados por lo que acababan de escuchar. Dulis rico, no era una sorpresa para Gerardo; ¡pero Dulis malvado! ¡Dulis rodeado de mujeres públicas y de hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecía imposible. ¡No; no era aquél el Dulis que había conocido en el colegio! ¡Debia de ser otro! ¡Aquella mujer estaba equivocada, porque un buen natural no se muda tan fácilmente!

Sin embargo, aquel tío tenía dos hijos; aquel Dulis era sobrino suyo: todo se conformaba con la familia de su amigo. Gerardo no podía dudar que fuera el mismo. Pero, en fin, que se distrajera y pasase como quisiera el fuego de su juventud; y aunque fuera injusto respecto de algunas personas, no era posible que lo fuese con su antiguo amigo, con aquel buen Gerardo, á quien tantas veces había estrechado entre sus tiernos brazos. ¡Oh! Gerardo sería bien recibido; no cabía duda de ello. Se avergonzaba de haberse atrevido á sospechar de su amigo. Sin embargo, como siempre hay mucho que temer de los hombres en las diversas posiciones de la vida, Gerardo determinó ir solo á recibir los abrazos de su amigo, ó á exponerse á la dureza de un ingrato y perjuro: no llevaría consigo á su hermana para no exponerla al desaire de un mal recibimiento. Si sus deseos se cumplían, entonces volvería por Julia y la presentaría á Dulis; y estaba seguro de que se la presentaría, porque no dudaba de que sería bien recibido.

Después de haber pensado de esta manera, Gerardo se entregó á las dulzuras del sueño, que no tardó en reparar sus fuerzas. Al despertar á la mañana siguiente dijo Gerardo para sí: La criada de la posada es una habladora que dice lo que sabe y lo que no sabe: quizás haya exagerado mucho. En seguida se vistió, se desayunó en compañía de su hermana, y después, dejando á ésta encomendada al ama de la posada, se encaminó á la casa de Dulis, lleno de dulces pensamientos.

El aspecto exterior del edificio le encantó desde luego, y se regocijó cuando pensó en la felicidad que allí debía de disfrutar su amigo. Preguntó por Mr. Dulis, y un desabrido portero le res-

pondió con aspereza: — Subid á la antecámara. — Lo hizo, y se encontró con un lacayo que le preguntó: — ¿Qué quiere? — ¿Mister Dulis? — Duerme. — Esperaré. — ¿Qué se te ofrece? <sup>(1)</sup>. — ¿Qué... se me... ofrece? — Sí; ¿qué tienes que decirle? — ¡No te importa saberlo! — ¡Hola! ¿Conque no me importa? Pues le importará tal vez á Mr. Dupuis, el ayuda de cámara del amo. — ¡Nada tengo que hacer con ese Dupuis! — ¿Ese Dupuis? ¡No es mala llaneza! ¡Qué modo de hablar! Pues, amigo, será preciso que digas á ese Dupuis lo que se te ofrece con el amo: las gentes de tu calaña no entran aquí sin esta formalidad preliminar. Gerardo se indignó, y dijo: — ¡Sabed, bribones, que un cortísimo número de las gentes de mi estofa vale más que todas las de la vuestra, por numerosa que sea! — El lacayo y otros dos que estaban en la antecámara soltaron una gran carcajada, diciendo: — ¿Quién será este salvaje? ¡Echémosle á la calle! — Entonces Gerardo se sentó, y ellos continuaron: — ¡Bravo; el buen hombre se ha arrellanado! ¡Está de mal humor! ¡Pero tendrá bastante tiempo para calmar su cólera hasta que se levanten Mr. Dupuis y el amo!

Dicho esto, los lacayos lanzaron á Gerardo miradas despreciativas, y volvieron á sentarse á la mesa en que estaban entretenidos jugando á los naipes cuando entró nuestro buen labrador, y no hicieron el menor caso de él. Sin embargo, Gerardo permanecía allí, y pensaba entre sí mismo: — ¡Qué canallas! ¡Qué insolentes! ¡Qué holgazanes! ¡Al mismo tiempo que viles esclavos, son más orgullosos que sus amos! Seguramente que Dulis ignora la falta de atención con que reciben los de su casa á los forasteros, porque no lo toleraría si lo supiera, siendo tan bueno y tan humano.

Así discurría Gerardo; pero su corazón se hallaba oprimido. Nunca había amado el fausto ni el tono de las gentes opulentas, y todo cuanto miraba le afligía; detestaba en su interior aquella vana profusión, y le parecía ligereza é inconsecuencia de parte de Dulis la prodigalidad de una inútil pompa, siendo tan dulce vivir en un estado de sencilla comodidad, haciendo felices á otros con el sobrante de los propios bienes.

Hacia más de una hora que esperaba, cuando un lacayo entró precipitadamente y dijo á los de Dulis: — Todo está preparado; la expedición se hará por la puerta falsa. Cuando el padre se halle dormido, la señorita acudirá á la seña: espero que Mr. Dupuis me recompensará los muchos pasos y fatigas que me cuesta este asunto. Ponderádselos bien, y despacharemos juntos cuatro botellas de Málaga. Dicho esto se marchó: los otros volvieron á su juego, y Gerardo no entendió nada de todo aquello. Un padre dormido, una joven que acudiría á una seña... ¿Se habría

(1) Como Gerardo iba vestido de labrador, el altivo criado se atrevió á tutearle.

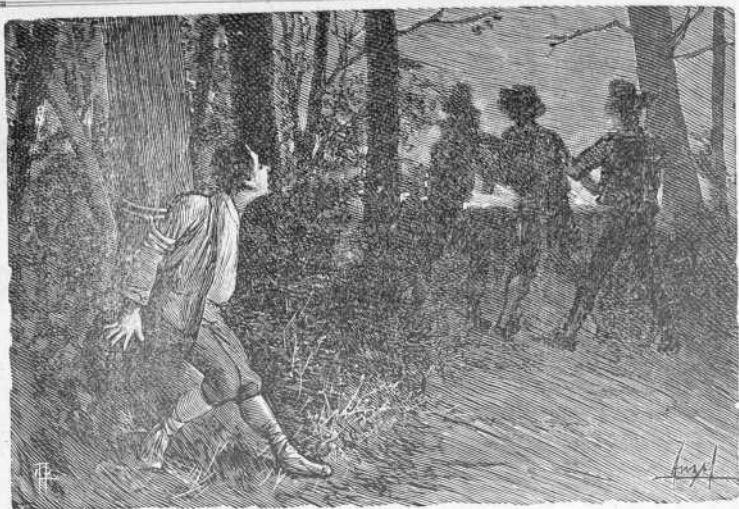
corrompido Dulis hasta el extremo de seducir á la virtud? ¡Y el director de aquel tráfico infame parecía ser Mr. Dupuis! Mucho deseaba Gerardo conocer á tal hombre. — Sin duda — decía, — es el que gobierna y dispone la casa. Por lo que veía y oía el buen labrador supuso que la criada de la posada no le había hecho sino una ligera pintura de la conducta de Dulis.

Se pasó otra hora, y nadie comparecía. Al cabo se presentó un hombre que dijo á los criados á media voz:—¿Se puede hablar? ¡Sí, sí. —¿Pero este hombre?...—¡No importa; es un pobre rusti-  
cazo, demasiado ignorante para entendernos!

Gerardo, que había oído distintamente este principio de conversación, prestó más atención, y el desconocido añadió:— Ya murió.—¿De las heridas?—¿Puede de qué ha de ser? Todo el barrio está alborotado; y de esta muerte acusan á Isabelita, en cuya casa cenó anoche. Ella es la más interesada en callar; mas su criado... se hallaba presente al tiempo de la disputa del señor con aquel bárbaro capitán, y hubiera podido contarle todo. Pero ¿sabes lo que hice? Al instante me fui á casa del escribano, nuestro camarada, y le conté el lance. En un momento juntó algunos alguaciles, y corrió á notificarle la orden de salir al punto de la ciudad con un pretexto; por otra parte, es un picaronazo y merece eso y mucho más. A la hora presente ya se halla bien lejos; el secreto está entre nosotros, y yo hice correr la voz de que el Capitán había sido muerto en la calle por unos ladrones.—¿Y lo sabe todo Mr. Dupuis?—Si por cierto; pero no adivinarás dónde le he encontrado. ¡No, no se descuida! Le hallé á tiempo que con el auxilio de Ricardo arrebataba... Pero ya lo sabrás todo: Mr. Dupuis viene tras mí, y ya me admiro de que tarde tanto.

A estas palabras, el desconocido levantó la voz y habló con los lacayos de cosas indiferentes. ¡Pero Gerardo!... ¡Oh! No sabía si estaba en la Tierra ó en el Infierno; no podía concebir tantos horrores; y aunque no conocía aquel suceso, del cual resultaba un hombre muerto y otro expatriado, dedujo que Dulis representaba un papel principal en aquella escena abominable. ¿Vería á aquel hombre, á quien ya no se atrevía á dar el título de amigo? Sí, le vería; no podía creer que se expusiera á ser insultado. ¡Se amaban tanto en otro tiempo! Consideró el trabajo del viaje que había hecho y no quería volverse sin respuesta, fuera cual fuese. Además, deseaba ardientemente conocer á aquel Mr. Dupuis. Por fin se abrió la puerta; todos los lacayos se levantaron prontamente, y dijeron en voz baja:—¡Es Mr. Dupuis!

Palemón advirtió que era ya tarde; hizo callar á Armando, y se suspendió hasta el día siguiente la continuación de una lectura que interesaba tanto á los muchachos, los cuales manifestaron el disgusto que les causaba el no poder acabarla.



## TARDE V

---

### LA PIEDAD FILIAL

Felicidad temporal  
Y en el Cielo eterna gloria  
Promete Dios (y la Historia  
Lo corrobora imparcial)  
Al que del amor filial  
Cumple el mandato divino.  
¿Qué miserable destino  
Al joven perverso espera,  
Que á sus padres no venera,  
Y contrista de continuo?

Acudieron con la mayor puntualidad nuestros apreciables jóvenes la tarde siguiente, deseosos de saber los sucesos del buen Gerardo, en cuya suerte se interesaban, y de conocer el carácter de Dupuis, á quien de antemano aborrecían. Esperaban á Palemón con impaciencia; pero tardaba en llegar, y tampoco estaba allí Marcela. Si al menos tuvieran el libro, podría Armando continuar la historia que, sin duda, ya sabía su padre.

Vista la tardanza de Palemón, se pusieron los muchachos á entretenerse con aquellos juegos propios de su edad, cuando de repente llamó su atención el agradable sonido de una flauta que se oía hacia la puerta. Un jovencito de unos quince años, un sa-

boyanito era quien tocaba tan dulce instrumento; y en sus miradas daba á entender que buscaba una casa cuya situación no conocía. Reparó en los muchachos, y les dijo:—¿Vive por aquí el buen Palemón?—Aquí mismo.—¿Sois sus hijos?—Sí.—¡Oh! ¡Cuánto me alegro de encontraros! A vosotros solos os busco: dejadme entrar, porque tengo mil cosas que deciros.

Entró el músico con los muchachos, quienes cerraron luego la puerta, le llevaron á la terraza y le obligaron á tomar asiento; en una palabra, hiciéronle todos los honores debidos á un forastero. Nuestro músico se sentó con cierto aire de gravedad, limpió el sudor de su frente, miró con interés á los muchachos, y después les dijo:—Ahora bien, amiguitos míos; es preciso que yo cumpla una promesa que he hecho, y es muy sagrada. Sois cinco, ¿no es verdad?—Sí, y todos somos hermanos.

Sacó entonces el flautista un bolsillo lleno de escudos, hizo cinco partes, y luego, dejando atónitos á los niños, puso en la mano de cada cual una porción, y les dijo:—Esto es lo que os toca.—Admirados los muchachos, no saben qué hacer.—¿Os burláis, amigo? Este dinero no puede ser nuestro. ¿Quién había de dárnoslo?—Yo digo que es vuestro: tomadlo; pronto sabréis quién os hace este corto regalo.—Pero... —Pero es preciso tomarlo. Así lo desea quien me envía.—El que os envía no será nuestro padre—dijo Adela,—y no podemos aceptar vuestros dones sin su permiso, ó al menos sin que sepa...—Todo lo sabrá, y merecerá su aprobación. Este dinero es vuestro: lo habéis ganado legítimamente.—Pero decidnos siquiera... —¡Ah, eso sí; con mucho gusto! Tal era mi intención. Meta cada uno en su bolsillo la parte que le corresponde, y luego hablaré.—Confusos los muchachos, miraron el regalo que se les hacía: cada uno recibió quince libras. ¡Qué cantidad para ellos! No sabían si debían guardar el dinero; pero al cabo se determinaron á hacerlo, después de haberlo reflexionado, y resueltos á no dejar salir al músico sin restituirle la suma si las razones que les diera no les pareciesen legítimas.

El saboyanito iba ya á descubrir el autor de aquel beneficio, cuando de repente llegaron Palemón y Marcela. ¿Por qué los muchachos al ver á su padre se avergonzaron como si acabasen de cometer algún crimen? ¿Por qué les palpité el corazón y no se atrevieron á pronunciar una palabra? Esto consistía en que un beneficio que se recibe y cuyo origen se ignora humilla más que satisface: por eso los corazones honrados experimentan cierta confusión al recibir un favor. En fin, un beneficio recibido de persona desconocida y sin motivo antecedente, envuelve en sí cierto género de ultraje.

Palemón advirtió la turbación de sus hijos; vió en su casa un desconocido, y le preguntó con afabilidad qué se le ofrecía. Era

preciso que el músico respondiera, porque ninguno de los muchachos se atrevía á hacerlo; habían recibido el dinero, y temían que su padre los tachase de imprudentes. El desconocido, pues, tomó la palabra y refirió á Palemón lo que acababa de decir á sus hijos y el placer que experimentaba de que hubiesen aceptado el regalo que les había hecho.

Los jóvenes fijaron la vista en Palemón, procurando descubrir en su semblante si le habían disgustado; pero quedaron agradablemente sorprendidos al ver que se sonreía, y aun se chancaba sobre el asunto. — En verdad, amiguito — dijo al músico, — que esto parece un milagro. Me alegraría de encontrar una buena alma que todos los días me hiciese igual favor. ¿Conque estáis muy ricos, hijos míos? Me alegro mucho, muchísimo; pero, sin duda, desearéis tanto como yo saber quién es el hombre generoso que os ha regalado con tanta liberalidad. Supliquémos, pues, á nuestro huésped que nos explique este misterio; pero antes me parece muy justo que le deis algún refrigerio.

Adela corrió á la cocina y volvió con pan, vino y frutas; el músico los aceptó con desembarazo y todos se sentaron. Ya no se acordaban del libro grande: el interés mayor vence al menor; y luego que Marcela hubo tomado la labor y se puso los anteojos, el joven músico dió principio á su narración en esta forma:

### Historia del padre ciego.

Nací en las montañas de Saboya. Mi padre fué muy joven á París para ocuparse en un oficio útil, cual es el de aguador. Aunque semejante profesión no se mire con la consideración que otras menos útiles, sin embargo, cuando se medita lo trabajoso que le será á cualquiera verse obligado á ir con el cántaro ó cubeta por el agua que necesite en su casa, y volver con tan pesada carga, tal vez diariamente, entonces se confesarán de buena fe la grande utilidad y conveniencia que proporcionarán estos hombres laboriosos, que por un corto estipendio excusan tantas penas y fatigas, y lo muy obligados que debemos estarles.

Mi madre murió mientras mi padre se hallaba en París: tenía yo entonces ocho años. Un vecino caritativo se compadeció de mí, me llevó á su casa, y al momento escribió á mi padre, el cual se apresuró á volver á Saboya para arreglar algunos cortos asuntos. Al llegar Gilberto, mi padre, á casa de nuestro vecino, me estrechó entre sus brazos y me dijo derramando lágrimas: — Hijo mío, has perdido á tu madre, y con ella toda tu felicidad; tu padre es un pobre jornalero, que no ha tenido tiempo de ahorrar dinero alguno. Es preciso que vayas con él á París; allí te enseñará modos honrosos de vivir, ya limpiando chimeneas, ya sirviendo á los pasajeros, ó ya haciendo recados. Esta es la suer-



te que te espera, querido José; pero si te aplicas y eres honrado, serás más feliz que si poseyeses una fortuna brillante.

Dicho esto, volvió á abrazarme tiernamente, dió las gracias al piadoso vecino, vendió los pocos efectos que le restaban, y pasados algunos días se puso en camino llevándome consigo. Pero algunas leguas antes de llegar á París, un terrible accidente privó á mi padre de la vista. ¡Gran Dios! ¡Cómo podré contaros tan trágico suceso sin deshacerme en llanto!

A las ocho de una noche oscurísima llegamos á las afueras de una gran ciudad. Siendo forzoso detenernos para descansar, llamé á la puerta de una quinta, y pedí permiso para pasar con mi padre la noche en el establo. Me respondieron con aspereza que no admitían gentes desconocidas; insistí y me arrojé á los pies del ama de la casa, la cual, más compasiva que su marido, exclamó:—¡Pobrecito! ¡No puedo menos de darle acogida! ¿Dónde está tu padre? — Mirad, allí abajo. ¡Padre mio, padre mio! Llegó mi padre, y su respetable fisonomía acabó de decidir á la buena señora.—¿Y dónde quieres ponerlos, si con motivo de la cosecha está todo lleno de gente? — le dijo su marido. — No importa: los pondremos en el granero viejo, pues en él no hay más que un poco de paja. No está bien cerrado; pero, á lo menos, mejor pasarán allí la noche que al sereno. Nos condujo, pues, aquella caritativa mujer al granero, y aun tuvo la humanidad de hacernos llevar pan, agua y algunos restos de la cena. Cenamos alegremente, y luego nos tendimos cada uno en el rincón que nos pareció más á propósito. Yo dormía profundamente, cuando á cosa de las cinco me despertó un espantoso ruido. Llamé á mi padre, que se puso á escuchar, y me dijo que eran cañonazos que tiraban en la ciudad, sin duda á causa de la fiesta que en ella iba á celebrarse aquel día, según había oído decir cuando llegamos.

Entretanto, yo observaba que á cada cañonazo temblaba la miserable estancia en que nos hallábamos. Mi padre, que estaba vistiéndose, observó lo mismo y se asustó.— Despacha, José— me dijo.— Vistete aprisa, porque aquí no estamos seguros, pues este desmoronado edificio puede de un instante á otro sepultarnos en sus ruinas. Al oír estas palabras se apoderó el terror de mis sentidos: salí precipitadamente de la estancia, y apenas estuve fuera oí una terrible descarga, vi que se abrían las paredes y caía el granero, quedando mi padre envuelto entre las ruinas, según me anunciaban sus tristes clamores.

¡Qué había de hacer yo en tan cruel situación! Las gentes de la quinta se hallaban distantes de donde nosotros estábamos. Si me iba á avisarles aquella desgracia, tal vez mi padre podía morir antes de darle socorro. La ternura y el temor me dieron una fuerza sobrenatural, y sin consultar mis fuerzas, creí que

podría escombrar las ruinas, apartar los pesados maderos y salvar á mi padre. Al mismo tiempo que trabajaba, pedía á voces socorro. Por fortuna, una hija de la casa me oyó: el ruido de la caída del granero la había asustado, y la curiosidad la llevó al sitio de las ruinas. Aquella buena muchacha corrió precipitadamente á la quinta, y luego volvió acompañada de varios hombres, que acabaron una obra que á mí me parecía haber adelantado mucho porque separé algunos terrones. Cuando los vi, el consuelo y la esperanza me hicieron advertir mi mal estado: tenía las manos y los pies ensangrentados; un sudor frío corría por todo mi cuerpo; caí sin sentido, y me trasladaron á la quinta, donde no volví en mi acuerdo sino para presenciar el dolor de los que me rodeaban, y particularmente la aflicción del ama de la casa, que lloraba amargamente por suponer que ella era la causa de nuestra desgracia. — ¡Padre mío! ¡Padre mío! — exclamé. — ¡Tu padre! ¡Pobre muchacho! — ¿Ha muerto? — ¡Más valía! — ¿Pues qué le ha sucedido? — Ha perdido la vista. Ve á verle al hospital, adonde acaban de llevarle. Juana, acompaña á este muchacho adonde está su padre. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué ha sucedido en mi casa tan funesto accidente?

Caminaba yo tan aprisa, que apenas podía seguirme la criada. Estaba el hospital á bastante distancia de la quinta, en la ciudad donde habían disparado los cañonazos causa de nuestro infortunio. No os pintaré mi desesperación cuando me arrojé sobre la cama de mi padre, el cual, así que recobró el uso de la lengua, lo primero que habló fué preguntar por su hijo. Cerca de él estaba este hijo querido; ¡pero jamás podía volver á verle! El infeliz Gilberto estaba magullado, tenía varias heridas y los ojos muy hinchados. El cirujano me dijo que de todo sanaría menos de la vista, la cual no había esperanzas de que pudiese recobrarla.

Tuvieron la bondad de permitirme quedar en el hospital para cuidar de mi padre, y aun me mantuvieron por caridad durante dos meses, en cuyo tiempo mi padre se restableció enteramente, y salimos de aquel piadoso asilo sin otro recurso que el de mendigar. Convinimos en que yo llevaría por todas partes á mi padre y pediría limosna para él, pues el grande amor que le tenía nada presentaba á mis ojos que fuese desagradable, si servía para su alivio. Cuando veía algunas gentes, gritaba: — ¿No hay quien socorra á este pobre ciego? — Unos me daban, y muchos me despreciaban: yo entregaba fielmente á mi padre el producto de las limosnas y no me separaba de él ni un minuto.

Una señora anciana que pasaba un día por donde nos hallábamos mi padre y yo, se compadeció de nosotros y después de haberme dado algunas monedas, me dijo: — ¿Adónde vais de esta suerte, hijos míos? — Señora, vamos á buscar un albergue para

pasar la noche, que se acerca, y temo que su frialdad haga daño á mi padre.—¡Cómo! Buen hombre, ¿este muchacho es hijo vuestro? — Sí, señora, y es muy bueno; yo os lo aseguro. — Bien lo anuncia su rostro.—¿Qué edad tiene?—Diez años.—¡Es muy hermoso! Pero ¿dónde acostumbráis pasar las noches?—En el primer rincón que la caridad nos franquea.—Escuchad, buenas gentes: yo quiero recogeros; tengo dos camas en una sala baja, que ocupaban dos hijos de mi jardinero, los cuales están ahora en el ejército. Todas las noches podréis disfrutarlas: durante el día iréis á pedir limosna á donde quisierais, y al oscurecer os entregarán la llave de vuestro cuarto. Yo me obligo á dulcificar vuestra suerte: seguidme. Mi casa está muy cerca: venid conmigo, y agradeced á Dios el haberme encontrado.

La buena señora caminaba delante de nosotros. Mi padre la llenaba de bendiciones, y á poco rato llegamos á una hermosa casa situada enteramente en el campo, y en la que todos los criados imitaban la humanidad de su señora. Nos entregaron la llave del cuarto bajo, nos dieron también de cenar, y nos acostamos en dos camas que nos parecieron de blanda pluma, porque hacía muchísimo tiempo que no sabíamos lo que era dormir en blando.

A la mañana siguiente la mujer del conserje nos dió de almorzar, y salimos al camino á implorar la compasión de los buenos corazones. Voy á daros á conocer las almas caritativas que nos habían franqueado un asilo, á la verdad, alejado del cuerpo de la casa, pero cómodo y aseado.

Madama de Aubri, viuda de un rico comerciante, vivía de sus rentas con un hijo, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, cuya única ocupación eran el estudio y la beneficencia. Ninguno se apartaba de su presencia sin salir consolado: cuidaba sobremanera de su madre, anciana y algo enferma, y ningún día dejaba de ir á desayunarse junto á su lecho, porque la buena señora se levantaba muy tarde. Por la noche también la acompañaba. En fin, por todos los medios posibles procuraba pagarle los cuidados que le habían costado su crianza y educación.

Hubiéramos podido dispensarnos de mendigar, según el cariñoso extremo con que nos trataba la buena señora; pero temíamos que creyese que queríamos serle absolutamente gravosos. Nos hacía mil regalos, pues con mucha frecuencia decía á sus criados: Llevad esto al pobre ciego; guardad aquéllo para el buen ciego; comprad tal cosa para Pepito. — Ella y su hijo tenían muchas veces la bondad de pasar á visitarnos; me hacían cantar algunas canciones de mi país, reían á carcajadas, y se retiraban muy contentos. El hijo de aquella señora era aficionado á la música, y su instrumento favorito era la flauta. Quiso enseñarme á tocarlo, persuadido de que me sería útil para ganar la vida, y todos los días me daba lección. Por mi parte no tardé

en manifestarle que sabía aprovecharme de su condescendencia. También me enseñó á leer y á escribir, y me instruyó en todo cuanto cabía en mi corto entendimiento. No hay beneficio que mi padre y yo no hayamos debido á aquellas dos generosas criaturas; pero la felicidad dura poco. Vamos ahora al suceso más particular de mi vida.

Habíamos pasado tres años en aquella casa, y hacía dos que nuestros bienhechores dispusieron que mi padre no saliese á pedir limosna. Todo lo hallábamos en aquel asilo; y aun Mr. de Aubri pensaba en proporcionarme un buen establecimiento, cuando la desgracia que nos perseguía vino á trastornar todo el edificio de nuestra esperanza y tranquilidad.

Mr. de Aubri estaba muy á menudo distraído y taciturno; había momentos en que parecía agitado de una terrible desesperación, y estos accesos eran mayores hacia un mes. Su madre le preguntaba la causa continuamente; pero él se excusaba con que el estudio le enardecía la cabeza. Estaba reservado á nosotros descubrir la causa de su melancolía, como lo vais á oír.

Una tarde que yo volvía de pasear con mi padre á tiempo que empezaba á oscurecer, advertí que todavía nos faltaba un largo trecho para llegar á casa, y sentí un involuntario terror. Hacia algún tiempo que se hablaba de una tropa de bandidos que infestaba el país; nuestro aspecto seguramente no nos exponía á ser robados; pero el temor no reflexiona. No dije á mi padre que oscurecía; pero le supliqué que acelerase el paso, pretextando que el aire refrescaba mucho. Me creyó el anciano, y caminamos aprisa, cuando al pasar por un bosquecillo salieron dos hombres corriendo: parecía que venían huyendo. El uno de ellos estaba herido y derramaba mucha sangre por un brazo, aunque le tenía envuelto en un pañuelo. El otro empujó á mi padre con tal fuerza, que le derribó al suelo.—¡Cielos!—exclamé.—¡Habrà tal aturdimiento!—¿Cómo aturdimiento? ¿Por qué no se apartan á un lado?—¿No veis que mi padre es ciego?—¿Ciego? ¡Compadre—dijo dirigiéndose al otro,—aquí tenemos al hombre que necesitamos!—Sí, por cierto, contestó su compañero. ¡La casualidad nos le presenta: llevémosle!

A estas palabras, los crueles me arrebataron la flauta que siempre llevaba conmigo; cogieron á mi padre cada uno por un brazo y le obligaron á caminar con ellos. Juzgad de su espanto, de sus clamores y de los míos. En vano les supliqué que me restituyesen á mi padre: los bárbaros se rieron de mis lágrimas. Quise al menos seguirlos; pero uno de ellos me dió un terrible empellón y me arrojó en tierra; procuré levantarme, y antes de que lo hiciese, uno de los malvados sacó de los bolsillos unos cordeles y llevó su ferocidad hasta el extremo de atarme á un árbol, en presencia de mi padre, que dirigía al Cielo melancólicos gemidos.

Después que me ató, á pesar de los esfuerzos que hice para resistirme, los monstruos volvieron á coger á mi padre, que no quería alejarse de su desgraciado hijo, manifestando con su débil resistencia la fuerza de la ternura paternal. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuve el dolor de verme arrebatado mi padre sin poder seguirle y sin quedarme más consuelo que mi llanto. Considerad cuál sería mi situación, amigos míos, y decidme si puede darse otra más horrorosa. Vedme solo en un bosque al cerrar la noche, atado á un árbol y sin esperanza de ver pasar alguna persona que rompa mis ligaduras. Todo me asustaba, todo me estremecía; las sombras no me permitían distinguir los objetos; oía á lo lejos los espantosos aullidos de los animales que habitaban aquellas espesuras, y creía que se acercaban á devorarme. Estos temores, el fúnebre silencio de la noche y el horror de mi situación casi me privaban del sentido, cuando de repente descubrí á lo lejos...

Aquí interrumpió Palemón al joven músico para advertir que ya era hora de que su familia se retirase. José se levantó, y prometiendo á los muchachos continuar su historia la tarde siguiente, se despidió de ellos. Dejemos á Palemón disfrutar de la incertidumbre de sus hijos acerca del dinero que habían recibido, sin que José hubiera tenido tiempo para descubrir su origen.





## TARDE VI

### LA INGRATITUD

Monstruo execrable maldito  
Tirano de la virtud  
Es la vil ingratitud.  
Mora en el negro Cocito,  
Encarnada en el Precito  
De Dios enemigo eterno,  
Alimenta del Averno  
Las fatídicas mansiones,  
Vertiendo en los corazones  
Todo el odio del Infierno.

¡Qué larga se les hizo la siguiente mañana á nuestros jóvenes! Llegó por fin la caída de la tarde, y todos se encaminaron apresuradamente al emparrado. Esperaban impacientes al saboyanito, y su padre entretanto les hacía sabias reflexiones acerca de los sentimientos que inspira la Naturaleza en un alma bien educada; pero advirtió que en aquellos momentos su moral era casi inútil. Todos deseaban que llegara José, y tenían los ojos clavados en la puerta. Al menor ruido imaginaban que entraba el deseado historiador; ¡pero no venía! ¡Qué lástima sería que los dejara toda una noche en la incertidumbre de lo que le sucedió en el bosque estando atado á un árbol! ¡Qué tortura para

su curiosidad si no volviese á la granja! Entretanto la hora adelantaba. Ya desesperaban de verle aquella tarde, y en todas las fisonomías se pintaba el descontento. Viendo Palemón el onfado de sus hijos, para distraerlos con una ocupación agradable fué por el libro grande para acabar de leer la historia del buen Gerardo.

Se lo entregó al lector Armando, y todos los muchachos prestaron atención, después de recordar que habían quedado en la llegada de Mr. Dupuis.

### Continuación de la historia de Dulis y Gerardo.

«Todos los criados se habian levantado respetuosamente á recibir á Mr. Dupuis, y nuestro amigo Gerardo habia permanecido sentado para ver más á su satisfacción á tan importante personaje. Era un hombre de unos treinta años, bien formado, pero de fisonomía que manifestaba doblez y falsedad. Mr. Dupuis habló largo rato en voz baja al desconocido, en seguida se despidió, y acercándose luego á Gerardo, con un ridiculo tono de protección le dijo:—¿Qué se ofrece, amigo mío?—Hace dos horas que aguardo ocasión para hablar á Mr. Dulis.—Aunque esperases cuatro seria lo mismo, porque no puedes verle.—¿No?—No: es preciso que me digas á mí lo que quieres con él.—¿Conque Mr. Dulis no ve á sus amigos sino con intermedio de procurador?—¿Sus amigos? ¿Eres tú amigo suyo? ¿Tú?—¡Yo te haré arrepentirte de tus amargas burlas cuando Dulis sepa el modo insultante con que tratas á su amigo Gerardo!—¡Gerardo! Nunca ha tenido mi señor amigo de semejante nombre.—Pero si, comparece, eres tú el confidente de sus más secretos pensamientos, muchas veces le habrás oído hablar de mí.—No; nunca se ha acordado de semejante persona. Por lo demás, en mi mano está impedirte que hables á mi señor; pero quiero divertirme viendo el recibimiento que hace á su amigo Gerardo. Lafeur, lleva al amigo Gerardo al gabinete del amo... Pero no; á mí me corresponde hacer los honores y renovar los vínculos de esta amistad. ¡Sigueme, Gerardo! ¿Qué digo? Seguidme, señor don Gerardo. ¡Já, já, já!

En cualquiera otra ocasión habría dado Gerardo muy buenos mojicones á aquel impertinente criado; pero contema su cólera la esperanza de que Dulis le haría justicia de tan malos procederes. En fin, fué á verle y á arrojarse en sus brazos. Abrióse la puerta: un joven en traje de tocador estaba delante de un espejo, ocupado en leer una carta. Le reconoció Gerardo, y se precipitó en su seno.—¡Dulis, amigo mío!—¿Qué es lo que queréis? Mr. Dupuis, ¿quién es este hombre?—Pues qué, señor, ¿no le conocéis? ¡Es vuestro mayor amigo! ¡El amigo Gerardo!—

¿Gerardo?—¡Sí por cierto!—respondió nuestro buen labrador.—Soy tu antiguo compañero de colegio. ¿Lo desconocerás?—Dejadnos solos, Mr. Dupuis—le dijo Dulis.

Atónito Dupuis, habló en secreto á su amo: Gerardo no oyó más que estas palabras: «Es prodigiosa; no se puede mejorar.» Quedaron solos Gerardo y Dulis, y éste le dirigió entonces la palabra:—¿Vos aquí, Gerardo? ¡En verdad que no os esperaba! ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto!—Es verdad; pero ¿te has acordado de mí en todo ese tiempo?—Sí, por cierto; todos los días. Pero ¿qué es lo que te trae á esta ciudad?—¿Puedes preguntármelo?—Sin duda, disfrutas comodidades. ¿Trabajas con tu padre? ¿Te quiere mucho?—¡Ay, amigo mio; estoy lleno de pesares! Mi padre ya no existe, y me veo arruinado.—¿Arruinado? ¿Conque has tenido mala conducta?—¡Oh, cielos! ¿Tan mal piensas de tu amigo? Permíteme que me sienta y te contare mis desgracias.—Siento mucho no tener ahora tiempo para escucharte.—¿Conque... no tienes... tiempo? ¡Cruel! ¿De este modo recibís á vuestro antiguo amigo, que tantas veces os ha estrechado en sus brazos?—Entonces éramos niños: verdad es que nos queríamos mucho.—¿Y ésa es la única memoria que ha quedado de tan íntimo cariño? ¡Funestos presentimientos, qué poco me habéis engañado! Pero voy á manifestaros mi franqueza. No puedo avergonzarme de la promesa que voy á recordaros: *Si la desgracia te persigue, me dijisteis, ve á buscarme; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazón.* Yo soy desgraciado, y estoy aquí.—¿Y qué quiere decir eso? ¿Será alguien capaz de amenazarme en mi casa? ¿Qué significa eso de *traspasar el corazón*?—Las palabras, señor, no son nada: un amigo reclama el corazón de otro. Si os extrañáis de mí, decidmelo.—¿Ahora venís á recordarme unas expresiones tan fuertes? Los muchachos no saben lo que se dicen.—¿Y tienen los hombres menos alma que los muchachos?—¡Gerardo!—Ya me voy, señor: no debía esperar otra cosa del amo, atendida la insolencia de los criados.—¿Os han insultado?—Sí, señor.—Sin duda les habréis hablado con dureza, porque nunca...—¡Dejemos explicaciones! Yo he venido á buscar á Dulis; no le encuentro, y le abandono para siempre.—¡Escuchad, atended!...—¿Qué me queréis?—No quiero que se diga que un antiguo amigo ha venido á verme y no ha experimentado los efectos de mi liberalidad: si verdaderamente os halláis necesitado, algunos luses podrán...—¡Hombre ingrato y perjuro! ¡Guarda tus riquezas; prodígalas con mujeres perdidas, criados infames y hombres corrompidos, que en ti han echado á perder la más bella indole! ¡Niégate á la amistad; pero sabe que Gerardo nunca olvidará que Dulis ha vivido para él hasta la edad de diez y siete años! Mas teme que el infortunio descargue algún día



sobre ti todas sus iras; tiembla de que la suerte agote en ti todo su favor!

Dichas estas razones se retiró Gerardo, dejando á Dulis como petrificado con la funesta suerte que le había pronosticado. Dulis sentía su corazón oprimido por los remordimientos. Quiso llamar á su amigo y expiar entre sus brazos la falta que había cometido; pero entró Mr. Dupuis y le ofreció mil motivos de distracción y consuelo. Dejemos á estos hombres perversos y volvamos con Gerardo á la posada, donde ha dejado á su hermana, á la cual va, sin duda, á sorprender refiriéndole lo que le ha sucedido.

Por la primera vez experimentó Gerardo cierta especie de vergüenza atravesando la antecámara, donde los señores lacayos estaban muy dispuestos á mofarse de él nuevamente. Gerardo se había engañado respecto al juicio que formó de Dulis, y estaba más humillado que si hubiese cometido algún delito. No podía concebir cómo las riquezas y el libertinaje ahogan en un buen corazón los sentimientos más bellos. Como que quería dudar de que aquel Dulis á quien acababa de ver fuera el mismo á cuyo lado pasó su feliz niñez; y decía para sí: ¡Dios mío! Si la edad de la razón muda tanto al hombre, ¿por qué no es siempre niño? Si la fraternidad, la bondad y la dulce confianza rodean su cuna, ¿por qué no le acompañan también hasta el sepulcro? ¡No lo sé!

Complaciase Gerardo en sus reflexiones filosóficas; pero bien pronto la imagen de la indignencia que le esperaba comprimíó su corazón: un temblor involuntario se apoderó de sus miembros, y conoció, demasiado tarde, *que en la sociedad nadie debe contar sino consigo mismo*. Sin embargo, era preciso que pensara lo que había de hacer. Mil proyectos acudieron á su turbada imaginación, y al cabo resolvió ejecutar el siguiente: Se pondría á servir de jornalero en casa de un labrador; su hermana le haría compañía y con las labores de su sexo procuraría ayudar á su subsistencia: así, la paz y la tranquilidad habitarían con ellos bajo el techo fraternal, y no conocerían los vicios de las grandes sociedades.

Vuelto á la posada preguntó por su hermana, y le respondieron: Pues qué, ¿no está con vos?—¿Conmigo?—Sin duda: ha salido de aquí.—¿Salido? Explicáos más claro, señora.—¿Qué mayor claridad? Me fui á las habitaciones altas; cuando bajé, ya no estaba vuestra hermana, y creí que había ido á buscaros. Esto es todo lo que puedo deciros.—¿Qué oigo, Cielos? ¡Mi hermana! ¡Julia! ¿Dónde estará? Nosotros á nadie conocemos en la ciudad. ¿Qué puedo pensar de su ausencia?—Esperad un poco: no debe de tardar en volver; acaso por curiosidad haya salido á pasearse un rato por este barrio, que es el más hermoso de Cambrey.

No se puede imaginar la inquietud de Gerardo durante la ma-

ñana, y aun todo el día, porque Julia no pareció. ¿Qué haría? ¿Adónde habría ido? ¿A quién preguntaría? Reprendió agríamente á la dueña de la posada, la cual le respondió con dureza que ella no había de llevar una joven colgada de la cintura como manojito de llaves. Casi se entregó Gerardo á la desesperación. Ya era de noche, y determinó dar parte al magistrado. Preguntó á la criada de la posada dónde vivía el juez, por cuyo medio esperaba saber de su hermana. La criada, que era la misma que la noche anterior le había dado señas tan ciertas del pérfido Dulis, le dijo:—¡Ah, mi querido señor; guardáos de ir á la casa del juez! Os tengo mucha inclinación, porque me parecéis franco y bueno. Mirad: no ha mucho que vino aquí un dependiente de la Justicia, que es compadre mío, y yo le dije:—¡Hola, Tomás! ¿Cómo va? ¿Cómo están vuestra mujer y el niño?—Muy bien—me contestó. Le brindé con un trago, y lo aceptó con mucho gusto: le di una copa, me senté, y tomé otra para hacerle compañía, porque yo gusto mucho de mi compadre, que es un bello hombre; ¡sí, por Dios! Más veces ha visto el fuego de la guerra que yo el de la cocina.—Lo creo; pero al fin...—Al fin me dijo:—¿No está aquí aposentado un tal Gerardo?—No—le respondí:—porque yo no sabía vuestro nombre.—No puede menos—me dijo él.—Es una especie de aldeano no mal trazado, que llegó ayer con una hermana suya.—¡Ah, sí, sí; aquí está!—le contesté.—¡Tanto mejor!—me respondió.—Esta noche... Y añadió á esto un juramento atroz. Porque el tal mi compadre jura como un carretero; no es extraño. ya lo veis, porque ha sido muchos años soldado, y siempre en batallas; valiente y arriesgado...—¡Al caso, por Dios, que me tenéis en la mayor inquietud!—¡Ya estoy, ya estoy! En dos palabras, para abreviar: hoy habéis sido delatado al juez como vagabundo y malhechor, y esta noche vendrán á prenderos. Lo sé; no hay que dudar: mi compadre me ha enseñado la orden, y está encargado de ejecutarla. Si hubierais estado aquí, ya no tenía remedio, porque mi compadre es terrible en eso de cumplir con su obligación. ¡Caramba, es más listo que una bala de cañón! Yo le he aconsejado que volviese á media noche, porque á esta hora es cosa muy natural encontrar á las gentes en su casa.

Un rayo no habría confundido tanto á Gerardo. ¿Quién le conocía en Cambray? ¿Qué enemigos ocultos podía tener en la ciudad? ¿Sería algún nuevo rasgo de la perversidad de Dulis? Por otra parte, ¿sería verdad la relación de la criada? ¿Habría visto la orden fatal? ¿No podía ser un lazo que le prepararan los raptos de su hermana? Sí; no podía ser otra cosa. Gerardo se confirmó en esta idea, porque no era posible que le hubieran calumniado: el hombre virtuoso no puede sospechar semejante maldad. Se presentaría al juez, manifestaría el rapto de su hermana, por-

que era forzoso que alguien la hubiera robado, puesto que no parecía; y si el magistrado había expedido alguna orden contra él, la haría revocar, descubriéndole la malicia de sus enemigos, quienes, sin duda, disponían su prisión para consumir sus horribles deseos.

Lleno Gerardo de confianza, se dirigió á su cuarto para tomar su bastón y sombrero; pero apenas había subido tres escalones cuando oyó decir en el portal:—¿Ha vuelto Gerardo?—No—respondió la criada;—todavía está corriendo por la ciudad en busca de su hermana, que se la han robado.—¿Se la han robado? ¡Bravo! ¡Es cosa nueva! El magistrado nada sabe de eso; y á la verdad, las gentes que le han delatado no dijeron que tenía una hermana. Es muy raro que tal hombre no haya vuelto, siendo ya las nueve; pero á bien que á media noche no se nos escapará. Tú me llevarás con mucho sigilo á su cuarto; ¿no es así? — ¡Sí por cierto; y aun te alumbraré!— ¡Mil gracias! ¡Hasta la vista, comadre!— ¡Adiós, compadre!

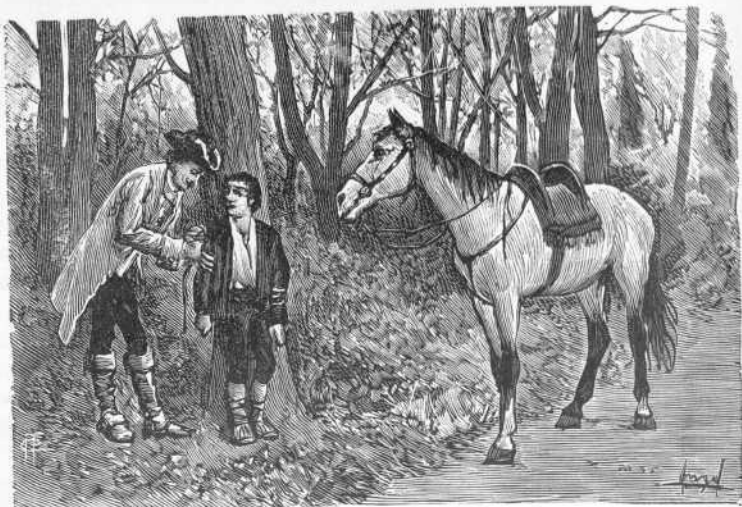
Quedó Gerardo sobrecogido del susto que le causaran las palabras de aquel hombre que le buscaba. Vió subir á la criada, que con el mayor interés le dijo:—¡Escapad, escapad pronto! Ya veis lo que hago por vos. ¿No le he respondido bien?— Gerardo subió precipitadamente á su cuarto, recogió su corto equipaje, lo lió y pagó el gasto á la criada, manifestándole el pesar que tenía por no poder agradecerle los favores que le debía.— ¡Adiós, mi buena amiga, adiós; ya conocéis...!— ¡Sí, sí; no perdáis un instante! ¡Pobrecito! ¡Cuánto me alegro de poder salvarle! Porque ya se ve que sois un hombre honrado. ¡La cara lo dice!

Por fin Gerardo se veía obligado á evadirse del peligro, á huir; á huir solo, sin su querida hermana, dejándola acaso entregada al infortunio más terrible.

Agitado por estos pensamientos salió de la ciudad, cuando un nuevo incidente vino á aumentar sus males.»

Palemón, viendo que la hora era avanzada, mandó á Armando suspender la lectura, prometiendo continuarla otro día.





## TARDE VII

---

### EL DESINTERÉS

El que vive despegado  
Del miserable interés  
Y el bien obra, porque es  
Del hombre deber sagrado,  
Es un sabio consumado.  
Conociendo la bajeza  
De la caduca riqueza  
Del mundo, prefiere al oro  
La gloria eterna, tesoro  
De inestimable grandeza.

La impaciente curiosidad de los hijos de Palemón se hallaba aquella tarde dividida entre la historia de los estudiantes y la del joven saboyano: dudaban acerca del desenlace de cuál de las dos desearían con más anhelo conocer. En esta perplejidad se hallaban, cuando oyeron la flauta que sonaba á lo lejos. El himno de victoria entonado por un ejército no causa mayor gozo á su asustada patria que la que en aquellos niños produjo el sonido del alegre instrumento. Salieron en busca del saboyano, le acompañaron, le hicieron sentarse á su lado y, rodeando todos al buen padre, escucharon al narrador, que continuó su historia en estos términos:

**Continúa la historia del padre ciego.**

Os dejé, amigos míos, en el momento en que sólo, separado de mi padre y atado á un árbol en una noche oscurísima, hacía retumbar la selva con mis gemidos: cansado ya, dejé de quejarme, y advertí que se acercaba á mí una luz.—Cuando ya estaba próxima la persona que la conducía, exclamé:—¡Oh, tú, cualquiera que seas; ven á dar libertad á un infeliz, así el Cielo te bendiga! Pero al oírme dejó la linterna en el suelo y echó á correr con todas sus fuerzas. Así pasé la noche. Al amanecer oí pasos de un caballo que se aproximaba; poco después le vi y distinguí al jinete, que era mi protector Mr. Aubri. Le llamé á voces, me reconoció sorprendido, y fué al momento á desatarme. Le referí mi desgracia derramando un torrente de lágrimas, y acordándome de que uno de los malhechores llevaba un brazo herido y de que por él se desangraba, seguimos la dirección que la mancha de las gotas nos marcaba, y no tardamos mucho en llegar á las ruinas de un castillo viejo, donde juzgamos que habrían ocultado á mi padre. Di vuelta alrededor de las paredes, oí un pequeño ruido procedente de una ventana que daba á un sótano, llamé á mi padre, y me contestó lleno de alegría. Gozoso yo también hasta el extremo, discurri con Mr. Aubri los medios de libertarle. Ensayé, y vi que podía deslizarme por entre los hierros de la reja; descolgándome con la cuerda que me habían atado, bajé al subterráneo y me arrojé en los brazos de mi padre. Reconocí el calabozo y observé que la carcomida puerta sólo estaba asegurada por un cerrojo que encajaba en una pared casi deshecha. Pocos esfuerzos me costó acabar de destruirla, franquear la salida y subir por una escalera tortuosa á reconocer el interior del derruido edificio, en el cual, después de haber atravesado un patio, descubrí una puerta que salía al campo, y una llave colgada junto á ella.

Volví al sótano, referí á Mr. Aubri el éxito de mi exploración, y le pedí una de sus dos pistolas, que me echó atada con la misma cuerda, prometiéndome esperar junto á la puerta. Salí del calabozo conduciendo á mi padre, atravesamos los corredores, pasamos por el patio, tomé la llave, y cuando ya estaba abriendo oí que me gritaban:—¡Detenéos, ó sois muertos!—¡Eso lo veremos!—contesté disparando al que hablaba un pistoletazo que le hizo caer al suelo herido en una pierna. Salimos por fin; pero la explosión de la pistola y los gritos del herido habían despertado á los habitantes de aquellas ruinas. Mi padre había montado en el caballo de Mr. Aubri, y ya nos disponíamos á alejarnos, cuando una joven apareció en una ventana alta exclamando: ¡Por Dios, salvadme; libertad á la pobre Cecilia! — ¡Cecilia! —

exclamó Mr. Aubri.—¡Ella es! ¡Cecilia, reconoce á tu amante!—  
¡Aubri, estoy en poder del pérfido Ferrando!

Apenas habian terminado estas palabras, vimos salir tres bandidos, dos de los cuales eran los mismos de la tarde anterior. El otro, á quien yo no conocía, se acercó á Mr. Aubri, que le esperó con las pistolas amartilladas; pero al acercarse á él y conocerle quedó como aterrado y se cubrió el rostro con las manos.—  
¡Pérfido amigo — le dijo mi protector, — aquí tienes á tu rival!  
¡Dispútame con las armas la virtuosa mujer que has robado á su familia, ó tráemela al momento, si no quieres perecer á mis manos!—Ferrando, que así se llamaba el desconocido, se retiró con los bandidos, y un momento después volvió acompañado de la hermosa Cecilia, se la entregó á Mr. Aubri y volvió á encerrarse en su guarida.

Mi protector amaba á Cecilia, joven apreciable cuyo dote consistía sólo en sus virtudes y sus gracias. La madre de él se habia opuesto á su enlace, porque no quería que su hijo se casase con una mujer pobre. También Ferrando la amaba, aunque sin ser correspondido. Un día que éste salió de caza se vió asaltado por tres ladrones, de los cuales tendió á dos en tierra, y reconociendo en el tercero á un antiguo criado suyo, se le ocurrió la idea de robar á Cecilia y llevarla á alguna guarida ignorada de todos. Así lo hizo auxiliado por el bandido y por otros compañeros; pero la joven vivía triste y melancólica en aquella compañía aborreciendo á su raptor, que en vano procuraba distraerla.

Entonces quiso llevarle algún músico con este objeto, y los bandidos, deseando complacerla y creyendo que mi padre era el que tañía la flauta, le llevaron á las ruinas para que divirtiese á la pobre prisionera.

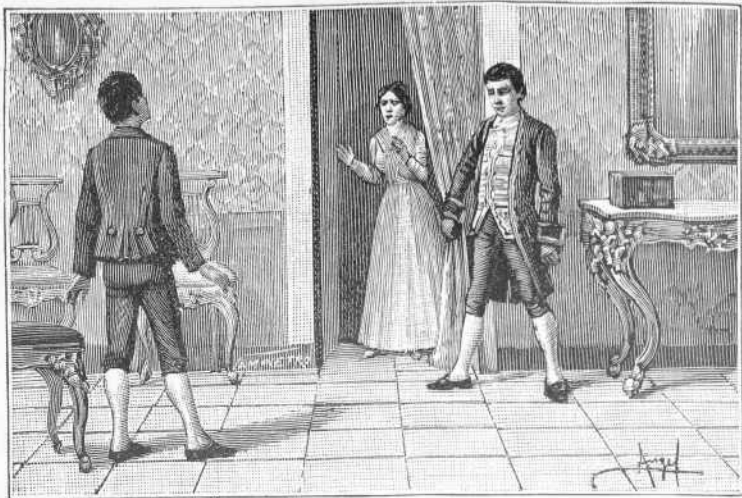
Madama Aubri consintió al fin en el casamiento, y vivimos todos juntos durante dos años en la mayor felicidad, que fué turbada por la muerte de la anciana señora, á la cual pocos meses después siguió mi padre á la tumba. Mi protector, agradecido á que por mi medio se hubiera descubierto el paradero de su esposa, y queriendo premiar la intrepidez con que salvé á mi padre, me hizo brillantes promesas que no quise admitir, sirviéndome de única satisfacción el haber cumplido con mis deberes desinteresadamente. Reuní un poco de dinero, fruto de la liberalidad de la difunta señora, y dejé la casa que durante cinco años me habia servido de asilo.

Hace tres ó cuatro días que, pasando por la ciudad inmediata, quise visitar y consolar á los enfermos del hospital, pues no hay placer más puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Había en el lecho un anciano moribundo: me preguntó hacia qué punto me dirigia, y cuando le dije que venía á este pueblo,—¡Ah! — exclamó derramando algunas lágrimas.—

¡Dadme el gusto de entrar en casa del labrador Palemón! Allí encontraréis cinco niños modelos de virtud y caridad. Todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseían. Yo no tengo parientes, y quiero que sean mis herederos. Tomad esa corta cantidad, fruto de mis economías, que no creía bastante para pasar el resto de mis días y, sin embargo, me sobra toda entera. Repartidla entre ellos, y decidles que recibiendo la satisfarán los deseos del viejo mendigo. — Me encargué gustoso de esta comisión, y aquel mismo día falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podéis inferir que el amor filial, el desinterés y la caridad son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar. Palemón fingió sorprenderse del rasgo caritativo de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad, y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el saboyano recibiese una parte de la herencia; pero él se negó á aceptarla, diciendo que la Providencia atendía liberalmente á sus necesidades y que conocía lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario; pero prometió no olvidarse nunca de Palemón ni de sus hijos.





## TARDE VIII

### EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS

*¡Perdónalos, Padre mio!  
¡No saben lo que se hacen!  
Los que en vengar se complacen  
Una ofensa, y desvarío  
Juzgan en su orgullo impío  
Las ofensas perdonar,  
Aprendan del Ejemplar  
Divino lo que es nobleza.  
¡No es deshonra, no es baja  
Los agravios olvidar!*

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano: pero más aún la gratitud del mendigo que los había nombrado herederos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplearla; hasta que por fin se le ocurrió á Julio que, supuesto que ellos nada necesitaban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si había desgraciados en el pueblo que reclamaran auxilios, y socorrerlos, haciendo para ello un fondo común, pues la herencia del pobre debía volver al pobre. Todos los niños convinieron en ello excepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemón, que se regocijó del



buen empleo que trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegara á malearse, y se propuso corregirle más adelante.

Llegada la tarde y colocados bajo el emparrado, mandó el buen padre llevar el libro grande, y en él leyó Armando lo siguiente:

### **Fin de la historia de Dulis y Gerardo.**

Abismado en serias reflexiones caminaba Gerardo ya fuera de Cambray, cuando pasaron dos hombres junto á él diciendo:—¡Es obstinada como una Lucrecia! En efecto; parece virtuosa. ¡Pobre Gerardo! ¡Si supiera que su hermana sólo está á dos leguas de aquí!

La celeridad de los caballos no permitió á nuestro amigo oír una palabra más de la conversación de los dos desconocidos; pero esto bastó para hacerle decidirse á registrar todas las inmediaciones de la ciudad. Su hermana estaba á dos leguas; pero ¿en qué dirección? Preguntó en una posada que encontró en el camino, y le informaron de que por allí había pasado hacia algunas horas una aldeana, á quien contra su voluntad llevaban en un carruaje; dos lacayos la habían bajado desmayada.—¿Llevaba saya negra?—Sí.—¿Y pañuelo azul?—Justamente.—¿Y no sabéis adónde la llevaban?—No, porque apenas se repuso la volvieron al carruaje y desaparecieron.

Gerardo continuó caminando en la dirección que le indicaron; pero, distraído en sus cavilaciones, se separó del camino y se perdió. Cuando, vuelto en sí, advirtió su extravío, se encontró en un profundo valle; pero estaba tan rendido, que tendiéndose sobre el duro suelo, quedó bien pronto profundamente dormido.»

Al llegar aquí Armando advirtió que al libro le faltaban algunas hojas, pues de la página 254 pasaba á la 267. ¿Qué remedio? Era preciso contentarse con ignorar los sucesos intermedios, y siquiera saber la conclusión. Continuó, pues, leyendo:

«Un año hacía que Gerardo residía en París dedicado á hacer recados y comisiones para los comerciantes, entre los cuales había uno que le distinguía con especialidad por su honradez, y acaso le habría admitido en su casa como dependiente, si una feliz casualidad no hubiese proporcionado al virtuoso joven los medios de vivir con independencia y vengarse con nobleza de los agravios de su amigo.

Pasando un día por delante de una administración de Loterías, se le ocurrió la idea de aventurar el dinero que llevaba; y tal fué su fortuna, que pocos días después vió con indecible placer que había alcanzado un premio de veinte mil duros. Dueño de un capital para él inmenso, al instante tomó el partido de volver á Cambray y buscar á su hermana. Si Dulis era rico,

aún le dejaría entregado á su suerte; pero si estuviera necesitado, le diría:—Partamos entre los dos mi dinero.

Se disfrazó de comerciante judío y llegó á Cambray bajo el nombre de Benjamin, fingiendo que iba á emplear caudales; corrió la voz en la ciudad, y el primer vendedor que se le presentó fué Dupuis.—¿Vais á estableceros en esta ciudad?—preguntó al supuesto judío.—No—respondió éste cubriéndose bien el rostro para no ser conocido; voy á países extranjeros y busco objetos de valor.—Pues yo os proporcionaré algunos: pero en estos tiempos... la probidad... ¡Ya me entendéis! Mi amo está necesitado, y es preciso que entre los dos nos compongamos... Me daréis un recibo de la mitad del dinero que me entreguéis por cada cosa, y así todos viviremos.

Así sucedió que por joyas que valian doce mil recibió Dupuis tres mil duros, de los cuales sólo debía dar á su amo mil quinientos. Terminada la venta, supo que Dulis pensaba huir de la ciudad al día siguiente, y se decidió entonces á dar parte al magistrado de las maldades de Dupuis, quien, despojado de las cantidades mal adquiridas para restituirlas á su dueño, fué conducido á la cárcel á esperar el condigno castigo.

Gerardo recobró su nombre y su modesto y verdadero traje; tomó la cajita de las alhajas compradas y se dirigió con ella á casa de Dulis. ¡Qué mudanza! ¡Qué cambio encontró en ella! ¡Ni un portero, ni un criado; la desnudez y la soledad más tristes reinaban en todas las estancias! Llegó al cuarto de Dulis, y éste, creyendo ver en él alguno de sus muchos acreedores, palideció. Conoció á Gerardo, y pareciéndole que iba á insultarle en su desgracia y á echarle en cara la conducta que con él había observado cuando estaba en la opulencia, tomó una pistola y quiso quitarse la vida; pero Gerardo le detuvo, le estrechó en sus brazos y le persuadió á que admitiera sus consejos y su protección.—No nací vicioso, Gerardo—dijo Dulis;—pero las malas compañías, los malos consejos y el atractivo de las riquezas y de los deleites... ¡Mas ya todo lo he perdido!—Pues bien; si estás arruinado, vende las fincas, paga á los acreedores...—¡No basta; me faltan aún cinco mil duros!—No importa; aquí los tienes en buenas letras de cambio; aún nos quedan otros diez mil con que vivir cómodamente y, además, lo contenido en este cofrecito, que es tuyo.—¿Mío?—Sí; ábrelo.—¡Cielos! ¡Mis alhajas! ¿Cómo puede ser si las he vendido?—Porque la amistad las ha comprado y te las devuelve. Entonces Gerardo le contó la maldad de Dupuis y su paradero.

¡Hombre generoso!—continuó Dulis.—¡Si supieras hasta qué punto me he hecho indigno de tu amistad! El mismo día que te traté con tanta dureza, Dupuis te denunció como vago, y yo contribuí á obtener del Juez una orden de arresto contra tí.

¡Pero aún no es esto todo; aún tienes un motivo mayor para detestarme!—¡Entonces se levantó, llamó á su mujer, salió ésta, y Gerardo quedó absorto al verla. Ambos se abrazaron estrechamente. ¡Era Julia!

Apenas saliste aquel día de tu posada—continuó Dulis,—entró en ella Dupuis y vió á tu hermana. Se informó de la mesonera en cuanto á tu condición y al objeto de tu venida, y pensando que la belleza de Julia podría distraer mi fastidio, le dijo que quedabas en los brazos de tu amigo Dulis y enviabas á llamarla. Así engañada, la sacó de la casa y me la presentó. ¡Figúrate cuál sería su situación al desengañarse! Viendo yo cuán inútiles eran mis tentativas de seducción, la trasladé á una casa de campo, donde ha sufrido todo el peso de la desgracia. Mi fortuna, en tanto, se destruía á pasos agigantados. Concebí por Julia una verdadera pasión al conocer su virtud: se compadeció de mí, y me casé con ella en secreto. Tal ha sido mi conducta. ¡Árbitro eres de mi suerte! ¡Véngate de cuanto te he hecho padecer!—Mi venganza será estrechar á ambos en mis brazos. Si quieres ser feliz, olvida tus malas inclinaciones, como tu amigo y tu esposa olvidan sus agravios.

Dulis vendió sus fincas, pagó á los acreedores, y con el resto de sus bienes adquirieron una linda alquería, en que vivieron felices muchos años.

Así terminó Armando la lectura, sobre la cual hizo Palemón serias reflexiones, concluidas las cuales se retiraron á disfrutar las dulzuras del sueño.





## TARDE IX

### LOS DESAFÍOS

Es el vencerse á sí mismo  
Del hombre la mayor gloria,  
Y la más dulce victoria  
Del sublime cristianismo.  
¡Y el moderno paganismo  
Y la razón endiosada  
Pretenden de una plumada  
Hacer del duelo un honor!  
¿Hay desafuero mayor?  
La justicia, ¿está en la espada?

Armando era el único que faltaba de nuestra pequeña sociedad cuando Palemón llegó á ella, por lo cual mandó que le llamasen; y cuando se encontró momentos después en presencia de su padre, el anciano le dijo solamente:—Mucho has tardado, hijo mío.—Señor, estaba...—Siéntate, y escuchad todos una historia que me ha causado gran disgusto. Bien sabéis quién era el dueño del castillo que se ve en aquella cumbre.—El marqués Derfort—dijo León.—Justamente. Pues voy á referiros una parte de su vida.

### El padre castigado.

El marqués Derfort se casó á la edad de cuarenta años con una hermosa señora, con quien habría vivido en la mayor felicidad si la muerte no se la hubiera arrebatado al hacerle padre de un hermoso niño. Inconsolable quedó con tan lamentable desgracia, y para aliviar sus penas dedicó su atención y ternura á la educación de su hijo. Creció éste en edad, en estatura y en talento: su padre le rodeó de excelentes maestros, y con su auxilio hizo progresos en las letras. Ricardo era cortés, generoso y benéfico para con los desgraciados.

Pero todas estas ventajas las oscurecía un desmedido orgullo, que, estimulado por su padre, le hacía incurrir en una ridícula manía. Tal era la de la vana ostentación de los títulos y prerrogativas de su familia. «Piensa—le decía el Marqués,—que circula por tus venas la sangre más ilustre de Francia, que cuentas siete siglos de Nobleza, y que la historia de tus antepasados se pierde en la noche de los tiempos.»

Quince años tenía Ricardo cuando su padre se vió precisado á ausentarse por largo tiempo, dejando encargado muy particularmente al ayo que hiciese instruir al joven en el manejo de la espada; pues la esgrima, decía, es una de las habilidades más útiles á un noble: lo cual cumplió puntualmente, logrando hacer de aquél un furibundo espadachín. Hacía dos años que el Marqués estaba ausente, y ya había escrito el día fijo de su regreso, cuando recibió una carta del ayo de Ricardo en que le decía entre otras cosas:

«Al salir de la Ópera hace tres días vimos junto al coche dos jóvenes que decían:—Barón, te equivocas; éste no es tu coche: examina las armas.—Tienes razón; las mías tienen un águila más. Estas son de Derfort; y á fe que casi valen tanto como las mías.—¿Conocéis al caballero Derfort?—dijo Ricardo acercándose.—No por cierto; ni deseo conocerle.—Pues tened entendido que si sus armas no valen tanto, su espada vale más que la que inútilmente lleváis pendiente de la cintura.—¡Insolente!—¡Pocas palabras; seguidme, y conoceréis á Derfort!

»Salieron los dos al campo seguidos por mí y el amigo del incógnito, cruzaron las espadas, y vuestro hijo recibió una herida mortal, de la cual falleció pocos momentos después, maldiciendo la educación que había recibido.» Así terminaba la carta. Apenas la leyó el Marqués, se apoderó de él una melancolía tan profunda, que en poco tiempo le condujo al sepulcro. ¡Por nada en el mundo—añadió Palemón—me confesaría yo hermano, amigo y mucho menos padre de un espadachín!

Mucha fué la energía con que Palemón pronunció estas palabras; pero mucho mayor era aún la confusión con que Armando

las escuchaba. Por fin se arrojó á los pies de su padre, y le dijo: —¡No, padre mío; no soy ningún tigre, ni volveré á incurrir en la falta que hoy he cometido! Sabed que...—Todo lo sé; mas, sin embargo, refiérelo, por el ejemplo que debes dar á tus hermanos.—Pues oid: Hace pocas horas que, viniendo de paseo, preocupado en resolver un problema de Matemáticas, encontré á Julián, que me miró y se echó á reír.—¿De qué te ríes, salvaje? —le dije.—¡De ti!—¿De mí, insolente?—La insolencia es tuya. ¿Quién eres tú para tratarme con tanta soberbia? Hijo de un labrador, como yo, con la diferencia de que mi padre siempre ha tenido criados, y el tuyo ha sido un jornalero. Irritado por el poco respeto con que hablaba de vos, le di un bofetón; quiso él darme otro; pero nos separaron las gentes que pasaban. Me desafió; acepté, y mañana debemos reñir á palos.

¡Muy bien, Armando! ¡Ya estás en el caso del hijo del Marqués! ¿Y sabes por qué se reía Julián?—Sí, señor; después lo conocí: porque el aire me había llenado de hojas el sombrero. Pero haberos tratado de jornalero...—Tiene razón, y me honro de haberlo sido. El hombre que prospera á fuerza de economía y trabajo, vale más que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulación.

Un general en jefe de un ejército que, acompañado de su Estado Mayor y lleno de condecoraciones, pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, Germán y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluída la comida, dijo el General:—Hoy soy vuestro jefe; pero habéis de saber que empecé mi carrera por los grados más ínfimos. Hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, después me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí y hoy vuelvo á mi patria. Estos respetables ancianos son mis padres.—Atónitos quedaron todos, y mucho más los aldeanos, que contaban á su hijo por muerto ya hacía muchos años. Abrazáronse todos estrechamente, y lo que más entusiasmaba al veterano era deber sus adelantamientos al valor, á la aplicación, á la actividad.

—Ahora, Armando —continuó Palemón,— creo que no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales.— ¡Padre mío, espero vuestras órdenes!—¿Mis órdenes? Pues bien; mañana...—Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julián y de su padre. Armando se puso encendido al ver á aquél; pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusión. El hijo de Palemón pidió á Julián que le perdonase.—Ya está expiada tu falta—respondió éste.—Si el bofetón que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

¡Aprovecháos de esta lección, hijos míos!



## TARDE X

### EL AGRADECIMIENTO

Por instinto, á su manera,  
Sin saber lo que es virtud,  
Demuestra su gratitud  
Hasta la fiera más fiera.  
¿Y habrá un alma tan rastrera.  
Un racional tan villano,  
Que en vez de besar la mano  
Que le colmó de riqueza  
Lleve su infame vileza  
Hasta maldecirla insano?

La mañana de aquel día estaban los niños reunidos en la sala; Palemón, á quien creían distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrían aquéllos sobre la variedad de historietas que en los días anteriores habían oído, y de ellas deducían que el corazón humano abunda en sentimientos de nobleza, de caridad y humanidad, de los cuales eran excelentes ejemplos Gerardo, Aubri, el conde Dorimón, y otros muchos; pues si bien Dulis y el joven Derfort se habían separado del camino de la rectitud y de la prudencia, había sido vencidos por afectos, pasiones y malos ejemplos, no por perversidad ni depravación. De aquí sacaban la consecuencia de que cuando la

edad los pusiera en estado de presentarse en sociedad, debían hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.

Mucho se alegró el anciano de oír esta conversación; pero ella le persuadió de que si continuaba presentando á sus hijos modelos de virtud dignos de imitación, quizás engendraría en ellos una ciega confianza para con la generalidad de las gentes que pudiera acarrearles serios disgustos, y esto le decidió á cambiar algún tanto de método en sus lecciones prácticas.

La misma tarde envió á Armando con una carta para un vecino suyo. El joven tenía que atravesar el bosque para llegar á la alquería de aquél, y cumplió bien su mandado; pero al volver por la espesura vió en el suelo un rollo de papel atado con tres cintas, una encarnada, otra azul y otra blanca. Lo cogió. Era bastante pesado: sin duda se le había extraviado á algún pasajero, á pesar de que el camino era poco transitado. Dudó si abriría el envoltorio para ver lo que contenía, pero al fin resolvió llevarlo á su padre tal como se hallaba.

En efecto; volvió á casa cuando ya sus hermanos, juntamente con el jefe de familia, se hallaban sentados bajo el emparrado: dió cuenta de haber desempeñado su comisión, y en seguida entregó su hallazgo, añadiendo que, por más que había mirado, no encontró en aquellas inmediaciones la persona á quien pudiera pertenecer. Palemón aparentó sorprenderse, aplaudió la conducta de Armando, desató el paquete, y en la primera cubierta halló un letrero que decía: *Conservad estas tres cintas, pues vendrán á reclamarlas*. Rompió la segunda cubierta, y debajo encontró, con general sorpresa, *dos mil reales* en buenas monedas de oro, y juntamente con ellos un papelito que decía: *Esta suma está destinada á la impresión de este cuaderno, sumamente útil á la posteridad*. Juntamente había un cuadernito, y con él un papel que decía: *El autor de este manuscrito estará mañana á las once en el mismo lugar donde le habéis hallado*.

Todos estos misterios excitaron en el ánimo de los jóvenes la más viva curiosidad: llenos de admiración, rogaron á su padre, que aparentaba tomar parte en ella, que les leyera la singular historia, y efectivamente el anciano leyó lo que sigue:

## HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

### CAPÍTULO I

#### El testamento singular.

Pedro Deviñes era hijo de padres poco acomodados; pero por medio de su trabajo y aplicación logró reunir una fortuna tal, que pocas podían igualarla en la comarca. Había llegado á la



ancianidad, y era feliz. Tenía tres hijos, llamados Ricardo, Humberto y Graciano, á quienes había educado con esmero, los cuales le ayudaban en su trabajo sin codiciar las cuantiosas riquezas que pasaban por sus manos, ya que de ellas disfrutaban moderadamente. Le llegó al anciano Pedro la hora de la muerte, y teniendo junto al lecho mortuorio á sus hijos, les habló así: «Hijos míos, vais á cerrarme los ojos: las inmensas riquezas que poseo, y que ahora van á ser vuestras, me ha costado mucho trabajo adquirirlas; vosotros trabajaréis lo mismo para heredarlas. He entregado mi testamento á vuestro tío Tomás: juradme que cumpliréis cuanto en él os mando.» Así lo juraron los tres jóvenes derramando un torrente de lágrimas: el anciano les dió la bendición y expiró.

Se hicieron al buen Pedro los últimos honores, y sus hijos, dando una breve tregua al dolor, rogaron á su tío que les leyera el misterioso testamento, el cual decía:

«Antes de declarar á mis hijos mi última voluntad, debo contarles mi historia, la cual nunca han sabido, y no les será enfadosa. Soy hijo de un artesano. Entregado al estudio de las artes desde mi más tierna edad, no habría hecho sin duda tan brillante fortuna sin el auxilio de tres personas, cuyos principios, costumbres y virtudes son muy raras en el siglo en que vivimos. Un filósofo, á quien desgracias que no había merecido redujeron á la miseria más horrorosa, se hizo mi amigo y tomó el trabajo de cultivar mi entendimiento enseñándome la Moral y la Filosofía. Perdí á este hombre apreciable, y un bienhechor de nueva especie reparó la pérdida que acababa de experimentar: fué un rico desinteresado que me llenó de beneficios por espacio de seis años, sin verme, y aun sin querer que supiera su nombre. «Nada estrecha más á los artistas, me escribía muchas veces; nada estimula tanto su emulación como la necesidad de trabajar para vivir. Vivid, amigo Deviñes: no trabajéis sino para vuestra gloria y para perfeccionaros.» Juntamente con estas cartas me enviaba sumas considerables de dinero. En fin, murió también aquel generoso desconocido: entonces supe su nombre y que me dejaba un legado considerable en su testamento.

»Ahora vais á conocer la tercera persona que ha contribuido á mi felicidad. En un viaje que hice, la imprudencia de un guardabosque casi me costó la vida: recibí un escopetazo, y quedé tan desfigurado, que era imposible conocerme cotejando mis facciones con las que anteriormente tenía. Un desconocido me hizo trasportar desde el camino á su casa. Su hija era hermosa y sensible: se me ocurrió fingirme pobre, á fin de ver si aquella joven podría amar á un hombre feo y sin dinero. Hice brillar á sus ojos el poco talento que tenía, y me fué útil. Justina, que después fué vuestra madre, se casó conmigo, y quedó atónita

cuando al tiempo de firmar el contrato conoció los grandes bienes de que era poseedor, y que la había engañado agradablemente. Ella también era muy rica; otras herencias aumentaron una fortuna que ya era tan considerable, y con esto, hijos míos, queda mi historia concluida.

»Después de haber hecho mil reflexiones sobre la casualidad dichosa y rara que me había llenado de felicidades por medio de tres individuos que si de propósito los hubiese buscado nunca los hallara, formé el proyecto de recompensar con una parte de los bienes que he recibido de aquellas tres personas á otras tres de iguales circunstancias, y he contado con mis hijos para que satisfagan la deuda de su padre. En consecuencia de esto, deberán ejecutar lo siguiente: luego que se acabare de leer mi testamento, los tres se disfrazarán, y dejando los bienes en poder de su tío, á quien nombro mi executor testamentario, correrán el mundo hasta que hayan encontrado un artista infeliz que no lo sea por su culpa, un poderoso que sea benéfico sin ostentación ni interés, sólo por el puro placer de hacer bien, y, en fin, una mujer que se decida más por lo moral que por lo físico y por la riqueza. Cuando mis hijos hayan encontrado esos tres entes tan singulares, los conducirán á presencia de su tío, el cual repartirá entre ellos la mitad de mi herencia, pues con el resto de ella todavía pueden mis hijos vivir con ostentación.

»Huberto, que tiene bastante penetración, es observador y sabe insinuarse, buscará al infeliz; Ricardo, cuya ternura y bondad son capaces de conmover los corazones más duros, buscará al rico, y Graciano, el más joven de los tres, suspirará á los pies de las damas hasta que encuentre una desinteresada. Esta es mi voluntad. Un padre, aun en el sepulcro tiene derechos sobre sus hijos. Los míos tacharán acaso mi testamento de extravagante y aun de necio: poco me importa su opinión y la del público si mi proyecto resulta en beneficio de las costumbres y de la moral, porque para instrucción de los hombres escribirán mis hijos un diario de su viaje, y lo harán imprimir. Esta es mi última voluntad.—*Pedro Deviñes.*»

## CAPÍTULO II

### **El interés es la piedra de toque del corazón humano.**

Extravagante en extremo pareció á los tres hermanos el testamento de su padre; pero no por eso vacilaron un momento en ponerlo en ejecución buscando los tres sujetos recomendados, para lo cual se disfrazaron, tomaron el dinero necesario y partieron por diferentes caminos.

Sigamos ahora nosotros al sensible Ricardo, el cual había to-

mado unos vestidos muy sencillos que denotaban indigencia. Llevaba unas alforjas al hombro, y para caminar se apoyaba en un grueso y nudoso bastón. Quería ir á París, y caminó todo el día sin hallar otra cosa que granjas y labradores. Por la tarde se halló en una llanura de bastante extensión, y temió que la noche le sorprendiera en ella. Un soberbio castillo dominaba todo el llano á la derecha; las ventanas abiertas permitían es-cudriñar varias estancias adornadas con ricas colgaduras, grandes espejos y mesas de mármol, sobre las cuales, en candeleros de oro, ardían ya mil luces, aunque no había anochecido. La agradable armonía de un dulcísimo concierto, el movimiento de las gentes, todo indicaba á Ricardo que se daba alguna gran función en aquel magnífico castillo. Suspenso estaba contemplando lo que veía cuando le empujaron fuertemente. Volvióse y vió un hombre vestido decentemente y con un libro en la mano, el cual le pidió perdones. — No os había visto — le dijo, — por venir embelesado en la lectura. ¿Acaso os he lastimado? — No, señor; no por cierto, Pero, pues la casualidad me proporciona la ocasión de hablaros, os suplico que me digáis de quién es este castillo. — De un rico que se llama Dormont. ¿Le conocéis? — No, señor. ¿Parece que hay alguna diversión? — ¡No me habléis de eso! Yo soy el mismo Dormont, mío es este castillo, y nunca me hallo bien en él sino cuando estoy solo. Huyo de su recinto cuando los bailes y diversiones me recuerdan la vida tumultuosa de las ciudades, que detesto. — Perdonad mi curiosidad. ¿No dais vos la función? — No, á fe mía: mi mujer es la que celebra el día de mi nacimiento. Ha convidado á una multitud de gentes que hacen un estruendo infernal: yo he tomado un libro para leer y meditar, porque éste es mi único placer, y no gastar en una noche lo que haría felices á veinte familias pobres. — Eso es tener un corazón muy humano y generoso. — No hay mérito en ello: más quiero extender la mano al desgraciado que contribuir al lujo. — He aquí un hombre — dijo para sí Ricardo — que se asemeja algún tanto al que yo busco. ¿Cómo haré para ganar su confianza y asegurarme si es el que necesito? Dormont se despidió de Ricardo para continuar su solitario paseo; pero éste le detuvo y le suplicó que le dijese si había cerca algún pueblo donde pudiera pasar la noche. — ¿No sois de este país? — No, señor; voy á París á implorar el auxilio de las gentes caritativas. — ¿Cómo? — La muerte de un padre que me amaba me ha privado de todo recurso. — Parecéis bien nacido: no os faltarán auxilios. ¿Sabéis algún oficio? — Sé lo bastante para desempeñar el empleo de secretario ú otro semejante. — Quisiera poder proporcionaros uno: quedad con Dios. — ¿No podéis indicarme algún albergue? — Eso es imposible. Yo podría recibirlos en mi casa; pero ahora ¡hay tanta gente! ¡Adiós! — ¡Esperad! Como hace un

momento que os manifestasteis tan inclinado á favorecer...— ¿Qué quiere decir eso? ¿Por ventura me pedís limosna á semejante hora?—Me llena de rubor vuestra sospecha. Pretendo sólo excitar vuestra sensibilidad, no vuestra compasión.—Ya veo que tenéis mucho discernimiento. Me equivoqué. ¡Perdonad mi recelo! ¡Venid; venid conmigo!

Dormont llevó consigo á Ricardo, entró en el castillo y dijo al conserje:—Haced que este hombre cene con vos y que se acueste en el cuarto inmediato al vuestro. Luego, dirigiéndose á Ricardo, le dijo:—No puedo veros en toda la noche, porque tengo mucho á qué atender; pero mañana no os iréis sin hablarme. Entretanto paseaos por el parque y disfrutaréis los placeres que en él se preparan: veréis unos fuegos artificiales que dicen que son maravillosos, porque no hay locura en que no incurra mi mujer.

Retiróse Dormont y Ricardo pasó la noche notando la disipación á que todos se entregaban y la rareza de los personajes que componían aquella sociedad, y esperando la visita de Dormont con la mayor impaciencia.

Llegó el momento tan deseado: Dormont envió á llamar á Ricardo. Pasó el joven á la rica estancia en que se hallaba aquél, el cual, desde luego, le obligó á que le tratase con franqueza; después le preguntó su nombre, el estado de su padre, su conducta, etc., etc. Ricardo contestó á todo como mejor le pareció, pero con cierto aire de franqueza, de lo cual Dormont quedó muy satisfecho.—Amigo mío—le dijo en seguida,—he pensado en vos y creo que me convenís. Quiero favoreceros; pero exijo de vos mucho secreto y gran condescendencia. Madame Dormont, mi esposa, es vieja, fea y mala: no puedo tolerarla; y si no mediasen los hijos, hace mucho tiempo que me habría separado de ella. Para consolarme de estos disgustos he puesto, pero inoportunamente, todo mi corazón en una joven amable. Hace poco tiempo que mi mujer lo sabe, y se ha arrebatado á tales extremos, que ha comprometido mi reputación. En este supuesto, ved si os conviene lo que voy á proponeros: sois mozo y de nadie dependéis: yo os casaré con mi amada Constanza, y me encargo...—¡No prosigáis!—le dijo Ricardo furioso.—¿Es eso todo lo que queréis hacer por mí?—Sí, y me parece que el partido que os propongo no debe rehusarlo un hombre miserable.—Pobre soy, es verdad, pero no sin delicadeza.—¡Oh; si sois delicado, es cosa muy diferente! ¡Tanta delicadeza!...—¡La tengo, y vuestra proposición me ha ofendido infinitamente!—Tened la bondad de apaciguaros. ¡He aquí los hombres! ¡Desean que los sirvan en todo, y ellos no quieren corresponder en nada!—¡Siempre he tropezado con ingratos!—No aumentaré yo su número. El Cielo os guarde y os dé más conocimiento.

Ricardo salió precipitadamente. Dormont se levantó como para detenerle; pero al mismo tiempo llegó su mujer y le obligó á contenerse. Entretanto Ricardo corría como si alguien le persiguiera; y cuando se vió en el campo, exclamó dolorosamente: — ¡Ah; mucho temo que mi encargo sea más penoso que el de mis hermanos!

Mientras gime sobre lo mucho que se había equivocado con Dormont, vámonos tras de Huberto, que iba buscando un desgraciado cuyos males fueran efecto de la suerte.

Aquí Palemón dejó la lectura para el día siguiente. Había advertido la impresión que hacía en sus hijos, y celebraba interiormente lo dispuestos que se hallaban á la moral y á la sana filosofía.





## TARDE XI

### LA PRESUNCIÓN

¿De qué tienes presunción,  
 Hombre ingrato y presumido?  
 Si todo lo has recibido,  
 Si todo es del Cielo don,  
 ¿Por qué empleas tu razón,  
 El más rico de los dones,  
 En fomentar las ficciones  
 De tu loca vanidad?  
 Recibe con humildad  
 Del Cielo las bendiciones.

Todos los hijos de Palemón asistieron puntualmente á la reunión acostumbrada, con el más vivo deseo de oír en qué paraban las aventuras de los tres hermanos; y el padre, abriendo el libro, sin ningún preámbulo prosiguió su lectura.

### CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

#### CAPÍTULO III

#### **Orgullo vano.**

Disfrazado con un traje propio de un hombre de mediana fortuna, Huberto tomó el camino sin saber adónde se dirigía. Re-

volvía en su imaginación mil proyectos para conocer á fondo los desafortunados con quienes tendría que tratar durante el curso de su viaje. Hacia la mitad del día encontró una población y determinó descansar en ella.—En todos los rincones de la tierra—decía para sí—hallaré infelices faltos de todo recurso; pero no son éstos los que yo busco. Si no tienen el talento que distingue á los sabios en las respectivas profesiones, su suerte es muy común, porque son infinitos los que la experimentan. El desgraciado que debo buscar, cumpliendo el encargo de mi padre, ha de ser un hombre dotado de todas las cualidades intelectuales y de todas las disposiciones necesarias para que por sí mismo, por medio de sus conocimientos, facilitándole auxilios, sepa adquirirse fama y sea útil á su patria. Si á este hombre le han hecho infeliz el destino ó la envidia de los demás después de haber puesto cuanto está de su parte, éste es el que yo busco.

Preocupado con esta idea, Huberto determinó seguir su camino. Comió en la primera posada que encontró y luego se puso en marcha. Al cabo de tres días llegó á la gran ciudad de París, donde tomó un cuarto en una casa de huéspedes, y se preparó á cumplir la última voluntad de su padre. Hizo anunciar en los periódicos que una sociedad de sabios le había comisionado para averiguar quién era en aquella capital el artista que se había distinguido por sus obras más perfectas y descubrimientos útiles en su respectiva profesión, á fin de adjudicarle un premio que tenían acordado. Creía que esto era un buen medio para descubrir al hombre que deseaba hallar; pero se equivocó, porque su casa se llenó de charlatanes de todas clases que ponderaban sus talentos sin dar ninguna prueba de ellos. Aturdido Huberto y cansado de tanta multitud de fanáticos orgullosos, pensó dejar con todo sigilo su habitación, desesperanzado de hallar lo que buscaba. Ya había prevenido su maleta cuando recibió el billete siguiente, que reanimó sus esperanzas:

«Si el aspecto de la indigencia no os asusta, tomaos el trabajo de venir á la calle de Reuilly, en el arrabal de San Antonio, núm. 25, cuarto piso, y veréis un infeliz artista privado de todo recurso, pero que acaso merecerá vuestra estimación.—*De Yurán.*»

Muy alegre con esta invitación Huberto, creía que ya había terminado las fatigas de su peregrinación, y al instante se presentó en la habitación indicada; empujó una puerta que estaba entornada, y quedó sumamente enternecido al ver un venerable anciano acostado en una miserable cama, y que una joven hermosa como el amor le prodigaba mil atenciones y cuidados, hijos, al parecer, del amor filial. Al ver á Huberto la joven se avergonzó y corrió á ocultarse detrás de una vieja cortina. El anciano le miró con los ojos llenos de lágrimas y le dijo:—¡Ah,

señor! ¿Sois vos el sujeto á quien me he tomado la libertad de escribir una esquela?—Sí, señor. Y vos, ¿sois el desdichado Yurán?—El mismo, que os agradece la bondad de haber venido desde tan lejos á un paraje tan poco grato para un hombre dichoso. Apenas os envié la esquela, me arrepentí de haberlo hecho.—¿Y por qué?—¡Hay tantos intrigantes! ¡Hay tantos desgraciados que lo son por su culpa! El hombre que estáis viendo y oyendo es digno de ser distinguido por su aplicación, por sus desgracias y aun por sus virtudes, aunque decirlo parezca arrogancia.—Así lo creo; pero, pues no ignoráis lo que me ha conducido á París, servíos presentarme las pruebas que acrediten vuestro ingenio, y tomaré la correspondiente nota.—Al instante voy á satisfaceros. ¿Sofía?—Apareció la joven que se había ocultado, y el anciano le dijo:—Ve, hija mía; tráeme la obra que sabes, fruto de treinta años de fatiga, y que sólo me ha producido persecuciones. Ahora veréis, señor, lo que acaso todo el ingenio de los hombres juntos jamás habría podido concebir; y, sin embargo, yo lo he creado á fuerza de años, de estudios y de trabajos. Me he visto preso en varias cárceles, sin haber cometido otro crimen que querer hacer felices á los hombres. Esta es la obra: servíos examinarla.

La joven presentó un enorme manuscrito lleno de polvo, que parecía no haberse abierto en muchos años. Al ver su tamaño se desanimó Huberto y temió volver á ser engañado. Sin embargo, lo apoyó en la chimenea y empezó á hojearlo. En cada página veía figuras de Geometría, círculos, triángulos y ángulos de todas clases, acompañados de letras mayúsculas que indicaban el lugar de su explicación.—¿Qué significa esto?—preguntó Huberto con la mayor admiración.—Prestadme atención—le contestó el viejo.—Persuadido desde mi más tierna juventud de que el Ser Supremo ha puesto relaciones admirables en todas sus operaciones, y de que con la Moral y la Filosofía sucede lo mismo que con las ciencias matemáticas que nos ha permitido sacar del seno de la Naturaleza, he concebido el plan de una obra extraordinaria, y lo he puesto en práctica. He querido reducir á problemas de Geometría las lecciones más esenciales de virtud y los axiomas más simples del arte de gobernar. Decidme ahora: ¿cuándo un hombre ha concebido proyecto más vasto y más útil para lo presente y para lo venidero?

Huberto no respondió, y el viejo continuó diciendo:

—Pues esta obra tan sublime es la que me ha sumergido en horribles desgracias y en la indigencia en que me veis terminar mi carrera. Unos me han vuelto la espalda riéndose de mí á carcajadas; otros me han llenado de injurias y me han prohibido su sociedad. Yo me he enojado, y me parece que tenía razón para ello; ¿no es así?



Huberto permaneció silencioso.

—He escrito cartas sobre cartas, Memorias sobre Memorias, y todo ello no ha servido más que para suscitar nuevas persecuciones. Al fin, cansado de tantos insultos y ultrajes, he condenado mi manuscrito á un eterno olvido, persuadido de que los hombres no merecen que se los instruya é ilumine. He venido con mi hija á esconderme en este rincón, indigno de un hombre que ha pasado la vida trabajando por el bien de sus semejantes: á nadie trato y, por tanto, á nadie hablo de mi obra. Nunca habríais tenido noticia de ella si un amigo no me hubiera precisado á tentar este último recurso para hacer ver á todo el Universo los únicos medios que tenemos de hallar la felicidad en este valle de lágrimas.

Si el lector ha conocido la especie de locura del viejo, fácilmente comprenderá lo atónito que quedaría Huberto oyéndole tantas extravagancias dichas con el grave acento de la verdad. ¿Qué obra tan maravillosa era aquélla que había costado tantos desvelos y contenía la ciencia de la felicidad? Huberto la revisó de nuevo y no vió en ella más que figuras matemáticas. Dijo al anciano que se sirviera explicarle alguna cosa, porque nada entendía, y el buen hombre lo hizo con sumo placer. Pero como molestó mucho á Huberto, no queremos hacer lo mismo con nuestros lectores; y así, les bastará saber que señalando una línea, en cuyo principio decía *moral*, iba á terminar en un círculo donde decía *virtud*: de todos los puntos de este círculo nacían otras líneas, donde se leía: *beneficencia, bondad, dulzura, candidez*, etc.; de modo que, con arreglo á la explicación del viejo, el hombre, siguiendo la línea de la moral, entraba en el círculo de todas las virtudes. Con estas y otras invenciones semejantes pretendía corregir todos los vicios y establecer la felicidad universal. Aquel infeliz había pasado toda su vida entregado á esta locura, y por sostenerla experimentó graves desgracias. ¡Delirio incomparable! Se quejaba de los hombres; pero éstos, á quienes había atormentado y molido con tan inútil fárrago, ¿no tenían razón también para quejarse de él? Con todo, el infeliz era padre, y había encadenado á sus desgracias á una hija amable á quien debía hacer feliz antes de empeñarse en que lo fuesen los demás. He aquí un loco de una manía bien rara. Pero ¿qué digo? ¿Acaso no es demasiado común hallar en la sociedad muchos de estos entes proyectistas, que siguen un sistema errado con la perseverancia más obstinada?

Tal era el hombre raro con quien tenía que lidiar nuestro Huberto; y así, no tardó en dejarle, después de haberle prometido, como se hace con estas gentes, que volvería á verle y se tomaría más tiempo para examinar el manuscrito y participar su mérito á la sociedad. Dióle las gracias el anciano y salió Huberto, no

sin compadecerse de la joven, que, al parecer, sentía mucho el estado de su padre y probablemente lamentaría en secreto su obstinación.

Así que salió Huberto de casa del anciano en quien había creído hallar al hombre que buscaba, se volvió á la posada y determinó salir de París, resuelto á limitar sus investigaciones á las aldeas y pequeños pueblos de que desde luego se había desentendido.

Tomó Huberto al salir de París el primer camino que se le presentó, y caminó dos días casi sin detenerse. No buscaba Huberto, y quería encontrar. No era éste el medio de acabar pronto su viaje; pero el tumulto de París y la turba de embusteros y presuntuosos ignorantes que le habían rodeado hicieron que se desanimara.

Sumergido en estas reflexiones caminaba la tarde del segundo día, sin advertir que una ligera lluvia comenzaba á penetrar sus vestidos, y que las nubes, amontonándose en la atmósfera, aumentaban la oscuridad de la noche en que iba á sumirse toda la Naturaleza. Estaba en un camino de travesía, y ya no alcanzaba á distinguir las heredades que había admirado un cuarto de hora antes. Temeroso de la soledad en que se hallaba, é ignorando adónde se dirigía el camino que llevaba, extendió la vista por los tenebrosos campos y no pudo distinguir el más leve asilo.

El estrépito de los truenos y la cárdena luz de los relámpagos le llenaban de terror. Rasgáronse las nubes y vertieron á mares la lluvia que contenían en sus senos, y no halló ni un árbol donde refugiarse; pero, animoso y resignado y arrostrando el rigor de los elementos, prosiguió su camino. Ya por fin distinguió á lo lejos una luz, que regocijó su alma y reanimó su vigor. Siguió la dirección de la luz, y á poco rato se halló junto á la puerta de una casa, en cuyo umbral vió á un anciano que parecía estar contemplando el majestuoso espectáculo del choque de los elementos, y á quien no impresionó la llegada de Huberto; antes bien, dijo con entusiasmo á una mujer que le acompañaba: — ¡Ah! ¡Qué hermosura, dulce amiga! ¡Qué bellos son los efectos de la electricidad! ¡Qué grandeza y majestad tiene la Naturaleza!

Por estas palabras conoció Huberto que el anciano era hombre instruido, y tal vez artista; pues como sólo pensaba en esta clase de sabios, á todos los que encontraba los creía dedicados á las artes. Acercóse al anciano y le pidió hospitalidad, manifestándole lo mucho que le había fatigado la tempestad. El viejo le recibió con humanidad, y sin moverse del umbral de la puerta en que estaba entregado á la contemplación, dijo á la joven que le acompañaba que prestara á Huberto todos los auxilios que necesitase.

Huberto conoció que su huésped no era ceremonioso, y lo celebraba en su interior. Siguió á la joven, diciéndole que iba de París, que se había perdido en el camino, y que á no hallar tan generosos corazones, le habría sido imposible continuar su viaje, pues acaso habría perecido de cansancio y debilidad. Mientras enjugaba al fuego sus vestidos entró el viejo, que sin mirar á Huberto pidió á la joven la llave de su gabinete, porque quería hacer experiencias en su máquina eléctrica. Reparando Huberto que el viejo no hacía caso de él, le pidió permiso para acompañarle, añadiendo que podía lisonjearse de que no le faltaban luces para ayudarle en sus experiencias.—¿Conque tenéis nociones científicas? ¡Tanto mejor! Yo también las tengo: gusto mucho de las ciencias y las artes. ¡Oh! ¡Las artes! ¡Yo soy artista! ¡Venid; venid y veréis!

El anciano tomó una luz; Huberto le siguió y se sorprendió al hallarse en un soberbio gabinete lleno de instrumentos de física y de gran cantidad de máquinas que parecían ser invenciones de su huésped, porque muchas todavía no estaban acabadas, y se veían confusamente esparcidas por el suelo varias piezas é instrumentos para trabajar.

Después de algunas explicaciones recíprocas y de diversas pruebas demostrativas de que el anciano tenía una verdadera instrucción, dando á Huberto un golpecito sobre el hombro le dijo: Mucho me alegro de que la casualidad os haya traído á mi casa. Habláis de artes como un profesor diestro, y por eso quiero enseñaros varios descubrimientos económicos que he hecho. Tratándose de artes, llamo economía al medio de ahorrar tiempo, gastos y brazos. Ved aquí un telar de nueva invención: con sólo el manejo de este resorte, hago girar una multitud de ruedas, cuyo movimiento en sólo una hora produce más que otros telares en todo un día. También he inventado esta máquina para hacer medias; ésta, para gasas, y esta otra para hacer encajes. Esto es un piano, con acompañamiento de varios instrumentos. Quisiera que lo oyeseis; pero está toda la máquina desarmada. Y no debéis extrañar, amigo mío, porque se me presentan pocas ocasiones de manifestar mis obras.

De esta manera fué el anciano enseñando á Huberto las máquinas de su gabinete; y no habría concluido en mucho tiempo á no haberle avisado que ya era hora de cenar. Sentáronse ambos á la mesa con la joven, que por la conversación conoció Huberto que era la esposa del viejo. Nuestro peregrino no había tenido tiempo para apreciar los descubrimientos de su huésped; pero le miraba como á hombre sabio é ingenioso.—¡Si fuera éste—decía Huberto entre sí—el artista que busco! ¡Sería cosa bien particular haberle hallado cuando menos lo pensaba!

Lleno de esta dulce esperanza se propuso sondear á su hués-

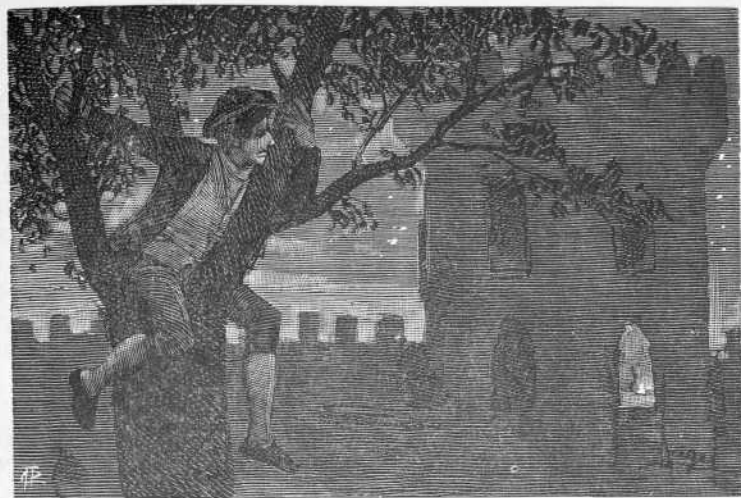
ped para saber si era tan modesto como parecía desinteresado. Mientras cenaban le preguntó si había publicado ya algún descubrimiento importante.—Ninguno, amigo mío, ninguno; no soy yo de las gentes que van pregonando su ingenio y sus obras. Soy absolutamente desconocido: vivo aquí solo con mi mujer, á un cuarto de legua de la ciudad, adonde nunca voy. Me divierto inventando, trabajando, y de este modo soy feliz.—Pero si podéis ser útil á vuestros semejantes ofreciéndoles el fruto de vuestros trabajos, pueden acusaros de que viváis tan oscurecido.—Diríais bien si los hombres fuesen dignos de que se los instruyera. Pero ¿iría yo á decirles que tengo más disposición y talento que ellos? Me maltratarían, me despreciarían, me confundirían entre la hez del vulgo, y perdería mi felicidad y sosiego por unos ingratos. No, amigo mío; los hombres no aman la verdad, y por eso es preciso guardarnos de decírsela. Mi patria no me merece: yo necesito recompensas dignas de los servicios que puedo hacer á la Humanidad. En una palabra: ó millones, ó nada.—Conque si yo, por ejemplo, fuese enviado por una Sociedad académica para conocer los artistas, juzgar sus inventos y adjudicar un premio honorífico á quien fuese más digno, ¿nada lograría con vos? — Nada, señor; nada absolutamente. ¿Qué me importa el lauro? Dinero es lo que busco, porque el oro vale más que la fama y los honores. Dentro de dos ó tres meses daré una vuelta por Europa, y espero hacer una fortuna muy considerable.—Os la deseo, caballero.

No insistió más Huberto: cenó, se acostó, y al otro día muy temprano volvió á ponerse en marcha, desesperado por haberle salido segunda vez fallidas sus esperanzas.

¡Qué raro es el hombre que me ha hospedado!—decía Huberto mientras caminaba. — No he tenido tiempo para examinar las máquinas que dice haber inventado. Muy buenas pueden ser; pero si de nada valen, tenemos otro loco, cuyas ideas son dignas de compasión; por el contrario, si sus inventos pueden ser útiles á la sociedad, es un monstruo si los sepulta ó los estima en exorbitante precio. ¡Vamos, Huberto; vamos, amigo! ¡No hay que desmayar! ¡Ese hombre vano y codicioso no es el que tú buscas: sigue tu peregrinación, continúa tus investigaciones aunque al parecer vuelvas el último de tus hermanos!

Así discurría Huberto, á quien la fatiga y la experiencia hacían cada día más filósofo. Dejémosle por ahora y sigamos á Graciano, cuyo empeño era buscar una mujer que le amase sólo por su talento y virtud.





## TARDE XII

### LA LIVIANDAD

Es la muelle liviandad  
Vicio que astuto blasona  
De noble, y nada perdona  
Para dorar su maldad.  
Ya invoca la caridad  
Para gozar en la orgía;  
Ya deja su hipocresía,  
Del escándalo impulsada  
Y... muere al fin asfixiada  
En su propia tiranía.

Esperaban con ansia los hijos de Palemón la hora de su reunión vespertina, porque deseaban saber los acontecimientos de Graciano. Llegada aquélla y reunidos todos, el padre tomó el libro y leyó lo que sigue:

### CONTINÚA LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

#### CAPÍTULO IV

##### El castillo.

Graciano era un joven de excelentes cualidades, y aunque no conocía prácticamente el amor, tampoco carecía de medios para

inspirarle ni para hacerlo creer, pues era músico y poeta. Vistió un traje pobre y emprendió su camino. Pasaron algunos días sin que le ocurriese cosa notable; mas una tarde, ya cerca de anochecer, distinguió un antiquísimo castillo almenado y rodeado de fosos, pero descuidado y casi amenazando ruina. Las ideas de Graciano eran un sí es no es quijotescas, y no tardó en figurarse que aquel vetusto edificio quizás serviría de prisión á alguna inocente beldad oprimida por un bárbaro é inhumano perseguidor. Su imaginación se exaltó; creyó oír lamentos; deseó ser el paladín de la cautiva belleza; se figuró el castillo con sótanos y puentes levadizos, animado por el opresor y la oprimida, con su correspondiente acompañamiento de enanos, dueñas y sayones, y su música de trompas y chirimías.

Absorto en tan extrañas meditaciones estaba el buen Graciano contemplando el castillo, cuando distinguió luz entre las celosías de una ojival ventana, y oyó una voz hechicera que cantaba lo siguiente:

Joven caminante  
Que mustio transitas,  
Espera un instante  
Y dime tus cuitas.

¿Qué penas, qué azares  
Afiigen tu pecho  
Con rudos pesares?  
¿Acaso te han hecho  
Su víctima amores?  
¿O tal vez meditas  
Finar los dolores  
Que en tu mente agitas?

¡Bello caminante,  
Cuéntame tus cuitas!

¿Dónde se encamina  
Tu marcha furtiva?  
Si es que tu divina  
Beldad te es esquivia;  
Si labra implacable  
Tormentos que evitas,  
Joven apreciable  
Que el amor exeitas,

Aún hay quien amante  
Alivie tus cuitas.

Admirado quedó Graciano al oír una canción tan conforme con sus poéticos ensueños; dudó si sería efecto de la casualidad ó de alguna invención prevenida para sorprenderle. Fuera lo que fuere, la aventura le pareció maravillosa y resolvió llevar-

la adelante. Improvisó, pues, y cantó las coplas siguientes, imitando el mismo aire y estilo de la dama:

Beldad soberana  
Que a fable me invitas  
Con voz sobrehumana,  
Escucha mis cuitas.

De amor los vaivenes  
No afligen mi pecho,  
Ni ingratos desdenes  
Me causan despecho;  
Mas, sólo en el mundo,  
Penas infinitas  
En tedio profundo  
Me sumer; si evitas

Mi muerte, señora,  
Escucha mis cuitas.

Vagando en la Tierra  
Sin bien, sin consuelo,  
No creo que se encierra  
Mi dicha en el suelo.

La voz melodiosa  
Conque á amar incitas,  
De mi alma afanosa  
Ansias inauditas,

En gozo las trueca  
Si escuchas mis cuitas.

Estos versos, cantados con voz sonora y expresiva, fueron oídos por la dama que los había provocado; pero no tuvo por conveniente corresponder al improvisado amor del peregrino. Al contrario, quizás por temor ó por vergüenza de haberse en cierto modo empeñado en una aventura, cantando por distracción unos versos que había aprendido en otro tiempo, lo cierto es que, tomando la luz, se ausentó de la estancia en que cantó, sin dirigir siquiera un suspiro al pobre caminante á quien acababa de electrizar. Bien advirtió Graciano que la luz desaparecía; pero, siempre lleno de ideas caballerescas, creyó que la castellana, sensible á su canción, iba á dar órdenes para que fuera conducido á su presencia. En esta confianza esperó largo tiempo; pero en vano, pues nadie pareció. Al cabo de una hora exclamó Graciano: — ¡Qué extravagante es el corazón humano! Bien veo que cada uno tiene un grado de sensibilidad que gasta enteramente en exterioridades, no quedando ni una sola centella dentro del alma. Extraviado, y en noche oscurísima, no sé qué camino tomar para hallar un asilo. ¿Qué haré? — Repentinamente se decidió á llamar. — Pediré — decía — una satisfacción;

me quejaré del lazo que han tendido á mi credulidad, y veremos si es lícito burlarse así de la buena fe de un corazón sensible. Se acercó á la puerta y llamó; pero no le respondió nadie. Volvió á llamar.—¿Quién llama á semejantes horas?—¡Un peregrino extraviado!—¡Retiráos, importuno! ¿Pensáis que no os han oído?—Pero...—Ved aquí, señora—decía la misma voz con acento de reconvención,—el efecto de vuestras canciones.—Señor—respondió la dama,—¿había yo de imaginar que precisamente se hallase tan cercano un caminante para responderme?—Esposa mía, sois una loca, y algún día seréis causa de que nos degüellen á todos en este castillo solitario.—Marido mío, siempre tenéis la cabeza llena de ilusiones.—Callad, ó de lo contrario soltaré todos los perros, los azuzaré contra vuestro *bello caminante*, y entonces podrá de veras contaros sus *cuitas*.

¡Esposa! ¡Marido! Graciano se estremeció al oír semejantes palabras. Presumía que la castellana vivía infeliz con un hombre tan bárbaro, que trataba de soltar los perros contra los caminantes. Indignado por esta presunción, se atrevió á decir al marido mil injurias; pero no le contestaron, y sólo oyó pasar y reparar cerca de la puerta. La fragancia de los manjares que disponían en la cocina llegó al olfato de Graciano, que estaba hambriento y no tenía dónde recogerse ni quien se compadeciera de su triste situación. Por fin se decidió á subir á un árbol y dormir en brazos de la Naturaleza, que nunca niega la hospitalidad á sus hijos. El que le pareció más á propósito fué uno que precisamente estaba inmediato á la ventana de la estancia en que cantaban cuando llegó. Se encaramó á él, y según iba subiendo, con voz firme y dolorido acento cantó los siguientes versos:

Lleno de pesares,  
Un sueño propicio  
Va buscando ansioso  
Este peregrino;

Y pues que los hombres  
Le niegan auxilio,  
Un árbol frondoso  
Será compasivo,

Y hospedará grato  
Al fiel peregrino  
Que por la desgracia  
Se ve perseguido.

Aún no se había acomodado entre las ramas del árbol, cuando vió acercarse una luz á la ventana consabida, y que después de un corto rato hacían descender aquella luz hasta quedar depositada en el suelo. Bajó inmediatamente del árbol, se acercó



á la luz, y vió pendiente de una cinta una linterna, una llave y un papel. Impaciente por saber lo que éste contenía, se apresuró á desdoblarlo y leyó lo siguiente:

«Estaba con mamá cuando ella cantaba la canción del caminante; también he oído la vuestra, y después he sabido que os han negado la hospitalidad para esta noche. ¡Pobre peregrino! Si mis padres han sido tan inhumanos con vos, aceptad el asilo que os ofrece su sensible hija, á quien habéis interesado en extremo. Debajo de la ventana, un poco á la izquierda, hallaréis una puerta que se abre con la llave que os envío: entrad sin miedo. A la derecha hay una sala con una cama, donde podéis pasar la noche; y por la mañana al iros cerráis bien la puerta, y pondréis la llave entre la piedra que veréis al pie del segundo árbol de la hilera izquierda, contiguo á la puerta principal. A nadie digáis nada, porque creerían que hago mal, y el corazón me dice que hago bien. ¡Adiós; buenas noches!»

Figúrese el lector cuál sería la sorpresa y la alegría de Graciano. La carta de la niña le embelesó: era un ángel tutelar destinado á socorrer á los infelices. Graciano amó á aquella joven, aunque no la conocía; y la amó desde aquel momento con la mayor ternura. Debía de ser bellísima, porque ¿cómo han de ser feas las personas que tienen buen corazón? A favor de la luz de la linterna halló la puerta; la abrió y se encontró en un cuarto bajo bastante limpio, aunque, al parecer, inhabitado hacía algún tiempo, adornado con sillas antiquísimas medio destrozadas y sin cama alguna, pero sí con un banco que podía hacer su oficio. La comodidad no era mucha; mas Graciano se dió por satisfecho.

Ya se disponía á entregarse al sueño cuando oyó bajar por una escalera, y que se detenían á una puerta del cuarto en que se hallaba.—¿Estáis ahí?—Sí. ¿Sois vos quien...?—Sí, yo soy. ¿No estáis aquí mejor que en el campo?—Sí, señora. Pero ¿no veré el ángel benéfico que...?—No tenéis necesidad de verme para aprovecharos del corto socorro que os dispense.—¡Amable criatura! Perdonad si os molesto; pero ¡la necesidad me debilita tanto! Desde esta mañana no he podido reanimar mis fuerzas...—¡Ah! ¡Ya entiendo! ¿Deseáis tomar algún alimento? No sé cómo hacer para traéroslo, porque me he propuesto no veros, y nadie más que yo sabe que estáis aquí. Sin embargo, si me prometéis que no intentaréis verme, puedo entreabrir esta puerta y alargaros algunos manjares. ¡Pero no, que tendría demasiado miedo!—Hermosa incógnita, yo juro no miraros...—¡No, no juréis! ¡Esperadme; pronto vuelvo!

Graciano oyó que la niña subía la escalera y que cerró tras sí una puerta; luego nada percibió. Deseaba con ansia verla, y el haberle pedido algún alimento más era efecto de este deseo

que de su necesidad; pero había ofrecido privarse del dulce placer de verla, y debía cumplir su palabra. Con la mayor impaciencia é inquietud esperó cerca de una hora. Por fin oyó pasos, y vió que se entreabría la puerta desde donde le habían hablado: su corazón empezó á latir violentamente.—Tomad estos manjares—le dijeron;—pero volveos de espaldas para no verme, como me lo habéis prometido.

Vuelto de espaldas Graciano, alargó la mano y recibió lo que le daba la joven; pero no pudiendo contener por más tiempo su curiosidad, se volvió rápidamente hacia ella, y aunque la escasa luz de la linterna no le permitió distinguir más que el bulto de una mujer, iba á decirle mil ternezas, cuando de improviso se presentó en la estancia un hombre furioso, acompañado de varios criados con luces, y exclamó:—¡Imprudente esposa! ¡Bien recelé la traición que meditabas! ¡He aquí una nueva prueba de tu perversa conducta!

Considérese la confusión de Graciano: la amable hermosura á quien creía deber la hospitalidad, la niña hermosa, era una mujer entrada en edad y fea cuanto es posible. Entretanto que Graciano contemplaba absorto aquella escena, disputaban obstinadamente marido y mujer; mas ésta, furiosa por verse descubierta á los ojos del peregrino, dirigiendo á su marido coléricas miradas le dijo:—¿Qué derecho tenéis para expiar mis pasos de esta suerte?—Porque os he visto ir y venir continuamente, porque os he oído bajar varias veces por esa escalera y porque conozco las infamias que caben en vuestro pecho. Además de esto, ¿no os he oído desde arriba fingir la voz y decir *papá* y *mamá* para persuadir á ese forastero de que érais la hija de la casa? Muy dichoso soy no teniendo hijos, por no verlos pervertidos con el ejemplo de una madre delincuente. ¡Ah! ¡Cuántas veces maldigo la cadena que arrastro!—¿Y por qué os la impusisteis? ¿Qué érais cuando me digné hacerlos dueño de mi mano? ¡Nada! Todo lo traje yo: os enriquecí, y ésta es la recompensa de mis beneficios. ¿Es posible, Dios mío—decía llorando;—es posible que así se trate á una tierna esposa á quien se le debe todo? ¡Hombre inhumano, hombre ingrato y sin delicadeza, debíais bendecir un lazo que...!—¡Vamos de aquí, señora, y avergonzaos de la conducta que observáis delante de un desconocido, que, si es hombre honrado, formará de vos el juicio que merecéis! En cuanto á vos—dijo á Graciano,—sólo puedo acusaros de la excesiva facilidad con que habéis caído en el lazo que os tendió mi mujer; porque sin duda creíais que era más joven y no tan fea, á no ser que, conociéndola antes...—Os juro—le contestó Graciano—que nunca había visto á vuestra esposa, y que, aun reputándola por hija vuestra, habría observado la conducta que exigen las leyes del honor.—Bien puede

ser; pero sois demasiado joven para resistir en semejantes casos. Yo sabía muy bien lo que me hacía, y convendréis en que, conociendo, como conozco, á mi mujer, era preciso no permitir que se albergase en mi casa el *pobre peregrino*; mas viendo que no sois peligroso, *bello caminante*, pasad la noche en esta sala, y por la mañana tomaréis el camino que se os antoje. ¡Buenas noches!

Ya se había retirado la castellana llena de rabia y despecho, y su marido se retiró asimismo, dejando bien cerrada la puerta de la escalera.

A las seis un criado llamó á su puerta. Graciano se vistió, se informó de la salud del dueño de la casa, y suplicó al criado que le hiciera presente su gratitud y su sentimiento por la molestia que le había causado. Después le suplicó que le indicase el camino de París, y se alejó del castillo donde había recibido tan fuerte lección.

Nosotros no le seguiremos á París, donde, por mucho que trabajó y discurrió, no halló más que coquetas, mujeres muy diferentes del tipo que él buscaba.

Cansado de las molestias que le causaban sus investigaciones, recibió en fuerza de la experiencia un conocimiento perfecto del carácter de las mujeres, y al fin tomó el partido de alejarse de una ciudad en que la fluctuación de las intrigas no convenía á su condición dulce y sosegada; y esperando que tal vez la casualidad le presentaría lo que hasta entonces había buscado en vano, salió de París desconfiado de volver á su casa antes que sus hermanos.





## TARDE XIII

### AMOR DESINTERESADO

Amor desinteresado...  
Amor tan sublime es,  
Que tan sólo en Dios lo ves  
A la perfección llevado.  
Pero al morir enclavado  
En una cruz maldecida  
Por dar al hombre la vida,  
Con el ejemplo te advierte  
Que si El amó hasta la muerte,  
No hay para el amor medida.

Reunida nuestra tertulia como las tardes anteriores, colocáronse los muchachos en el sitio que cada cual acostumbraba, manifestando con su silencio y teniendo la vista fija en su padre, el deseo que tenían de saber el fin de la historia de los peregrinos. Palemón prosiguió la lectura en estos términos:

### FIN DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

#### CAPÍTULO V

#### Los tres prodigios.

Sería interminable esta historia si fuésemos á referir las variadas aventuras que á los tres peregrinos ocurrieron con gentes

ricas que hacían pasar por generosidad la inversión de sus caudales en satisfacer brutales pasiones, con pseudo-sabios y artistas que á su refinado egoísmo y petulancia daban el título de abnegación; con mujeres coquetas y livianas que se atrevían á dar á su libertinaje el precioso título de amor. Después de mil infructuosas diligencias, Graciano volvió el último á casa de su tío Tomás, donde halló á sus hermanos: sólo á él esperaba el tío para juzgar si sus tres sobrinos habían cumplido la última voluntad de su padre y partir entre ellos la herencia. Por fin llegó Graciano conduciendo á una joven acompañada de su tutor, cuya fisonomía inspiraba respeto. Huberto estaba sentado junto á Tomás; á su lado había un anciano agobiado por el peso de los años y muy pobremente vestido: era el infeliz que buseaba, y que al fin había encontrado. Algo más retirado estaba Ricardo hablando con un hombre como de unos cuarenta y seis años, muy bien puesto, que parecía ser el rico desinteresado objeto de su comisión. Los tres hermanos se abrazaron vertiendo lágrimas de ternura, y se manifestaron deseosos de saber sus respectivas aventuras: su tío Tomás, que también lo deseaba, hizo sentarse á todos junto á sí. Convinieron en que Ricardo fuera el primero que las refiriese, y éste se explicó del modo siguiente:

—Mi relación no será larga: os bastará saber que después de haber buscado inútilmente un hombre rico y benéfico solamente por el gusto de serlo, y después de no haber hallado más que libertinos, ambiciosos y, sobre todo, multitud de egoístas, me volví á casa de mi tío desesperanzado de poder cumplir con mi encargo, cuando llamó mi atención un hombre que hallé llorando en el camino. Parecía atormentado de algún grave pesar: me acerqué á él, y con cuanta dulzura inspira siempre el aspecto de un infeliz le pregunté la causa de su sentimiento. — ¡Estoy perdido — me respondió; — estoy perdido! ¡He suscitado contra mí el odio del mejor de los amos! — ¿Cómo? ¡Hablad; explicáos! — Hace diez años que sirvo, ó por mejor decir, que soy el intimo confidente de un hombre rico llamado Berville, á quien pertenece el castillo que veis situado en aquella colina. Es el hombre más tierno, más generoso y más digno de estimación que se conoce: cifra su felicidad en favorecer al desgraciado; pero no como los demás. Un solo rasgo os hará conocer su excelente corazón y la causa de mi desgracia. El señor de Berville tiene un sobrino, que crió á sus expensas por haber quedado huérfano desde la infancia. Procurando su bienestar por cuantos medios le parecían justos, pensó en casarle muy ventajosamente con la hija de un vecino. Cuando esto intentaba supo que el sobrino estaba en relaciones hacia ya bastante tiempo con una joven de familia muy pobre, y que de aquellos amores habían resultado dos hijos. Otro se habría irritado; pero este señor sólo trató de

informarse secretamente de todo lo que entre ambos jóvenes había mediado. Sus averiguaciones le ocasionaron la más sensible pena. No hay duda — le oí decir; — esa joven será víctima de la seducción sin merecerlo. ¿Qué intenciones tendrá mi sobrino? ¿Si habrá pensado solamente satisfacer su pasión abusando de la inexperiencia de una joven? ¡No será interin yo viva! — Quiso descubrirlo, y con este fin, obrando con el mayor disimulo, propuso al sobrino que solicitase la mano de la señorita que le designó, ofreciendo dejarle por su único heredero si se decidía á complacerle. El señorito no pudo ocultar su alegría, dando por efectuado el matrimonio mediante la gran influencia que con el padre de la propuesta tenía su tío. Le contestó que estaba pronto á cumplir su deseo, pues que no podía proponerle cosa que fuera más de su gusto, y se retiró brincando de contento. Vi pintada la rabia en el apacible rostro de mi amo; pero se contuvo, quiso disimular aún, prometiéndose á dar á su sobrino una severa lección, despidiéndole además de su casa si se negaba á cumplir el sagrado deber que á sí mismo se había impuesto, pues creía conforme con la moral y la razón que reconociera por esposa á la madre de sus hijos.

Una mañana que salí acompañando á caballo al señorito me habló del casamiento que le proponía el tío y de lo mucho que halagaba su amor propio la idea de unirse á una joven tan acaudalada y de tan esclarecida familia. Como yo sabía lo que proyectaba mi amo y estaba bien enterado de los amores del señorito y de su conducta, porque se valía de mí en muchas ocasiones y me hacía mil regalillos, con los cuales me tenía ganado, le manifesté el gran chasco que su tío le preparaba si se negaba á dar la mano á Belly, que era la joven á quien había engañado.

Débil é imprudente fuí. Con mi relato se enfureció el señorito, juró, se desató su lengua contra mi buen amo, y dijo que primero consentiría en ser hecho pedazos que en casarse con Belly; que los hijos de ésta no eran sus hijos, porque del mismo modo que se había rendido á sus halagos no dudaba que se habria dejado vencer por los de otro, pues todo se ha de suponer en una mujer que se entrega al que no es su marido, ó que al menos no tiene seguridad de que vaya á serlo. Calmó su furor por un momento, sin duda para preguntarme si era cierto todo lo que había dicho. Después de asegurarle que sí, añadí que, informado su tío de que ya no veía á Belly, se había presentado en su pobre habitación, y asegurándole que si su sobrino huía de cumplir como hombre de honor, porque estaba bien informado del tiempo, de los amaños y hasta de las palabras que había empleado para persuadirla, y de todo lo demás que había mediado, desde luego le ofrecía ser su amigo, su protector y el padre de sus hijos. — ¡Adiós! — me dijo aquel joven precipitado. — ¡Adiós para siempre! ¡Maldi-

ción sobre mi tío!— Y desapareció con el caballo á todo correr. ¡Considerad cuál sería mi turbación! Conocí entonces mi imprudencia. Me volví á casa y dije á mi amo que su sobrino me había mandado retirarme porque se reunió con dos amigos á quienes yo no conocía, los cuales, según oí, le acompañarían á su vuelta. Así lo creyó. Llegó la noche, y como no se presentaba, sospeché que le hubiera sucedido algún mal. Sensible el buen tío, no pudo menos de manifestar su impaciencia. Me mandó que recorriera los caseríos circunvecinos, lo cual hice por disimular, y en ninguno me dieron razón de si le habían visto. Pasaron algunos días sin saber adónde habría ido á parar; pero ayer recibí mi amo una carta que, según he sabido después, es de su sobrino. Ignoro el contenido; pero la verdad es que no bien la hubo leído me hizo llamar y me dijo:—Al instante saldrás de mi casa y nunca volverás á ponerte en mi presencia.—Quise hablarle, pero me volvió la espalda.

En este momento acaban de decirme que mi amo ha pasado de nuevo á manifestar á Belly la fuga de su sobrino, y que ha determinado llevar á vivir en su compañía á esta triste joven con sus hijos, cediendo todos sus bienes en su testamento á favor de los tres.

Así terminó aquel criado su narración, la cual me conmovió hasta lo sumo. La compasiva ternura del señor de Berville me inspiró el más vivo interés.— He aquí — dije para mí — el hombre que busco; es preciso que sin perder tiempo me presente á él. En consecuencia propuse al criado que le acompañaría á casa de su amo y haría que le perdonase: me creyó y fuimos en busca del señor de Berville. Hice relación á este hombre generoso del testamento de mi padre y del objeto de mi peregrinación, y le supliqué que aceptase en mi herencia la parte destinada al hombre rico y desinteresado.— Conozco — añadí — que os hace muy poco al caso este aumento de riqueza; pero sirva también á la pobre Belly y á sus hijos, á estos infelices abandonados por vuestro sobrino.— Sois un hombre franco — me dijo Berville abrazándome.— Os creo, y acepto vuestros ofrecimientos en favor de una desdichada á quien iremos mañana á visitar; después os acompañaré gustoso á casa de vuestro tío.

En efecto; á la mañana siguiente fuimos á ver á Belly, á la cual participamos los favores que la fortuna le concedía, á falta de los del amor y el himeneo. Belly se arrojó á los brazos de su tío, pues así quería Berville que le llamase.

Acabada tan tierna visita, volvimos al castillo de Berville, y al día siguiente nos pusimos en camino para esta casa, donde el buen Berville recibirá la parte de bienes que le señala nuestro padre como si fuese hermano nuestro. ¿Y no lo es? Siempre los hombres virtuosos son de una misma familia; además de que la

herencia de la ternura paternal debe, por el conducto de tan benéficas manos, aliviar las desgracias del maternal afecto.

La historia de Ricardo interesó infinito á la familia de Deviñes; todos abrazaron á Berville, y cuando hubieron pasado los primeros movimientos de efusión tomó Huberto la palabra para referir á los presentes lo que le había sucedido en su peregrinación. Su relación no fué menos agradable que la de Ricardo. El hombre que acompañaba á Huberto era efectivamente desgraciado sin merecerlo: la fatalidad fué la única causa de sus desgracias. Lleno de conocimientos, nunca había hallado proporción para manifestarlos; en una palabra, justificaba absolutamente la intención del testador. No referiré individualmente la historia de aquel hombre, que se llamaba Raimundo: baste decir que fué adoptado por la familia, y pasaremos á la historia del joven Graciano, que llenó de placer á su auditorio, diciendo así:

—Nome admira, hermanos míos, que hayáis hallado lo que buscabais. Todavía hay virtud en la Tierra: la dificultad está en poder encontrarla; pero siempre se encuentra si se busca con eficacia. Mi empeño era el más dificultoso. Hablen por mí cuantos me oyen y conozcan el corazón de las mujeres, y convendrán en que necesitaba una discreción y una paciencia consumada. Sin embargo, hallé á esta mujer, apreciable sobre todos los tesoros del mundo, y estáis viéndola en la amable Cecilia. ¿Cabe mayor suma de gracias y modestia? Pero no quiero que sonrojen su rostro mis elogios: hablaré de sus virtudes, de las cuales puede gloriarse mucho más que de sus atractivos.

No os referiré la graciosa aventura que me sucedió en un antiguo castillo con una vieja fea y loca; tampoco de las coquetas que he encontrado: el cuadro que voy á presentaros no necesita sombras, pues debe ser puro como la persona que tengo que pintar en él.

Pasando por una ciudad situada á pocas leguas de aquí, oí hablar de Cecilia. Todos la pintaban como una mujer de juicio y de talento: decían que, hallándose feliz en compañía de su tío y tutor el señor Duval, que entrañablemente la amaba, había renunciado muchas veces los lazos del matrimonio. Esos lazos, decía interiormente, acaso habrán tenido por principio el interés: los de la estimación y el amor son mucho más poderosos. Procuremos hacerlos brillar á los ojos de esta insensible Cecilia; pero ciñámonos á las leyes que dicta el testamento paterno. Oscuraré bajo un traje humilde la poca frescura de mis facciones, destruiré enteramente el imperio de lo físico; pero nada omitiré para que triunfe el del alma y sus nobles cualidades.

Resuelto á esto, me vestí limpia, pero pobremente; me cubrí un ojo y gran parte del rostro con una venda negra; me puse el



brazo izquierdo como maltratado en un pañuelo pendiente del cuello, y cogí un báculo para dirigir mis vacilantes pasos. En tal estado, despreciable para el amor, pero interesante para la compasión, me acerqué á la habitación del señor Duval y pregunté por él.—Ha salido—me contestó una criada; —la señorita está sola.—Pues bien, presentadme á la señorita.—Esta me hizo esperar mucho tiempo en un salón donde había un piano y varios papeles de música. Ya sabéis que tengo la voz bastante agradable; me puse á cantar el primer romance que me ocurrió. Cecilia llegó poco á poco, y á favor de un espejo la vi detenerse y aun dar muestras de placer al oirme: yo continué. Me dejó acabar, y al volverme, fingiendo que no la había visto, le pedí perdón por mi atrevimiento. Cecilia sonrió, y me aseguró que se alegraba de no haberme interrumpido: en seguida me preguntó qué era lo que se me ofrecía.—Señorita, soy un pobre huérfano perseguido por la suerte, y á quien acosará siempre la más cruel indignicia si no encuentro ocupación en que pueda manifestar alguna instrucción que tengo. Aunque no es de las mayores, creo que podré enseñar música, dibujo y algunas lenguas: por eso me he tomado la licencia de venir á preguntar al señor Duval si entre sus amigos podría proporcionarme algunos discípulos. —¿De dónde conocéis á mi tutor? — Señorita, luego que un forastero entra en esta ciudad, todo el mundo le indica el asilo de la beneficencia y de la... hermosura. — Mi tutor no está en casa; pero no tardará en volver. ¿Queréis tomaros la molestia de esperarle?—Con mucho gusto, pues me lo permitis.

Cecilia me acercó una silla y me obligó á cantar algunos jugetes italianos que le gustaban mucho. En esto llegó el tutor, á quien me presentó con mucho empeño. Hízome éste mil preguntas, y al cabo me recibió en su casa para que desde aquel mismo día diera lección á su sobrina. Me pareció que la joven mostraba mucha satisfacción por el resultado de mi visita, lo cual lisonjeó sobremanera mi amor propio. Todos los días daba lecciones á Cecilia, que las recibía con el mayor placer. Mis fingidas heridas, que supuse haber recibido en el ejército, decía que le inspiraban un interés extraordinario. En una palabra, á poco tiempo conocí que me amaba. Leíamos juntos; yo le enseñaba á hacer versos, y aun componía algunos en su alabanza. Esto sorprendió al señor Duval, que me dió á entender algunos recelos. Creí que lo mejor era interesarle en mi favor confiándole el testamento de mi padre y mis intenciones: podía hacerlo, porque una cláusula de este testamento me permitía tomar cualquiera resolución conducente al fin. Exigí el secreto del señor Duval; me lo prometió, y desde aquel momento tomó sus medidas para proceder de acuerdo conmigo. Al cabo de algún tiempo, cuando creímos que el amor había echado profundas raíces en el cora-

zón de la joven, su tutor le propuso un partido muy ventajoso; pero Cecilia no lo admitió. El tutor se fingió enojado, y le dijo que ya conocía que en mí consistía el motivo de su resistencia; pero que al instante me despediría de su casa, lo cual ejecutó, participándome cuanto había ocurrido. Desde entonces me valí de mil artificios para hablar á Cecilia, y tuve la satisfacción de ver que se prestaba á mis ideas con la mayor resolución: me declaró su amor, y cuando vi las cosas en este punto, acordé con el tío que terminara el asunto, haciendo los últimos esfuerzos para experimentar la firmeza de su sobrina. Duval no concedió á su pupila para su última resolución más que ocho días, y ella, viéndose tan apurada, le dijo: — Bien conocéis á Graciano: sabéis que es pobre, que tiene figura despreciable, y que si no es á mí, no puede agrandar á mujer alguna. Pues bien, señor, yo le amo; soy rica, y quiero hacer su felicidad. — Disimuló Duval el exceso de su alegría, y continuando su fingido enojo se mostró más irritado. Reprobó tan extravagante enlace, y se salió después de haber amenazado á Cecilia con que eligiese un convento ó el esposo que le proponía. Cecilia me dió parte de estas amenazas: yo me arrojé á sus pies llorando y suplicándole que no se hiciera infeliz por mi causa; pero ella con la mayor firmeza me aseguró que antes moriría que dejarme, que acudiría á la justicia para librarse de tan tirana violencia, y que cuando no hubiese remedio viviera seguro de que nadie sería dueño de su mano; que si no se determinaba á huir del poder de su tutor, sólo la detenía el justísimo respeto de su opinión. Duval, que estaba escuchándonos, entró á la sazón y le dijo:—No te aflijas, querida: no es tu tío tan tirano como piensas. Únicamente ha querido conocer á fondo tus sentimientos; y pues que ya los sabe, él mismo te dará el esposo que amas, coronando tu constancia sin ejemplo y tu amor desinteresado.

Atónita quedó Cecilia al oír las expresiones de su tutor, que le manifestó entonces quién era yo, refiriéndole al mismo tiempo los medios que habíamos empleado para examinar si me amaba únicamente por mis cualidades morales, y acabó la escena entregándome la mano de Cecilia. Considérese la alegría de esta amable joven: sólo podía compararse con la mía. Al día siguiente los tres nos pusimos en camino para venir aquí, donde me veis acompañado de un amigo verdadero, de una esposa dulcísima, lleno de placer por esto, y también porque vosotros, hermanos míos, habéis concluido una peregrinación que nunca creí que tuviera fin dichoso.

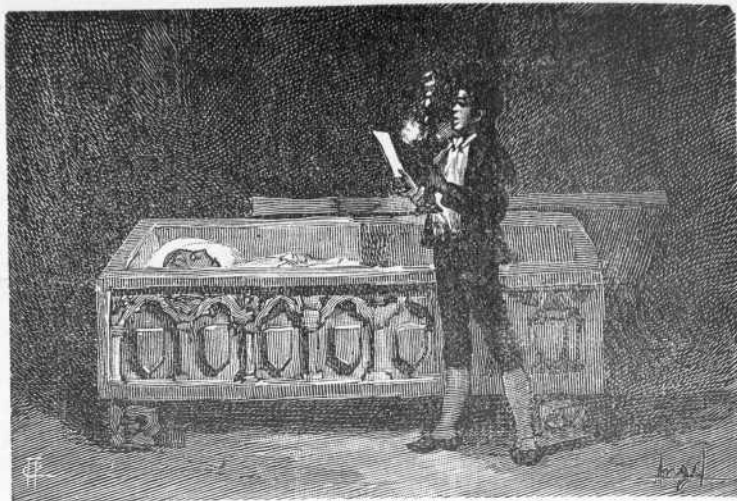
Cuando Graciano finalizó su historia Cecilia abrazó á sus hermanos Ricardo y Huberto, y en el mismo día su tío Tomás les entregó la herencia que les había costado tantas penas é inquietudes. Aquella inmensa riqueza fué desde luego dividida en dos

partes: la una, subdividida en tres, se dió á Cecilia, Raimundo y Berville; éste al instante hizo donación de la suya á la desgraciada Belly. La otra parte se distribuyó entre los tres peregrinos, de los cuales Graciano fué el más dichoso, porque se vió dueño de una gran fortuna y de una mujer perfectísima. Así quedó cumplido el extraño testamento de Pedro Deviñes, y así fueron recompensados el mérito perseguido, la humanidad y el desinterés.

Aquí concluyó la historia de los tres peregrinos, á la cual Palemón no dejó de añadir mil reflexiones acerca de los vicios que infestan la sociedad y lo peligroso que es creer de ligero en la probidad y virtud de los hombres.—Es preciso—decía—que todos tengan buenas costumbres: es necesario hacer todo lo posible para ser virtuosos; pero no crean los hombres honrados que todas las gentes son como ellos, porque se engañarán con mucha frecuencia.

Y basta, queridos, que mañana necesitamos madrugar, pues es día de descanso, y quiero llevaros á la granja de los Nogales, que dista una legua de aquí: allí almorzaremos, y me alegraré de que conozcáis á una mujer tan anciana como respetable que habita junto á la granja, y que debe toda su fortuna á un muchacho más joven que León, llamado Emiliano. ¿Os admiráis? Pues es bien cierto. Oiréis su historia, que es muy curiosa, y estoy seguro de que os interesará mucho, pues hay lances extraordinarios en la de este niño. Pero de nada servirá que veáis ejemplos de virtud si no los imprimís en vuestros corazones para imitarlos. Espero que no se dirá mañana que os enseñaron el camino seguro y apacible de la virtud y no quisisteis seguirlo: eso sería haceros acreedores al desprecio de los buenos y á la indignación de un padre que ha procurado instruiros con la mayor ternura inspirándoos las máximas más saludables.





## TARDE XIV

---

### LA CODICIA

¿Por qué, mísero, te afanas  
En amontonar riquezas,  
Precio de infames bajezas  
Y de traiciones villanas?  
¿Ignoras que las humanas  
Riquezas son polvo vano  
Que disipa el más liviano  
Viento de contradicción?  
Pon en Dios tu corazón  
Si te precias de cristiano.

¡Qué dilatada es para los niños la noche que precede á un día de recreo! El sueño huye de sus párpados, y cuando llegan á entregarse á él empiezan á gozar de antemano de los placeres campestres. Los saltos, las carreras, los juegos inocentes se ofrecen á su impresionable imaginación. Se levantan al amanecer, y sus primeras miradas se dirigen al cielo, ansiosos de ver si está sereno: si le hallan apacible, ¡qué alegría infunde en sus sencillos corazones! Miran la atmósfera, vuelven á mirarla, y saludan á la Naturaleza con cuanto entusiasmo cabe en su edad.

Esto es lo que sucedió á nuestros amiguitos: madrugaron mucho y, por fortuna, vieron la hermosura del Sol, que aparecía

sin el menor celaje. — ¡Vamos, hombre, despacha! ¡Nunca acabas! ¡Siempre nos haces esperar! — se decían recíprocamente. — Presentóse en esto su padre, y todos se arrojaron precipitadamente á su cuello, diciéndole: — ¿Vamos, papá? ¿Por qué nos detenemos? ¡Cuanto antes, papá; cuanto antes! — Sí, hijos míos; traedme el bastón y el sombrero.

Tres de ellos corrieron á un tiempo á ejecutar el mandato de su padre, y de allí á un minuto ya estaban de vuelta. Sonrióse el buen anciano al ver la eficacia de sus hijos y se puso con ellos en marcha. Marcela cerró la puerta de la granja y también se fué con ellos. Los muchachos corrieron, brincaron, saltaron las acequias y arroyos con demostraciones de la más viva alegría.

Como era preciso atravesar el bosquecillo de los Castaños, Palemón permitió á su tropa que descansase allí un breve rato. Apenas el anciano se sentó sobre la fresca hierba, cuando los muchachos propusieron jugar á las cuatro esquinas. Se trató de determinar quién se habia de quedar; y echando la chinita, le tocó á León. Este, en medio de los otros cuatro, se valia de cuantos artificios le sugería el discurso para pillar á alguno y ocupar su sitio. Ya se llamaban, ya corrían, ya tornaban, riendo y gritando todos con la mayor alegría. Por fin León pilló á Benito, que manifestó algún enfado y le preguntó: — ¿Me has dado tres golpes en la espalda? — Sí. — ¡No, señor; no han sido más que dos! Y de aquí se levantó tal gresca, que no podían entenderse.

¡Juegos inocentes y puros de la niñez, cuánto conmovéis mi corazón! ¡Qué de tiernos recuerdos presentáis á mi imaginación! ¡Oh! ¡Qué gloria es ser hombre! ¡Pero yo habría preferido ser siempre niño!

Cubiertos de polvo y de sudor y más encarnados que las rosas caminaban los muchachos al lado de su padre; pero con más lentitud que antes; estaban algo cansados y, por consiguiente, más serios. Hacían á su padre mil preguntas ingenuas, á las cuales contestaba Palemón con la sencillez y claridad que le caracterizaban. A todas las respuestas que les daba exclamaban de un modo que embelesaba al anciano, porque veía en sus hijos disposición para instruirse, y al mismo tiempo notaba la impresión que les causaba lo que les parecía maravilloso.

Llegaron, en fin, á la granja, situada en un paraje delicioso y muy propio para no sentir los fuertes calores del día: servíale como de foso un cristalino arroyo, donde se acercaban á beber multitud de aves domésticas. Así que entraron en la granja, nuestros niños tomaron un frugal desayuno, mucho más sabroso, á su parecer, que el de los otros días, por el apetito que les habia despertado el ejercicio.

Acabado el desayuno recorrieron toda la granja: y aunque no eran desconocidas sus dependencias á los muchachos, Palemón siempre encontraba motivo para hacerles notar nuevos objetos, á fin de no malograr las ocasiones de inspirarles afición á las ocupaciones provechosas.

Habían recorrido la granja los muchachos, y ya en sus ojos se conocía el ansia de preguntar á su padre si les haría prontamente conocer á Emiliano, cuando el anciano se anticipó á sus deseos.—Ahora, amigos míos—les dijo,—venid conmigo á aquella callejuela que desde aquí se descubre, y que se dirige á la aldea cercana; entraremos por un momento en casa de la buena mujer de quien os he hablado. Vuelvo á deciros que es muy anciana y muy digna de respeto; disfruta una posición desahogada, y sabréis por ella misma el suceso que ha ocasionado la paz y tranquilidad que goza en sus últimos años.

Siguieron á su padre los muchachos, y todos seis llegaron en breve á casa de la anciana, que los recibió con la mayor franqueza y cortesía.—¡Felices días, virtuosa Brigida!—le dijo afectuosamente el venerable Palemón. — ¡Buenos os los dé Dios! — respondió ella.—¿Dónde está vuestro Emiliano?—En la ciudad; necesitábamos algunas provisiones, y mi querido hijo, que bien puedo llamarle así, marchó por ellas esta mañana y no volverá hasta la noche.—¿Pero siempre alegre y contenta con vuestra suerte?—¿Y cómo no he de estarlo? Emiliano es todo para mí: me sirve de padre, de hijo, de cuanto hay más dulce en la Naturaleza. Pero tomad asiento, señor Palemón. ¿Esta es, sin duda, vuestra amable familia? ¡Qué muchachos tan agradecidos! Y esta niña, ¡qué buena y qué modesta parece! ¡Acércate, hija mía; llégate y dame un abrazo!

La anciana Brigida estrechó entre sus brazos á todos los hijos de Palemón; luego fué á buscar unos requesones que había hecho por sí misma, y los convidó á un nuevo desayuno, que aceptaron con el consentimiento de su padre, el cual ya sabía que en semejante edad no se cuentan las comidas. Luego que acabaron de comer, Palemón dijo á Brigida:—He hablado á mis hijos de vuestra historia, y están tan interesados en saberla, que me han empeñado para que os ruegue que vos misma se la contéis. Tened esta condescendencia, y con el ejemplo de los felices sucesos que han dado fin á vuestras desgracias, manifestadles que el Cielo nunca abandona á la virtud cuando se apoya en la caridad y en el trabajo. — Con mucho gusto; y se duplicará mi placer por confiarla á unos niños tan amables y tan bien educados. Sentáos todos y escuchadme atentamente. ¡Oh! ¡Me han sucedido cosas muy particulares! En ellas veréis cómo un niño de cinco años enjugó mis continuas lágrimas y me hizo dichosa.

La familia de Palemón, impaciente por oír unos sucesos que

debían de ser interesantes, se estrechó sin hablar en torno de su anciano padre; Brígida estaba sentada un poco más lejos, y la anciana comenzó la relación de su vida de esta suerte:

«—No soy, hijos míos, más que una mujer del campo; pero nací de padres honrados que disfrutaban bastantes comodidades. Era mi padre propietario: en la flor de su vida perdió á su esposa y madre mía, y desde entonces se entregó enteramente á mi educación. Bañaba aquel buen padre la tierra con su sudor, y el Cielo favorecía sus constantes esfuerzos: todos los años aumentaba su caudal, y de cuando en cuando compraba algunas fanegas de tierra, dando de este modo mayor extensión á su patrimonio. Ya os he dicho que gozaba comodidades, y me lo confirmó el doloroso accidente que me privó de este apoyo, pues me vi dueña de una posesión que producía más de mil doscientas libras, que en aquel tiempo era mucho.

»Había ido mi padre un día á trabajar en su heredad, cuando, volviendo á la noche por un bosquecillo en que había muchos cazadores, un escopetazo disparado sin la debida precaución le hirió peligrosamente. Nadie le prestó socorro, y quedó tendido en el suelo hasta la mañana siguiente, que unos caminantes le hallaron y le trajeron á su casa, debilitado por la mucha sangre que había derramado y por la cruel noche que había pasado á la intemperie. Yo había corrido por mil partes; pero nadie pudo darme noticias de él. En fin, me le trajeron moribundo; todos los auxilios que se le prestaron fueron infructuosos. Le desengañaron de que apenas podía vivir veinticuatro horas, y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba hizo llamar á Rogerio, su mozo de labor y amigo, haciendo que yo me acercara al mismo tiempo á su cama.—Hija mía—me dijo,—hace mucho tiempo que he reparado que amas á Rogerio (en efecto era así), y que él te corresponde. Quiero y debo uniros antes que muera: recibid la bendición de un padre que os manda que os caséis, que seáis sus herederos y que cultivéis un patrimonio que ha extendido y conservado para vosotros. Pero antes de que toméis posesión debo revelaros, por causas que después sabréis, un secreto que nadie sabe más que yo. Acercáos más, porque mi voz se debilita. Vais á ser señores de un campo que he regado con mi sudor y de una casa que yo mismo hice edificar. Dentro de estas posesiones hay un tesoro, el cual bastaría para haceros felices, aunque viviéseis muchos años. Yo le he respetado siempre, y hasta el lugar en que se halla: espero que vosotros haréis lo mismo, pues es preciso que cada uno cuente sólo con el producto de su trabajo, con lo que de derecho le corresponda, y de ningún modo con lo ajeno, sea quien fuere el que lo posea; porque lo mal adquirido generalmente se convierte en daño del que se lo lleva. Además, guardáos de turbar la paz de los sepulcros:

temblad si os atrevéis á poner la planta sobre los huesos de los que nos han precedido. Ese tesoro..., el tesoro de que hablo...

»No pudo mi padre proseguir: un sudor frio cubrió su semblante; su voz se apagó. Hizo varios esfuerzos para continuar, pero le atacó una violenta convulsión y en breves instantes quedó muerto en nuestros brazos. Figuráos cuál sería nuestra pena. Olvidamos el tesoro de que nos había hablado, y no pensamos más que en la dolorosa pérdida de un padre tan adorado.

»Hicimosle los últimos honores, y después acordamos arreglar nuestros asuntos. Rogerio entonces me recordó la voluntad de mi padre, y la cumplí, tanto por gusto como por obligación. Rogerio fué mi esposo. Era hombre de la más dulce condición, propio para hacer mi felicidad; pero tenía un defecto, que fué causa de su perdición y de la mia: era codicioso y le atormentaba extraordinariamente la sed del oro. Algunos meses después se acordó mi esposo del tesoro de que mi padre hizo mención, y desde aquel momento perdió su natural alegría, mostrándose siempre inquieto y taciturno. Me rodearon mil temores, y le pregunté la causa de su disgusto.—¡El tesoro!—me respondió.—Pero, amigo mio, ignoramos el sitio que le oculta. ¿Necesitas de él para vivir? ¿No tenemos cuanto podemos apetecer? Deja inútiles proyectos, amado Rogerio, y esperamos del tiempo y de la casualidad que nos proporcionen el hallazgo de ese tesoro. Te ruego que no pienses más en eso, y aun exijo de ti que no vuelvas á hablarme de semejante cuestión. La suerte no ha querido que fuésemos más ricos: gocemos los beneficios que debemos á la Providencia, y no tratemos de aumentar nuestros cuidados aumentando nuestra fortuna.

»Me pareció que Rogerio cedía á mis razones, pues me abrazó prometiéndome olvidar las últimas palabras de mi padre, y volvió al trabajo aparentando su acostumbrada alegría. Seis años pasaron, durante los cuales advertí que mi marido padecía frecuentes distracciones. Tenía proyectos de edificar, y le oía siempre hablar de construir aquí y derribar allá. Aunque me disgustaban tales designios, no pensaba yo en su verdadero objeto. Llegó, en fin, el momento en que Rogerio habia de ser victima de su codicia, arrastrándose en su ruina.

»Una hermana de mi padre, que vivia distante de nuestra casa treinta leguas, y de la cual éramos herederos, cayó enferma, y me llamaron á toda prisa, porque preguntaba por mí sin cesar. Abracé á mi marido, le encargué que cuidara mucho de la casa, y me puse en camino.

»Apenas me separé de Rogerio, cuando el ansia de descubrir el tesoro renació en su corazón: pensó seriamente en buscarlo, y ocupado en ésto abandonó el cuidado y cultivo de sus campos. Buscó trabajadores, y á la cabeza de ellos todo lo revolvió,



registró y asoló. Ni aun la casa se vió libre de sus locuras: no dejó en ella techo, tabique ni cimientó que no derribase. Rogerio, en medio de un montón de escombros, apartándolos con sus propias manos, cubierto de polvo, pálido el rostro, palpitando violentamente su corazón, fijos en el suelo sus ansiosos ojos con el deseo de que la suerte le deparase el suspirado tesoro, presentaba un cuadro que infundía horror al mismo tiempo que movía á compasión. ¡Infructuosas fatigas! Nada descubrió su avaricia. Después de trascurrido un tiempo demasiado largo para su impaciencia, volvió á continuar con más ahinco sus investigaciones.

»En un extremo de nuestra huerta habia un trozo de las ruinas de un antiguo castillo, que compró mi padre para aumentar su habitación. En ella, como mejor se pudo, aprovechando los trozos de pared que aún quedaban, se habian arreglado las cuerdas y un cobertizo para encerrar el heno. Allí fué donde Rogerio decidió trabajar de nuevo. A fuerza de fatigas y tiempo, por fin descubrió una losa. ¡Cómo brillaron sus ojos! ¡Con qué perfección se retrató en su alma la imagen de la avaricia! Llegó el término de sus ansias. ¡Allí estaba el tesoro, no habia duda! Todo se suspendió en el instante: los trabajadores se retiraron. La noche tardó en llegar más de lo que Rogerio deseaba: ya eran las doce, hora en que habia determinado pasar solo á levantar la losa; ya estaba con sus picos y palas empleando toda su fuerzas para levantarla. (En este intermedio se habia desencadenado una fuerte tempestad.) ¡Habia vencido! Volcó la losa. Un subterráneo era sin duda lo que se descubría. No se detuvo á meditar si debía ó no penetrar en él: ató un cordel á la parte de arriba, y con la lámpara, su compañera nocturna, descendió precipitadamente á aquel lugar. ¡Pero cuál fué su sorpresa viendo en el centro un sepulcro! A la sorpresa sucedió el terror producido por el espantoso ruido de los truenos, la viveza de los relámpagos y el silbido del viento. Sin embargo, se determinó á levantar la cubierta de la sepultura, que se movía con facilidad, y sus ávidos ojos descubrieron el cadáver de una mujer cuyas facciones y traje (pues estaba totalmente vestida) se hallaban tan bien conservados como si hubiera sido depositada en aquel sitio el mismo día. Sus vestidos estaban tejidos de oro y plata; gruesos y finos diamantes brillaban en su cuello y en sus dedos; todo el cuerpo estaba sembrado de preciosísimas joyas. ¡Y qué hermoso estaba el cadáver! Parecía dormir tranquilamente. Pero ¿qué era lo que tenia en sus manos? Una hoja de plata, sobre la cual estaban grabadas estas palabras, que leyó Rogerio:

«El amante que me ha perdido en la flor de mi edad me ha depositado aquí con todos los regalos que me habia hecho, y

»mientras ha respirado, todos los días ha venido á derramar lágrimas sobre mi pálido semblante, que era en otro tiempo su delicia: él solo sabía dónde estaba mi sepulcro. ¡Oh tú, cualquiera que seas, si lo descubres, respeta mis cenizas y llora mi destino, si has conocido el amor.»

»Rogerio no dudó que aquello era el tesoro que mi padre quiso manifestarnos. ¿Qué haría? ¿Me daría parte de aquel suceso? Grande era su turbación, y se detuvo á reflexionar.

»Dejémosle abismado en sus reflexiones. ¡Infeliz! ¡Su codicia le precipitaba en una total ruina y me arrastraba consigo en la desgracia! ¿Cómo podré, hijos míos, contaros el lastimoso suceso que se siguió á este descubrimiento de mi marido? ¡Ah! ¡Quedará vuestro corazón traspasado de dolor! Pero la mañana avanza, y tengo muchas cosas que hacer: permitid que deje para otro día la continuación de una historia que me conmueve en extremo.»

Calló Brígida, y Palemón, que no sentía menos que sus hijos la interrupción, suplicó á la anciana que fuera á pasar la tarde á su granja. No pudo acceder, por las muchas ocupaciones que entonces tenía; pero ofreció complacerle en la siguiente tarde, con la expresa condición de que la acompañaría su hijo adoptivo, Emiliano. Palemón se despidió de ella, con gran sentimiento de sus hijos, que durante el regreso no hablaron más que del disgusto que experimentaban por no haber oído el término de una historia que sin duda tendría relación con la de Emiliano.

Así que llegó á su casa la familia de Palemón, que con el paseo había cobrado nuevo apetito, todos comieron alegremente y pasaron la tarde jugando, porque ya se ha dicho que era día de descanso.





## TARDE XV

### LA PROBIDAD

Elige la probidad  
Por consejero y por guía,  
Que no hay mejor garantía  
De eterna felicidad.  
Todos aman la bondad,  
Aunque no cuadre á sus vicios,  
Y le ofrecen sus servicios  
En el fondo de su alma.  
Síguela con dulce calma,  
Que Dios ve tus sacrificios.

El día siguiente lo pasaron los hijos de Palemón ocupados en sus acostumbradas tareas, que concluyeron antes de lo que solían para estar ya libres cuando fuese Brígida con su Emiliano, á quien tanto deseaban conocer. Acudieron temprano á la terraza, y no apartaron los ojos de la puerta hasta que poco después vieron entrar á Marcela y á la buena Brígida apoyada en el hombro de un joven de catorce á quince años, que sin duda era Emiliano. Quedaron atónitos nuestros amiguitos, pues esperaban ver un muchacho más joven que ellos, y se encontraron con un mozo casi enteramente formado: no reflexionaban que les habían hablado de un suceso ocurrido muchos años antes; pero pronto se ilustraron sobre este punto.

Brígida presentó á su hijo adoptivo. Todos le abrazaron, y luego continuó su relación en esta forma:

«Rogerio pasó la noche pensando únicamente en el cadáver y en el tesoro que había encontrado. A la mañana siguiente acudieron los peones de su mayor confianza y le hallaron en la mayor agitación; pero no pudiendo sacarle una palabra, se retiraron. Pasáronse varios días sin que Rogerio pudiera vencer la turbación que le dominaba. Combatido por el deseo que tenía de despojar el cadáver y por el terror que le inspiraba este mismo deseo, enfermó á poco tiempo.

Entretanto corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias en casa de Rogerio; y como no era él solo dueño del secreto, pues se lo había confiado á un amigo, éste lo divulgó todo. La justicia se mezcló en el asunto, y á fuerza de diligencias llegó á descubrir el sepulcro. El noble que había vendido aquella parte del edificio, hombre tan codicioso como Rogerio, supo que en aquel sitio se habían hallado inmensas riquezas, y se presentó á hacer valer sus derechos. Rogerio, algo restablecido de su enfermedad, sostuvo que el tesoro pertenecía á quien le había hallado; pero el noble, que tenía mucha influencia, ganó el pleito, y Rogerio, confundido, desesperado y temiendo mi resentimiento, se expatrió, llevándose los pocos efectos de valor que nos quedaban y dejando sólo las paredes de nuestra habitación medio destruidas.

Ignoraba yo todos estos sucesos, y al propio tiempo me sucedían nuevas desgracias. Murió mi tia, y entonces se descubrió que unos parientes mal intencionados habían robado casi todo cuanto tenía antes que yo llegara á su casa; de modo que después de su muerte no hallé más que algunas deudas, y nada con qué pagarlas. Sin embargo de este contratiempo, me consolaba pensando que volvería á la compañía de mi marido, á cuya sombra pasaría mis días hasta la ancianidad más remota. Partí, pues, para mi casa, y considerad cuál sería mi dolor al hallarme sola, sin casa, sin muebles y despojada de mis heredades, pues los trabajadores las habían hecho vender con autoridad de la justicia para ser pagados de sus jornales. En fin, supe las desgracias de un hombre demasiado ambicioso, y su fuga, que fué el colmo de mi dolor, pues me dejaba sin el menor recurso. ¡Qué horrible situación!

Fué preciso aplicarme al trabajo para mantenerme; pero tantos disgustos alteraron mi salud, y una enfermedad aguda me condujo á un hospital. A la enfermedad siguió una parálisis, de la cual todavía me resiento algunas veces. Así pasé treinta años, afligida por las angustias de un mal que se juzgaba incurable, yendo de hospital en hospital, á merced de la compasión de los que en ellos se dedican al socorro de la Humanidad. En fin, mis

males se aliviaron cuando ya tenía cincuenta años. ¿Qué partido podía tomar en semejante edad? Me resolví á mendigar, y sentada todos los días á la orilla de un camino, busqué mi manutención implorando á los corazones caritativos.

Un día que pasaba por mi perdida patria (porque rara vez me detenía en unos mismos lugares) me ocurrió visitar las ruinas de la casa en que había nacido y recibido la mejor educación, donde había muerto mi padre y con él toda mi felicidad. Era casi de noche. Me acerqué á las ruinas, me senté en una piedra, y á impulso de las reflexiones que me inspiraban mis fatigas, exclamé: — ¡He perdido este asilo de mi infancia, que entonces era asilo de todas las virtudes! ¡Cómo está la casa construida por el padre más tierno y amoroso! ¡Se ha convertido en albergue de aves nocturnas! ¡Dios de la bondad! ¡En qué abismo de males me ha sumergido la codicia del hombre que me destinaste para compañero!

### Historia del niño Emiliano.

En tanto que desahogaba el pecho con estas exclamaciones, un niño como de cinco años y muy bien vestido, corriendo á más no poder y derramando lágrimas amargas, pasó por el camino, se detuvo al ver mis dolorosas quejas y me dijo sollozando: — Señora, ¿habéis visto á mamá? — ¿Tu mamá, querido? Pues qué, ¿la has perdido? — ¡Sí, sí; la he perdido! ¡No puede menos, porque no la hallo en este camino! — ¿Es posible? Acércate, querido: no tengas miedo y escúchame. — ¡Eso no; yo no os conozco, y sólo quiero ver á mi mamá! — ¡Recelas de mí! ¡Ah! ¡Si me conocieras! Soy una desgraciada: en otro tiempo tuve aquí mi casa y ahora pido limosna para vivir. — ¿Limosna? ¡Pobre mujer! ¡Cuánto me alegro de tener dinero! ¡Tomad, tomad! Esto es mío; no es de mamá, pues me ha dicho que hiciese lo que quisiera con ello. ¡Vamos, tomad! — Diciendo así, el niño me puso en la mano algunas monedas. Yo no sabía si debía ó no tomarlas, pero admiraba el buen corazón de aquella criatura, que olvidaba que se había extraviado para socorrer á la indigencia. — Amigo — le dije, — acepto tu regalo, y me alegraría de poder serte útil. ¡Cuán dulce me sería devolverte á tu madre, que estará llena de inquietud! ¿Cómo te llamas? — Emiliano. — ¿Emiliano? ¡Pobre muchacho! ¿Y tu madre? — Madame Leclerc. — ¿Tienes padre? — Dicen que sí; pero nunca le he visto. — ¿Conque te ha educado tu madre? — Sí; ella sola con mi aya. — ¿Y dónde vives? — En una ciudad muy grande. ¡Nunca me acuerdo de su nombre! — Pero, ¿adónde vas, de dónde vienes y cómo has perdido á tu mamá? — Esta mañana me cogió en brazos llorando y me dijo: «Emiliano mio, vamos á buscar á tu padre para vivir

»siempre con él. Ven conmigo: tú le abrazarás y le harás muchas caricias, porque ha padecido mucho por ti, y yo también.» — ¿Y luego? — Luego, mamá y mi aya hicieron unos paquetes, que pusieron en un coche grande, en el cual nos metimos. Yo estaba muy contento, porque decían que íbamos muy lejos. Mamá lloraba mucho; pero yo no estaba tan triste como ella y hablaba con mi aya. Al tiempo de ocultarse el Sol, tres hombres muy grandes hicieron detener el coche. Iba á preguntar si era mi papá; pero dos de aquellos pícaros me arrebataron de los brazos de mamá, á pesar de sus gritos y de los de mi aya. Me parece que otro entró en el coche, el cual echó á correr. De repente oyeron que venían dos caballos, me tiraron á un hoyo y escaparon como si fueran ladrones. He salido del hoyo y me he venido por aquí para buscar el coche ó á alguno de los que van corriendo á caballo, que acaso me llevarán adonde esté mamá; pero estoy muy cansado y sin remedio perderé á mamá. ¡Dios mío! ¡Qué será de mí!

La sencilla relación de Emiliano me dejó sumamente enternecida: le abracé y procuré consolarle lo mejor que pude. — Querido — le dije, — te has extraviado, y ahora es imposible hallar á tu mamá. Ven conmigo, que mañana haré cuanto sea posible para dulcificar tu cruel situación. ¿No quieres venir, hijo mío? — Señora, sí por cierto. ¡Dios mío! ¡Mamá! ¡Mamá! — Le tomé de la mano y le llevé al pueblo inmediato, donde le hice cenar y acostarse lo mejor que pude. Sin duda que extrañarían las gentes ver á una mujer anciana y mendiga con un niño hermoso como un ángel y vestido con el mayor primor. Sea lo que fuere, el muchacho durmió poco, pues le oí suspirar con frecuencia; yo dormí menos y estuve haciendo mil reflexiones.

Llegó el día, y aún no sabía el partido que debía tomar. Ya se había levantado Emiliano, y procuraba vestirse por sí mismo: acudí á ayudarle, y primero le abracé tiernamente. Al coger su casaca advertí que pesaba mucho, observación que no había hecho la noche anterior, y le dije: — ¿Qué tienes en los bolsillos, querido? — Mirad — me respondió con franqueza, pero al mismo tiempo con cierto aire de misterio: — me parece que sois una buena mujer. No se lo diría á otro porque podría ser un ladrón; pero ¡cuidado, que nadie lo sepa! Los dos somos ricos, y hasta que encontremos á mamá tenemos con qué andar en coche. — Pero, hijo mío, ¿cómo puede ser eso? — Ahora os lo diré, con la condición de que lo tomaréis todo y gastaréis por mí, porque yo soy muy pequeño para... — Está bien; explicate, yo te lo suplico. — Ayer mañana, cuando entré en el coche con mamá me hizo sentar á su lado y me dijo: «Toma, amor mío; ve aquí el »precio de los males que ha padecido tu padre. Por esta miserable herencia no se ha atrevido á confesar tu nacimiento. Yo la

»deposito en tus manos para que seas tú quien se la ofrezca.  
»Abre el bolsillo, y cuidado que no toques esta cartera hasta que  
»hayamos llegado. Toma también este retrato mio. Todo se lo  
»darás á tu padre, diciéndole: Papá, á la Naturaleza correspon-  
»de ofrecer la imagen de la ternura y los dones de la fortuna  
»que tanto os ha perseguido.» ¡Qué lástima que no pueda decir-  
selo á papá!

Dicho esto, Emiliano me enseñó una cartera que contenía cien mil francos en buenos billetes. Vi también el retrato de su madre, que me pareció joven y hermosísima. También había dos cartas amorosas, de las cuales sólo pude inferir que los padres de Emiliano, perseguidos por un tío avariento, se habian casado en secreto. El niño poseía cien mil francos, y me penetraba el corazón cuando con la mayor franqueza y confianza me decía: «Tomad, tomad esto para que podáis ir al mercado; si papá me lo pide algún día, yo le diré que me habéis socorrido y alimentado, y se quedará contento.»

Al mismo tiempo me daba el niño mil tiernos abrazos. Tomé el dinero y las cartas, pero no quiso desprenderse del retrato, por más que le hice presente que podía romperlo. Cuando vi en mi poder aquella cantidad, pensé cómo podría emplearla y en la cuenta que acaso tendría que dar de ella algún día. Indecisa sobre la conducta que debía observar, por lo delicado de la materia, tomé por fin el partido de ir á consultar este punto con un hombre muy caritativo y virtuoso llamado Laurant, el cual, aunque bastante necesitado, me había favorecido varias veces. Cogí, pues, de la mano á mi pupilo y le llevé á casa del señor Laurant, que ocupaba una estrecha habitación cerca de aquí. Le sorprendió mucho el caso, y su primer pensamiento fué depositar al muchacho y el dinero en manos de algún hombre público; pero temió despertar codicias, y que el niño, despojado de cuanto le pertenecía, fuese á parar á un hospicio. Tomó, pues, otro partido más prudente aquel hombre sensato, y nos dijo: «Permaneced en mi casa todo el tiempo necesario para las diligencias que debemos hacer á fin de descubrir á los padres de este niño: si nada adelantamos, entonces veremos lo que se ha de hacer.»

Consentí en esta idea, porque me pareció justa, y Laurant, tomando todas las precauciones convenientes para que no se descubriera el secreto, hizo cuantas diligencias son imaginables. Pero trascurrieron tres meses sin que nada se averiguase, por lo cual Laurant me decidió á lo que se avenia mejor con la fortuna y la probidad. Hizo ir á su casa á un notario, ante el cual compré la casa en que ayer me visteis, con unas tierras muy fértiles dependientes de ella; pero la escritura se otorgó á nombre de Emiliano, que pasó por sobrino mio, y de este modo,

después de mi muerte se hallará dueño de estas posesiones, las cuales, con sus mejoras, habria entregado gustosa á sus padres si los hubiese descubierto.

Ya veis, hijos míos, que procedia según las reglas de la más estricta probidad; al menos así lo creí. Eduqué á mi Emiliano, que desde luego me miró como madre, aunque siempre conserva la memoria de la que le dió el ser, juntamente con el retrato que besa de continuo, con gran placer mío, pues me guardaré de oponerme á los sentimientos de su amor filial.

Así he vivido disfrutando una posición independiente con mi amado Emiliano, á cuya educación atendí con todo el esmero posible. Presente le tenéis; á él le debo el fin de mis desgracias, el retorno de mi fortuna y el descanso de mi vejez. Mis propios hijos no serian más respetuosos, dóciles y tiernos. Ignoro si sus padres le han hecho buscar, pero hace diez años que nada se sabe de ellos. Emiliano es huérfano... ¡Pero no, no lo es, teniendo, como tiene en mí, una madre amantísima á quien él corresponde con la mayor ternura! ¡Abrazadle, hijos míos, y admiradle como modelo de buenos corazones!»

Así acabó la anciana Brígida su relación, estrechando en los brazos á su hijo adoptivo, del cual luego se apoderaron los hijos de Palemón. Emiliano, que era dulce y muy sensible, se enterneció en los brazos de sus amigos, y aquella tierna escena arrancó lágrimas dulcísimas al virtuoso padre de familia. Todos quisieron ver el retrato de la madre de Emiliano, que pasó por manos de todos. Por fin le recogió Emiliano, le aplicó á su corazón y después le dió mil besos.

Muy bien se había empleado aquella tarde. Brígida y su hijo adoptivo fueron obsequiados por los hijos de Palemón, que les sirvieron varias frutas, leche y otros rústicos regalos. En seguida se retiraron, prometiendo volver algunas veces. Nuestros jóvenes amigos se acostaron alegres y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.







## TARDE XVI

---

### LA ENVIDIA

Cual ponzoñosa serpiente  
Se oculta en el prado ameno  
Para lanzar su veneno  
Sobre la niña inocente  
Que discurre sonriente  
Entre las pintadas flores,  
La envidia, fingiendo amores,  
Miente favor y lealtad  
Para verter su impiedad  
Y gozarse en los dolores.

Los hijos de Palemón se amaban tiernamente; pero el anciano había advertido que Adela iba haciéndose caprichosa y que tenía el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacía en oponerse á cuanto hacían los demás; pero en particular Adela, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió en la mañana de aquel día que Adela dibujaba en la huerta, desde donde copiaba un paisaje. Benito se acercó á ella y le dijo: — ¿Por qué dibujas esa colina? Yo la tengo casi concluída para presentarla á padre, y si tú también la llevas, despreciará mi obra. — ¿Y yo qué culpa tengo? No lo sabía. — Pues debías suponerlo. ¡Estaba por hacerte pedazos el dibujo!—

¿Á que no lo haces?—¿Quieres verlo? — Si. — ¡Pues mira! Y tomando el dibujo lo hizo trizas. Adela gritó y le llamó bárbaro, envidioso y atrevido; Benito la amenazó y ella huyó y se encerró en su cuarto.

Palemón, que lo supo todo, deploraba la obstinación de su hija y la brutalidad de Benito, cuyas pasiones nacientes anunciaban un carácter duro é intratable. El buen padre se paseaba lentamente por su huerta reflexionando con dolor acerca de las fatigas que causa la educación de los hijos. — ¡Este Benito— decía para sí—ha de darme muchos pesares si no acudo prontamente al remedio! Es atropellado, colérico, envidioso, y, además de eso, nada hace bien, á diferencia de sus hermanos.

Después de haber reflexionado así formó un proyecto raro, pero excelente, para corregir á aquel muchacho que continuamente estaba causándole disgustos. De nada se dió por entendido, y según acostumbraba, puso buen semblante á todos, aun al mismo Benito. Al acabar de comer convidó á sus hijos á dar un paseo en su compañía por el bosque cercano.—¿Habéis visto hacer carbón? — les preguntó. Todos respondieron que no.— Pues es preciso que lo veáis: quiero que conozcáis todas las producciones de la industria de los hombres, á fin de que sepáis apreciar el valor de las cosas y el trabajo de los que os las fabrican. Los muchachos se alegraron mucho de esta proposición: hasta Benito, que era bastante perezoso, saltaba de alegría, porque lograba algunas horas de descanso en sus ocupaciones. Toda la familia estaba dispuesta á partir menos Adela. Preguntó por ella Palemón, y Benito le dijo que estaba indispuesta y encerrada en su cuarto. Fué Marcela á llamarla y Adela respondió sollozando que le dolía la cabeza y no tenía gana de salir. El padre fué personalmente á buscarla, y para excusar una delación que no quería oír, pues lo sabía todo, le dijo:—¿Estás enferma, hija mía?—Sí, señor; y mucho. — ¡Vaya! Ven conmigo á tomar el aire y eso te aprovechará. — Pero, señor, Benito... — Benito vendrá con nosotros, y muy contento. — Lo que me ha hecho... — ¡Señorita, yo le mando que no me replique y que baje al instante! — Pero, señor... — ¿Cómo? ¿No he dicho que no gusto de réplicas?

Siguió á su padre Adela; pero durante el camino puso especial cuidado en no acercarse á Benito. Este fingió que no lo advertía, y se entregó á su alegría acostumbrada. A la media hora de marcha llegaron al bosque, se internaron en su espesura, y luego advirtieron el humo de una carbonera. Palemón dirigió á ella sus pasos. Un hombre enteramente negro salió de una cabaña construida debajo de los árboles, se presentó á los muchachos y les explicó el modo de hacer carbón, las precauciones que deben tomarse y las fatigas que cuesta este trabajo á los que velan

sobre él noche y día. Maravillados los muchachos, mostraban con su silencio lo mucho que les interesaba aquella explicación. Cuando concluyó el carbonero, Palemón le obligó á sentarse á su lado y le dijo:—¡Bien duro es, amigo mío, el trabajo en que os empleáis! — ¡Ah, señor; no me habléis de eso! Muchas veces me ha cansado este oficio; pero me es preciso seguir la voluntad del Cielo, que, sin embargo, no me había destinado á semejante ocupación. — ¿No? ¿No habíais nacido para tal estado? ¿Pues quién ha podido precisaros...? — La desgracia y mi culpa. — ¿Vuestra culpa?—Sin duda. ¡Si no hubiera abrigado en mi pecho el odio y la envidia!... ¡Qué insensatez la mía! ¡Ahora disfrutaría todos los regalos de la fortuna!—¿Queréis referirnos vuestra historia?—Con mucho gusto; pues aunque no me hace honor, tal vez podrá servir de lección á estos amables niños para que no se malogren las bellas disposiciones que anuncian.

Los hijos de Palemón se estrecharon; sus semblantes reflejaron viva curiosidad; guardaron el mayor silencio, y el carbonero dió principio á su historia en estos términos:

#### Historia del carbonero.

«Yo soy hijo de un comerciante de París y tenía un hermano y una hermana de tierna edad cuando falleció nuestra madre. Quedó mi padre solo á la cabeza de su familia. Era virtuoso; pero tenía mucha credulidad y poca firmeza. Me adoraba, con exclusión de mis hermanos; yo era su ídolo y su oráculo. Cuanto le decía estaba bien dicho, y cuanto hacía, bien hecho: los otros sufrían reprensiones continuas; y la preferencia con que me distinguía mi padre lisonjeaba tanto mi vanidad, que los maltrataba sin cesar y hacía de este modo insufrible la situación en que los infelices se hallaban.

Desde los más tiernos años mi carácter envidioso y dominante había sabido hacer á mis hermanos odiosos á nuestro padre, valiéndome para ello de continuas delaciones, ya verdaderas, ya falsas ó figuradas, según mis caprichos. Todo lo malo que se hacía recaía sobre ellos, que, gracias á mis informes, eran tenidos en concepto de desaplicados, quimeristas y golosos; en una palabra, tenían todos los defectos, y yo, todas las virtudes. Mi padre daba crédito á cuanto yo le decía, y por eso resolvió que me quedara en su compañía y que mis hermanos fueran puestos á pupilaje. Una vez enteramente dueño de la casa, me valí tanto de mi ascendiente, que logré que mi padre no fuera á ver á sus hijos y que no les enviase sino lo más preciso. En estas circunstancias murió mi hermano de viruelas: desgracia que á mí no me fué sensible, pues tenía un obstáculo menos contra la dominación que quería ejercer y los proyectos que anda-

ba revolviendo en mi cabeza; porque aunque sólo tenía diez y ocho años, y por más que la disipación y las pasiones dominaban mis sentidos, no por eso dejaba de atender á lo venidero, y decía para mí: «Mi padre es rico: su hacienda le produce, sobre poco más ó menos, diez mil libras de renta, y dos veces más su comercio. Somos dos hijos: si partimos este caudal, ni uno ni otro seremos muy ricos. ¡Si yo no tuviese que partir con otro! ¡Si pudiera desconceptuar á mi hermana para con mi padre de modo que éste la desheredase ó que huyera de casa para siempre, poseería yo entonces una gran fortuna!

Estas viles ideas se apoderaron de mi corazón de tal manera, que desde el instante en que lo pensé dirigí todas mis baterías para arruinar á una hermana á quien detestaba. Ahora veréis cómo lo dispuse y el fruto que saqué. Fué mi intención hacerla caer en un funesto lazo, y para no fiarme de nadie, yo mismo me hice el héroe de la aventura. Estaba mi hermana en una severísima casa de educación, y por medio de un mozo de recados, á quien pagué muy bien, le hice entregar el billete siguiente:

«Amable Cecilia: Me constan vuestros disgustos y vuestra triste situación; y como he tenido la dicha de veros, vuestras gracias se han apoderado enteramente de mi corazón. Soy joven, bien nacido y rico, y desearía saber si admitiríais sin repugnancia el rendimiento de vuestro tierno amante.—*Valvil.*»

Cecilia, que sólo tenía diez y seis años, leyó cien veces el billete, y no pudo menos de suspirar por una situación venturosa.

Cuando creí que su imaginación se hallaría bastante exaltada, aventuré otro billete pidiendo respuesta. No la obtuve y lo extrañé mucho; pero á la tercera carta me contestó estas pocas palabras: *Señor, daos á conocer y entonces os diré si podéis esperar.* Extremada fué mi alegría. Al instante forjé otro enredo, con el cual hice creer á mi víctima que el *Valvil* que la amaba era hijo de un hombre riquísimo, y que se moriría si no conseguía de ella hablarle por la noche en la calle del Sena por la ventana del cuarto de una de las colegialas, cuya confianza pude ganar.

Nada es comparable á la turbación de Cecilia al leer la carta que contenía todo esto. Me respondió que lo que le pedía era un empeño muy aventurado, y que no cometería nunca semejante imprudencia.

No me desanimó esta severa respuesta; así, pues, proseguí constantemente mi empresa enviando carta sobre carta.

Seis meses de paciencia me costó conseguir que me hablara. Cuando esto se realizó di por logrados mis pensamientos. Una de sus compañeras, sensible á sus desgracias y á la suerte que se le presentaba, le franqueó su cuarto, al cual se trasladó á media

noche. Yo había hecho vestir perfectamente á mi criado, que era un joven algo fino y de talento; le había ensayado el papel que debía representar, porque, poco más ó menos, bien conocía lo que puede decir una joven en semejante ocasión. Mi criado, pues, representó el papel de Valvil amante y desesperado. Cecilia le hizo mil preguntas, y después de confesar que correspondía á su afecto, le preguntó cuál sería el término de una pasión de que abjuraba si no había de coronarse con indisolubles lazos. Le contestó mi criado que el casarse era facilísimo; que tenía una tía que le adoraba y ya estaba enterada de su pasión: que la esperaba impaciente y que en su casa se casarían en secreto; que, además, se encargaba aquella tía de arreglar después el asunto con su padre, porque éste era muy bondadoso; y que, en fin, aun cuando lo llevase á mal, la tía tenía sobradísimos bienes para indemnizar á sus sobrinos de lo que por otra parte pudiesen negarles.

Todas estas proposiciones deslumbraron á Cecilia, que pidió tiempo para reflexionar; pero mi criado la estrechaba. No quería dilaciones; decía que se moría de amor y que se daría de puñaladas á su vista si cuanto antes no conseguía el objeto de su ternura. Asustada Cecilia, prometió decidirse dentro de ocho días, y amo y criado nos retiramos muy satisfechos de nuestra empresa.

Al instante levanté otras baterías para sostener las anteriores. A la mañana siguiente recibí mi padre una carta supuesta de uno de los maestros de la casa de educación en que estaba mi hermana, informándole de que ésta tenía mil defectos, que era muy ociosa, que se presumía andaba un poco distraída, con otras cosas por este estilo. Mi padre me comunicó este tejido de calumnias, y yo le determiné á que al punto escribiera á su hija, y le dicté las expresiones. ¡Cómo quedó Cecilia al leer la terrible carta de su padre! En ella le decía que había resuelto abandonarla, que nunca la establecería, que estaba dispuesto á maldecirla y otros horrores de igual naturaleza que oprimieron su sensible corazón. La desgraciada reconocía en todo ello los efectos del odio de su hermano. ¿Qué haría? Si escribía, serían interceptadas cuantas cartas enviase. ¿Seguiría al joven Valvil, que le ofrecía un porvenir venturoso? ¡En qué ideas, en qué confusiones se hallaba sumergida!

Dos días después recibí una carta del supuesto Valvil, y otra de la tía de este joven, concebida en estos términos:

«He sabido vuestras desgracias, amada sobrina (permitidme que os dé este nombre). No ignoro que Valvil os ama, y yo lo apruebo, porque todos los informes que he tomado son otros tantos elogios vuestros. Estad dispuesta el lunes á la media noche: bajaréis por la ventana de vuestra amiga, para lo cual se os faci-

litarán los medios. Si ella quiere acompañaros, soy bastante rica para mantener á entrambas. Yo misma os recibiré en mis brazos, y un coche os trasladará brevemente á mi castillo, donde el himeneo espera al amor. ¡Qué consuelo será éste para mis cansados años! ¡Y qué dulzura para vos vivir en el seno de una tía y en el del padre de vuestro esposo! Porque conozco bien á mi hermano y tengo sobre él bastante imperio para obligarle después de vuestro casamiento á cuanto sea del agrado de vuestra tierna y amante tía.—*Ursula de Valvil.*»

Esta intriga carecía del fundamento necesario para alucinar á una mujer que tuviera más instrucción y experiencia que Cecilia; pero á los diez y seis años, sin conocimiento del mundo y sus seducciones, ¿era extraño que cayese en el lazo? La pobre Cecilia consultó á su amiga, que era huérfana y también sin experiencia del mundo, la cual consintió en acompañarla, y quedaron convenidas en estar dispuestas para la noche siguiente, que era la señalada.

En fin, llegó el momento del rapto, que era el golpe terrible, y se dió felizmente sin que yo compareciese. Fingí aquel día un fuerte dolor de cabeza y me encerré en mi cuarto por la noche; pero no pude dormir.

Durante este tiempo mi astuto criado, en compañía de una vieja infame con quien contaba para el lance, se trasladó á la calle del Sena. Una escala arrimada á la pared facilitó la evasión de Cecilia y de su amiga. Ambas entraron en un coche en que las esperaba la fingida tía, entró luego mi criado y se pusieron en camino.

A la mañana siguiente supe todo lo ocurrido cuando mi padre recibió la noticia por los maestros de mi víctima.

Bien supondréis que llevé mi perfidia hasta el punto de agriar en cuanto pude la indignación de mi anciano padre. ¡Oh Cielos! —le dije.—¡Deshonrar á la familia; causar tantos pesares á tan buen padre! ¡Ah! ¡Decidíos á no verla jamás! ¡Contémosla ya por perdida, padre mío; por perdida para siempre!

Añadí otras mil exclamaciones y disfruté del cruel placer de oír á mi padre maldecir á su hija y jurar que la abandonaba enteramente. Al partir con su fingido amante mi hermana había dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese. En ella le hablaba de su amor por un joven rico y bien nacido, de las persecuciones de un hermano bárbaro, y, en fin, quería justificarse en cierto modo de su temerario arroj. Quemé aquella carta, como lo había hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente: yo no me separé de su lado, é hice tanto, que desheredó á mi hermana y me nombró por su único heredero.

Había conseguido el objeto de mis maldades; mas no debía disfrutarlo mucho tiempo. Pronto veréis cómo el Cielo disponia los sucesos para castigar el crimen y dejar triunfante la inocencia oprimida. Pero antes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del rapto de Cecilia, y seguir á esta crédula víctima del odio y la ambición del hermano más perverso. Sin duda desearéis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tía: luego conoceréis sus desgracias y el modo cruel como quedó desengañada.

Era la media noche y volaban los fugitivos...»

Aquí Palemón suplicó al carbonero que suspendiera su narración.—Mañana volveremos—le dijo,—y continuaréis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino en ello el carbonero. Palemón volvió á la granja con sus hijos, y su conversación recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto. El anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana, que bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemón quedó indignado de ello y mucho más de la obstinación de Benito, que era el más culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente. En la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.





## TARDE XVII

### LA RECONCILIACIÓN

Cuanto es infame tomar  
Con fiero instinto de hiena  
Venganza, que Dios condena,  
De una injuria, perdonar  
Y al ofensor abrazar  
Es deleitable y hermoso.  
Al darnos el Poderoso  
Desde la Cruz su perdón,  
En la reconciliación  
Puso el timbre más hermoso.

Adela pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre le preguntara las causas de su enojo; pero Palemón permaneció silencioso, pues no quería chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque, donde ya los esperaba el carbonero, que continuó su historia de este modo:

#### **Concluye la historia del carbonero.**

«Era media noche: hacia largo tiempo que el coche corría, y Cecilia, turbada, aún no había examinado á las personas que la



acompañaban. No respondía á nada de cuanto le hablaban: tal era su inquietud, y acaso su arrepentimiento. Su amiga, menos culpable y más resuelta, hacía el gasto de la conversación, porque Laura (que así se llamaba) gustaba de hablar mucho.—Señora Condesa—decía á la vieja,—yo he seguido á mi amiga, y sentiría infinito que me separasen de ella: una vez que se case, me quedaré de camarera suya, y no la dejaré hasta la muerte.

La vieja accedía á todo, mientras que el falso Valvil se ocupaba en distraer á Cecilia hablándole de sus amores, jurándole una constancia eterna, y añadiendo:—Cuando seamos esposos, mi padre consentirá. ¿No es así, tía mía? ¿No convendrá en todo?—Sobrino mío, yo te aseguro que para mí tu padre es lo de menos en este asunto.—Pero decidme algo por favor, Cecilia hermosa: oiga yo de vuestros labios siquiera una expresión que me asegure de vuestro amor, porque temo que mi temeridad haya excitado vuestro aborrecimiento.

Cecilia casi nada respondía: desde que entró en el coche empezaron á agitarla mil pensamientos funestos. Veía abrirse un abismo que sin duda iba á sepultarla, y se arrepentía de haber sido tan crédula: además observaba que el sobrino y la tía se hablaban al oído y de cuando en cuando prorrumpían en risas que no podían contener, lo cual excitaba más y más su inquietud. A no ser porque Laura la animaba, se habría deshecho en lágrimas. En esta situación pasaron toda la noche, y cuando amaneció ya estaban á diez leguas de París. Entonces, contemplando las dos figuras que la acompañaban, Cecilia empezó á temblar. Vió á un joven de no mala fisonomía, pero que denotaba la ignorancia y grosería propias de su verdadero estado, y á su lado una vieja horribilísima, de aspecto repugnante. Reparó que sus vestidos eran sucios, fuera de moda y ordinarios, á lo cual se agregaba una voz muy cascada y un lenguaje licencioso.

Hubiera querido Cecilia comunicar sus temores á Laura; pero no era fácil. Su compañera, más ligera y de menos discernimiento, no paró mientes en lo que tanto cuidado infundía á su compañera: por el contrario, lo aplaudía todo, é interiormente se lisonjaba de gozar en adelante una suerte feliz con personas de tan alta calidad. Cecilia perdió enteramente el uso de la voz; exhalaba algunos profundos suspiros y levantaba los ojos al Cielo, como para preguntarle si la castigaba por haber faltado al respeto de su padre, al suyo mismo y á las obligaciones de su sexo.

A la hora de desayunarse entraron en una posada, donde comenzó á descubrirse más el carácter de los dos intrigantes. Nada quiso tomar Cecilia; pero la vieja golosa pidió vino, jamón y otras mil cosas. Entre tía y sobrino despacharon tres botellas de vino, y bebieron una cantidad considerable de aguar-diente. Laura solamente tomó chocolate.

Póngase cualquiera en lugar de Cecilia, y considere las reflexiones que haría. Animados entrambos malvados con la fortaleza de los licores, hablaban de regios palacios y ricas posesiones, diciendo mil tonterías para parecer gentes de clase y de fina educación. Después que concluyeron de beber salió el supuesto Valvil, y la vieja se durmió profundamente. La desgraciada Cecilia aprovechó aquellos momentos para comunicar á Laura sus recelos, y le dijo: — ¿Qué gentes son éstas á las que nos hemos entregado? ¡Santo Dios! ¿Pueden darse personas más groseras y despreciables? — Yo, amiga mía, hace poco que lo he reparado: y, en efecto, su exterior, sus palabras y acciones me parecen muy extrañas. — ¡Ay! ¿Qué hemos hecho? ¡Qué imprudencia la nuestra! ¿Es éste aquel Valvil tan tierno y sensible que me escribía cartas tan llenas de amor y delicadeza? ¡Oh amiga mía! ¿Seré víctima de alguna intriga secreta ó de alguna traición horrorosa? ¿Habré sido causa de tu perdición y de la mía? ¡Si; un espantoso vacío se presenta á mi temerosa imaginación! ¡No hay duda; estoy amenazada de alguna gran desgracia, y sumergida en ella á pesar mío! ¿Qué digo? ¿A mi pesar? ¡Yo, Laura, yo tengo la culpa de todo!

La infeliz ocultó el rostro entre las manos, que inundó con un torrente de lágrimas. En vano procuraba Laura consolarla; y ya se decidía á una violenta resolución, cuando vió entrar á su supuesto amante. Pero ¡en qué estado! Valvil había vuelto á beber con los mozos de caballos y estaba casi embriagado. Miró á Cecilia, y á medias palabras le dijo: — ¿Lloras, muchacha? ¿Qué tienes? ¡Vaya, que no será nada! ¡Vamos, mi honradísima tía; ya es hora de volver al coche!

La tía no despertó hasta que, sacudida violentamente por el fingido sobrino, se volvió hacia él diciéndole: — ¿Qué diablos quieres de mí, Picard?— ¡Picard!— exclamó Cecilia. Al momento la vieja advirtió la indiscreción que acababa de cometer, y procurando tomar el tono y lenguaje de señora, dijo:— Perdoná, sobrino, porque estaba soñando con un bribón de criado que tenía, llamado Picard. ¿Le conociste? Le despedí porque era un borracho. — ¡Picard un borracho! ¡Sed más moderada en vuestras expresiones!

La vieja reparó en el fatal estado de su compañero, y temió que cometiese alguna indiscreción: cortó, pues, la plática, y subieron todos al coche, donde á breve rato los dos impostores se entregaron á un sueño profundo.

Pasóse el día sin que Valvil y su tía pidieran de comer, ni aun les ocurriera ofrecérselo á sus compañeras. Por la noche se detuvieron en una venta, donde los dos farsantes pensaron seriamente en el objeto de su viaje, conociendo que Cecilia se había persuadido del engaño. Después de haber caminado seis

días, en que tanto la vieja como Picard tuvieron algunas atenciones con Cecilia y su compañera, al llegar al frente de una fonda situada en la división de varios caminos, Picard dijo á la vieja: —Querida tia, ya es tarde: si os parece, podemos pasar aquí la noche, y mañana, madrugando, llegaremos á la hora del almuerzo á vuestro castillo.—Consintió la tia; se apearon y pidieron un cuarto para cada individuo. Se acostaron, y Cecilia, que no podía dormir, angustiada por el remordimiento de su disparatada resolución, creyó oír que por debajo de la puerta de su estancia introducían un papel. A poco rato advirtió la marcha precipitada de un coche, exhaló un suspiro involuntario, con el cual pareció dilatarse su corazón, y se quedó dormida. No bien amaneció, ansiosa de averiguar si efectivamente era cierto lo que presumía, se levantó y recogió un papel, cuyo contenido era el siguiente:

«Adiós, desgraciada joven: aquí es donde debo abandonaros. Estáis perdida por haberos dejado robar, y mucho más fiándoos de gentes desconocidas. No soy Valvil, como habéis creído; ni la que me acompaña es mi tia, sino una mujer de mala vida, que también se concertó para perderos.»

Cecilia vió confirmadas sus sospechas; ya había comenzado el castigo de su credulidad: ya estaba perdida. Corrió á llamar á Laura, que aún dormía, y mientras ésta se vestía volvió Cecilia á su cuarto. Pero tropezó con una carta que estaba inmediata á la puerta: la cogió y leyó lo que sigue:

«¡Muy bien, Picard! Veo por la tuya que mi hermana, mi crédula hermana, se ha figurado que eres el bello Valvil. ¡Qué idea tan feliz la mía de enamorar á mi hermana bajo un nombre supuesto, entregártela y alejarla para siempre de mi padre! Tampoco yo he estado demás: mi padre deshereda á Cecilia y me deja todos sus bienes. Abandona á esa necia lo más lejos posible, y ven á recibir el premio debido á tan fiel criado. Quema este papel.»

Cecilia no dudó un momento que aquella carta era mía. La leyó repetidas veces, y no podía dar crédito á sus ojos. Informó de todo á Laura, y ambas dieron gracias al Cielo, que les proporcionaba un documento con que justificarse ante un padre irritado. Pero ¿de qué modo había de valerse para llegar á los pies del anciano, sola y privada de toda clase de recursos?

En la fonda en que se hallaban no se hablaba de otra cosa que de tan extraño suceso. Casualmente había en ella un comerciante de París que regresaba á esta ciudad, y con objeto de informarse de la verdad del hecho fué al cuarto de mi hermana: le preguntó, y ella con toda franqueza le refirió lo ocurrido. Quiso saber su apellido, y quedó asombrado cuando oyó que era hija de un consocio y amigo íntimo suyo.—Yo os presentaré—le

dijo—á ese engañado padre, seréis rehabilitada en su cariño, y vuestro indigno hermano sufrirá el castigo que merece.

Habían trascurrido algunos días, y mi padre se hallaba convaleciente de su enfermedad. Una noche, al volver de una orgía, pasé á abrazarle, y vi que me recibió con frialdad.—¿Has tenido noticias de mi hija?—¿De mi hermana?—Sí. ¿Qué sabes de ella?—Señor, no sé qué pensar. Ese aspecto... Nunca os he visto de ese modo.—¡Porque me tenías muy engañado! Y tu criado, ¿cuándo vuelve de su tierra?—Eso él lo sabrá.—Y yo también, pues me lo ha confesado todo.—¿Confesado? ¡Señor, no os entiendo!—Entonces salió Picard pálido, desfigurado, y me dijo:—Señor, lo he confesado todo, porque vuestro padre nada ignoraba.

Todavía traté de negar; pero mi padre exclamó enfurecido:—¡Sal, hija mía, y confunde á este infame con tu presencia!

Abrióse entonces una puerta y apareció mi hermana conducida por un hombre respetable; se postró á los pies de mi padre y le suplicó que me perdonase. Pero mi padre me mandó alejarme de su presencia, y yo huí de la casa paterna para no volver más á ella. Anduve de ciudad en ciudad, de país en país, solo y pobre, dedicado á diferentes profesiones, hasta que, pasados más de diez años, volví á París y supe que mi padre había fallecido después de revocar su testamento y otorgar otro en que instituí por única heredera á Cecilia, á la cual había casado con un hijo del amigo que la había salvado, en cuya compañía era dichosa. Fui á verla y me recibió con cariño, colmándome de beneficios; pero no pude resistir su presencia y volví á ausentarme y me dediqué á este oficio en que me veis.»

—No en vano he oído vuestra historia—dijo Palemón.—Justamente aquí hay un señorito que procede mal con su hermana. Quiero que se quede en vuestra compañía y que aprenda vuestro oficio.—Los hermanos quisieron interceder por Benito. Adela se arrojó á los pies de su padre, pero nada consiguieron: antes bien, esta última supo que también para ella había un castigo preparado. Todos estaban tristes, menos Benito, que con afectada resolución exclamó:—¡Al cabo esto no es deshonra!—No; ¿eh? Pues bien; estaréis aquí ocho días, que es doble tiempo del que tenía pensado que permaneciéseris.—Aunque sean quin-ce estaré, padre mío.—Como gustéis, caballero; pero sobre todo—dijo el carbonero—que trabaje, ya que tan buenos deseos manifiesta.

Benito se quedó en la carbonera, y los demás con su padre se retiraron tristemente á su casa, considerando la justicia del castigo de Benito, y cómo él mismo lo había cuadruplicado con sus necias contestaciones.



## TARDE XVIII

---

### LOS INTRIGANTES

El que de enredos y engaños  
Quiere á lo grande vivir,  
Al fin suele recibir  
Tristísimos desengaños.  
Podrá por medios extraños  
Y que la moral condena  
De sus intrigas la pena  
Por algún tiempo burlar;  
Pero al cabo ha de arastrar  
Del presidio la cadena.

El siguiente día pasó con mucha tristeza. Para aumentar el temor de sus hijos, Palemón mandó que Adela estuviese tres días sin salir de su cuarto, en castigo de haber excitado la envidia de Benito, en vez de reducirle con dulzura y cariño. Para distraer en cierto modo la melancolía que la ausencia de los dos hermanos causaba, Palemón resolvió que se leyese aquella tarde una historia del libro grande, que trataba de dos criados embusteros que, á semejanza de Picard y la vieja su cómplice, se habían vestido de señores con intención de engañar á otros, sólo que éstos lo que habían logrado era engañarse á sí propios. Los tres muchachos prestaron la mayor atención á su padre, el cual comenzó así:

### Los embusteros de Milán.

Para conseguir el fin que se propone un intrigante, emplea cautelosamente todos los medios que le sugiere su imaginación, por ilegítimos y extraviados que sean, sin reparar en inquietudes ni fatigas; y tal vez se hallarán hombres para los cuales sea este crimen una pasión favorita, de que no desistirían aun cuando se les presentasen mil caminos rectos para lograr lo que desean. Estas consideraciones me recuerdan un suceso bastante extraordinario que acaeció no ha mucho en Milán; mas para que el lector se entere de todas las particularidades, explicaré antes el origen y educación de mis héroes.

Aunque hijo de padres pobres, Lázaro manifestó bien pronto la inclinación que le arrastraba hacia la intriga. Siendo muy joven se escapó de su casa, robando á su anciano padre una corta cantidad de dinero, fruto de sus ahorros. Era gallardo y de agradable rostro; poseía ingenio y cierta facilidad de palabra, con la cual suplía la falta de educación. Tenía diez y seis años cuando huyó de su casa y se fué á Roma, donde á la puerta de una fonda muy concurrida se ofrecía á servir á cuantos viajeros entraban ó salían. Su juventud, su aire fino y desembarazado agradó mucho á un joven francés que viajaba sólo por distraerse. Belmont (que así se llamaba el viajero) examinó á Lázaro y halló en él las disposiciones y luces que un amo libertino busca en sus criados. Acomodóse, pues, Lázaro con Belmont; viajó con él y le sirvió con la mayor destreza en todos sus negocios de amores y juego. Embelesado de haber hallado tan buen criado, el amo le recompensó con liberalidad, y aun le interesó en todas las utilidades que resultaban del juego ó de la intriga. Hallándose en Venecia, oyó Belmont hablar de la hija de un rico particular que debía llevar de dote cuatrocientas mil libras, y se enamoró de ella, ó por mejor decir, de su dote. Confió á Lázaro el proyecto que tenía de introducirse en casa de la señorita, y añadió: —Tú sabes discurrir é inventar; si logras que me case con esta joven, te daré cincuenta mil libras, y te irás á gastarlas adonde quieras.

Esta promesa despertó la ambición de Lázaro, que prometió á su amo hacerle esposo de la joven veneciana. Al momento fingió ejecutorias de nobleza, cartas de familia y derechos irrevocables á sucesiones cuantiosas, de modo que representó á Belmont como un caballero muy rico que viajaba para instruirse, extendiendo la ficción hasta suponer que el padre de Belmont aprobaba con toda su voluntad el casamiento, para lo cual le enviaba una letra de cambio de una gran cantidad, librada contra el comerciante más opulento de Venecia y cobrable al

instante que se firmasen las capitulaciones. En fin, todo se dispuso tan bien, que padre é hija cayeron en el lazo que les tendieron. Belmont se casó con la joven que apetecía, cobró la dote, entregó al pícaro criado la cantidad prometida, y huyó con el dinero restante, abandonando á su mujer, que descubrió demasiado tarde la traición de que había sido víctima por su necia credulidad y la de su padre. Como Belmont y Lázaro temían ser presos si huían juntos, convinieron en separarse para reunirse después en París. Dejemos al malvado Belmont y sigamos á nuestro Lázaro, que nos ofrecerá escenas muy cómicas.

Apenas se vió poseedor de cincuenta mil libras, principió el bribón á formar mil proyectos. — ¡Vamos, Lázaro — decía; — ahora es preciso desplegar todos los resortes de tu genio! Esta es la ocasión de emplear toda tu sagacidad. ¡Corre tras la fortuna, que sólo protege á los audaces!

Hechas estas reflexiones, al momento concibió en su imaginación el proyecto más vasto que cupo en cabeza de intrigante, y para ponerlo en práctica salió aquel mismo día de Venecia. Después de haber caminado de noche por sendas extraviadas, llegó á Milán, en donde mudó enteramente de tono, de vestidos y de lenguaje. Ya no era Lázaro, sino el joven Duque de Eperville, señor francés. Tomó una magnífica casa, criados; en fin, todo el tren de un hombre de la más alta distinción. Recibió á artistas, literatos y algunos periodistas, que al día siguiente insertaron en sus periódicos el suelto siguiente:

«Ha llegado á esta ciudad un gran señor francés que parece hallarse sumergido en la más profunda melancolía. Dicese que, abandonado por una mujer á quien amaba, busca fuera de su patria una dama de calidad, sensible y dulce, que pueda reparar con los vínculos del himeneo los males que le ha causado el amor.» A esto seguían las señas del *señor francés*, con algunas que parecían reflexiones de los periodistas.

Lázaro leyó en los diarios este suelto, le pareció á medida de su deseo, y desde entonces se aplicó con todo esmero á sostener el carácter que le marcaba su papel. En su fisonomía se veía pintada la tristeza; sus ojos de tiempo en tiempo vertían algunas lágrimas, y muellemente reclinado en su sofá, vestido con desdén, aunque elegantemente, esperaba que alguien, conmovido ó interesado, fuera á proponerle alguna mujer; pero que fuese muy rica, porque si no, no tenía prisa para casarse.

En semejante estado le encontró la condesa Hortensi, que fué á visitarle. Se levantó Lázaro al ver que se le presentaba una dama elegantemente ataviada, joven y de figura bastante agradable. — Señor Duque — le dijo haciéndole siete ú ocho reverencias, — tal vez tacharéis de atrevido mi proceder, y os pido mil veces perdón por haberos incomodado. He visto en un diario un

artículo en que se trata de vos: Parece que habéis experimentado los rigores del amor, del cual también yo soy víctima infeliz. A vuestra vista está la mujer más desventurada; mis lágrimas os dicen lo bastante. ¡Perdonad: me es imposible contenerlas! — Sosegáos, señora, y no renovéis con vuestro llanto mis heridas, que todavía no están cicatrizadas.—¡Necia de mí! ¡Venía á consoláros y estoy afligiéndoos! ¿Qué pensaréis de mí? —Que es mucha vuestra pena, y que nuestros corazones pueden confiárselas recíprocamente.—Las mías, señor Duque, son crueles y, sin duda, capaces de igualarse con las vuestras. Suponed desde luego que mis parientes me sacrificaron en mis más floridos años entregándome al Conde Hortensi, hombre poderosísimo, pero á quien yo no amaba, porque sólo Laurencio era el objeto de todas las ansias de mi corazón. Pero murió el infeliz, y dos días antes había experimentado la misma suerte mi marido en un desafío, promovido por muy leve causa; de modo que en cuatro días perdí un amante y un esposo. Si Laurencio hubiera vivido, yo le habría hecho dueño de mi mano y juntamente de toda mi fortuna: entonces habría sido feliz; pero ahora me es preciso derramar eternamente lágrimas de amargura.—Señora, os compadezco. Son grandes vuestras desgracias; pero no debéis desesperar de hallar alivio. En vuestra edad, con tantas gracias y un corazón tan tierno, las cenizas de Laurencio pueden reanimarse; la suerte puede ofreceros otro sujeto que, aunque tal vez no sea tan amable, no le ceda en prendas apreciables ni en finura amorosa.—¡Esposo cruel! ¡Tirano que arrebataste mi mano de unos parientes codiciosos! ¿De qué me sirven las cien mil libras de renta que me has dejado? ¿Para qué quiero tus castillos, posesiones y vanos títulos? ¡A todo habría preferido el logro de mi amor!—Señora, tranquilizaos; volved á tomar asiento y sosegaos.—¿Qué es lo que hago? ¡Cielos! Perdonad estos impulsos del sentimiento, que procuraré moderar, é interesándome en vuestros sucesos, vendré otro día á consoláros, porque ahora ya veo que no hago más que hablar de mí misma, rayando en descortés.—¡No podéis figuraros, señora Condesa, cuánto me interesáis! Vuestra aflicción me conmueve en extremo; y aun me parece que si os dignáis admitirme en vuestra sociedad, tal vez llegaremos á consolarnos mutuamente: entretanto espero merecer que honréis mi mesa.—¡No, señor, no! He abusado infinitamente, y así, me retiro... Si; permitid que me retire: quería enjugar vuestras lágrimas y no derramar otras á vuestra vista.—Pero señora...

La Condesa no accedió, y bajó acompañada de Lázaro hasta su coche. El cochero recibió orden de dirigirse á casa, y Lázaro la hizo seguir por uno de sus criados, que no tardó en llevarle las señas de la habitación de la hermosa y afligida señora.



Ahora que ha partido la Condesa, dejemos á Lázaro entregarse á las ideas lisonjeras que se presentan á su imaginación, y participemos al lector quién era aquella Condesa, aunque tal vez ya lo habrá adivinado.

Cervina, hija de unos pobres, después de haber servido á varias mujeres de mala vida, entró á ser camarera de una actriz famosa. En esta situación, que supo aprovechar, no se olvidó de hacerse pagar muy bien por veinte ó treinta amantes por hacerles el favor de entregar á su ama billetes amorosos. Ya Cervina había hecho algún dinerillo en aquella casa, cuando la actriz se casó y despidió á la criada, después de haberle hecho un buen regalo. No quiso Cervina volver á servir, y tomando supuestos nombres corrió mil aventuras. Asociada después á una tropa de tahures, contribuyó á despojar á mil inocentes, hasta que un joven llamado Laurencio perdió todo cuanto tenía en las cavernas de disolución que habitaba Cervina. Persuadido de que le habían robado, fué á dar parte á la justicia, que acudió á la casa, y Cervina y sus cómplices se vieron rodeados de esbirros, sin más arbitrio para librarse que saltar por una ventana: sus compañeros auxiliaron á Cervina, y se escapó toda la cuadrilla. Corrió Cervina de ciudad en ciudad, y al cabo se fijó en Milán, donde tomó la juiciosa resolución de contraer un buen matrimonio. Para lograrlo alquiló una buena casa, recibió gentes, arrastró coches, se fingió viuda del Conde Hortensi; en una palabra, concibió el mismo proyecto que Lázaro. Vamos á ver el resultado de la entrevista de dos intrigantes empeñados en engañarse recíprocamente.

Un hombre bien educado se habría convencido, por el solo paso que la señora Condesa acababa de dar, de que aquella mujer, por lo menos, era una loca; pero nuestro Lázaro sólo vió en la dama modales distinguidos, palabras elocuentes: no dudó de que pertenecía á la más alta clase y de que, como ella había dicho, tenía más de cien mil libras de renta. Pasó lo restante del día y toda la noche saboreando las más dulces quimeras. A la mañana siguiente se vistió con magnificencia, y fué á visitar á la fingida Condesa, cuya casa le pareció de las más bien amuebladas.

Esperábase Cervina, porque habiendo presumido que algún criado seguiría su coche, mandó de propósito que la llevasen muy despacio. Cervina, pues, en el traje más descuidado, pero más atractivo, esperaba á su víctima, y se lisonjeaba de que no podría menos de quedar sometido al imperio de sus gracias. Por su parte Lázaro se proponía echar el resto para terminar cuanto antes un asunto que le proporcionaba tan conocidas ventajas. De esta manera entrambos se esforzaban para engañarse. Aquella visita, aún más original que la primera, dejó á los dos satis-

fechos, y su excelencia el señor Duque convidó á su excelencia la señora Condesa á comer para el día siguiente. Aceptó Cervina, y asistió á una delicadísima mesa que nuestro Lázaro había preparado con la mayor profusión. A los postres se sirvieron licores fuertes, y ambos intrigantes bebieron tanto, que faltó muy poco para que se descubriesen por quienes eran. En fin, Cervina dijo que se sentía indispuesta, y Lázaro, que apenas podía tenerse, la hizo subir en su coche, la acompañó á su casa, volvió y se acostó. Al día siguiente los dos se vieron en casa de Cervina, y no se acordaron de nada de cuanto habían hablado en la mesa, sino de la declaración amorosa que se habían hecho en medio de los vasos y botellas. Lázaro se postró á los pies de la hermosa viuda, la cual le hizo levantarse, acabando de embelesarle con sus miradas halagüeñas. Por último, se habló de matrimonio, que era lo que ambos deseaban; pero con mucho disimulo, y como de paso, se preguntaron mutuamente acerca de los grandes bienes de que cada cual se suponía dueño: castillos, casas, heredades, alhajas, títulos; todo, en fin, fué especificado y afianzado con escrituras falsas, y se fijó el día de la boda. Sin embargo, todo estuvo á pique de desbaratarse cuando se trató del lugar en que habían de vivir los tiernos esposos después de su unión. Quería Cervina que fuese en alguno de los estados de Lázaro, y éste pretendía que fuese en alguno de los de aquella, y los dos tenían sobrado fundamento para tal empeño; pero Lázaro cortó la diferencia diciendo: — Aunque mi hacienda de Cavata esté casi destruida por el mal gobierno de un pícaro administrador, me parece el lugar más á propósito para vivir por ahora hasta que resolvamos otra cosa.

Sabía Lázaro que aquella hacienda estaba de venta, y pensaba comprarla apenas Cervina le entregase las doscientas mil libras que le había prometido entregar en dinero efectivo cuando se celebrara el casamiento, y decía entre sí: — Todavía permaneceremos algún tiempo en Milán: pretextaré un viaje indispensable, y entretanto compraré la hacienda. — Todo estaba ya arreglado entre los dos pícaros, que creían engañarse uno á otro. Cada cual supuso por su parte algunos cercanos parientes que buscaron entre bribones de su especie, y llegado el deseado día los vistieron magníficamente. Fueron, pues, á casarse á una legua de Milán, en una aldea extraviada, por evitar, según decían, el tumulto enfadoso de la concurrencia. Llegaron con cinco ó seis de sus confidentes al lugar destinado, y formaron un lazo indisoluble en presencia del Eterno, á quien estaban ultrajando, y que les preparaba un terrible castigo. Después de celebrado el matrimonio se detuvieron á desayunarse en la aldea antes de volver á Milán, donde la casada debía entregar el dote á su amable marido.

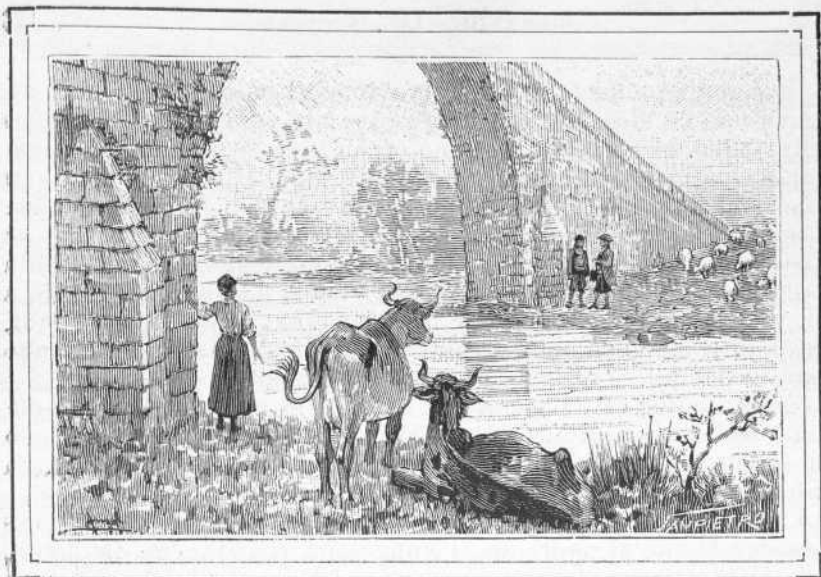
Pero en aquella fatal aldea fué donde los dos iban á horrorizarse uno de otro, y á ser entregados á la venganza de las leyes ultrajadas. Dos viajeros, el uno joven y el otro anciano, llegaron casualmente al mismo sitio, é informados de la novedad, por efecto natural de curiosidad desearon ver á la recién casada. Los dos viajeros no se conocían, pero se hablaron, y ambos se dirigieron á la casa en que estaban los novios. Acercándose á la sala principal, uno de los viajeros, viendo á Lázaro, se arrojó á él, y cogiéndole del cuello de la casaca, exclamó:—¿Estás aquí, infame? ¡Por fin se han logrado mis anhelos! ¡Miserable! ¿Dónde está tu cómplice? ¿Dónde la dote de mi hija?

En tanto que esto pasaba con Lázaro, el otro viajero se apoderó de Cervina, diciéndole:—¡Malvada! ¿Cómo te has escapado de la justicia? ¿Dónde está el dinero que me has robado en tu infame casa?

Considérese cuál sería el espanto de los tiernos esposos al reconocer el uno al padre de la veneciana casada con Belmont, y la otra al joven Laurencio, á quien había arruinado con una cuadrilla de tahures. Dicho esto, quedaron nuestros recién casados confundidos y sintiendo ya las consecuencias de aquel fatal incidente.

Iban á llenarse de dicterios; pero un magistrado atajó la disensión atándolos y haciéndolos conducir á la cárcel de Milán, donde fueron castigados como merecían. Este ejemplar atemorizó á los intrigantes, tramposos y embusteros: por mucho tiempo no se habló en Milán de otra cosa, y la historia de tales malvados fué citada como ejemplo de los golpes preparados por la venganza divina, que nunca deja el delito sin castigo.





## TARDE XIX

### LOS LITIGIOS

Si no quieres verte pobre,  
Debes cauto renunciar  
Por completo á litigar,  
Aunque la razón te sobre.  
La que el derecho recobre  
De las partes litigantes,  
Si es que no la matan antes  
Á disgustos los letrados,  
Verá... ¡papeles mojados,  
De su ruina comprobantes!

Mucho divirtió á los tres muchachos la historia de los embusteros engañados. León se proponía que le sirviera de asunto para componer una comedia, y aun empezaba ya á trazar el plan, cuando Palemón le separó de su propósito diciéndole que ni el asunto era digno ni la moral la más á propósito, ni tenía la novedad suficiente para interesar en el teatro. Le dijo también que de allí á muy pocas horas esperaba á un amigo, con el cual podría consultar sus últimas composiciones.—Es un hombre de mérito—dijo,—y sin duda nos referirá algunas cosas de gusto.

Dejó el anciano á León, y éste, dócil á los consejos de su padre, abandonó el plan de la comedia para entregarse á sus acostumbradas ocupaciones. Llegó la hora de comer. Armando y Ju-

lio, á quienes León había participado que tendrían un convidado, fueron con su hermano al cuarto de su padre, donde hallaron á Mr. de Lonchamps, cuya fisonomía inspiraba respeto y estimación. Abrazó éste á los hijos de su antiguo amigo, y se sentaron á la mesa. Durante la comida habló Lonchamps de sus viajes, sobre todo del placer que había experimentado recorriendo la Auvernia, y añadió:—Voy á referiros, amigos míos, una anécdota muy agradable que me contaron en Brioude, en aquel delicioso pais donde se encuentran las bellezas naturales unidas con la honradez de sus habitantes. Un día...

Palemón interrumpió á su amigo rogándole que dejara para la tarde su narración. Al declinar el día todos cinco se reunieron en la terraza, adonde también acudió con su labor la buena Marcela, que tenía grande afición á oír historias. Cuando ya todos estuvieron sentados, Armando recordó á Mr. de Lonchamps que les había prometido referir una anécdota de Brioude: sonrióse éste, reclamó atención, y comenzó su relato en estos términos:

#### **El puente de los Enamorados.**

Iba, pues, á Brioude, y para llegar á esta ciudad era preciso pasar un puente que me habían ponderado sobremanera. Es una obra más admirable que hermosa: envejecida por un largo trascurso de siglos, se halla revestida de una cantidad considerable de láminas de hierro que atestiguan su antigüedad. Forma el puente un grande arco de ciento ochenta pies de anchura por ciento de elevación. Nada tiene de dibujos; no es más que un simple semicírculo que estriba sobre dos rocas, en una de las cuales se apoya la antigua Brioude. Por un efecto de su construcción este puente es muy apreciado por los amantes, á los cuales ha favorecido repetidas veces, á pesar de los celosos. Voy á referiros la anécdota que me han contado con relación á ese puente maravilloso.

Antonio, joven pastor de Brioude, amaba á Luisa, hija de un labrador de la montaña situada enfrente de esta ciudad y separada de ella sólo por el puente. Destinados desde la infancia á ser esposos ambos jóvenes, conducían sus rebaños á unos mismos lugares, donde pasaban días enteros hablando de sus amores y de la esperanza que tenían de verse algún día unidos para siempre. Pero de repente el interés, ese tirano del amor y de la sociedad, vino á separarlos y á destruir sus risueñas esperanzas. Un pleito indispuso á sus padres, que prohibieron á los jóvenes verse y aun quejarse. Dóciles ambos y en aquella feliz y florida edad en que sólo una severa mirada de un padre es un castigo terrible, Antonio y Luisa se esforzaron en obedecer y se resolvieron á morir, pues no podían verse ni hablarse. Te-

miendo que el amor ó la casualidad los reuniera, sus inflexibles padres les habían prohibido pasar el puente que separaba el monte de la ciudad, y sólo estaban acordes en desesperar al amor quitándole todos los medios de comunicarse. Pero si el amor no ayudó, el genio, la suerte, que tantas veces se le opone, se declaró en favor suyo y se encargó de que los amantes se comunicaran sin que pudiese acusárseles de haber quebrantado los preceptos paternas.

Todos los días conducía la pobre Luisa sus vacas á la orilla del río, y el tierno Antonio llevaba su ganado á la parte opuesta. Allí se lamentaban, derramaban abundantes lágrimas, hacían al Cielo testigo de sus sentimientos y le suplicaban que acabara con sus pesares. Por una simpatía natural, los dos iban todos los días y á la misma hora á un mismo sitio. No podían hablarse; pero se veían de lejos, y esto servía de algún consuelo á sus tiernos corazones.

Un día se cargó la atmósfera de espesas nubes; los truenos y relámpagos que se oían y veían de lejos anunciaban una horrible tempestad; á breve rato se abrieron las cataratas del firmamento y cayeron diluvios de agua y de granizo. Atónitos con el trastorno de la Naturaleza, los dos amantes corrieron á refugiarse debajo del puente. Allí, guarecidos bajo su inmenso arco, y no atreviéndose á mirarse, fijaron en el arco sus lacrimosos ojos; abrazaron las piedras, y como por instinto les confiaron sus dolores y juramentos. Pero, ¡oh sorpresa!, en tanto que en voz baja renovaban las promesas de una tierna constancia, Antonio percibió la voz de Luisa, y ésta la de Antonio. Entonces, creyéndose reunidos por alguna fuerza mágica, se volvieron para mirarse y hablarse y repararon en que aún mediaba entre los dos el río; vieron desaparecer sus esperanzas, y dirigiendo sus miradas á la piedra, le dijeron: — ¡Cruelmente nos has engañado! Percibieron recíprocamente estas palabras: los pobres jóvenes creyeron que se burlaba de ellos algún espíritu maléfico y se dispusieron á huir de aquel encantado sitio; pero se apaciguó la tempestad y con ella su primer terror. Entonces dijeron entre sí: — Si es un Genio maléfico el que se complace en repetir nuestras palabras, obra según nuestra voluntad. Pues ¿por qué hemos de huir de lo que favorece al amor? Animados por esta reflexión, volvieron hacia la piedra para experimentar si sus palabras se oían de nuevo. — ¡Yo te amo, Antonio! — dijo Luisa en voz muy baja; y al momento percibió que Antonio le respondía: — ¡Y yo te correspondo, amada Luisa! — ¿Conque me oyes? — ¿Y tú también? ¡Oh felicidad!

Palpitando de alegría su corazón, agradecieron á la casualidad favor tan inesperado; volvieron á colocarse junto á sus respectivas piedras, y convinieron en confiarse por aquel medio

sus penas y sus más ocultos pensamientos. Como no resonaba la voz, nadie podía oírlos, y así no temían ser sorprendidos. Todos los días iban á hablarse de este modo, y desde entonces vivieron muy consolados. Si Luisa tenia que hacer algún viaje, Antonio lo sabía, y no dejaba de presentarse en el camino. En fin, habían hallado el medio más seguro para fomentar la inocente llama que los abrasaba.

Así vivían, cuando un pintor de Brioude, llamado Roberto, tomó por ocupación el ir todos los días á la ribera del río á dibujar aquellas vistas. Varias veces había observado que los dos jóvenes, puestos bajo del puente, se volvían la espalda y se arribaban cada uno por su lado á las piedras del arco, de lo cual infirió lo que hacían y penetró su secreto. Interesóse mucho en la suerte de aquellos desgraciados amantes, y un día tuvo el atrevimiento de acercarse con mucho disimulo adonde estaba Antonio para ver si podía oírle alguna expresión y, en cualquier-caso, ofrecerle todos los auxilios que estuvieran en sus facultades. Nadie en aquel sitio solitario había interrumpido á Antonio: por otra parte, nada podía distraerle de tan dulce ocupación como la de hablar á Luisa. Por eso no vió á Roberto, que se acercó más y pudo oír el siguiente romance, que el pastorcillo á media voz cantaba á su querida:

Piedra, que amores proteges,  
Que, favorable á mis ansias,  
Mis dichas y mis pesares  
Llevas á mi prenda amada;

Tú, que sensible á mis ayes  
Eres fiel depositaria  
Y mis quejas y suspiros  
Trasmítes á mi adorada,

Dile á mi Luisa que la amo  
Cual nadie pudiera amarla,  
Que su amor me desespera  
Y mi constancia me mata;

Dile á mi amable pastora  
Que mi corazón y mi alma  
Le rindo, pues prendas son  
Por ella muy apreciadas.

¡Oh puente! De tu misterio  
En alas imaginarias,  
Lleva á mi amada pastora  
Mis amorosas pa labras.

Son tristes; mas, siendo mías,  
Amante sabrá apreciarlas,  
Que de amor acrisolado  
Las tristezas entusiasman.

Y Luisa sabe que la amo  
Cual nadie pudiera amarla,  
Que su amor me desespera  
Y mi constancia me mata.

Luego que Antonio concluyó de recitar su romance se volvió hacia donde estaba Roberto, y al verle tan inmediato empezó á temblar como si acabara de cometer algún delito — ¡Nada temáis, desgraciado amigo!—le dijo Roberto.—Adivino una gran parte de vuestras desventuras y me ofrezco á repararlas.—¿Vos?—Yo. Confíadme vuestras penas. Decidme: ¿qué inconvenientes son los que se oponen á vuestra felicidad?

Antonio se manifestó indeciso al principio; pero luego, cediendo á la confianza que siempre inspiran los buenos corazones, dijo:—Yo amo á Luisa, y ella me corresponde: los dos debíamos ser esposos algún día; pero Mateo, mi padre, quería aumentar una posesión que tiene en el monte comprando seis acres de tierra á Jerónimo, padre de Luisa, el cual consintió desde luego, conviniéndose en cierto precio. Mas ahora se desdice y pretende anular el contrato; mi padre reclama el cumplimiento del convenio, y de esto se ha originado un pleito y la enemistad de nuestros padres, siendo nosotros víctimas del interés. Nos han prohibido vernos y comunicarnos, y sólo el arco de este puente repite nuestros dolorosos acentos: á esto se reducen vuestras desdichas y el único alivio de nuestros pesares.—Roberto conocía á los dos ancianos y se encargó de componer aquel asunto y reunir á los amantes. ¡Considérense los extremos de alegría que hizo Antonio! Participó á Luisa la nueva esperanza que le animaba, y Roberto se despidió para poner en práctica su ofrecimiento. En efecto, buscó á Jerónimo y le preguntó cuál era el precio en que estimaba sus tierras: éste se lo dijo y el pintor se lo entregó. Pero para coronar su obra convidó á los dos padres á una comida en el campo, y así que llegaron les dijo:—Estas tierras que han dado motivo á vuestra desunión, tienen que ser la prenda de vuestra más firme alianza: no las he comprado para mí, sino para que sirvan de dote á dos amantes que sólo esperan vuestro permiso para celebrar su enlace.

Los padres consintieron; se celebró la boda, de que el mismo Roberto quiso ser padrino, y los novios quedaron en la duda de quién había tenido mayor parte en su dicha, si Roberto, su bienhechor, á quien siempre dieron este título, ó si el *Puente de los Enamorados*, que desde entonces se llama de este modo.

Causó esta historia el mayor placer á los tres hijos de Palemón, á cuyos discursos sirvió de materia todo el resto de la tarde; y como Mr. de Lonchamps había de pasar algunos días en casa de los muchachos, se lisonjearon éstos con la esperanza de que les contaría otras historias de sus viajes, por lo cual se empeñaron á porfía en servirle y obsequiarle aún mucho más de lo que esperaba Palemón.







## TARDE XX

### LA CORRECCIÓN

Árbol flexible y delgado  
Es el hombre cuando niño:  
Dirigido con cariño  
Por un meotor ilustrado  
Que enderece con cuidado  
Sus nobles inclinaciones,  
Y regule sus pasiones,  
Y encauce su voluntad,  
De Dios y la Humanidad  
Merecerá bendiciones.

Encerrada en su cuarto, de donde no le permitían salir ni aun para concurrir á la mesa, Adela expiaba la falta de haber disputado con su hermano, sin tener más testigos de sus lágrimas y de su arrepentimiento que la buena Marcela, que la amaba ciegamente y sentía tanto como la misma Adela su prisión. Para terminar las penas de su hija (que así la llamaba), rogó á monsieur de Lonchamps que obtuviere de Palemón la libertad de su querida niña. Aceptó aquél con mucho gusto el encargo, y en presencia de los tres muchachos pidió á su antiguo amigo la libertad de la joven prisionera; descendió Palemón, y poco después se presentó Adela, encarnada como una rosa, y se arro-

jó á los brazos de su padre derramando un torrente de lágrimas. — Hija mía — le dijo aquel buen padre, — no llores y olvida, como yo, tus faltas: las has expiado y no debes pensar más en ellas, evitando por todos los medios la necesidad de que las recuerde. Agradece á este caballero el perdón que has obtenido; colócate junto á tus hermanos y vive segura de que nada has desmerecido en mi ternura y confianza, persuadido como estoy de que no volverás á abusar de ellas.

Adela quiso protestar de su arrepentimiento; pero los sollozos ahogaron su voz: su padre la abrazó, sus hermanos la rodearon y enjugaron sus lágrimas, y en breve la satisfacción de verse reunida á la familia restableció la general alegría.

Faltaba otra gracia que pedir, y era la de Benito; pero su padre se mantuvo inflexible, y aun estaba de acuerdo en ello monsieur de Lonchamps. En vano Adela y sus hermanos se empeñaron con éste para que templase el enojo de su padre, porque M. de Lonchamps se resistió á sus ruegos diciéndoles que lo que le habían contado del carácter indócil de Benito le determinaba á no mezclarse en semejante asunto. Consoláronse los niños, y por la tarde se reunieron los cuatro en la terraza, donde suplicaron á M. de Lonchamps que les contase alguna historia por el estilo de la del puente de Brioude.

— Conocí en Languedoc — les dijo entonces — á una mujer anciana á quien habían sucedido cosas muy particulares. Escuchad, amables niños, y convendréis conmigo en que la Providencia, que lo arregla todo, ha proporcionado consuelos á los desgraciados, aun en las circunstancias más críticas de la vida, y en que el hombre nunca experimenta más desgracias que las que puede sobrellevar.

### **Benita, ó la casa subterránea.**

No muy distante de la ciudad de Aviñón, á la entrada de un sombrío y espeso bosque, había un castillo muy antiguo, cuya parte baja fué construida por los romanos, según decían. Habitaba en él un anciano respetable con su mujer y una hija de quince años y muy linda, pero, por desgracia, de un carácter altivo, duro é intratable, por lo cual Benita, que así se llamaba aquella joven, se hacía insufrible aun á sus mismos padres, que no tenían otro hijo y fundaban en Benita las esperanzas de su ancianidad. ¡Ilusiones! Al paso que crecía en edad la niña, crecía también en envidia, en indocilidad, y sobre todo en orgullo. Veinte veces al día se encolerizaba con los criados y hacía que los reprendiesen, ó los reprendía ella misma con una aspereza insoportable. Era tan mala, que todos la detestaban. Por último, sus padres tomaron el partido de separarla de su lado. — Hija

mía — le dijo su padre un día, — tú has despreciado todos nuestros saludables consejos, y los castigos no han bastado á corregirte; por esa razón nos es imposible tenerte en nuestra compañía. Si los bienes que poseemos te han inspirado tanta altivez y soberbia, desde ahora no cuentes con ellos: ya no tendrás quien te sirva; aprenderás un oficio y entrarás en la clase de las personas laboriosas que trabajan para vivir. Mañana, luego que amanezca, Campagne te llevará á casa de una costurera de Aviñón. Allí aprenderás lo que gustes, en la inteligencia de que sólo con el trabajo de tus manos has de mantenerte: no cuentes ya con nosotros. Nos ausentamos ahora mismo, y nunca llegarás á saber el lugar de nuestra residencia. ¡Adiós!

Confusa y humillada Benita, no pensó en arrojarle á los pies de sus padres para enternecerlos en su favor; pero se puso pálida, se mordió los labios de rabia y pronunció entre dientes algunas expresiones groseras, que no oyeron sus padres, porque ya habían bajado la escalera. Benita los vió subir á un coche cargado de maletas y varios efectos y seguidos de todos los criados, á excepción del conserje y Campagne, el terrible Campagne, encargado de cumplir órdenes secretas que la atemorizaban. ¿Qué haría? No podía seguir á sus padres, y se resolvió á interrogar al conserje, del cual no recibió la más mínima explicación, porque todo lo ignoraba. Campagne era el que todo lo sabía, pero precisamente era el criado á quien más había maltratado, y mil veces hizo todo lo posible para que fuese despedido, por lo cual debía presumir que no se dejaría vencer por sus lágrimas ni por sus ruegos.

He aquí, pues, á Benita sola, abandonada, sondeando el espantoso abismo que veía abrirse ante sus pies. ¡Ella costurera! ¡Ah! ¡Sólo el nombre de un estado que le parecía despreciable le causaba un disgusto insufrible! Preferiría la muerte á semejante partido. Pero eso de morir es demasiado duro. ¡Si pudiera huir de una casa con la que ya no tiene relación alguna! Pero ¿adónde irá? ¿Quién la mantendrá? Sería forzoso trabajar continuamente, y para ella la labor era un suplicio. En estas agitaciones pasó aquella noche, y la aurora la sorprendió en tan tristes pensamientos. Todavía no había visto á su conductor Campagne, á quien antes detestaba, pero que á la sazón ya no era el mismo á sus ojos, pues sólo veía sus buenas cualidades. Era un hombre de edad madura, bueno, humano, generoso, que la quería mucho cuando era muy niña y la llevaba siempre en brazos. Aunque tanto le había perseguido, no sería inflexible; le diría adónde habían ido sus padres, correría á verlos, se arrojaría á sus pies, les prometería ser en adelante más amable y volverían á admitirla, perdonándole cuantas faltas había cometido. ¡Ah, cómo las reconocía entonces! ¡Cuánto se arrepentía de ellas!

Por fin se presentó Campagne y le dijo:—Señorita, vamos.—¿Adónde?—Ya lo sabréis.—¡Campagne!—¿Señorita?—¡Por favor, tú sabes adónde han ido mis padres! ¡Dímelo por Dios; dímelo!—No puede ser.—¡Mira: yo conozco que te he tratado mal muchas veces; olvida mis excesos y vuélveme á la presencia de mis padres!—¡Hola! ¿Conque ahora os arrepentís? ¡Ya es muy tarde! Por mi parte no puedo hacer nada, nada absolutamente: me es preciso cumplir con las órdenes de mis amos, y así, debo llevaros á Aviñón y dejaros allí para nunca volver á veros.—¡Campagne!—No, señorita; no entiendo sino de hacer lo que me han mandado: preparáos al viaje, que dentro de una hora nos pondremos en camino.

El criado se retiró y Benita quedó deshecha en lágrimas. Sin embargo, no tardó en dejarse arrebatado por su carácter altivo: enjugó su llanto, se levantó despechada y se dispuso á la marcha, diciendo:—¡No importa! ¡Ya no tengo padre ni madre; todos son conmigo crueles! ¡Iré; veré! ¡El Cielo no me abandonará, y acaso me ofrecerá medios! Pero ¿qué medios?—Volvía ya á su primera aflicción, cuando apareció Campagne con una maleta, un bastón y todo el aparato de un caminante. Daremos una idea de Campagne, encargado de Benita. Era un hombre de más de cincuenta años y no le faltaban talento ni educación: bueno, fiel y complaciente, llevaba treinta años de servicio en casa de Benita; la había visto nacer, la había amado, la amaba todavía y sentía más que ella la terrible experiencia á que la condenaban sus padres; pero la aprobaba porque esperaba por aquel medio que se operase un cambio total en su señorita. Era juicioso, y tenía la suficiente firmeza de carácter: sabía que el ministerio que se le había confiado exigía prudencia, y aun rigor.

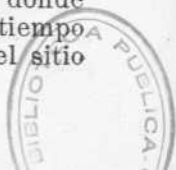
Campagne intimó á Benita por última vez la orden de seguirle. Benita cogió un paquetito y obedeció temblando. Cuando llegó á la puerta del castillo le extrañó no ver algún coche ú otro carruaje, y dijo al criado:—¿Por ventura hemos de ir á pie?—Sí, señora; á pie por lo menos tres leguas que dista la primera casa de postas, en la cual esperaremos el coche diligencia que nos llevará á Aviñón.—Benita se resolvió á todo y siguió á su conductor, haciéndole mil preguntas, á las cuales aquél contestó con poca ó ninguna claridad.

El Sol brillaba con todo su esplendor. Era el mes de Agosto y la hora del mediodía cuando Benita caminaba todavía. Ya no podía sufrir tanto calor, y la sed la abrasaba.—Campagne—dijo al criado, —quisiera beber agua y descansar un rato, porque me hallo muy fatigada.—Bien, señorita; pero no hay por aquí ni fuente, ni arroyo, ni nada. Yo también voy sofocado. El único partido que podemos tomar es dirigirnos á los peñascos que veis á nuestra izquierda. Si subimos hasta aquella piedra

blanca, podremos entrar en un subterráneo donde hay excelente agua: mitigaremos entonces la sed y descansaremos á la sombra, disfrutando de la agradable frescura de aquel lugar. — ¿Y habrá fieras en esa caverna ó algunos otros animales que nos hagan daño? — Nada temáis. Es precisamente un paraje muy concurrido que sirve de albergue en las tempestades á los pastores y á muchos viajeros. — Siendo así, vamos. — Pues seguid mis pasos, señorita, porque el camino desde aquí está un poco enmarañado. Subid por este lado que hay menos pendiente. Ya estamos cerca. ¡Gracias á Dios que hemos llegado! — Después que se hubieron sosegado pasaron adelante. A pocos pasos vieron claridad y esto los animó á continuar sin miedo. Dieron vueltas y revueltas por el subterráneo, tenuemente iluminado por los rayos del Sol que penetraban por las hendiduras de las piedras; llegaron por fin á una fuentequilla y bebieron de ella con mucho placer. — Señorita — dijo Campagne: — pues estamos en tan hermoso sitio, si os parece podemos comer de la corta provisión que traigo, y así descansaremos más tiempo. — Mucho se alegró Benita de tan buen acuerdo.

Después que comieron se dispusieron á salir del subterráneo para continuar el viaje. Retrocedieron, dieron vueltas y revueltas; pero, sin duda, aquel lugar era un laberinto, pues no encontraban por dónde salir de él. — ¡Dios mío, Dios mío! ¿Nos veremos obligados á permanecer en este sitio y morir en él de hambre? — ¡Ay, Campagne! ¿Si será este lugar un refugio de ladrones y tal vez ellos nos hayan interceptado el paso? — Señorita, no sé qué decir, aunque nunca he oído hablar de eso.

Benita lloraba, clamaba al Cielo, y Campagne procuraba consolarla lo mejor que podía. — Volvamos atrás — le dijo: — registremoslo todo; veamos si por otro lado encontramos salida. — Llegaron otra vez á la fuente, la cual, naciendo de un peñasco, formaba un arroyuelo que serpenteando entre menudas piedras corría rápidamente por el declive del terreno. Nuestros viajeros siguieron la dirección del arroyo, esperando que por alguna abertura saldrían sus aguas al campo, pero se equivocaron: las aguas del arroyo se perdían por imperceptibles conductos. En aquel paraje advirtieron que la bóveda del subterráneo era mucho más alta que por todo lo demás donde habían caminado. A favor de las lumbreras que le daban claridad les pareció ver una casa á no muy larga distancia. Se aproximaron y, en efecto, lo era. Constaba de dos pisos muy bajos, tenía puertas, ventanas y hasta chimenea, cuyo alto respiradero atravesaba la bóveda. Atónito admiró Campagne tan raro edificio y agradeció á la Providencia el haberles proporcionado un asilo seguro donde poder albergarse sin temor de sorpresas y descansar el tiempo necesario para cobrar fuerzas y registrar de nuevo aquel sitio



buscando los medios de salir de él. Pero aún no lo habían visto todo: salieron de la casa para examinarla detenidamente por fuera, y quedaron mucho más sorprendidos al notar grabadas en una piedra las palabras siguientes:

*Caminante extraviado, si la desgracia te conduce á este asilo, aprovéchate de lo restante de las provisiones de un infeliz que aquí ha vivido treinta años. ¡Busca, trabaja y vivirás!*

Esta inscripción les dió mucho ánimo: les decía que buscasen y trabajasen. Al instante tomó Campagne de la mano á Benita; entraron otra vez en el edificio y registraron los rincones más secretos. Efectivamente: hallaron en la sala baja una considerable cantidad de harina, un horno para cocer pan, todo género de utensilios caseros y porción de leña. — Si nos vemos precisados á vivir aquí por largo tiempo—dijo Campagne,—á lo menos no nos moriremos de hambre. — Benita, que un momento antes temía morir de necesidad en aquella prisión, cobró aliento. Apretó la mano á Campagne y prometió ayudarle en cuanto sus fuerzas se lo permitieran. — ¡Bien, hija mía; bien! — le dijo este fiel criado. — Lo que más nos interesa ahora es preparar algún alimento, y después registraremos detenidamente toda esta mansión, de la cual más ó menos tarde podremos salir. ¡No hay que desesperar!

Dicho esto se puso á encender fuego y pasó largo rato en calentar el horno. Entretanto Benita fué por agua, ayudó á su amigo, que convirtió la harina en pasta, y puso á cocer un pan grosero, pero muy necesario, porque ya el hambre los acosaba. Sólo la vista del pan que iban á comer reanimó sus fuerzas abatidas: le miraron con ansia y estaban dispuestos á devorarlo sin esperar á que se enfriase. Así pasaron una gran parte de la noche, sin más luz que la del horno, bien encerrados en aquella habitación y temblando de miedo al menor ruido que el aire hacía en la caverna.

Después de cena tan frugal se quedaron dormidos y no despertaron hasta muy entrado el día. Campagne recorrió de nuevo la casa y á cada instante hacía nuevos descubrimientos. Encontró sacos llenos de toda clase de legumbres y un tonel lleno de manteca y muchas viandas saladas. Al ver tantas provisiones, Benita saltaba de alegría. Hay más: si el que ocupó aquel sitio no se descuidó del alimento del cuerpo, tampoco se olvidó del pasto del alma, pues reunió muchos libros instructivos y morales para dirección del entendimiento y consuelo del espíritu. Libertad y un jardín era únicamente lo que faltaba en aquel lugar, porque las demás comodidades de la vida se encontraban en él con abundancia. Después de haber examinado todas sus riquezas, Campagne tomó de la mano á Benita y fueron otra vez á registrar las largas calles del subterráneo; pero temiendo perder-

se en ellas ó no volver á hallar su querida casa, hacían señales en los ángulos de las que recorrían. Su examen fué tan infructuoso como el anterior.

—Ya veis, hija mía, que nos es imposible salir por ahora de tan lóbrega morada. Yo, aunque sin merecerlo, sólo por haberos seguido, obedeciendo á vuestros padres, voy á sufrir tan cruel destino. ¡Paciencia! ¡Os debo todos mis cuidados, atendida la flaqueza de vuestra edad; pero vos también me debéis toda vuestra docilidad! Permanezcamos aquí, pues el Cielo lo ordena, hasta que él mismo nos proporcione la salida. Entretanto, hija mía, será preciso que os sirváis vos misma y que me ayudéis á trabajar. Aquí no hay amo ni criado: la desgracia ha igualado nuestras condiciones. Reemplazaré á vuestro padre, y bien conoceréis que no os sufriré lo que él os sufría. Exijo de vos la mayor dulzura y experimentaréis de mi parte la mayor condescendencia y el más fino afecto. Ya veis á qué estado nos ha conducido vuestra indocilidad: nos ha separado de vuestros padres y aun de todo el mundo.

Penetrada de dolor, Benita se arrojó á los brazos de su amigo, le prometió la mayor sumisión y le pidió perdón por la desgracia que por su culpa experimentaba. Campagne se enterneció, la abrazó y desde el mismo instante buscó los medios de arreglar la habitación para pasar con menos trabajo todo el tiempo que se vieran precisados á vivir allí. Dispuso dos camas, que colocó en aposentos separados, para lo cual no le faltaban colchones ni sábanas; también halló alguna ropa blanca en un armario, y quedó á cargo de Benita lavarla en el arroyo, componerla y guardarla, y asimismo debía atender á las menudencias de la cocina, cuyo manejo era preciso que aprendiese. A todo se prestó con la mayor complacencia; cuanto se le encargaba lo cumplía con una docilidad y aplicación que alegraban el corazón del buen Campagne. En los ratos ociosos se aprovechaba de los libros, y por este medio se instruía y perfeccionaba en sus deberes: en una palabra, su carácter se mudó enteramente. ¡Ah! ¡Cuán cierto es que no hay mejor escuela que la desgracia!

Veía Campagne con el mayor placer tan deseada mudanza; y así, ponía todo su empeño en divertir á su discípula en aquella melancólica soledad. Le contaba mil historietas, inventaba juegos y jugaba y corría con ella por las calles del subterráneo. Muchas veces hacían juntos investigaciones en aquel laberinto, porque nunca desesperaban de salir de él. Jamás habían podido hallar la boca de la caverna por donde entraron ni otra alguna: sólo encontraban varias calles cerradas en sus extremos con escombros y fragmentos de peñascos amontonados. Benita había aconsejado á su amigo que trabajase en quitar aquellos escombros á fin de ver si hallaban salida para el campo; pero Cam-

pagne juzgaba irrealizable aquel proyecto. Con todo, le quedaba una esperanza, y era que al fin de una de las avenidas que conducían á la casa había hallado una enorme puerta de hierro, que, sin duda, era salida para el campo; pero ni tenía llave ni instrumentos proporcionados para abrirla ó romperla. Acaso el solitario á quien reemplazaban tenía la llave, y tal vez por allí iría á buscar sus provisiones; pero no había dejado escrito su secreto, y se veían reducidos á gemir y esperar.

¡Esperar! La perspectiva era terrible: si los víveres llegaban á faltarles sería preciso morir de hambre. Benita los economizaba y comunicaba con frecuencia sus temores á Campagne, el cual se esforzaba en tranquilizarla. Entretanto ella estudiaba, trabajaba y cada día se hacía más perfecta.

Ya había pasado cerca de un año en aquella triste soledad, y aunque Campagne siempre encontraba nuevas riquezas en la habitación, las provisiones disminuían considerablemente. Entonces fué cuando los pesares de Benita se hicieron más crueles. Muchas veces iba á las orillas del arroyo; allí, con sus limpias aguas mezclaba sus lágrimas y se entregaba á todo el exceso de su dolor. Un día que había llorado amargamente su suerte, volvió á la habitación y se afligió en extremo por no encontrar á su amigo. Varias veces había advertido que desaparecía, sin que ella supiera adónde iba; y cuando le preguntaba, él no hacía más que reirse y decirle que no tuviese cuidado. Pero aquella vez se aseguró bien de que no estaba en la casa. ¿Dónde estaba?

Benita lloraba y exclamaba: — ¡Oh, amigo mío! ¡Oh, tú, que me servías de padre en la Tierra! ¿Habrás abandonado á tu Benita? ¿A tu hija adoptiva? ¿Qué motivo te ha dado para que la aborrezcas y huyas de ella? Su corazón está mudado; tú has formado su carácter; ella te ama; ¡y la abandonas! ¿Qué digo? ¡No; no es posible que hayas podido dejarla sola en este funesto albergue! Sin duda algún accidente... Pero ¿cuál puede haber sido? Nadie ha comparecido en este sitio; en estas bóvedas sólo han resonado hasta ahora nuestros gemidos. ¡Ah! ¡He perdido mi amigo, mi apoyo, mi consuelo! ¡Amado padre, dulce madre mía! ¿Qué hacéis? ¿En dónde estáis? ¡Que no podáis venir á socorrer á vuestra hija, abandonada por su amigo, así como vosotros la abandonasteis en otro tiempo! ¡Oh! ¡Si pudieseis conocer su arrepentimiento y oír sus dolorosos acentos! ¡Padre!... ¡Madre!... ¡Amigo!... ¡Todo el mundo se ha alejado de mí y nadie puede consolarme!

Sin saber cómo se halló Benita entre los brazos de sus padres, que la llenaban de caricias, diciéndole: — El tiempo que te hemos hecho padecer ha podido mudar tu carácter; quedarás bien recompensada de las penas que has sufrido recobrando toda nuestra ternura.



Benita estaba como petrificada: no podía hablar, estrechaba fuertemente entre sus brazos á los autores de su vida, y esperaba que le explicasen lo que estaba viendo.—Salgamos de este sitio — le dijo su madre. — Te hallas á muy pocos pasos de tu casa: vuelve á entrar, pues que ya mereces vivir en ella para siempre.—La tomó de la mano, la hizo subir por una escalera altísima, y luego se encontró en el jardín y en las habitaciones de sus padres.—¿Podré creerlo?—exclamaba.—¡Oh felicidad! Pero, madre mía, ¿qué es ésto?—Voy á decírtelo, hija mía. Sabes que, no pudiendo corregir por otros medios los muchos defectos que tenías y que te hacían odiosa á todos, tu padre y yo determinamos encerrarte, privándote de toda sociedad, exceptuando la de una sola persona que te acompañase; y nos propusimos darte lecciones instructivas en el encierro, hasta que tu carácter se mudase enteramente. Participamos esta idea al honrado Campagne, que merecía toda nuestra confianza, y él se obligó á buscar medios para conducirte al subterráneo por el sitio que de antemano se había dispuesto, cuya entrada debían cerrar los trabajadores que al efecto estaban preparados así que ambos estuvieseis dentro, precisándoos de este modo á vivir en él, cuidando nosotros de que no os faltasen las provisiones, lo cual nos era fácil, como has visto. Cualquiera que hubiese reflexionado más que tú tendría por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes ofreciese todas las comodidades que habéis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenía orden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos transmitido cuanta autoridad tenemos sobre ti. Te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida, pues tu carácter se ha dulcificado y te has hecho prudente y laboriosa. En fin, hija mía, hemos abreviado tu destierro abriéndote las puertas de la prisión, y ve aquí el secreto de tu detención en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseía este castillo, y á la cual se retiró el pobre señor impulsado por sus manías.

Después de esta explicación, Benita abrazó de nuevo á sus padres deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne, y desde entonces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales.

Gran impresión hizo en los muchachos esta historia; solamente Adela, que conoció la intención con que fué contada, se puso encarnada como la grana y se retiró confusa. Los demás sólo hablaron de lo maravilloso del suceso.





## TARDE XXI

### LA DESOBEDIENCIA

Empeño inútil y vano  
Es huir de la obediencia,  
Pues Dios en su omnipotencia,  
Y con tener en su mano  
El imperio soberano  
Del mundo, jamás quebranta  
La ley de amor sacrosanta  
Que grabó en tabla de roca.  
¿Y hollarla intenta la loca  
Humanidad con su planta?

Solamente la ausencia de Benito agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemón, que sobre este particular permanecía inflexible. Se les había ocurrido la idea de arrojarlos á los pies del padre para implorar su perdón, pero no se habían atrevido. También habían formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemón llegaba á hacer algún viaje que les diera tiempo suficiente; y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasión de llevar á cabo su idea, para ver si podía en ellos más el amor fraternal que la obediencia.

M. de Lonchamps tenía que visitar á un amigo que vivía unas tres leguas distante de la granja, y persuadió á Palemón á que

le acompañara: accedió con gusto, y dijo á los muchachos: — Hijos míos, os dejo por un solo día; durante mi ausencia os reuniréis, como siempre, en la terraza. Armando tiene el libro grande, en el cual os leerá algunas historias para entreteneros: á más de eso, para que sintáis menos mi ausencia, os concedo libertad para que juguéis todo el día. Podéis hacerlo en el prado inmediato á la huerta; pero cuidado con desviarse, porque hace algún tiempo que una cuadrilla de ladrones infesta estas cercanías. Adiós, hijos míos; no olvidéis lo que acabo de deciros. Mañana nos veremos y proseguiremos nuestros ejercicios acostumbrados.

Los muchachos abrazaron á su padre, que salió con su amigo. Apenas habían partido, cuando Adela llamó á León y Julio y les dijo: — Tenemos por nuestro todo el día: hoy podemos realizar el proyecto de ir á ver á nuestro hermano Benito. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto debe de padecer lejos de nosotros! ¡Qué desconocido estará! ¡Vaya; vamos, vamos! — ¿No hay más que decir vamos? — dijo León. — ¿Y Armando? — Armando — respondió Adela — está demasiado ocupado en sus Matemáticas; y, además, si supiese algo, no nos dejaría ir. Escuchad: esperemos la hora de jugar en el prado, á fin de que Marcela no sospeche nada. Armando no concurrirá, porque no le gustan nuestros juegos; y así que los dos estén descuidados, nos pondremos en camino. No hay mucha distancia, y no haremos más que ir y volver. — ¿Y los ladrones de que padre nos ha hablado? — Siendo de día, no hay que temer, y para la noche ya habremos vuelto. Á más de eso, ¿no somos tres? — Eso es cierto. ¿Qué miedo podemos tener? Yo llevaré el sable de papá; Julio, un buen garrote, y tú también, si te parece, te armarás. ¡No hay cuidado!

Concebido así el proyecto, los tres saltaron de alegría pensando en el gusto que iban á disfrutar, y comieron tranquilamente con su hermano Armando, sin darle cuenta de su designio. Acabada la comida, Armando les señaló la hora de reunirse en la terraza, donde quería leerles una historia. Después subió á su cuarto y se encerró en él para trabajar. Marcela estaba ocupada en los oficios domésticos, y nuestros tres amigos salieron al prado. No bien se hallaron en él, se encaminaron al bosque donde estaba su hermano, muy ajeno de semejante visita. El paraje en que se hacía el carbón estaba muy retirado en el fondo de una espesura, y para llegar allí sólo había una estrecha senda. El día que fueron á aquel sitio con su padre no tuvieron cuidado de reparar en la senda, y ahora no podían hallarla. — Á la izquierda estaba — dijo Adela. — No, sino á la derecha — respondió Julio. — Pues yo digo — repuso León — que es menester ir en derechura. — Confusos se hallaban, y aun expuestos á malograr su proyecto, cuando se les acercó un leñador, á cuya vista tembla-

ron acordándose de los ladrones mencionados por su padre. Sin embargo, el verse armados los sosegó, y preguntaron á aquel hombre si estaban muy distantes del sitio en que se hacía el carbón.—La semana pasada—les respondió—se trabajaba muy cerca de aquí: allí abajo. En el día, para llegar á la nueva carbonera falta más de una legua. —¿Para la carbonera de Lagrange?—Sí, señores: tomad esta senda á la izquierda, que va á parar á un sitio despejado, y desde allí veréis una espesa humareda que sale de la carbonera. ¡Adiós, señores!

Dicho esto se fué el leñador, y nuestros tres fugitivos quedaron confusos: —¡Todavía una legua! ¡Dios mío! ¡Qué lejos está! ¿Qué hora será? ¡Si tuviéramos un reloj! ¿Proseguimos? — Sí, prosigamos: aún no es tarde. Lo mismo han de refirnos por dos horas que por cuatro. Vamos, vamos. ¡A lo menos veremos á nuestro pobre hermano! ¡Le daremos mil abrazos, y sin detención nos volveremos!

Los imprudentes jóvenes siguieron el camino indicado por el leñador, sin advertir lo difícil que había de serles acertar con él. Caminaban, caminaban, y al cabo descubrieron el humo espeso que despedía la carbonera. Al verlo se les aumentó el vigor: ya no caminaban; corrían, volaban. Llegaron á una cabaña, donde no dudaron hallar á su hermano; pero no estaba allí: nadie se presentó á sus ojos. ¿De quién se informarían? En esto vieron á lo lejos un muchacho cargado de leña, y negro de los pies á la cabeza, que llevaba inclinada á la tierra, de modo que era imposible reconocer sus facciones. ¿Si sería él? ¿Sería aquel Benito, tan hermoso, tan limpio y aseado? Los muchachos no podían creerlo; pero Benito ya los había reconocido. Arrojó la carga de leña, y sin reparar que mancharia los vestidos de sus hermanos, se echó en sus brazos derramando lágrimas.—¡El es!—exclamaron los otros tres.

Luego que se pasaron los primeros momentos de efusión, Benito les preguntó por su padre, y León contó entonces que habían ido ocultamente, y que nunca lo descubriera, añadiendo:—Hemos venido á verte por no poder resistir el deseo de abrazarte y consolarte. Tendrás mucho trabajo, ¿no es verdad? — ¡Oh; si lo supierais! Todos los días Lagrange, que tiene muy mal genio, me hace cortar, aserrar, liar y traer la leña del modo que veis; y después ir por agua á unos estanques. ¡En fin, es un trabajo insufrible! ¡No dormir sino cuatro horas! ¡Siempre en pie! ¡Y sobre eso, no comer más que pan duro y negro! ¡Esta es la vida que paso! ¡Oh Dios, cuánto siento haber irritado á mi padre! ¿Cómo haría para desenojarle?—Mira—le dijo Julio:—no hay más que un arbitrio. El volverá mañana: escápite, y ve á pedirle perdón de tus faltas, así, en el mismo traje en que te hallas, que eso le conmovirá mucho más. Y para conseguirlo mejor, será bien que

te presentes á cosa de las ocho de la noche, para que no te haga volver; pues siendo tan bueno como es, no es posible que te despidan á semejante hora. Nosotros apoyaremos tus ruegos; M. de Lonchamps, á quien no conoces y que es un hombre muy apreciable, también nos ayudará, y, sin duda, quedaremos satisfechos. ¿Qué tal? ¿Te parece bien la idea que se me ha ocurrido?

Benito respondió á sus hermanos con abrazos; les agradeció el consejo; lo seguiría, é iría á postrarse á los pies de su padre. Ya se le había ocurrido; pero le contenía el temor de hacer mayor su delito. Mas una vez que estaba seguro del apoyo de sus hermanos y del de un amigo de su padre, nada temía, y lo esperaba todo. Pero ¿cómo burlaría la vigilancia de Lagrange, que parecía su sombra? Sin embargo, no desconfiaba de hallar medios para su fuga. Lagrange, según su método ordinario, estaría durmiendo en su cabaña: elegiría, pues, la misma hora para escapar y trasladarse á casa de su padre. Benito no pudo contener su regocijo; admiró la ternura de sus hermanos, y cuando se reuniera con ellos se proponía amarlos ternísimamente, y no causarles nunca el más leve disgusto. Con todo, no estaba satisfecho de Armando: sólo la idea de que no habría permitido á sus hermanos ir á verle le causaba pena.—¡Nuestro hermano Armando—dijo—es un egoísta!—No es tal—respondió Adela:—te ama tanto como nosotros; pero encargado particularmente de las órdenes de papá, nos habría recordado que debíamos ejecutarlas, obligándonos así á no desobedecer. Porque, hablando con ingenuidad, bien conozco que en esto media un poquito de desobediencia de parte nuestra: padre nos mandó que no nos alejáramos de la casa, y aun nos aseguró que en el bosque andaba una cuadrilla de ladrones.—¡Patarata!—repuso Benito.—Eso os lo dijo para atemorizaros. Nunca he oído hablar de ladrones, ni se halla ninguno por estos contornos. ¡Vaya, vaya; que no tenéis qué temer! El camino es seguro: yo salgo fiador.—Te creo; pero, con todo, es forzoso que nos volvamos al punto. ¡Adiós, adiós!—¿Cómo adiós? ¡No, señor! Todavía tenéis tiempo: merendaréis conmigo, que aunque no tengo cosas exquisitas que ofreceros, las hará agradables el ser ofrecidas por un hermano. Todo se reduce á algunas nueces y avellanas, que es cuanto poseo.—No puede ser, que nos detendremos demasiado.—¿Conque tan pronto quieres separarte de tu hermano, querida Adela?—No puedes, Benito, conocer cuán agradable me es tu compañía; pero...—¿Qué pero?—dijo Julio.—¿Por qué hemos de desairar á un hermano? ¿No es verdad que lo sentirías, Benito?—¡Oh! ¡Yo te lo aseguro!

Adela no era de parecer que se detuvieran más en aquel bosque; pero los dos muchachos eran intrépidos: el uno sacó á relucir su sable y el otro hizo ostentación de su grueso y nudoso

garrote, diciendo á su hermana:—¡Mira; con éste no temo yo á un regimiento entero!

Nuestros valentones tranquilizaban á Adela, que al fin consintió en todo.

Entretanto corría el tiempo, la noche se acercaba, y traía entre sus negras alas los peligros, las inquietudes y los temores que iban á experimentar nuestros tres viajeros.

Adela fué la primera que advirtió la rapidez con que pasaba el tiempo: se levantó, tomó de las manos á sus dos compañeros, y los obligó á dejar los deliciosos manjares que con tanto gusto devoraban, diciéndoles:—Ya es tarde, hermanos; tenemos mucho que andar, y ¡quién sabe si acertaremos el camino!—¿Pues no hemos de acertar?—A la verdad—dijo Benito,—no es gran dificultad: la carretera está allí abajo.—Sí, allí abajo; pero ¿por dónde iremos?—Por esta vereda, que conduce rectamente hasta ella.

Mientras Benito recogía los residuos del convite, Adela se compuso los vestidos, y luego, mirando á Julio, dió una gran carcajada.—¿Por qué te ríes?—¡Porque estás tan negro como un carbonero!—¡Y tú lo mismo, y también León!—Benito los había manchado al arrojarle á sus brazos. Luego que se limpiaron cuanto les fué posible, se despidieron de su hermano, encargándole que cuanto antes pusiera en ejecución lo que le habían aconsejado. Benito no podía separarse de ellos: lloraba, y los otros correspondían á su llanto.

¡Dulces vínculos del amor fraternal! ¡Dichosos los corazones que os conocen y saben sentir vuestras preciosas impresiones! La amistad de los hermanos es la prenda de la sociedad, pues prepara aquella unión y armonía que debe reinar siempre entre los hombres.

Siguieron, pues, nuestros caminantes rectamente la senda que les había indicado su hermano. Todavía estaban enternecidos con el placer que habían tenido de verle, de su buen recibimiento y, sobre todo, de los felices efectos que esperaban de los consejos que le habían dado.—No hay duda—decían:—papá es bueno, sensible y generoso. Cuando le vea á sus pies, le abrirá los brazos y lo olvidará todo. ¡Oh, no puede menos de salir todo á medida de nuestros deseos!

Razonando así advirtieron que el Sol se ponía y que densas nubes adelantaban la llegada de la noche. Adela temblaba, y sus dos bravos campeones conocían que vacilaba todo su valor; crecieron sus temores cuando acabaron de atravesar la senda que, según Benito, debía conducirlos á la carretera, y no hallaron camino alguno trillado, sino arbustos, maleza y multitud de sendas que, cruzándose entre sí, no presentaban punto alguno de dirección.

Entonces sí que se arrepintieron de haberse detenido tanto con Benito, conociendo que les sería imposible volver á casa antes de que cerrase la noche, y que lo menos que podía sucederles era ser reprendidos severamente por Armando y Marcela, que, sin duda, estarían llenos de inquietud y podían contar á su padre la escapatoria. Sin embargo, era forzoso caminar, y no hallaban quien pudiese dirigirlos.

Aunque no cesaban de andar, conocían que iban extraviándose cada vez más.

Entretanto el cielo se oscureció enteramente, y la noche desplegó las sombras más densas en aquel sitio con la multitud y espesura de los árboles de la selva: solamente se oía el canto lastimero de las aves nocturnas. Nada se distinguía: todo inspiraba terror y aumentaba el espanto de nuestros caminantes.

Ya casi desesperaban de poder salir del bosque, cuando á Julio le pareció ver una luz á lo lejos. Lo mismo advirtieron los otros, y un rayo de esperanza brilló en sus ojos. Pero pronto la dispipó el miedo.—Iremos allí—decían;—pero ¿y si tropezamos con algunos ladrones?—Más regular es que sea alguna cabaña de leñadores ó carboneros.—¿Estás persuadido de eso?—¡Sí, por cierto!

León animó de este modo á sus compañeros, y les aseguró que aun cuando diesen en poder de ladrones, nada podían hacer á unos muchachos que no tenían dinero y cuyos vestidos no podían excitar su codicia. Llegaron y hallaron una cueva, cuyo fondo se perdía de vista, lo cual pudieren observar al resplandor de una tea encendida y clavada en tierra.—Sin duda—dijo Adela,—este sitio es un albergue de malhechores.—No creas tal—respondió León, y llamó desde la entrada del subterráneo. Nadie le contestó sino el eco de sus voces, que se repitieron á lo lejos en la gruta: volvió á llamar, y sucedió lo mismo.—¡Entremos!—No—dijo Adela conteniéndole.—¿Quieres que nos suceda lo mismo que á Benita?—¡Déjate de eso, y no tengas tanto miedo!

León tomó de las manos á sus hermanos, y todos entraron en el subterráneo; pero á los pocos pasos que dieron en él, admirados de no ver á nadie, no se atrevieron á internarse. Al recorrerlo con la vista vieron algunas escopetas colgadas en la pared, lo cual los atemorizó, y no sabían si permanecer allí ó volver á buscar el camino. En esto se les presentó una feísima vieja que salió del fondo del subterráneo, diciendo:—¿Quién me llama? ¿Quién turba mi reposo? ¡Hola, hola! ¿Qué hacéis aquí?

Más asustados con el aspecto de aquella mujer, los muchachos quisieron huir; pero de repente entraron en la caverna cinco ó seis bandidos, y dijeron á la vieja:—¿Quiénes son estos mucha-

chos, Démona?—No lo sé: acabo de hallarlos aquí registrándolo todo.—¡Bravo, bravo!—dijo uno de ellos.—Serán espías, porque muchas veces la Justicia se vale de semejantes picaruelos para descubrirnos. ¡Ea; decid! ¿Qué buscáis en este sitio?

La terrible voz de aquel malvado confundió á los muchachos, que apenas pudieron decir que se habían perdido en el bosque.—¡Mala excusa!—exclamó un hombre de grandes bigotes.—¡Otros designios son los vuestros! De cuando en cuando suelen venir por aquí algunos chicuelos, sin duda para observar. Esto es muy sospechoso: mejor será que con ellos sepultemos el secreto. ¿Qué os parece, camaradas?

Todos los bandidos fueron del mismo parecer, y los muchachos conocieron demasiado tarde su perdición. Clamaban, lloraban; pero nada conmovía á aquellos bárbaros: dos de ellos se apoderaron de Adela y querían darle de puñaladas; otros tres cogieron á León y le pusieron al pecho una pistola, y Julio se arrojó á los pies de la execrable vieja, que hacía muchos esfuerzos para atarle. ¡Espantoso cuadro, cuya pintura repugna mi corazón! ¡Oh imprudentes niños! ¿Quién podrá libertaros de tales monstruos? A este tiempo se presentaron dos hombres, sin duda encaminados á aquel sitio por las angustiosas voces de los dos muchachos. Entraron, y al momento la vieja y los bandidos, tan cobardes como crueles, se retiraron precipitadamente al fondo del subterráneo. Los muchachos, casi desmayados, se reanimaron y fueron á postrarse á los pies de sus libertadores; pero ¿cuál sería su sorpresa al reconocer en ellos á su padre y á M. de Lonchamps!

La confusión y el arrepentimiento los hicieron caer en tierra. Palemón y su amigo los levantaron diciéndoles:—¡Hijos desobedientes, bien merecido lo tenéis!... ¡Pero no hay que perder tiempo! Salgamos de esta caverna, en que ibais á ser sacrificados si la prudencia y vigilancia paternal os hubieran perdido de vista. Palemón tomó á Adela en los brazos, y Lonchamps cogió las manos de Julio y León. Salieron de aquel funesto lugar, encontraron la carretera y se encaminaron á casa, sin que el padre dijera cosa alguna á los muchachos, los cuales tampoco tenían valor para pronunciar una palabra.

En casa fué donde Palemón se propuso reprenderlos como merecían. Así que hubieron llegado los hizo sentarse y les habló de este modo:—Mi amigo y yo hemos salido de aquí al amanecer con ánimo de volver mañana; pero á cosa de tres leguas hallamos al mayoral del amigo de M. de Lonchamps, que nos dijo que su amo estaba en la ciudad cercana, donde se detendría algunos días: dimos la vuelta á casa, y nos dijeron que faltabais de ella. Al instante presumí que habíais ido á ver á vuestro hermano Benito sin mi licencia. Fuimos á buscaros y, siendo ya



tan tarde, conocimos que os habíais perdido en el bosque; lo recorrimos, y llegamos á la caverna en el mismo instante en que los ladrones de que os había hablado iban á quitaros la vida. ¡Favor del Cielo ha sido! No os diré ahora lo que pienso en orden á esto, pues es tarde y estamos cansados: lo que importa ahora es retirarse cada uno á su cuarto, que mañana nos veremos.

Palemón pronunció estas palabras con tono irritado: los tres muchachos, abrumados de dolor, se retiraron.





## TARDE XXII

### LA INDULGENCIA

Si Dios, la justicia eterna,  
Es generoso y clemente  
Con el hombre delincuente  
Que le invoca con voz tierna;  
Si en su caridad paterna  
No hay criminal tan villano  
A quien no tienda su mano  
Ni cierre su corazón,  
¿Habrà un mortal que el perdón  
Pueda negar à su hermano?

Es consiguiente que los viajeros no pasarían buena noche. El cansancio y el recuerdo de los peligros à que habian estado expuestos era lo que menos los inquietaba; pero la incomodidad y el disgusto que habian causado à su buen padre los tenían tristes; de consiguiente, lo que más temían era el momento de ver à su padre.

Al fin llegó aquel momento tan temido. Palemón hizo llamar à su cuarto à los tres, que se le presentaron derramando lágrimas. No se habian engañado: la primera mirada de su padre fué un rayo que los confundió.—¿Os acordáis—les dijo—de la orden que di ayer por la mañana?—¡Sí, señor!—¿Cuál fué?—¡Que no

nos alejásemos de casa! — Muy bien. ¿Y habéis cumplido con mi orden? ¿No respondéis? ¿Me habéis obedecido? — ¡No, señor! — ¡No! ¿Y qué haríais en mi lugar con unos hijos desobedientes? — ¡Papá!... — ¡Adelante! — ¡Perdonadnos! ¡Nosotros queremos infinito á nuestro hermano Benito: vos mismo nos habéis inspirado estos sentimientos del amor fraternal, pues muchas veces nos habéis recomendado amarnos, protegernos y defendernos recíprocamente! Sólo os hemos desobedecido por abrazar y consolar á un hermano infeliz, agobiado con el peso de vuestra justa cólera. ¡Oh, papá, perdonad nuestra falta, pues sólo procede de las lecciones que nos habéis dado!

León era el orador. Palemón se alegraba interiormente de la energía de su joven poeta, y le agradó mucho el gracioso artificio con que se defendía; pero conoció que era preciso rechazar su elocuencia con razones sólidas, y afectando mucha severidad le dijo: — Señor mío, estoy muy lejos de condenar la ternura que profesáis á vuestro hermano; al contrario, la apruebo con todo mi corazón: sólo me quejo de que no me hayáis pedido licencia para ir á verle. Ya conocéis que... — ¡Ah, señor! ¿Y nos la habríais concedido? — Eso es otra cosa: habría hecho lo que me pareciera. Pero, suponiendo que me la hubieseis pedido y os la hubiese negado, veo que habríais despreciado mis órdenes: conozco que vuestra desobediencia es mucho más criminal de lo que pudiera imaginar. Vosotros habéis dicho: no hablemos de esto á padre, porque no nos lo concederá. Lo mismo es que si lo hubierais hecho; y en el fondo habéis despreciado absolutamente mis preceptos. Muy felices habéis sido en hallar tan á punto á vuestro padre, á vuestro amigo, á aquellos á quienes, sin duda, temíais encontrar, y cuya presencia, á no ser por aquel accidente, os habría turbado más que la de un tirano. ¿Desde cuándo se alejan mis hijos de mi seno y temen mi presencia? ¡Ah! ¡Algún día conoceréis que los regalos más dulces que el Cielo ha podido hacer á la Humanidad son para un padre unos hijos dóciles, y para éstos, un padre tierno y sensible!

Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos de Palemón. Al advertirlo sus hijos ya no pensaron en justificarse: todos se arrojaron á sus pies, y él les abrió sus paternos brazos, en los cuales se echaron en tropel, haciéndole mil caricias.—Ya veo—les dijo — que os ha sido muy sensible el pesar que me habéis causado y que estáis arrepentidos de vuestra culpa. ¿No es así? — ¡Sí, señor! — ¿Me prometéis no hacer nunca cosa alguna sin consultarla antes conmigo? — ¡Os lo juramos! — Está bien: yo también lo olvido todo, porque un buen padre experimenta el placer más verdadero cuando perdona á sus hijos.

Esta escena terminó con efusiones recíprocas: Julio y Adela abrazaron á León, que había sido su abogado; Palemón se son-

rió de los extremos de alegría que manifestaron, porque sabía que cuando los hijos se alegran tanto de que se olviden sus defectos, no están lejos de corregirse.

Por la tarde, reunidos todos en la terraza, trataban de elegir algún entretenimiento, cuando Marcela dijo que un sujeto desconocido pedía permiso para presentarse á la familia; pero sin aguardar respuesta apareció en el mismo instante un muchacho tiznado de pies á cabeza. Adela, Julio y León se estremecieron al reconocer á Benito. Palemón se levantó, afectó una severidad no acostumbrada, y el muchacho se arrojó á sus pies sin poder pronunciar una palabra. Su padre le dijo:—¿Qué queréis, señor mío?— ¡Papá, soy yo!— ¡Un hijo altivo, rebelde y obstinado, á quien he apartado de mi compañía!— ¡Señor, conozco que merezco toda vuestra cólera y que soy indigno de un generoso perdón! Lo confieso; pero ¡si supieseis cuánto he padecido desde que estoy privado de vuestra presencia!— ¡No dijisteis que estaríais un mes con Lagrange! Pues todavía no se ha cumplido.— ¡Es verdad; pero un movimiento de despecho...!—¿Conque estabais despechado? Lo siento; mas, sin embargo, proseguiréis en vuestro destierro hasta concluir el término que vos mismo os impusisteis.

Dicho esto, Palemón quiso retirarse. León, que por la mañana había defendido tan bien su causa y la de sus hermanos, trató de emprender la de Benito; pero el anciano se mantuvo inexorable y sólo cedió á las instancias de su amigo Lonchamps, que salió garante de la docilidad y sumisión que prometió observar Benito en lo futuro. Palemón no pudo ya resistir los ruegos de su amigo y las lágrimas de sus hijos; abrazó, pues, á Benito, diciéndole:—Yo sabré, hijo mío, recompensar las virtudes de mis hijos con la ternura paternal; pero también sabré corregir sus defectos con toda la severidad de un juez. Sirva á todos de lección lo que he hecho contigo. Ahora olvidémoslo todo, y vuelva á renacer entre nosotros la alegría acostumbrada. Retírate, Benito: haz que desaparezca el aprendiz de Lagrange y que se me presente mi hijo.

Benito, que entendió muy bien esta orden, al instante fué á lavarse y mudarse de vestido, y volvió con su traje acostumbrado á abrazar á su padre. Luego se colocó junto á sus hermanos, y ya no se trató más que de entretener la tarde. Mr. de Lonchamps se encargó de esto. Debía ausentarse al día siguiente, y manifestó á los muchachos cuánto se alegraba de ver, antes de dejarlos, reinar la paz y la dicha en una casa cuyo hospedaje le había sido tan agradable. Como deseaban gozar más tiempo de su compañía, le preguntaron qué era lo que le obligaba á viajar tanto, y les respondió que sólo á ellos les diría la causa.—Vosotros—continuó—estáis muy deseosos de saber mis aven-

turas. No será larga mi relación, ó á lo menos procuraré abreviarla. Escuchadme, y acaso aprenderéis una lección nueva de moral y de paciencia.

— Nací en una gran ciudad donde el tumulto de los placeres me arrastró en mi más florida edad á excesos cuya memoria me llena ahora de rubor. Despreciando absolutamente los cuidados de mi educación, llegué á conocer, muy tarde, que el hombre que malgasta el tiempo de su juventud se prepara crueles disgustos para el resto de su vida. Tenía veinte años, y hallándose en mi tan amortiguado el fuego de las pasiones como pudiera estarlo en un hombre de cuarenta, vi que era preciso entregarme al estudio. Mi padre, á quien en mi interior había acusado de negligente acerca de mi suerte, me manifestó entonces que sabía llenar todos los deberes de la ternura paternal. Viéndome aquel buen padre en un estado de debilidad que podía conducirme al sepulcro, no me dejó de día ni de noche hasta que me repuse. Entonces me aconsejó que volviera á emprender los estudios, que había descuidado demasiadamente. Solos los dos, porque mi madre había perdido la vida al dármele, nos aplicamos á los libros y mi padre se hizo maestro mio. Con todo, siempre observé en él igual disgusto y la misma manía de encerrarse muchas horas en su gabinete misterioso, en el cual entraba yo algunas veces, sin que todo mi cuidado y examen pudiese penetrar qué ocupaciones eran las de mi padre en aquella estancia. Un día me aventuré á preguntarle acerca de tan extraño secreto, y la respuesta fué suspirar, derramar algunas lágrimas y decirme: —«¡Oh, amado hijo! ¡No procures arrancar de mi pecho este importante secreto! Demasiado pronto lo sabrás y conocerás las desventuras de tu padre.» Confuso al oírle tales expresiones, tomé el partido de callar y esperar á que el tiempo me hiciese digno de que mi padre depositara en mí su confianza.

Entretanto trabajaba á su vista y recuperaba el tiempo perdido con una actividad que le embelesaba. Mi salud no era de las mejores; pero tenía esperanza de acabar de restablecerme. Disgustado de los vanos placeres de la sociedad, todos mis gustos y deseos se habían concentrado en las artes y en las ciencias, las cuales, según mi padre, algún día debían ser mi único recurso: yo, prescindiendo de este motivo, las cultivaba por inclinación, pues no tenía otro gusto que el que ellas me inspiraban.

Se acercaba el momento en que iba á conocer la solidez de las razones de mi padre, cuya vida tocaba su fin al paso que yo me fortificaba en la mía. Enfermó peligrosísimamente, y entonces se le acrecentó la melancolía que le dominaba hacía tanto tiempo: parecía que sus ojos iban á saltar de sus órbitas; no pronunciaba sino exclamaciones vagas, y yo temblaba á un tiempo por

su juicio y por su vida. Cuando le vi en tal situación resolví aprovechar el primer momento que tuviera para arrancarle su secreto; pero estaba decidido que no había de lograrlo. En vano hice varias preguntas á mi padre, á quien parecía que atormentaban grandes remordimientos: no pude conseguir la menor luz, pues sólo me señalaba su papelera, cuya llave nunca dejaba, exclamando: — «¡Allí está, allí está!»

Cuando vi que me era imposible recibir de él explicación alguna, me consolé creyendo que la papelera contenía algunos documentos concernientes á aquel terrible secreto; y aunque siempre estaba la llave en su poder, consideraba que si por desgracia moría, vendría á parar á mí la llave, y acaso entonces descubriría lo que me ocultaba con tanta obstinación. Pero hasta este recurso me negó la suerte. Durmióse profundamente una noche, y yo me aproveché de esta coyuntura para entregarme también al sueño, que no había disfrutado en muchos días. Dejé con mi padre un criado de confianza, encargándole que estuviese atento á todos sus movimientos, y que si despertaba fuese á llamarme. El criado ofreció cumplirlo; mas apenas había vuelto la espalda cuando, fatigado por las muchas noches que había estado velando, se durmió también, y roncaba con tal estrépito, que despertó al enfermo. Este, á pesar de su debilidad, se levantó, y apoyado en un bastón llegó hasta la papelera, la abrió, y después de haber amontonado en el cuarto muchas cartas y papeles, les prendió fuego con la luz que alumbraba la estancia, y sin más precaución se volvió poco á poco á su cama: sólo en esto podéis conocer el estado en que se hallaba su juicio.

Pocos momentos después un espeso humo llenaba toda la estancia; una mesa y varias sillas eran ya pábulo de las llamas. Despertó el criado, y asustado de aquel accidente corrió por toda la casa gritando: ¡Fuego, fuego! Oí sus voces, me levanté apresuradamente, bajé al cuarto de mi padre, le tomé en brazos, le llevé ya moribundo á mi cuarto, y le puse en mi cama. En tanto que yo me empleaba en aplicarle esencias para reanimarle, se apagó el fuego á fuerza de agua. Me informé del criado, el cual me confesó que se había rendido al sueño y que no sabía cómo había sucedido aquello. Mi padre mismo, mi padre fué quien me lo explicó:—«Si—me dijo;—yo he sido la causa del incendio, por quemar todos esos funestos papeles. El deseo de borrar hasta la más leve señal de mis desgracias me ha dado fuerzas. Ya no existen. ¡Así moriré más tranquilo!»

Considerad, amigos míos, cuál sería mi confusión. Hay ciertas sensaciones inexplicables, y las mías eran de este género. El moribundo estaba delirante, y yo había perdido absolutamente la esperanza de descubrir sus secretos. Supliqué á los médicos que nada omitiesen para que siquiera recobrase algunos momen-

tos el juicio; pero todo fué inútil: expiró en mis brazos, y con él murieron mi consuelo, mi felicidad y mi esperanza.

Prestadme la mayor atención: vais á conocer al perseguidor de mi padre, al mío... ¿Qué digo? Conoceréis á mi bienhechor, á un hombre singular á quien nunca he visto, y que sin cesar me sigue á todas partes, me llena de beneficios, y á quien tanto para vosotros como para mí llamaré

### El hombre invisible.

Apenas había expirado mi padre, cuando traté de recoger su herencia. Nunca había sabido el estado de su fortuna; pero era hijo solo y, por consiguiente, único heredero. No sabía que mi padre tuviese tierras, posesiones ni casas; sólo sí veía que en la de mi padre se vivía con mucha opulencia. No me hablaba de sus bienes, ni yo nunca le hice la menor pregunta acerca de ellos. Lo que más sentía era no haber podido penetrar la causa de la tristeza que le había conducido al sepulcro, y se me acrecentó este pesar cuando, abriendo la papelera, no hallé en ella más que cartas y papeles sin ninguna importancia. ¿De qué vivía este hombre?—decía yo para mí. — ¿Cuáles eran sus recursos? Pues nada me quedaba sino unos muebles, bastante considerables en verdad, pero no tanto que con su importe pudiese mantenerme con decencia. En estas reflexiones estaba sumergido cuando me entregaron una carta llevada por un desconocido muy bien portado, según informes del criado que la había recibido, y que para este efecto había bajado de un coche. Oid esta carta extraordinaria, cuyo contenido nunca se me olvidará.

«Nada temas, joven apreciable, hijo de un padre demasiado infeliz: tu destino depende de un hombre que siempre ha velado sobre tu familia, y nunca te abandonará; pero procura merecer sus bondades y borrar la mancha que han impreso en su frente los autores de tu existencia. Esto lo reconocerá en tu docilidad y en la confianza que tengas en él.»

¡Júzguese mi sorpresa! ¿De dónde me venía aquel raro aviso? ¿Quién podía interesarse en mi suerte?

Aquella carta agitó mi imaginación por espacio de algunos días. Sin embargo, me era preciso tomar algún partido. Todas las investigaciones que había hecho en los papeles de mi padre sólo habían servido para convencerme de que carecía absolutamente de bienes y que no tenía más recursos que mi industria y aplicación. Resolví, pues, despedir á los criados, vender los muebles de la casa y buscar dónde colocarme. Ejecuté este proyecto, y después de vendido todo alquilé un cuarto pequeño, esperando encontrar alguna colocación que me permitiese vivir con más comodidad. Al segundo día de mi instalación en la nue-

va casa, situada en París, en la calle de la Universidad, sali para visitar á algunos conocidos que podian favorecerme. Volví por la noche, y me dijeron que un hombre habia estado á preguntar por mí y que, no hallándome, habia dejado una caja para que me la entregaran. Al instante se me ocurrió que era una invención del incógnito que antes me habia escrito. Subí corriendo á mi cuarto, abrí la caja, y me quedé asombrado. La primera cosa que llamó mi atención fué una carta, que leí al momento, y decia de este modo:

«No hagas diligencias para hallar colocación: te lo prohibo, y me opondrá á que la obtuvieses. Algún dia disfrutarás un destino brillante. Entretanto, te remito esa cantidad de dinero, y no tardarás en recibir otra si empleas ésta bien. Juntamente te envío el retrato de tu madre y una sortija que siempre llevaba. Conserva esas alhajas si quieres que no te abandone. No te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.»

Con turbado corazón leí cien veces aquella carta. Examiné los efectos contenidos en la caja, y encontré en ella mil doscientas libras, una repetición, una sortija de brillantes y un retrato de mujer, sobre el cual se fijaron mis ojos con ternura, porque era de mi madre, según me decian. Era hermosa, sin embargo de verse grabada en su fisonomía la huella del dolor. Tenía en su regazo un niño, sobre el cual parecia que derramaba muchas lágrimas. Aquel niño, ¿seria yo? Besé mil veces el retrato, cuya vista me arrancó lágrimas, y volví á leer el billete que lo acompañaba. Mucho me chocaban estas palabras: *No te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.* ¿Qué enemigo perseguiría á un hombre que nunca habia perjudicado á nadie? Sin embargo, aquel hombre generoso que se interesaba en mi suerte y habia conocido á mi madre me avisaba que saliera de París; también me prohibia buscar colocación, y hasta decia que se opondría á que la obtuviera. ¿Cuál seria la razón de tal conducta?

Después de haber reflexionado mucho sobre estos sucesos, me pareció que alguien queria hacerme héroe de novela, y resolví seguir mi primer pensamiento. Me quedé en París y solicité el favor de mis amigos. Uno de ellos me proporcionó empleo en una oficina, y debia tomar posesión al dia siguiente. Fui, y llegué tarde: la plaza estaba ya dada á otro, sin saber cómo. No desmayé por esto. Conocía al jefe de una administración pública: me presenté á él y le supliqué que me acomodase en su ramo. Aquel hombre me recibió con la mayor benevolencia, y me prometió una plaza con dos mil escudos de sueldo. Al dia siguiente fui á visitarle; pero ya no me recibió, y me preguntaron los demás oficiales si tenia algún enemigo. Respondí que no, y me dijeron:—Un sujeto os ha indispuerto con el señor direc-



tor; y tanto, que ha resuelto hacerlos prender si volvéis á presentaros.—¡Prenderme! ¿Pues qué delito he cometido?

Tomé el partido de escribir al referido director para aclarar aquel enigma; pero no recibí contestación. ¿Quién era, pues, el que así desbarataba todos mis proyectos? ¡Oh! ¡No había remedio: no cesaría hasta desentrañar aquel misterio!

Buscaba medios para conseguirlo cuando una noche, al entrar en mi casa se me presentó la patrona asustada y me dijo: —¡Huid, Mr. de Lonchamps; huid al instante!—¿Por qué?— ¡Os buscan! ¡Muchos hombres de mala traza han venido á preguntar á qué hora volveríais! ¡Andan acechando alrededor de la casa! ¡Huid al instante!—¿Huir? ¡Eso sería confesarme culpable!— ¡Vuelvo á deciros que os pongáis en salvo! ¡El sujeto que días pasados me entregó la caja acaba de irse de aquí, y me ha encargado que os dijera que huyáis al instante, y que todavía estáis á tiempo de hacerlo!—¡Cómo! ¿El hombre que me envió la caja?—Hará un minuto que se ha ido; y aun me admiro de que no le hayáis encontrado.— Pero, ¿es invisible ese buen hombre?—No, señor; le he visto como os veo á vos.

No pude menos de reirme de la sencillez de mi patrona; é iba ya á subir á mi cuarto para reflexionar sobre esto cuando ella me contuvo, diciéndome:—¡Lo que es la turbación! Lo mejor se me olvidaba; pues me ha dado aquel hombre este billete y este bolsillo.—¿Quién?—Vuestro amigo.—¿Mi amigo?—Sí; aquel buen viejo de quien os he hablado.—¿El hombre de la caja?—El mismo: ved al instante lo que os encarga.

Abri apresuradamente el billete, y leí lo siguiente:

«No has querido cumplir mis órdenes; huye al momento, si no quieres perder la libertad y la ternura de quien se ve cruelmente atormentado por tu obstinación.»

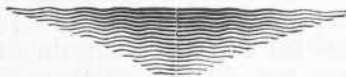
Atónito examiné el bolsillo, y hallé en él mil doscientas libras.—Entonces ya no me paré á reflexionar, sino que me dispuse á obedecer á aquel hombre extraordinario que parecía profesarme el mayor afecto; y sin examinar qué motivo le animaba ni cuál podía ser mi crimen, hice un lío de mis cosas, pagué á mi patrona, me fui á la dirección de carruajes públicos y pedí un asiento de coche.—¿Para dónde?—me preguntó el comisionado: y le respondí turbado:—¡Para donde queráis!—Pero, señor...—¡Si yo mismo no sé adónde voy!—Si fuese para Chartres, al punto podríais salir.—Pues bien, á Chartres es precisamente adonde tengo que ir.

Llegué al otro día por la noche á Chartres sin saber qué había de hacer allí. Estuve dos días en aquella ciudad, pensando en el partido que tomaría, y os confieso que muchas veces, solo en mi cuarto, clamaba contra la injusticia de la suerte y decía en alta voz: ¿Qué es lo que quieren de mí? ¿Cuándo se acabará

la persecución que sufro? Después de estas exclamaciones salía á distraerme por la ciudad. La noche del segundo día volvía á descansar, resuelto á salir de Chartres al siguiente día, cuando acercándome á una mesa vi un papel de la misma letra que los anteriores, que sólo contenía estas palabras: *¿De qué te quejas? Velan por ti, y nada te falta. Viaja uno ó dos años: eso es todo lo que se te pide.*

Os veo atónitos, hijos míos; yo también lo quedé. Y sin embargo, esto no es nada en comparación de lo que me sucedió la misma noche. Es tan increíble, que casi no me atrevo á referirlo, por muy extraordinario. Pero ya es muy tarde; no puedo concluir mi historia y quisiera partir mañana mismo.

Desesperados estaban los muchachos con la interrupción de una historia que tanto picaba su curiosidad. Lo advirtió su padre, y dijo á Mr. de Lonchamps: — ¿Quién puede obligaros á dejarnos tan pronto? — Una nueva orden de mi hombre invisible. — ¿Pues qué, no le habéis descubierto? — No: todavía espero el desenlace de este suceso. — Mucho me ha interesado. Quedáos otro día: yo os lo suplico y también mis hijos. — ¡Mi destino es llevar una vida errante! ¡Es preciso cumplir esta orden irrevocable! Sin embargo, por complaceros me detendré un día más en el seno de la amistad, y mañana á la hora acostumbrada acabaré de referiros una multitud de sucesos aún más raros que los que habéis oído.





## TARDE XXIII

### LA DOCILIDAD

¿Ves ese manso arroyuelo,  
Que á la mano diligente  
Del jardinero obediente  
Riega el jardín con anhelo?  
Es de las plantas consuelo,  
Y por él produce flores  
De mil formas y colores  
Que son encanto del mundo.  
¡Niño dócil es fecundo,  
Bendito cielo de amores!

Reunidos todos el día siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relación interrumpida la tarde anterior, y prosiguió de este modo:

#### **Continuación de la historia del hombre invisible.**

El extraordinario papel que me habían dejado sobre la mesa me causó la mayor admiración. Estaba á más de veinte leguas de Paris, había entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito iba siguiéndome: y estaba, sin duda, muy cerca de mí, pues me había oído hablar en alta voz dentro

de mi cuarto. Él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿Dónde podía esconderse? Salí de mi estancia y bajé á preguntar á mis huéspedes si había muchos caminantes en la posada. Me respondieron que sólo estaban mis compañeros de coche: á todos los había visto, y en ninguno me pareció haber hallado las señas de mi invisible, según la idea que me había formado de él. Durante el viaje ninguno me había hablado, y esto me parecía imposible si se hubiese hallado conmigo dentro del coche. Pregunté si durante el día habían entrado algunos forasteros en la posada, y me contestaron que á cada paso entraban y salían gentes; pero que de nadie podían darme razón individual.

Estas respuestas no pudieron satisfacer mi curiosidad. Volví á mi cuarto y escribí estas breves palabras:

«Daos á conocer, hombre asombroso, á quien no sé si debo amar ó aborrecer, y contad en todo caso con mi discreción.»

Puse este papel sobre la mesa, en el mismo sitio en que había hallado el otro, y dejando sin cerrar la puerta, bajé, no con intención de ocultarme y acechar, sino para hacer tiempo y ver si iban á buscar la respuesta del billete anónimo. Pasada más de una hora, volví á subir á mi cuarto, y creció mi sorpresa viendo que en vez de mi papel había otro que decía así:

«Eres demasiado curioso. Tiempo llegará en que conozcas á quien debes compadecer y amar; el cual, por ahora, sólo exige de tí una sumisión que produzca tu felicidad.»

—¡No hay remedio—dije entonces;—es preciso que me contente con este comercio epistolar! ¡Sí; quienquiera que seas, hombre, espíritu, Genio maléfico ó benéfico, seguiré ciegamente tus órdenes! ¡Guíame, dirígeme, y si es para mi bien, como lo aseguras, me verás algún día agradecer tus bondades, no obstante la mortal inquietud que agita mi corazón, considerando que tus beneficios vienen acompañados de un misterio que me mata y me hace recordar á mi desdichado padre!

Después de estas exclamaciones, que expresamente pronuncié en voz alta, bajé á la sala común, donde todos los viajeros comían, como se dice, á mesa redonda. Pregunté si alguno de ellos había comido en cuarto separado, y me respondieron que solamente tres lo habían hecho; pero uno era un fraile y los otros dos una anciana y una sobrina suya. Los que tenía á mi vista eran militares, negociantes, mujeres, todas personas conocidas; conque seguramente no estaba entre ellas mi incógnito. ¿Pues dónde estaría?

Me acosté temprano; mas no pude dormir. Mil tristes pensamientos afligían mi espíritu, cuando me pareció oír ruido en mi propio cuarto y aun cerca de mí. Pocas cosas me asustan, pero os confieso que aquella especie de magia de que me veía rodea-

do me espantó tanto, que casi se suspendió la circulación de mi sangre.—¿Quién es?—pregunté. No me respondieron y cesó el ruido. Creí que mi miedo sólo era efecto de lo exaltada que se hallaba mi imaginación, y procuré dormir. Al cabo de una hora volví á sentir el ruido, y pregunté:—¿Quién anda ahí?—y tampoco me contestaron. Atribuí la causa de mi terror á la fuerza del viento que agitaba las ventanas de la estancia, y caí en un sueño tan profundo, que cuando desperté ya había partido el coche de Vendôme. Me consolé, creyendo que encontraría otros medios para ir á Tours, donde quería visitar á uno de mis amigos, y fui á encerrar mis efectos en la maleta; pero, con el mayor asombro, la hallé sobrecargada de un montón de paquetes. Los desenvolví y encontré ropa blanca nueva, ricos vestidos, alhajas y, en fin, unos regalos magníficos. Sobre uno de los paquetes estaban escritas estas palabras: *Premio á la sumisión*. No dudé que todo me lo enviaba mi incógnito.

Dejó á vuestra consideración las reflexiones que haría en semejante caso, pues conozco que participáis de la sorpresa que experimenté entonces.

Ya me había propuesto un sistema de docilidad que pensaba seguir con la mayor exactitud, aunque me sucediese cualquier mal; y era forzoso hacerlo así, porque, de lo contrario, me exponía á perder el juicio. Recogí todo cuanto me regalaban con tanta liberalidad, y no traté de hacer nuevos esfuerzos para conocer quién me prodigaba tantos beneficios, dejándome al propio tiempo libertad para hacer lo que me pareciera. La misma tarde emprendí mi viaje á Tours, diciendo para mí:—¡Veremos si me sigue á todas partes! Al día siguiente, á cosa de las cuatro, llegué á dicha ciudad, en donde al instante me dieron noticia de la casa de mi amigo. Era éste uno de mis antiguos compañeros en extravíos, que, desengañado de los placeres frívolos, vivía retirado en el seno de su familia. Me recibió muy bien, me presentó á su madre y á su hermana, joven muy bella, y me suplicó que me hospedara en su casa. No dudé en admitir el ofrecimiento, y no me pesó. Me preguntó qué motivos me conducían á aquel país; no me pareció conveniente participarle lo que me había ocurrido después de la muerte de mi padre, y sólo contesté á mi amigo que viajaba por distraerme y para instruirme. Aprobó mi idea, y se empeñó en hacerme ver cuantas curiosidades había en aquella ciudad. Esto es costumbre entre las gentes de provincia: todos alaban su país como el mejor y más agradable, y no perdonan la más leve circunstancia que pueda confirmar su concepto.

Hacia más de un mes que vivía en casa de mi amigo. Pensaba muchas veces en mi hombre invisible, y aunque alegre interiormente porque me dejaba en paz, estaba algo picado de que

no se acordara de mí. Creí que ya me había abandonado cuando un día me entregaron una carta que luego reconocí ser suya. En ella me decía lo siguiente:

«Ya es tiempo de que salgas de esta ciudad. En Burdeos cambiará tu situación: parte cuanto antes para ese pueblo.»

Resolví obedecerle, empeñado en ver el fin de tan maravillosos incidentes y decidido á manifestarle una absoluta docilidad para que si algún día me resultase cualquier perjuicio no pudiera atribuirse á falta mía. Quise despedirme de mi amigo, pero no consintió en mi ausencia: exigió que me detuviese ocho días más, y me pareció que no debía negarle esta satisfacción. Pasamos, pues, aquellos ocho días en varias diversiones, no creyendo yo que mi condescendencia pudiese excitar la cólera de mi mentor. La víspera del día en que debía ponerme en camino nos entretuvimos mi amigo y yo pescando en un estanque que había á una legua de Tours. Volvimos á casa, y á la puerta encontramos á las señoras. La madre me dijo:—Mr. de Lonchamps, ¿habéis visto á un anciano que os buscaba? — No, señora; ni yo conozco á nadie en esta ciudad. — ¿Cómo puede ser? El ha dicho que es vuestro más íntimo amigo, y que os ha visto nacer.—¿Un anciano que me ha visto nacer? — Ciertamente. Aquí ha estado esperándoos más de tres horas; pero, cansado de tanto esperar, se ha ido hace muy pocos instantes. — ¿Y no ha dicho cómo se llama? — Me parece que no; al menos... No; no lo ha dicho ni se lo he preguntado.

— En fin—dije para mí,—pues que va á Burdeos, allí le veré, donde, sin duda, procurará buscarme.

Antes de dejar á mis amigos les participé la causa de mi turbación, refiriéndoles la extraña conducta del anciano que se presentó en su casa. Quedaron atónitos; y después de haber hablado largo rato sobre el asunto, concluyeron por deducir que debía obedecer ciegamente á aquel hombre raro, de quien, al parecer, estaba pendiente mi destino, aunque no quería descubrirme sus ideas.

A la mañana siguiente salí para Burdeos, donde esperaba el fin de mis incertidumbres. Mi viaje fué agradable hasta que me vi entre Niort y San Juan de Angely, donde me sucedió un lance de los más particulares.

Se habían mudado caballos en la posta de Beauvoix; pero los dieron tan malos, que casi hubiera sido mejor caminar á pie las dos postas que restaban hasta Loulay, donde debía hacerse nuevo cambio. Como la silla caminaba lentamente, tomé el partido de dormir, y lo mismo hizo el postillón en el pescante, sin cuidar de aguijar á los caballos.

A poco más de media posta me desperté porque oí que me llamaban. Vi otra silla de posta un poco más adelante que la mía,

mas no á la persona que desde ella me hablaba.—¡Lonchamps, Lonchamps! — me decía. — ¡Piensa en cumplir mis órdenes con la mayor escrupulosidad, y serás feliz!—¿Quién sois?—¡Tu amigo, tu bienhechor, el que nunca te abandonará! — ¡Cómo! ¡Sois vos el que...! — ¡Sí, yo soy! Te seguiré á todas partes, dándote pruebas del interés que me han inspirado tus desgracias y las de tu madre! — ¡Permitid que os vea! — ¡Aún no es tiempo! Ve á Burdeos, que allí estaré. Harás cuanto te diga, y veremos. Ten paciencia, que con el tiempo lo alcanzarás todo.

Dicho esto, el postillón de mi incógnito arreó sus caballos y la silla desapareció con velocidad.

Llegué á Loulay y pregunté si había pasado un anciano. Me dijeron que sí, y que hacia más de media hora. Tomé excelentes caballos y corrí hasta San Juan de Angely, donde supe que aún me precedía el mismo sujeto. No desmayé, y llegué á San Hilario de Villafranca; de allí, á Saintes, á Lafard, á Pons y á otros lugares, sin poder alcanzar á mi hombre. Me picó esto en gran manera, pues habiendo volado mi silla, ni aun pude ver la que iba delante. — ¡No importa! — dije. — Puede ser que le alcance antes de llegar á Burdeos, llevando siempre el mismopaso. Me dió nuevas fuerzas esta esperanza, que quedó destruída en la posta de Damot, á nueve leguas de Burdeos. Allí supe que no había llegado anciano alguno ni persona de sus señas.

A cosa de las dos del día siguiente llegué á Burdeos. No quise alojarme en posada muy concurrida, para que mi hombre tuviese más trabajo en descubrirme y sus diligencias tal vez pudieran manifestarle. Me apeé en una casa pequeña situada en una calle muy larga y muy separada del centro de la ciudad. A más de esto, resolví no salir en algunos días para no darme á conocer y hacer más difíciles las investigaciones de mi Argos. Pero parecía que algún espíritu maléfico participaba á aquel hombre hasta la más mínima de mis acciones. Hacia cuatro días que estaba en Burdeos, y ya me reía interiormente de haberme sustraído á toda pesquisa, cuando mi patrona, hallándome solo, me dijo: — Cuatro días ha que estoy preguntando á cuantos hay en casa, y hasta ahora no había pensando en informarme de vos. Decidme: ¿sois vos quien ha encontrado en el camino de San Juan de Angely á un viajero que...? — ¡Sí, sí, yo soy; adelante! — Mirad lo que aseguráis, porque me han encargado el secreto. — Vuelvo á deciros que soy yo. — ¿El que llevaba tan malos caballos? — ¡Sí, sí, y mil veces sí; proseguid, por Dios! — Me alegro de saberlo. ¡Lo deseaba tanto! Pero ahora ya es muy tarde para... — ¡Por favor, señora; vamos al asunto! — ¡Vamos en buena hora! El día, pues, que llegasteis aquí se me presentó un hombre respetable, el cual me dijo así: — «En vuestra casa tenéis un hombre á quien he hallado en tal paraje: os ruego que

le digáis que le espero á la noche en el café del Águila y que no deje de ir.» — ¿Os ha dicho su nombre? — No se me ha ocurrido preguntárselo. — Pues es lo mismo que si no hubiera venido; pero si vuelve, procurad entretenerle y con todo sigilo enviad á buscarme con algún criado. Fué la patrona y yo quedé envuelto en nuevas confusiones. — ¿Cómo me ha descubierto desde el primer día este hombre? — pensaba. — Es preciso que tenga algún espía que me siga continuamente. ¡Me esperaba en un café y no lo he sabido! Pues yo iré todos los días á ese café, observaré á todos, y si alguno me habla, procuraré reconocer la voz. ¡Bien presente la tengo, porque me hizo mucha impresión!

Al momento me fui al café indicado, registré las fisonomías de todos los concurrentes, dirigí algunas preguntas vagas á los que me inspiraban sospechas, y me contestaron en el mismo tono; pero no reconocí la voz que deseaba. Sin duda que aún no había llegado el incógnito. Pasé allí todo el día y volví á mi posada sin haber adelantado cosa alguna. Los dos días siguientes hice lo mismo, y todo fué inútil. En fin, al día inmediato encontré tanta gente en el café, que no pude penetrar hasta el interior. Advertí, sin embargo, que el ama del café me miraba con mucha atención. Me acerqué á ella, y me dijo: — ¿Esperáis á algún caballero? — Sí, señora. — ¿Tendrá como unos sesenta años? — Sí, señora. — El también os esperaba. — ¿Y qué? — Ciertamente, estabais ciego: ha pasado junto á vos. ¿No le habéis visto? Pues tropezasteis con él. — ¿Cómo? — Justamente salía cuando vos entrabais. Tres días ha estado sin venir; pero esta misma mañana me ha dicho que esperaba á un sujeto, que, sin duda, sois vos. — ¿De qué lo inferís? — De algunas señas que me dió. Entiendo bastante de fisonomías: ¡la costumbre de ver tanta gente! Apostaría á que el tal hombre es vuestro padre. — ¿Mi padre? — O tío vuestro. — ¿Por qué? — ¡Porque os parecéis tanto! Todas las facciones son idénticas. Es imposible que haya dos figuras tan parecidas sin que medie un estrecho parentesco. — ¿Y no os ha dicho...? — ¡Nada! No sé ni su estado, ni su nombre, ni el vuestro: sólo sé que esperaba aquí á un sujeto.

¡Qué rayo de luz para mí! El hombre invisible tenía facciones parecidas á las mías. ¿Tendría algún parentesco conmigo? ¿Sería yo fruto de un amor ilegítimo? Pero mi patrona de París y mis amigos de Chartres que le habían visto, ¿cómo no me habian dicho nada acerca de tan particular semejanza que maravilló al ama del café?

Continué yendo al café todos los días después de este acontecimiento; pero mi hombre no pareció, por lo cual dejé está costumbre y volví á permanecer en mi habitación. Y así como él, al parecer, se complacía en atormentarme, yo también me com-



placia en hacer todo lo posible para desbaratar sus proyectos. Para lograrlo mejor, en el espacio de tres meses tomé tres diferentes habitaciones; con todo cuidado las elegí en barrios muy distantes entre sí y no volví á hablar de mi incógnito. Resolví también salir de aquella ciudad, trasladarme á Bayona, de allí á Tarbes, y correr un poco el país. — Veremos — dije — si mi sombra me sigue allí también.

Sali, pues, en posta. Nada de particular me sucedió hasta Castels, donde se mudan caballos. Allí encontré unos trabajadores, que con la mayor diligencia se ocupaban en componer una silla de posta que se había roto. Aunque ya hacía dos meses que me dejaba en paz mi invisible perseguidor, no sé qué presentimiento me anunciaba que podría ser suya aquella silla; por tanto, y á pretexto de interesarme en aquel caso, pregunté con disimulo cuántos eran los viajeros que iban en ella. Respondieronme que sólo uno. — ¿Anciano? — Como de sesenta años. — ¿Parecido á mí? — Sí, por cierto. — ¿Dónde está, dónde está? — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco? ¡Es mi mayor amigo! — Pues le hallaréis en aquel gran jardín, que está de venta con la hermosa casa que veis. — ¡Oh! ¡Pues esta vez — dije, corriendo al sitio indicado — no se me ha de escapar; y bien sea en la casa ó en el jardín, por fuerza he de hallarle!

Corrí cuanto podía, hice que abrieran la puerta de la casa y pregunté si había entrado en ella un viajero: me dijeron que estaba en el laberinto del jardín y volé hacia él. ¿Creéis, hijos míos, que ya había llegado al término de mis cuidados? Nada de eso, sino que se acrecentaron. Escuchad este suceso, que, sin duda, os parecerá muy curioso. El laberinto que había en aquel inmenso jardín era, ciertamente, intrincado: tanto me interné en él, que al fin me perdí. Después de haberle recorrido en vano, quise salir, persuadido de que mi hombre ya no estaba en él; pero me fué imposible dar con la salida. Sudaba de tanto andar, y cuanto más corría más me enredaba. Me habían dado un guía; pero yo, con el deseo de que no se me escapase mi invisible, me adelanté y me extravié. ¿Qué haría? Si llamaba á mi bienhechor, sabría que estaba allí y procuraría ocultarse.

Estaba en la mayor confusión, cuando muy cerca de mí oí cantar y reconocí la voz del hombre que me había hablado en el camino de San Juan de Angely. Puse atención y vi que se explicaba de este modo:

Inocente y desgraciada  
 Prenda del más tierno amor,  
 Víctima desde la cuna  
 De horrible persecución;  
 ¿Por qué en mis brazos amantes  
 No puedo estrecharte yo?

¿Por qué con nombre supuesto,  
 Siendo ilustre el que te dió  
 Naturaleza al nacer,  
 A vagar te condenó  
 Quien te ama más que á sí propio,  
 Como siempre demostró?  
 Tu vida inocente y pura  
 La de tu madre costó.  
 Que la Parca no perdona  
 La belleza ni el dolor.  
 Rico naciste, y tienes  
 Parientes nobles, que son  
 Tus más fieros enemigos  
 Por su loca obstinación.  
 Pero tienes quien defienda  
 Tu vida, bienes y honor;  
 Quien sólo para salvarte  
 Exige tu sumisión.  
 Sufre paciente, y confía  
 Resignado y con valor,  
 Y en dicha verás trocarse  
 Tu precaria situación.

Este romance excitó mi sensibilidad, porque me tocaba muy de cerca: yo era, sin duda, su objeto, y, por consiguiente, quien al nacer había causado la muerte de mi madre. Aquel hombre sabía todas las desgracias de mi familia y me las dejaba ignorar. Así que acabó el romance me aventuré á dirigirle estas palabras:—¡Hombre sensible, por compasión, permite que te vea! ¡Deja que me precipite en tus brazos! Pero, ¡ah, te burlas de mi dolor, y éste me conducirá al sepulcro! ¡Déjame darte el dulce nombre de padre, pues tanto te interesas por mí!

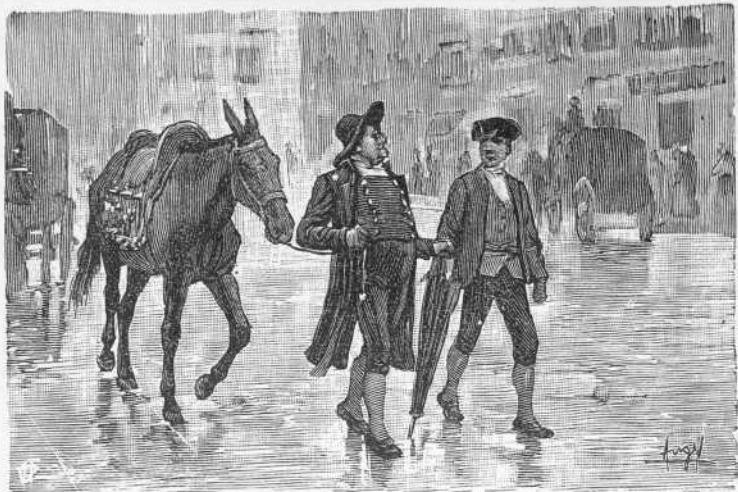
Escuché por ver si me respondían, y á mis voces sucedió un absoluto silencio: entonces desenredé los enlazados arbustos que formaban las calles, salté, corrí, examiné, busqué; pero á nadie hallé. Mi impaciencia crecía con el tiempo que malograba, y temiendo que el invisible huyera mientras me ocupaba en buscar salida, se angustió mi corazón. Al fin, agobiado de cansancio, el guía me halló en tan intrincado laberinto, y me condujo á la casa. Pregunté qué se había hecho el viajero á quien buscaba, y me respondieron que se había ido: corrí á la posta á ver si allí le encontraba, y tampoco estaba ya. Así acabó mi esperanza y se renovaron mis disgustos.

¿Qué más os diré, amigos míos? Aquí mismo recibí anteayer carta suya, en la que me dice que vaya á París, que allí me verá, y tendrá fin la vida errante que llevo. Esto me promete, y esta esperanza sostiene mi ánimo; porque en verdad, hijos míos, ¿puede haber vida más extraordinaria que la mía? Mañana me ausento, según creo, para ser feliz. Volveré, amigos, cuando se haya declarado mi suerte, á contaros cuanto sepa de nuevo. Os

explicaré todo este enigma cuando mi paciencia alcance el premio prometido y vuestra curiosidad quedará satisfecha.

Así terminó su historia Mr. de Lonchamps; y los niños, que apenas podían volver de la admiración que les había causado, le manifestaron el deseo que tenían de verle feliz, y le suplicaron que no dejase de volver á participarles cuanto le ocurriera: lo mismo le rogó Palemón, y la tarde se pasó reflexionando sobre los caprichos de la suerte y la variedad de los destinos de los hombres.





## TARDE XXIV

### EL ORGULLO

Estulto pavo real  
Locamente enamorado  
De su plumaje pintado,  
Es el orgullo infernal.  
No repara, por su mal,  
En que sin piedad inmola  
En el altar de una sola  
Quimérica perfección,  
Su dignidad, su razón ..  
¡Que valen más que su cola!

El mismo día que marchó Lonchamps se sintió Palemón indispuesto; agravóse su mal, y al fin se declaró una enfermedad peligrosa. Durante ella sus hijos le asistieron con el mayor esmero, y tanto esto como la robusta naturaleza del anciano le sacaron, por decirlo así, de entre las garras de la muerte.

Apenas se vió restablecido hizo llamar á todos sus hijos, y les dijo:—Hijos míos, poco ha faltado para que os quedaseis huérfanos. Enjugad ya vuestras lágrimas, y pues que recobré la salud, recobrad vosotros también la esperanza y la alegría. La enfermedad me ha sugerido ciertas ideas que debo comunicaros. Si me hubieseis perdido, ¿qué habríais hecho?—¡Ah, papá!...—Ha-

blad.—Yo, señor—respondió Armando,—que entonces hubiera quedado como cabeza de la familia por mi edad, habría cuidado de mis hermanos, y con la asistencia de nuestros parientes y la de las leyes hubiera procurado que fructificasen todo lo posible los bienes que nos quedasen.—Muy bien, hijo mío. Dices que te considerarías como cabeza de la familia; pero el que ha de regirla debe tener un estado de que tú careces. Tampoco sabes hacer nada útil á tus semejantes; no has elegido todavía una profesión, y es tiempo de pensar en ello, pues á tu edad ya se debe escoger. En una palabra, es preciso aprender el ejercicio que se ha de abrazar. Ea, pues; háblame con franqueza, hijo mío: ¿cuál es el que prefieres?—Pero, papá...—Di, amigo mío; dile á tu padre cuáles son tus ideas con respecto á eso.—¿Me lo permitis?—Y aun te lo mando.—Me parece, pues, que la condición que algún día puede elevarnos á los primeros empleos del Estado debe ser preferida á todas.—¿Qué quieres decir con eso?—Quiero decir que la magistratura es lo que yo preferiría, porque á cierto tiempo podría proporcionarme contribuir al gobierno de mi patria, y yo siento una inclinación dominante hacia el gobierno.—¡Hola, hola! ¿Conque el señor Armando tiene ambición?—Sin duda que la tengo; y vos mismo me habéis dicho cien veces que un alma grande y elevada debe tenerla.—Un poquito. Un poquito, ya se ve, porque es menester que cada cual procure ilustrar en cuanto pueda su nacimiento.—¿Ilustrar su nacimiento?—Pues qué, ¿siempre se ha de trabajar en la agricultura?—¿Conque tú desprecias á tu padre, que toda la vida ha trabajado la tierra?—No digo tal; pero si se puede algo mejor...—¡Algo mejor! ¿Y qué se puede hacer algo mejor que fecundar el suelo que mantiene á nuestros semejantes, y que...?—Esas razones, señor, me parecen muy buenas en filosofía; pero en el comercio de la vida todas esas bellas máximas son exageradas. El mundo aprecia más á un togado que á un labrador.—¡Entendámonos! Si por hombre togado entiendes un juez que defiende al oprimido, salva la vida, la fortuna y el honor de las familias, que es el órgano de las leyes, que distribuye la justicia con equidad, recompensa el bien, castiga el crimen y llena en la Tierra el ministerio del Ser Supremo, en ese caso adoptaría tu opinión. Tú, siendo el mayor de los hermanos, debes administrar las tierras y posesiones que yo he regado con mi sudor por espacio de treinta años. Me parece que no querrás despreciar la memoria de tu padre.—¿Qué decis?—La verdad. Conozco cuál es la suerte de los padres que educan á sus hijos para un estado que suponen más elevado que el suyo: el desprecio y el abandono es lo que los espera á la vejez. ¡No me expondré yo á eso! En cuanto á tus hermanos, son todavía tan niños, que tú ó yo tendremos bastante tiempo para pensar en ellos: ésta es mi resolución, Ar-

mando.—Pero, papá, ¿para qué me habéis hecho aprender lo que puede guiarme á la carrera que yo os propongo, y además el dibujo, las matemáticas, la música y otras mil cosas?—Para que, como yo, seas instruído, para que disfrutes la estimación de tus semejantes, y para que no se te hagan extraños los placeres de la vida. ¿No se pueden cultivar los campos por una persona que reúna mil cualidades brillantes? A mí me parece que un hombre dotado de tantas gracias que labrase por sí mismo las heredades paternas, sería mucho más feliz y más recomendable.—¿Pensáis que yo ultrajaría vuestra memoria?—No, por cierto: pero conozco el ejemplo del mundo, y sé que el orgullo malogra la indole más bella. Terminemos esta conversación. Si me amas, seguirás mis consejos, y algún día me agradecerás el habértelos dado. Hoy hace buen día, y me siento con bastantes fuerzas para dar un paseo. Acompañadme todos, hijos míos: iremos á comer á casa de un labrador amigo mío, que vive cerca de aquí, hacia los castañares. Es un hombre muy rico, y aunque no nos espere, estoy seguro de que nos recibirá muy bien.

Al oír esta proposición saltaron de alegría los muchachos, porque hacía mucho tiempo que no habían salido. Era muy de ver al anciano apoyándose en su báculo, sostenido del brazo derecho por Armando, del izquierdo por Benito, y detrás á León, aprovechándose de la conversación del maestro más respetable. Adela y Julio iban delante hablando de su recíproca ternura. Ya hacía tiempo que Palemón había conocido que su hijo adoptivo amaba á Adela mucho más que á los otros hermanos. Palemón veía con mucha satisfacción aquella feliz correspondencia, y deseaba que los muchachos llegaran á amarse verdaderamente. Después veremos el resultado de aquel amor naciente, y cómo supo su padre contener sus ímpetus subordinándolos á la razón.

Llegaron á casa del labrador, que los recibió con amigable franqueza. Hizo matar algunas aves, y comieron alegremente. Después visitaron su habitación, que era muy hermosa. Al pasar por delante de la puerta principal reparó Palemón que había una inscripción sobre ella, y dijo á Armando:—¿Qué es aquéll? No traigo los anteojos; lee tú, y sabremos el significado de aquellas letras. Armando, con bastante trabajo, por estar algo borradas, leyó lo siguiente:

Esta herencia, Florival,  
Perdiste por tu locura:  
Llora, insensato, tu mal.

—¡Rara inscripción!—dijo Palemón al labrador, que le acompañaba. Hacedme el favor de explicar su sentido.—Con mucho gusto; pero es una historia bastante larga. Sentémonos, que yo tendré mucha satisfacción en contárosla.—Los muchachos,

que se miraron á un tiempo oyendo hablar de una historia, se colocaron al instante á los lados de su padre, y el labrador comenzó su relación en los términos siguientes:

### Historia de Juanón y su hijo.

Juanón, á quien por su rusticidad llamaban así, no fué en sus principios más que un simple jornalero. A fuerza de trabajar llegó á ser arrendador del señor de Mamonville, y se manejó tan bien, que aumentó considerablemente su fortuna. No tenía más que un hijo de muy tierna edad, en quien fundaba todas sus esperanzas y consuelos, porque era viudo, y lloraba sin cesar á la compañera activa é industriosa que le había ayudado á acumular sus bienes. Era sensible, humano y, sobre todo, hombre de probidad; pero carecía de instrucción, y esta falta de cultura le hacía aparecer grosero. Como su lenguaje era propio de su crianza, se desesperaba por no haber estudiado y no ser tan instruido como los muchos señoritos que continuamente veía en el castillo de Mamonville.—¡Voto á tal—decía colérico,— que mi hijo no ha de ser como yo! ¡No, por cierto! ¡Estudiará, mal que le pese; y pues que yo soy rico, he de verle en los mejores empleos! ¡A fe mía que no ha de ser tan salvaje como yo! ¡No, ó he de poder poco!

Tales eran los insensatos proyectos de mi predecesor, pues él fué quien me antecedió en la posesión de estas tierras y el que hizo poner sobre la puerta la inscripción que habéis visto. Quería elevar á su hijo á una clase superior, y así se preparaba los mayores disgustos. Tenía Juanón en París un hermano procurador, y envió á su casa al joven Nicolás. No hay que reparar en dinero—escribió á su hermano.—Enséñale á mi hijo el latín y todas las cosas que pueden hacerle sabio, para que algún día sea hombre de provecho.

El hermano de Juanón, que era muy vanidoso, recibió muy bien al joven Nicolás; pero se guardó de darle título de sobrino. Le puso en un colegio, le hizo estudiar, y después le llevó á su mismo despacho en calidad de escribiente. No le llamó sobrino hasta que tuvo diez y ocho años y le vió mozo gallardo, petimetre y fino, lo que llenó de fatuidad al desdichado joven. Ya nó era Nicolás, sino Mr. de Florival, el cual crecía diariamente en soberbia y presunción. Muchas veces oía ridiculizar á su padre tratándole de grosero y estúpido, y él celebraba con desmesurada risa los dicitos contra un padre que le colmaba de beneficios, pues nada omitía para satisfacer todos los caprichos de su hijo. El inocente padre le enviaba cuanto le pedía, y suspiraba por el momento de abrazar á aquel hijo idolatrado.

En tal estado se hallaban las cosas cuando murió el tío de Flo-

rival, y su hijo mayor se apoderó de sus negocios. No estaba muy bien quisto Florival con sus primos, por lo cual dejó su compañía y alquiló una casa, con ánimo de continuar el estudio de la Jurisprudencia y seguir la profesión de abogado. Participó este pensamiento á su padre, que lo aprobó muy contento.

Estaba Florival para recibirse de abogado, cuando vió en el teatro una mujer bellísima, de la que quedó perdidamente enamorado. Hizo seguir el coche de aquella señorita á Labrin, su criado, mozo astuto, intrigante y muy propio para servir á un petimetre; y á poco rato supo que la hermosa dama que le había embelesado se llamaba Rosalía y que era hija del barón de Saint-Chal, hombre de pocas facultades. Al momento concibió Florival la idea de casarse con aquella señorita, pues aunque era baronesa él se fingiría también hombre de clase.

Halló Florival medio para introducirse en casa del Barón, á quien deslumbró fácilmente con la finura de su ingenio y de su educación. El padre de Rosalía era un antiguo militar, más instruido en el arte de la guerra que en el conocimiento del mundo y del corazón humano. Había sido herido en más de veinte batallas, y tantos servicios sólo le habían producido una corta pensión que apenas era suficiente para mantenerse con su hija, que ya no tenía madre. El Barón no se ocupaba más que en presentar memoriales y molestar al Ministro de la Guerra para obtener una recompensa digna de sus servicios: la ingratitud del Gobierno le indignaba, y sin duda se habría retirado á alguna aldea á no haberle prometido Florival alcanzar cuanto solicitaba por medio de su influjo y el de sus amigos: este era el único medio de conmover al anciano, y por eso miraba á nuestro joven como si fuera hijo suyo. Por lo que hace á Rosalía, no había podido resistir mucho tiempo á las seductoras expresiones de Florival: correspondía á su ternura suspirando por el feliz momento de su matrimonio, que también deseaba con ansia su amante.

Los excesivos gastos de Florival fácilmente persuadieron al Barón de que era muy rico, y, por tanto, admitió con bondad la súplica que á poco tiempo le hizo á fin de que le diese la mano de su hija. Sin embargo, el Barón quería que su yerno fuese noble. No se detuvo en esto Florival, que trasformó al buen Juanón en un oficial retirado en su tierra é impedido por la gota, que no le dejaba descansar ni un momento. Fingió cartas en las cuales su buen padre le manifestaba el sentimiento que tenía por no poder ir á bailar un minué con su amada nuera la noche de su boda. Escribía al Barón que en favor de matrimonio tan honorífico para su familia compraría á su hijo una plaza de consejero en el Parlamento. En una palabra, Florival y su criado dispusieron tan bien aquel enredo, que el padre de Ro-



salía lo creyó todo, todo, y quedó determinado el día de la boda de los jóvenes. Ya estamos en el pasaje más interesante de la historia.

De todo esto Florival nada había participado á su padre, temiendo que por ignorancia ó por algún otro motivo descompusiera sus proyectos. Sin embargo, necesitaba mucho dinero para celebrar dignamente su matrimonio. Era necesario que Labrin, su criado y confidente, empleara toda su destreza en aquella negociación, que fuera á ver á Juanón y le diera parte del casamiento de su hijo con una joven de alta clase; y para evitar que el viejo escribiera ó se pusiera en camino, supondría que la boda había de hacerse dentro de dos meses, siendo así que se celebraría al día siguiente de la vuelta de Labrin. Verificado el matrimonio, podía Juanón ir cuando quisiera, pues ya no sería temible su presencia, porque Florival habría desengañado á su esposa y á su suegro, los cuales le perdonarían fácilmente el engaño á favor de sus grandes bienes.

Juanón no había visto á su hijo hacía seis años. Tranquilo en su casa ignoraba la intriga de Florival en París, y firmemente persuadido de que su hijo viviría con modestia y probidad, quedó absorto al ver presentarse en su casa á uno de sus sobrinos, hijo del procurador en cuya compañía había estado Florival. Ya he dicho que no se amaban los primos; y aquél, que estaba instruido de cuantos resortes había empleado Florival para casarse con Rosalía, se propuso hacer de modo que en casa del futuro suegro se representara una escena de las más cómicas. Abrazó, pues, el sobrino á Juanón y le dijo que su primo Nicolás se casaba con la hija del barón de Saint-Chal, hombre muy conocido en París, que estaban haciéndose los preparativos de la boda y sólo se esperaba su persona para que todo quedara concluido.—Partid, pues—le dijo;—partid cuanto antes, pues mi primo me ha encargado mucho que os lo previniera: él mismo hubiera venido á no haberle ocurrido cierto negocio que le obliga á permanecer en París.

Atónito quedó el buen Juanón con tal noticia: no podía concebir que su hijo se casase con la hija de un Barón. Honor tan grande le enloquecía. El sobrino encareció la prontitud del viaje, y se despidió del tío diciéndole:—Mi primo me espera impaciente porque necesita mi asistencia para mil cosas. Adiós, amado tío: dentro de cinco ó cuando más seis días espero veros en casa del Barón, que vive en la calle de la Universidad, cerca de la de Bac, número 76; y para que no os olvidéis de las señas, os las dejo escritas en este papel.

Hecho esto, el maligno primo partió riéndose de su artificio y de sus consecuencias, que debían ser bien funestas para el orgulloso Florival. Apenas se hubo ausentado cuando Juanón sacó

del cofre sus mejores vestidos, y luego hizo esta reflexión:— El suegro de mi hijo es noble. ¿Pues quién me quita ennoblecer también á mi Colás? Hace mucho tiempo que estoy juntando dinero para comprarle una hacienda; la de Mamonville está de venta: se la compraré y llevaré en el bolsillo la escritura. Callaré como un muerto, y el día de la boda, á los postres de la comida, se la regalaré á mi nuera y todos quedarán contentísimos, porque el que sea dueño de esta tierra se hace noble, y así no tendrán motivo alguno para despreciar á mi hijo.

El buen padre compró la hacienda que tenía en arriendo, recogió la escritura, montó en una de sus mulas, cargada además con algunos quesos de su país, y se dirigió á la corte.

Acercábase el día determinado para la boda y sólo faltaba enviar á Labrín á visitar á Juanón para concluir el meditado proyecto, cuando un incidente, que sin duda adivináis, suspendió el viaje. La víspera del día que Labrín había elegido para ponerse en camino el Barón, su hija y Florival fueron á ver á una tía de Rosalia que vivía algunas leguas distante de Paris. Estaba Labrín en casa del suegro, cuando un buen aldeano, caballero en una mula cargada de cestas, se presentó á la puerta y preguntó:—¿Vive aquí el barón de Saint-Chal?—Sí, señor.—Quisiera hablar á Mr. de Florival (sabía este nombre por el primo).—No está en casa.—Sin embargo, necesito hablarle.—Hablad á su criado: le hallaréis allí en el fondo del patio, á la izquierda; preguntad por Labrín.—Muy bien; voy á entrar mi mula en el zaguán. Desmontó Juanón y ató la mula junto á la escalera: pasó adelante y preguntó por Labrín al mismo que lo era, el cual le dijo:—¿Qué queréis, buen hombre?—¿Florival?—Ha salido.—¿Volverá?—Sí; pero esta noche...—Que vuelva cuando quiera: le esperaré.—¿Pues qué tenéis que hacer con él?—¡Bella pregunta! Vengo á su boda.—¿A su boda?—Sí, señor. ¿Y qué? Para eso soy su padre.—¡Su padre!

Labrín quedó confundido. Fingió mucha complacencia de ver al padre de su amo, y le dijo:—¡Ah, señor! ¡Con cuánta impaciencia os esperábamos! ¡Qué alegría para todos! ¡Permitid que os abrace!—Con mucho gusto. Mi hijo se quedará aturdido al verme, ¿no es verdad?—¿Pues cómo no? Pero debo deciros que ésta no es su casa, sino del señor Barón.—¡Ya estoy!—Mi amo vive en otro barrio. Venid conmigo á su habitación y estaréis allí como en vuestra misma casa. Todas las noches se retira muy tarde. Yo no le diré palabra de vuestra llegada, á fin de proporcionaros el gusto de que os encontréis repentinamente. Tendréis toda la noche para descansar, y mañana, sin duda, os presentará mi amo á su nueva familia. Esto es más decente en mi concepto. ¿Qué os parece?—Creo que tienes razón.

Labrín ayudó al anciano á desatar la mula. Juanón la llevó

del freno y siguió al criado, que le hizo atravesar todo París para llevarle á la habitación que ocupaba Florival antes de conocer al Barón, y en la cual ya no residía, aunque la conservaba. Era en la Estrapada, junto á la Escuela de Derecho, y se reducía á un cuarto pequeño que se hallaba en el fondo de un jardín. Allí llevó Labrín al respetable padre de su señor, y le dijo: —Perdonadme si os dejo solo, porque tengo que hacer una diligencia muy importante que me ha encargado mi amo. Volveré dentro de una ó dos horas, y cuidaré de que disfrutéis cuantas comodidades sean posibles.

Fuese Labrín, y Juanón, acosado por el hambre y la sed, pasó todo el día sin ver á nadie. Por fin se presentó Florival, acompañado por Labrín, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de aquel hijo tan querido; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanón le estrechó contra su corazón y derramó sobre él algunos lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos míos, advierto que, sin saber cómo, me he extendido demasiado, y la noche, que se va acercando, me recuerda que tengo que atender al arreglo de las cosas de mi granja. Perdonad que no pueda concluir la historia principiada; en otra ocasión os referiré lo que resta.

Conociendo Palemón cuán sensible era á sus hijos aquella interrupción, dijo al labrador:—Hoy no nos esperabais y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida. Mañana os esperamos en nuestra casa. Procuraremos trataros tan bien como merecéis, y concluiréis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite, y Palemón se volvió á casa con sus hijos.





## TARDE XXV

### EL ARREPENTIMIENTO

Si la violenta pasión  
Que no supiste vencer  
Hízote el timón perder:  
Que dirige la razón;  
Si como ciego trotón  
Te lanzaste desbocado  
Por la senda del pecado,  
Fuente de males sin cuento,  
Por el arrepentimiento  
Vuelve á tu primer estado.

El labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemón, y después que se hubieron alzado los manteles continuó la historia de Juanón en la forma que sigue:

#### **Concluye la historia de Juanón y su hijo.**

Dejé, amigos míos, á Juanón con su hijo. Lloraba el buen padre estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole: ¿Eres tú? ¿Eres tú, Colás mío? ¿Qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás! ¡Eres un vivo retrato de tu madre!—¡Padre mío!—Pero ¿por qué no vuelves á abrazarme?—Con mucho gusto, padre,

pero...—¿Qué dices? ¿Qué tienes?—¡Mucha satisfacción de veros!—Yo también tengo mucho gusto: ya ves que soy hombre de palabra.—¿De palabra?—Pues qué, ¿no he venido á tiempo para asistir á tu boda? ¡Pero cuéntame, cuéntame cómo ha sido todo esto!—¿Conque ya sabéis...?—¡Todo, todo: el muchacho ha desempeñado bien su comisión!—¿Qué muchacho?—¡Buena pregunta! ¡Tu primo!—¡Cómo! ¿El ha sido quien...?—¿Pues quién había de ser? ¡Pero hablemos de tu matrimonio! ¿Cómo has hecho para hallar una señorita tan linda y un suegro de alta clase?— Señor, ya veo que mi primo ha procurado perjudicarme: conozco que os ha contado el artificio de que me he valido, y no sé cómo ha podido saberlo.—Pero ¿qué diablos dices? No te entiendo, y me parece que tienes atclondrada la cabeza. Me dijo que te casabas, que tu mujer y tu suegro estaban deseosos de que viniera, que era lo único que faltaba para la ceremonia. ¿Ha hecho mal en decirme todo esto?—¿Y no os ha dicho más?—¿Pues había más que decirme?—Mi primo ha querido perjudicarme, y no puedo engañaros más largo tiempo.—¡Hola, hola!—Perdonad; pero vuestra presencia en este momento...—¿Te enfada?—No; pero...—Pero ¿qué?—Yo no creía..., no esperaba..., hubiera querido...—¿Qué hubieras querido?—Que no hubieseis venido. Perdonad, padre mío; mil veces os ruego que me perdonéis. Mi suegro es un hombre tan encaprichado con su nobleza... No he tenido valor para decirle que soy hijo de un simple labrador.—¿Y por qué?—Porque no me hubiera dado su hija, á la que amo entrañablemente.—¿Conque has engañado á ese hombre? ¿Pues qué le has dicho?—No sabe que mi padre es...—¡Un hombre honrado, que ha trabajado y todavía trabaja por la felicidad de un hijo ingrato!—¡Padre mío!...—¡Colás, tú eres un soberbio, un desnaturalizado! ¡Ya veo que desprecias á tu padre!—Yo le amo y le respeto; pero...—Pero es forzoso que me vaya; ¿no es eso? ¿Quieres que te deje engañar á un hombre que cree que eres, por lo menos, hijo de un gran señor? ¿Has sido capaz de mentir de ese modo?—¡Ha sido necesario!...—¡Hijo ingrato! ¡No sabes el dolor que me causas! ¡Despedazas mi corazón!—¡Padre mío!...—¡Ya no lo soy! ¡Tú me has negado! ¡Ya no eres hijo mío, sino un vanidoso á quien aborrezco! ¡No volverás á verme!—¡No me hacéis justicia!—¿Para eso te traje á París, y he gastado tanto para que fueses un hombre perfecto? ¿De qué sirven las letras, si matan el amor de los hijos á los padres?—Escuchad, padre mío: dándome una educación superior á la vuestra, habéis elevado mis sentimientos, obligándome por este medio á entrar en las preocupaciones vulgares. Son crueles, son injustísimas; pero reinan en la sociedad, y es preciso respetarlas si se desea adelantar.—¿Y para ser instruido, para tener educación es preciso ultrajar la Naturaleza? ¿Por qué no te hice labrador? ¿Por qué

no puse el arado en tus manos desde que eras pequeñuelo? ¡Ahora no despreciarías á tu padre! ¡Yo veré á ese señor Barón! Sí; le veré y le diré: ¿Por qué me despreciáis, caballero? Estoy seguro de que me contestará que no es cierto; y entonces añadiré: Mi hijo es quien lo asegura.—¡Cielos! ¡Ah, padre mío! ¡Si me amáis, si os interesáis en mi suerte, os ruego que no os presentéis en esa casa! ¡Si os ven en ella, quedará perdido y deshonorado!

Florival se arrojó á los pies de Juanón; le suplicó que se volviera á Mamonville hasta después de celebrada su boda.—Entonces—añadió,—yo mismo os presentaré al Barón. Vuestros muchos bienes, vuestra probidad, vuestro aspecto respetable; todo le enternecerá y confirmará mi felicidad.

El buen labrador se enfureció y no quiso atender á razones. La conducta de su hijo le había sacado de juicio, y juró que iría á ver al Barón, que se lo manifestaría todo y le haría ver el infame artificio con que querían engañarle.—¡Si—añadió,—sabrás quién eres y quién soy; y si me desprecia, á lo menos me serán sus desprecios menos sensibles que los de un hijo ingrato!

Florival se desesperaba de que sus súplicas y lágrimas fueran inútiles para con su irritado padre. No sabía qué partido tomar, cuando su criado Labrín le sacó de aquel apuro exclamando:—Pues bien: si vuestro padre quiere ver al señor Barón, y quizás causaros la muerte, es muy dueño de hacerlo: mañana le llevaré yo mismo á la casa. Pero por ahora no podemos pensar más que en proporcionarle buena cena y mejor cama.—¡No por cierto—dijo Juanón.—¡No quiero quedarme aquí! ¡No permaneceré en casa de un hijo que me niega y que no es hombre honrado! ¡Voy al instante á buscar un asilo, que no faltan en París! Quiero ver al momento á ese caballero tan vilmente engañado; le desengañaré, y luego me iré para no volver nunca.

Florival hizo presente á su padre que era tarde y que podía suspender su proyecto hasta el día siguiente; y fué tanto lo que le rogó, que el buen hombre consintió en pasar sólo aquella noche en el cuarto en que se hallaba. Esto era lo que deseaba Labrín, que le proporcionó cuanto necesitaba, dejando las puertas bien cerradas. Cuando Juanón se vió encerrado no pudo contener el exceso de su dolor. Se apoyó en una mesa y derramó lágrimas amargas. ¡Su mismo hijo le privaba de la libertad! ¡Aquel hijo á quien llenaba de caricias y beneficios y para quien había comprado tan rica posesión! ¡Aquel hijo, que quebrantaba todas las leyes de la virtud y de la Naturaleza! ¿Qué designio sería el de aquel hombre bárbaro? ¿Qué pretendería hacer con su padre? Juanón se resolvió á causar algún alboroto y pedir auxilio á voces por la ventana; pero la noche estaba muy adelantada y era muy expuesto alborotar á semejantes horas: le fué necesari-

rio esperar al día y que alguien compareciese. El monstruo que le había encarcelado no llevaría su crueldad hasta el extremo de dejarle perecer de hambre.

Tales fueron las tristes reflexiones del buen labrador, que pasó la noche llorando la falta que había cometido enviando á su hijo á París. Luego que amaneció procuró por todos los medios salir de su prisión; pero no podía conseguirlo á menos que alguien fuera á socorrerle. ¿Y quién había de ir? Además, sin llaves, ¿quién había de atreverse?

Incierto estaba sobre el partido que debía tomar, cuando oyó abrir varias puertas. Era Labrín, que llegó cargado de provisiones.—¡Malvado—le dijo Juanón,—démame salir, ó teme!...—Labrín no le respondió: dejó lo que había llevado y escapó, cerrando de nuevo todas las puertas. El buen viejo se vió precisado á continuar en su encierro, siempre indeciso en llamar para que le socorrieran. Por la tarde se tranquilizó un poco.—¡Veamos—dijo para sí—en qué pára todo esto! ¡No han de tenerme aquí como á un pájaro en la jaula! Luego que mi indigno hijo tenga la bondad de soltarme, conocerá el terrible castigo que le preparo, que será abandonarle y maldecirle.

A la mañana siguiente volvió Labrín, y se quedó atónito al ver tan sosegado á su prisionero. Quiso disculparse, asegurándole que en breve aprobaría los motivos de una conducta tan poco regular, y que su mismo hijo la desaprobaba, aunque es veía precisado á observarla. Juanón le respondió con un gesto despreciativo, y el criado volvió á marcharse, no olvidándose de dejar cerradas las puertas.

¿Os estremecéis, hijos míos, al oír semejante atentado contra un padre tan digno de mejor correspondencia? Pronto sabréis cómo el Cielo le castigó. Ya hacía cuatro días que Juanón estaba encerrado, y no pudo sufrir más. Una mañana abrió las ventanas, que daban á un gran patio, y se resolvió á llamar á la primera persona que viese. Justamente fué un anciano el primero.—¿Sois padre, señor?—le preguntó Juanón con desesperado acento.—Amigo mío, esa pregunta... Sí, padre soy.—¿Tenéis, como yo, un hijo ingrato que desconoce y desprecia á su padre, á quien hace cuatro días que tiene encerrado en esta estancia?—¿Qué decís?—Que estoy aquí preso, y que mi hijo, mi malvado hijo, es quien me tiene de este modo.—¡Justo Dios! ¿Y cómo?...—¡Oh! ¡Proporcionadme los medios de salir, buen hombre; lo sabréis todo y compartiréis las penas que padezco si conocéis lo que es el amor paternal.

El anciano hizo nuevas preguntas á Juanón, el cual, con la sencillez de sus respuestas, le inspiró el más vivo interés. Entretanto que le hablaba, un criado que atravesaba el patio le dijo con bastante viveza:—¿Cómo, señor, estáis hablando con

ese loco?—¿Loco? ¡No tiene nada de eso!—Labrín nos ha dicho que ese aldeano tiene la cabeza trastornada y que no hiciéramos aprecio de cuanto nos dijese.

Estas palabras causaron una mortal herida en el corazón del buen labrador. Suplicó al anciano que se persuadiese de que le asistía la razón en todos sentidos, y aquel hombre sensible, que adivinó una parte del horrible misterio, era justamente el dueño de la casa. Envió á buscar una larga escalera, la arrimó á la pared del cuarto de Juanón y subió por ella á darle la mano y facilitarle los medios de bajar. Juzgad cuáles serian los sentimientos del buen labrador. Se arrojó á los brazos de su libertador y le inundó de lágrimas. El pobre padre le condujo á su cuarto y allí le contó extensamente todo lo que le pasaba. El anciano se estremeció de horror y le dijo que fuese al instante á casa del Barón, á fin de que, si todavía era tiempo, no quedase engañado. Juanón, que era del mismo parecer, halló en un establo su mula; la cogió, y abrazando al hombre benéfico que le había ayudado, se encaminó á casa del Barón, cuyas señas, por fortuna, había conservado. Dejémosle atravesar la ciudad y veamos qué había hecho su culpable hijo en todo este tiempo.

Bien se puede conocer que el día de la llegada de Juanón, Labrín estuvo acechando el momento en que su amo volviese del campo, adonde había ido con Rosalía y su padre, que le llamó aparte y le participó tan inesperado suceso. Florival, aterrado con este golpe, aprobó el celo y la conducta de su criado, y dejó por corto rato la compañía del Barón para visitar á su importuno padre, que iba á trastornar sus ideas. Ya habéis visto cómo le habló, y que, no pudiendo obtener nada de lo que pretendía, se valió del consejo de Labrín, que fué tener al anciano encerrado hasta que se verificase el matrimonio. Ambos volvieron á casa del Barón é hicieron todo lo posible para adelantar un enlace, después del cual esperaba Florival desenojar á su padre presentándole al de Rosalía y disculpándose con la ceguedad de su amor. Convinieron, pues, en celebrar el casamiento dentro de tres días; pero la tardanza de una tia de Rosalía, á quien esperaban por momentos, lo suspendió. Esto desesperaba á Florival, que en el fondo de su corazón sentía crueles remordimientos por los disgustos que causaba al mejor de los padres.

En fin, llegó la víspera del suspirado matrimonio. Todo estaba dispuesto conforme á los deseos de Florival: no tenía que esperar más que un día, durante el cual debía Labrín duplicar su vigilancia y no perder de vista ni un instante la prisión de Juanón. Florival había salido á comprar varias cosas indispensables: el Barón y su hija quedaron solos en casa conversando sobre la felicidad que el próximo enlace preparaba á la vejez de un padre y á la ternura de una hija enamorada de su futuro



esposo, cuando entró un criado y dijo al Barón que un aldeano deseaba hablarle en secreto. Mandó que entrase, y se presentó Juanón, que se explicó en estos términos:

— Señor Barón, perdonad la molestia; pero el honor y la razón me obligan á visitaros. — Sentaos, buen anciano. — ¡Oh, señor; estoy muy bien así! — ¡No lo permitiré: sentaos! Vuestra edad exige todo respeto. Pero, ¿suspiráis? A vuestros ojos se asoman lágrimas. ¿Qué tenéis? ¿Puedo serviros en alguna cosa? — En nada, señor. ¡Yo sí que vengo á serviros y á evitar que cometáis una necedad! — ¿Una necedad? Decidme: ¿qué especie de necedad es la que puedo cometer en edad tan avanzada? — Yo he cometido muchas en la mía y soy más viejo que vos; pero no perdamos tiempo. ¿Se halla aquí Mr. Florival? — Ha salido. — ¡Tanto mejor! — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco? ¿Parece que le casáis con vuestra hija? — Mañana mismo. ¡Oh! ¡Es un mozo muy honrado! — Juanón suspiró y preguntó al Barón: — ¿Conocéis á su padre? — Nunca le he visto; pero sé que es un oficial retirado, un... — ¿Oficial retirado? — Sí, por cierto; y muy rico. — En eso no hay duda. — ¿Y en lo demás? — ¿Quién os ha informado de la clase del padre de Florival? — Su mismo hijo; fuera de que yo he visto sus cartas. — ¿Las cartas del padre de Florival? — Sí, señor. — ¡Pero si no sabe escribir! — Entiendo lo que queréis decirme: ya sé que la gota le tiene impedido y que no puede usar de su mano derecha; pero su mayordomo escribe y él dicta las cartas. — ¡La gota! ¡Vive Dios! ¿La gota? ¡Es una grandísima mentira! El padre de Florival está bueno y sano, y eso es lo que siente su malvado hijo. — ¿Qué decís? — Que os ha engañado; que el padre de vuestro futuro yerno es un simple labrador que siempre ha cultivado la tierra. No hay duda en que es rico; pero no es noble, sino de humilde condición, y hasta ahora ignoraba los artificios de que se valía su hijo para engañar á una ilustre familia. — ¡Cielos! ¿Estáis seguro? — Si lo dudáis, sabed que soy Juanón, labrador de Mamonville y padre de Florival. — ¿Vos? ¿Así me ha engañado? ¡Cómo! ¿Se ha atrevido á burlarme y á despedazar el corazón de su propio padre? ¿Y vos habéis venido á avisarme? ¡Ah! ¡Este modo de proceder os honra mucho, porque denota una bella alma!

Por algunos momentos quedó el Barón sumergido en sus reflexiones: luego hizo llamar á Rosalia y le dijo: — Hija mía, es preciso que no pienses en una felicidad de la cual hace un instante te formabas la imagen más lisonjera: es forzoso que olvides á Florival. — ¡Padre mío! ¿Cómo? ¿Hoy, en visperas de...? — En visperas de causarte eternos disgustos. Sí, hija mía; hoy estamos á tiempo de evitar la desgracia; mañana ya no habria remedio. — ¡Gran Dios! ¿Pues qué ha dicho este anciano. — Que es el padre de Florival. — ¡Su padre! — Sí; ve aquí á su padre.

No es aquel militar que suponía, condecorado con tanta anti-  
güedad de nobleza, sino un humilde labrador. — ¡Labrador! —  
Sí, hija mía; pero lleno de honradez y probidad, que equivale á  
las mayores distinciones. — Estaba bien seguro — dijo Juanón —  
de que no me despreciaríais. — ¿Yo despreciaros, buen viejo?  
¿Y por qué? ¿Envilecería en vos el carácter de hombre, que en  
nada nos distingue? No; no soy yo de esos nobles deslumbrados  
con sus títulos que miran como viles todas las profesiones á que  
no han sido llamados, ó que se avergonzarían de ejercer. Apre-  
cio la virtud más que los dones de la casualidad, y el hombre  
honrado nunca ha sido despreciable á mis ojos. — Padre mio,  
conque todavía puedo esperar... — ¡Nada! Renuncia á toda es-  
peranza y atiende mis razones. Este labrador es un hombre  
apreciable. La humildad de su cuna, ó por mejor decir, las pre-  
ocupaciones, me indispondrían con toda mi familia y con todos  
los que aprecian en alto grado la Nobleza. Sin embargo, todo lo  
despreciaría, anteponiendo la virtud á las costumbres, si Flori-  
val fuese un hombre recto; pero siendo falso, intrigante, le des-  
precio, y jamás será mi yerno. ¡Maltratar á tan buen padre!  
Sabe, hija mía, que le ha tenido encerrado cuatro días para que  
no descubriera sus artificios. — ¡Oh, Dios! — Sí, hija mía; Flo-  
rival es un hombre sin fe, sin honor y sin delicadeza.

Rosalía hizo que Juanón le repitiera lo ocurrido con su hijo:  
se indignó de oírlo, y el desprecio ocupó en su corazón el lugar  
de la ternura. Trató el Barón al triste anciano con el mayor ca-  
riño y agasajo. Quiso hospedarle en su casa y presentarle á Flo-  
rival para que fuera mayor su confusión; pero no accedió á ello  
Juanón, porque determinó no volver á ver á su culpable hijo. Le  
abandonaba para siempre, y al instante quería volverse á su al-  
dea, donde, solo y entregado á su dolor, maldeciría toda su vida  
el instante en que se le ocurrió enviar á su hijo á París para que  
fuera un sabio.

Nada pudo contenerle. Suplicó al Barón y á su hija que acep-  
tasen los regalillos que llevaba, y los recibieron por pura com-  
placencia. Luego acompañaron al virtuoso labrador, que mon-  
tando en su mula y despidiéndose de ellos, tomó el camino de  
su país.

Volvieron el Barón y su hija á su habitación, y estaban ha-  
blando con mucho sentimiento de la vergonzosa trama que aca-  
baban de descubrir, cuando entró Florival rebotando satisfac-  
ción y esperanzas y cargado de regalos para su prometida es-  
posa. — Sentaos — le dijo gravemente el Barón. — ¡Estoy muy  
bien así! ¡Nadie puede cansarse en servir á la bella Rosalía! —  
¿Conque os habéis tomado el trabajo de comprar...? — ¡Unas friol-  
leras! Aunque espero que en adelante nada faltará á mi esposa  
para sostener el brillo de su clase. — Pero, ¿á qué clase esperarás

elevarla? — ¿A qué clase? ¿Pues no os he dicho que pienso comprar una plaza de consejero? — ¿Para ennobleceros? — ¿Cómo? ¡Creo que os chanceáis! — No por cierto; no tengo humor de chancearme. — Pues, señor, ¿no hemos hablado cien veces de estos asuntos? ¿Hemos de ocuparnos hoy en tan pesadas repeticiones? — Vuestro tono galante y ligero es, sin duda, muy amable; pero hoy me hallo con poca disposición para divertirme. — En efecto, señor; ese aire de seriedad... — Os anuncia la dilación de vuestro casamiento. — ¿La dilación?... — Sí, porque he formado un proyecto que, sin duda, aprobaréis. Vuestro padre permanece, según me habéis dicho, en su casa; y pues no puede venir á asistir á la boda, iremos á celebrarla en su compañía y bajo sus auspicios. — ¿Cómo? — Mañana nos pondremos en camino. — ¡Señor!... — Yo celebraré mucho el verle; y dos padres siempre se entienden mucho mejor. — Pero... — Nos ayudaremos mutuamente á sobrellevar los disgustos de la vejez. — Si... — Está enfermo y necesitará, sin duda, de auxilios. — ¿Permitis? — ¡Qué placer tendréis en abrazarle! Porque creo que le amáis con mucha ternura, ¿no es así? — Mi obligación... — ¡Sí, sí; sois un excelente hijo! Mañana sin falta partiremos. — Si no sois... — Pues qué, ¿os opondríais á tan racional idea? Parece que estáis turbado. — ¡Es verdad! — ¿Puede desagradaros ese viaje? — Pero, señor, ¿siempre ha de haber obstáculos que retarden mi felicidad? Casémonos mañana, y al día siguiente iremos si gustáis. — ¡No, no! Quiero ver á vuestro padre y conocerle, porque si no fuera hombre sociable con quien pudiese avenirme... — ¡Oh! ¡No dudéis que merecerá vuestra estimación! — Así lo creo; será un hombre muy honrado. — Es la misma probidad. — ¿Pues por qué no le imitáis? — ¿Cómo, señor? — Sí; ¿por qué no le imitáis? ¿Por qué tratáis de engañar á una familia que os ha recibido en su seno? — ¡No os entiendo! — Voy á explicarme. Vos nos habéis engañado: el antiguo militar que ha hecho tantas campañas, ese hombre impedido por la gota, en una palabra, vuestro padre, acaba de salir de aquí. — ¡Cielos! — Ha mudado de nombre y de clase, y ahora es un humilde labrador de Mamonville. — ¡Soy perdido! — Nosotros le debemos la satisfacción de conoceros y la dicha de evitar una alianza con el hombre más pérfido y el hijo más ingrato. (*Florival se arrojó á los pies del Barón.*) — ¡Ah, señor! ¡Ya conozco que lo sabéis todo y que me aborreceréis entrambos! — No, por cierto; os despreciamos: ése es el único sentimiento que debéis esperar eternamente de nuestra parte. — ¡El amor!... — Muda de nombre y de carácter cuando destruye la naturaleza y la probidad. Ven, hija mía: huyamos de este hombre peligroso. ¡Adiós, señor! Espero que ésta sea la última vez que os presentéis en mi casa.

El Barón se retiró con su hija, y Florival permaneció algunos

instantes aterrado por el golpe que acababa de recibir. En fin, se levantó enfurecido, y al salir encontró á Labrín asustado, que le dijo: — ¡Señor, se ha escapado! — ¡Demasiado lo sé!

Los dos volvieron al alojamiento que había servido de cárcel á tan buen padre. Florival, desesperado, formaba mil proyectos que se destruían sucesivamente por sí mismos. En fin, al cabo de algunos días, considerando lo mal que había obrado, despidió á Labrín, á quien acusó de la mayor parte de sus crímenes. Solo y entregado á sí mismo, no sabía qué hacer. ¿Iría á echarse á los pies del virtuoso labrador? Sí; bañaría con lágrimas sus plantas, pediría un generoso perdón y lo obtendría, porque Juanón le amaba ciegamente. Juanón era un padre que le colmaba de beneficios, y que, sin duda, estaba dispuesto á abrirle sus paternales brazos.

Alentado por esta esperanza, tomó un caballo y partió para Mamonville. Al llegar á aquella granja que no había visto en tantos años, se detuvo á pensar lo que debía hacer y decir. Perdió el color, titubeó, y al cabo se resolvió á entrar. Vió que muchos mozos de labranza trabajaban, y les dijo que quería hablar á Juanón. Uno de ellos, sin conocerle, le condujo á la presencia del respetable anciano, que quedó atónito al reconocer á su hijo. Arrojarle á sus pies, deshacerse en lágrimas y protestar de su arrepentimiento, fué para Florival negocio de un momento; pero Juanón le dejó á sus pies sin mandarle levantar, le miró con frialdad y le escuchó impasible cuanto le sugirió la efusión momentánea de su alma. Cuando acabó de disculparse cargando la culpa á Labrín, ó por mejor decir, de confesarse culpable de la más negra ingratitud, levantó los ojos hacia su padre y quedó confuso de su severidad y silencio. — ¿No me respondéis, padre mio?—le preguntó.

La respuesta de Juanón fué tomarle de la mano, salir con él hasta afuera de la puerta principal, detenerse delante de ella y mostrarle con el dedo la inscripción que habéis leído, y que ha excitado vuestra curiosidad.—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Florival.—Eso, señor mio, quiere decir que yo había comprado toda esta posesión en vuestro nombre, que llevaba en el bolsillo la escritura para regalárosla el día de vuestra boda, que he vuelto á traerla sin hablar de ello á vos ni al señor Barón, y que nunca seréis dueño de mis bienes.— ¡Cielos!...

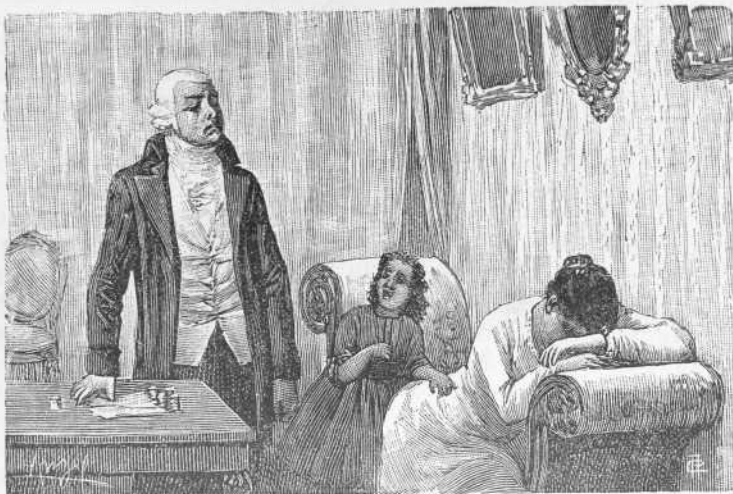
El anciano entró en su casa. Florival quiso seguirle; pero su padre mandó á los criados que le arrojasen como si fuera un extraño. Cinco ó seis mozos echaron fuera á empujones á Florival, y le prometieron el mismo tratamiento siempre que se atreviera á presentarse.

Aquel hijo criminal volvió á París. El pesar le causó una enfermedad, de la cual murió, llamando á grandes voces á su pa-

dre, cuya maldición le perseguía. La hacienda de Mamónville fué vendida, y quedó la inscripción que recuerda el suceso de Juanón y de su hijo. El viajero curioso pregunta su origen; se lo refieren, y esta narración es una lección útil que enseña á respetar á un buen padre y observar todas las leyes de la Naturaleza.

Advirtió Palemón la emoción que experimentaba su hijo mayor, y se alegró del feliz efecto de los ejemplos que siempre sabía aplicar á sus lecciones. Vivía persuadido de que era el medio más seguro para hablar mejor al corazón y al entendimiento de sus jóvenes discípulos; y hasta ahora se ha visto que no se separaba un punto de su plan de instrucción práctica.





## TARDE XXVI

### EL COQUETISMO

Incanta marijosilla,  
La jovencita coqueta  
Gira sin cesar, inquieta,  
En torno de cuanto brilla.  
Más que criminal, sencilla  
Y ajena de todo engaño,  
Acaricia por su daño  
La luz con sus bellas alas,  
Y deja existencia y galas  
En ella. ¡Qué desengaño!

Hallábase Palemón enteramente restablecido, y en la granja renacía la alegría. Crecían los muchachos, y las sabias lecciones anteriores habían perfeccionado sus sentimientos é ilustrado su juicio. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba la diversidad de sus caracteres, como se verá después: pero eran en la actualidad más dóciles, más sumisos y más sensibles. Palemón lo conocía y estaba muy satisfecho.—He aquí—decía para sí—los felices efectos de la educación que doy á mis hijos. Como la virtud debe ser siempre recompensada y el vicio castigado, les doy las pruebas de esta verdad, y para apoyarlas me sirvo de los extraños, atendiendo á que la moral puesta en acción por

persona desconocida hace mucha más impresión en los muchachos que todas las advertencias de un preceptor y los consejos de un padre. ¡Padres de familia, imitadme! Seréis felices, y lo serán las inocentes criaturas que os deben el ser.

Tales eran los agradables pensamientos que ocupaban continuamente á Palemón. Atendía sin descanso á la educación de sus hijos, y cada día encontraba nuevos motivos de satisfacción. Su infatigable vigilancia los seguía tanto en sus diversiones como en sus estudios, y en todas ocasiones encontraba medios de estudiar su carácter, conocer las pasiones que los agitaban, corregir sus defectos y desarrollar en ellos el germen de las virtudes que descubrían: todo servía de materia á su reflexión y nada se escapaba á su *vigilancia y penetración*.

¡Cuántas veces se divertía con ellos como un niño! Esgrimía el florete con Armando, jugaba al volante con Adela, seguía á Benito jugando al marro, y cuando se dejaba coger, todo eran gritos y palmadas de alegría, que le causaban el mayor alborozo; acompañaba á Julio en la pesca, y leía ó hacía versos con el ingenioso León. ¡Ah! ¡Qué feliz es un padre que consigue hacerse necesario en todo á sus hijos!

Desde la disensión de Benito y Adela, que tan cara les había costado, vivían los muchachos en la mayor armonía. Sin embargo, cierto día se suscitó entre ambos una pequeña diferencia, que nuevamente dió motivos de inquietud al virtuoso padre.

Era una mañana: el tiempo estaba apacible, el horizonte despejado, y los muchachos determinaron ir á almorzar al bosquecillo de la huerta. Cada cual llegó con un gran pedazo de pan, dispuestos á despojar uno ó dos de los cerezos que crecían en aquel sitio. Adela vió que Armando, Benito y León se subieron á un árbol, y les suplicó que le echasen algunas cerezas; pero Benito le respondió: — ¡No tenemos tiempo para eso; haz como nosotros! — ¿Puedo yo hacerlo? No tengo disposición para tanto. — ¡Pues bien; peor para ti!

El galante Julio, para quien eran leyes inviolables los menores deseos de su amada, subió al otro cerezo, diciendo á Benito: — A la verdad, eres muy poco complaciente: los hombres deben ceder á los justos deseos de las damas. — ¿De las damas? ¡Sí; de las damas como ésta! — ¡Como otra cualquiera! — replicó Adela encendida de cólera. — ¡Miren qué cortesía! ¡Si llego á casarme, no hay miedo que dé mi mano á un hombre tan grosero como tú! — ¿Qué dice la señorita? — ¡Que si continúas de esa manera siempre serás un bárbaro! — ¡Calla, que eres una altanera, y nada más!

El anciano, que lo había oído todo, no quiso darse por entendido. Vió á sus hijos encaramados en los cerezos; se sonrió, pidió cerezas, que le echaron todos á competencia; se sentó al lado

de Adela y almorzó tranquilamente con su interesante familia. ¡Pintura encantadora que arrebató un alma sensible más que los bellos espectáculos y los círculos brillantes!

Acabado el frugal almuerzo, todos entraron en la granja á emplearse cada cual en sus acostumbrados ejercicios. Palemón meditaba en su cuarto sobre lo que había oído decir á Adela. Eran pequeñeces que no harían impresión en cualquiera otro padre; Palemón las consideraba como de mucha importancia. Conocía el buen fondo de su corazón, pero no quería que alimentase tales ideas. Si tales defectos arraigaran profundamente en su alma, haría, sin duda, desgraciado al que quisiera asociarla á su destino. Por perfectos que sean los muchachos, tienen defectos que deben corregirse, á fin de que después no degeneren en vicios. Así pensaba Palemón; su hija necesitaba un ejemplo y él se lo presentaría, sin hablarle palabra sobre los despropósitos que había proferido.

Durante toda la mañana se habían ocupado los muchachos en sus ejercicios ordinarios, y hacia la tarde Adela y Julio, paseándose junto al bosque en que se habían desayunado, oyeron cantar cerca de ellos; mas no conocieron la voz. ¿Habría ido algún forastero á visitar á Palemón mientras ellos estaban ocupados? Quisieron informarse; pero los detuvo el eco de la voz, que, acompañada de una vihuela, cantaba la siguiente letrilla:

¡Aves inocentes  
Que pobláis los aires;  
Ecos de la selva,  
Oíd mis cantares!

De mi bien amada  
Que en breves instantes  
Premiará mis ansias  
Y dulces pesares,  
Cantara las gracias  
Belleza y donaire  
Si vuestra armonía  
Llegaseis á darme.

¡Aves inocentes,  
Oíd mis cantares!

¡Oh! ¡Cuán hechicera  
Se prestó á premiarme  
Con sus bellos ojos,  
Con su esbelto talle,  
Con su mano hermosa,  
Con su alma adorable,  
Las penas que el pecho  
Lo rinde constante!

¡Ecos de la selva,  
Oíd mis cantares!



¡Oh santo himeneo!  
 Tú que voluntades  
 Enlazas por siempre,  
 Tu antorcha á alumbrarme  
 Prepara afectuoso,  
 Que ya en homenaje  
 Le rindo á tu yugo  
 Mi cerviz amante.

¡Aves inocentes,  
 Oid mis cantares!

Y tú, dulce hechizo,  
 Zagala admirable,  
 Que entre mil pastores  
 Quisiste ensalzarme,  
 Ven, que ya en el templo  
 Las antorchas arden;  
 Los himnos ya entonan  
 Pastoras, zagales.

Y aves inocentes  
 Que pueblan los aires,  
 Unen sus gorjeos  
 A nuestros cantares.

Adela y Julio quedaron prendados de la gracia con que el desconocido había cantado. Le descubrieron, se le acercaron, y él se mostró como algo resentido de que le hubiesen escuchado; mas al fin les dijo:—¿Sois por ventura hijos del virtuoso agricultor que tan generosamente me ha hospedado? — Sí — respondió Adela;—y también tenemos otros tres hermanos.—Si se os parecen, serán, ciertamente, muy amables. — Mil gracias por el favor; pero ¿cómo es que...?—¿Os admiráis de verme aquí? Verdad es que no he tenido el honor de hablaros cuando entré en la granja. Sabed, pues, que ahora poco, á muy poca distancia, mi silla de posta, que dirigía yo mismo, ha volcado y se ha roto. Vuestro padre advirtió mi caída, voló á socorrerme, y me ofreció un asilo en su casa hasta tanto que mi silla se componga. He aceptado su ofrecimiento y me paseo aquí; pero el placer de meditar me ha enajenado de tal suerte, que no he reparado en que la noche se acerca. Vámonos juntos á casa, pues para mí será un placer disfrutar de vuestra compañía.

Siguió el forastero á Julio y Adela, y llegaron á la granja cuando ya estaba el anciano con los demás hijos en la terraza. Palemón presentó á su familia el nuevo forastero, repitiendo lo que Adela y Julio ya sabían, y añadiendo: — Cuando un caminante se ve en tal apuro, me obliga á ofrecerle mi casa y mis obsequios. Me lisonjeo de que no se ausentará tan pronto, porque los trabajadores que están componiendo su silla me han asegurado que necesitan todo un día para ponerla en buena disposición;

tal vez esta tardanza será desagradable á nuestro huésped, pero nos esforzaremos en distraerle.—En vuestra compañía—respondió cortésmente el forastero—es muy fácil olvidar tan ligero accidente.—Si no es demasiada indiscreción, quisiera saber vuestro nombre y el objeto de vuestro viaje.—Con mucho gusto mio voy á satisfaceros. Mis sucesos son poco interesantes, pero están complicados con otros que me parece gustaréis oír, y aun me atrevo á decir que su relato puede ser útil á estos niños, ofreciéndoles un objeto moral, una lección que, sin duda, no necesitarán, pero que nunca está demás repetirla, para la felicidad de los hombres y aprovechamiento de la sociedad. Prestadme la mayor atención.

### Historia de madame Dumont.

Eugenia, hija de un rico comerciante, era una muchacha llena de orgullo y presunción: desde sus primeros años mostraba repugnancia á las virtudes domésticas, y el placer era su gusto dominante. Siempre en la niñez se advierte el germen de los vicios y virtudes que tendremos en la edad madura, y el carácter empieza á desarrollarse desde que podemos entregarnos al juego ó al estudio. Era, pues, Eugenia altiva y presuntuosa, y hasta sus mismos padres no se libraban de ser víctimas de sus caprichos y de su espíritu dominante. Su padre, que no habia tenido carácter para sujetarla, era el que más padecía. Procuró casarla apenas tuvo la edad conveniente. Entre varios que solicitaron su mano, obtuvo Dumont la preferencia, por ser un joven honrado, complaciente, tierno y de mucho ingenio. Había visto á Eugenia, y su hermosura le inflamó tanto, que sin detenerse á estudiar su carácter se casó con ella.

Apenas Dumont se vió casado cuando advirtió la cadena que arrastraba y su insoportable peso. Hizo todo lo posible para que su mujer conociera sus defectos y se corrigiese; pero fueron mal recibidos sus consejos. Decía madame Dumont que no se había casado para ser esclava, y se precipitó en el abismo de toda especie de distracciones. Se pasaba la vida en los bailes, juegos, espectáculos y otras distracciones. Cuando su marido la reprendía, exclamaba llorando que carecía de ternura y de complacencia para con ella, que era un tirano, que se había casado con ella sólo por tener una esclava, y que no era posible hallar mujer más desventurada que ella.

Dumont sufría y callaba. Para mayor tormento suyo, madame Dumont dió á luz una hija, á la cual alejó al instante de su lado, contra el modo de pensar de su esposo. La inocente criatura fué entregada á una nodriza fuera del pueblo en que habitaba su madre, y después á maestros desconocidos. Aquella mujer no

amaba á su marido; por consiguiente, no podía querer á sus hijos. Dumont, desesperado de haber contraído un enlace tan fatal, resolvió tomar un partido muy serio. Examinó el estado de su fortuna, y después de reducir á dinero lo poco que de ella le quedaba, hizo llamar á su gabinete á su indigna esposa, y con mucha gravedad le dijo de este modo:—Señora, cuando me casé creí hallar en vos una compañera dócil, amable y tierna con quien poder compartir mis trabajos y placeres. La experiencia me ha desengañado crudelísimamente: en vez de una amiga fiel, sólo he encontrado una mujer desdeñosa, inconsecuente, altiva, que se ha entregado á la disipación, sin calcular sus facultades ni las ideas de su esposo. Siendo mujer de un simple negociante, habéis recibido en vuestra casa á gentes que son, en vuestro concepto, de la más alta clase: esas gentes os han trastornado la cabeza y habéis abandonado hasta las sagradas obligaciones que os impuso la Naturaleza para con vuestros hijos. En una palabra, habéis creído que vuestro esposo debía obedeceros ciegamente y someterse á todos vuestros caprichos contra el orden social, que siempre ha exigido y exige que la mujer sea dirigida por su marido, el cual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe también tener su gobierno. En suma, me habéis hecho infeliz y no quiero sufriros más tiempo. He ordenado la división de nuestros bienes comunes. Aquí está vuestra dote; disponed de ella como gustareis. Os dejo y me voy á América para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda, permaneceré allí muchos años: volveré después á reunirme con una mujer á quien he amado, si la edad y la experiencia rectifican su juicio é ilustran su espíritu. No creáis, Eugenia, que os abandono para siempre; os escribiré con frecuencia, y volveré apenas me permita la fortuna reparar las enormes pérdidas que me han causado vuestras locuras y para colocar á mi hija como le corresponde. Tal es mi resolución, de la cual nada podrá apartarme.

Atónita madame Dumont con semejante proyecto, se encolezó y prorrumpió en voces y lamentos; pero su marido la dejó después de encargarle la educación de su hija, y se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se consideraba árbitro de sí misma aquella mujer que tanto amaba la independencia y que podía dar rienda suelta á todas sus inclinaciones y caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinación de su marido, pero luego se consoló entregándose más que nunca á los placeres. Recibía en su casa á toda clase de personas: todo eran bailes, convites y juegos, que apenas tenían la más leve interrupción. En una palabra, madame Dumont despilfarró en poco tiempo cuanto su marido le había dejado, y al cabo de tres años se vió arruinada, abandonada por sus falsos amigos y reducida á

la mayor indigencia. Por fortuna, su marido en su última carta le decía que prosperaba en sus negocios y que no tardaría en volver cargado de riquezas, que pondría á su disposición si la encontraba digna de su aprecio. Madame Dumont conoció por fin el vacío que la rodeaba; hizo que le devolvieran su hija y se entregó á los dulces cuidados de madre, deseando con ansia el momento de abrazar á quien reconocía haber ofendido, y cuya ausencia era para ella manantial inagotable de amargos remordimientos. Un día...

Aquí se detuvo el desconocido, y alegando que estaba muy cansado, ofreció al auditorio continuar su relación al siguiente día.





## TARDE XXVII

### LA ECONOMÍA

Prodigiosa lotería  
 Que á todas lleva la palma,  
 Es para el cuerpo y el alma  
 La prudente economía.  
 Quien en sus premios confía  
 Con noble perseverancia,  
 Tendrá de pan abundancia  
 En su noble ancianidad  
 Y hallará en la eternidad  
 Su más preciosa ganancia.

El forastero, después de haber visitado en la mañana de aquel día las posiciones del virtuoso Palemón, al caer la tarde fué con todos á la terraza, y sentándose en medio de los muchachos, continuó su relación en estos términos:

#### **Concluye la historia de madame Dumont.**

Os dije ayer que madame Dumont se había hecho juiciosa después de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna y el proceder de los que había mirado como amigos cambió en parte su carácter. Conservaba su altivez é inclinación á las so-

iedades; pero carecía de medios para lucir. Dumont le escribió que estaba riquísimo, y ella le contestó que volviese cuanto antes, pues ya era digna de su corazón y se proponía hacerle enteramente feliz. Ya hacia dos años que se habían agotado todos sus recursos; vivía retirada y dedicada exclusivamente á la educación de su hija. Afortunadamente, en medio de todos los lazos de la seducción habia sabido conservar puro su honor. Aunque tan alejado de su esposa, Dumont sabia cuanto pasaba por medio de un antiguo criado que habia dejado con ella al tiempo de su ausencia, y compadecido del estado fatal de su mujer, determinó volver á su compañía. En la última carta le decia que iba á recoger todos sus bienes y que muy en breve volveria á verla. Esta feliz noticia reanimó á madame Dumont; pero viendo que habian pasado tres meses desde la carta de su marido y que éste no parecia, empezaba á impacientarse, cuando un día le sucedió un lance muy particular.

Hallábase una tarde sola con su hija en una pradera de las cercanías de París. La noche se acercaba, y madame Dumont se disponia á volver cuanto antes á la ciudad, cuando se la acercó un pobre y le pidió limosna. Ella, sin mirarle, le dió una moneda; el mendigo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y fué siguiéndola. Lo advirtió madame Dumont y le previno que se apartase, pero el pobre continuó en su seguimiento. Atónita y aun asustada de tal audacia, redobló el paso, esperando encontrar alguna persona que le sirviese de resguardo; pero el mendigo se acercó más, le cogió la mano y se arrojó á sus pies. Ella dió un grito, mas el mendigo le dijo con dulzura: — ¡Ingrata! ¿Es posible que me desconozcas? — Madame Dumont le miró con atención y reconoció á su esposo, que estaba cubierto de andrajos y en estado de la más deplorable miseria. — ¡Dios mío! — exclamó. — ¿Eres tú, Dumont, ó estoy soñando? — No, amada esposa; demasiado verdad es lo que miras. ¡Heme aquí arruinado, perdido y en la situación más lastimosa! — Pero ¿cómo?... — La desgracia y la imprudencia me han conducido á este punto. Habia juntado dinero y géneros preciosos en América, y todo lo embarqué en un navío, que ha naufragado: yo, á favor de una tabla, pude arribar á la costa más cercana, cuyos habitantes me socorrieron. Acabo de llegar á París en tan miserable estado como me ves, fatigado por el hambre y el cansancio. Hasta ahora no habia pedido limosna. No he comido desde ayer. Te he conocido cuando estabas paseando y me he valido del medio que has visto para descubrirme á ti, darte una idea de mi posición y excusarte en cuanto fuera posible el sobresalto. En fin, te veo y espero que me recomendarás á alguno de aquellos ricos amigos que eran de tu sociedad, y sin duda lo serán todavía, á fin de que me propor-

cionen algún arbitrio para mi subsistencia. — ¡Ah! ¿Qué dices? Esos amigos de quienes me hablas, y que tanto tiempo me han tenido engañada, son unos viles, unos ingratos y traidores, que me han arruinado enteramente. ¡Estoy tan miserable como tú! — Pues será forzoso que de nuevo nos separemos. — ¡Separarnos! ¡Eso no! ¡Nunca lo consentiré! Si hubieses conservado tus bienes, los habrías partido conmigo, ¿no es así? — ¿Puedes dudarlo? — Pues bien; yo debo partir tus penas y ayudarte á sufrirlas. Los dos estamos miserables: unamos, pues, nuestros esfuerzos para resistir al infortunio y procuremos del modo posible dulcificar nuestra suerte. Desde hoy mismo principia verdaderamente la reforma de mis costumbres. Dejémonos de mutuas reconvenciones, que no servirían sino para hacer mayor nuestra desgracia; huyamos del tumulto y corrección de las ciudades; trabajemos en cualquiera otra parte para vivir y educar á esta inocente criatura, hija tuya, á quien había inspirado ideas de orgullo y vanidad, que yo misma sabré destruir. ¡Ven á mis brazos, Dumont, y no volvamos á separarnos!

Mucho enternecieron á Dumont las expresiones de Eugenia. Llegaron á su casa, donde halló algunos vestidos que había desechado en otro tiempo y entonces le fueron de mucha utilidad. Eugenia, á quien aquel repentino golpe infundió más ánimo y más juicio, propuso á su marido que vendiesen los pocos efectos que les quedaban; él se conformó con esta resolución y, verificada que fué, ambos se retiraron á un pueblecillo cercano. Ya tenemos á Eugenia convertida en simple aldeana. Ya no la adornan encajes, plumas y demás frivolidades del lujo; pero recibe mayor realce su hermosura. Una blanca toca cubre como al descuido sus rubios cabellos, un modesto corpiño da mucha más elegancia y soltura á su esbelto talle; en una palabra, está mucho más hermosa que antes. Ya no tiene otra pretensión que la de complacer á su esposo, que le ha devuelto toda su estimación; y en tanto que éste cultiva una pequeña huerta que ha formado por sí mismo en un erial, ella va á vender la leche de una vaca que habían comprado, volviendo después á participar de una frugalísima comida, que ella misma prepara; y por la tarde instruye á su hija en los principios de la virtud, le enseña las habilidades y labores que sabe, y entre los brazos de aquella niña y los de su esposo olvida la inconstancia de la fortuna, cuya ojeriza ha experimentado. Aún diré más: está contentísima con su nuevo estado, y en su corazón lo prefiere á todas las vanidades humanas, que tanto tiempo la han seducido: disfruta pacíficamente las delicias de la ternura conyugal y del amor materno. Vive feliz, y no recuerda su anterior estado sino para deplorar sus pasados extravíos.

Casi un año había pasado Eugenia entregada á los afanes del

campo, y ni un suspiro, ni una queja había salido de sus labios ni de su corazón. Enteramente aplicada á sus ocupaciones, no ambicionaba más placeres: su esposo y su hija eran para ella los mayores bienes. Dulce, buena, sensible y complaciente, se hacía adorar por todas las gentes de su clase, que sabían sus desgracias y la ayudaban en todas sus necesidades.

Vivía pacífica, sin conocer la ambición. Pero experimentaba cierta inquietud, porque su esposo estaba ausente días enteros, y cuando le preguntaba qué asuntos le separaban tanto tiempo de su compañía, se disculpaba con que su genio pensador le inclinaba á paseos solitarios, ó con la precisión de visitar á algunos amigos, y por último la abrazaba estrechamente para calmar su inquietud.

Un día Dumont no volvió. Ella le esperó, aunque en vano, para cenar, y pasó la noche entera en la más violenta inquietud. Amaneció el siguiente día, se pasó parte de la mañana, y su esposo seguía sin parecer. Entregada á mil pensamientos, salió con su hija á recorrer los bosques y los prados en busca de su marido, y en el camino se le presentó un labrador que le entregó un billete de parte de Dumont. Le abrió precipitadamente y leyó las siguientes palabras:

*Sigue con nuestra hija al portador y me hallarás.*

Atónita Eugenia, cumplió la orden de su esposo. Hizo mil preguntas al conductor, pero éste le contestó que tenía orden de no decir nada. ¿Qué significaría aquel misterio? ¿Se la prepararía alguna nueva desgracia? Confió la llave de su pobre albergue á una buena vecina, tomó á su hija de la mano y siguió al labrador, que se obstinó en guardar el más profundo silencio. A la entrada de un camino hallaron una silla de posta que los esperaba. Eugenia subió á ella temblando, y después de haber caminado más de cinco horas, paró la silla á la puerta de un soberbio castillo, cuyo conserje, acompañado de otros dependientes, se inclinó con el más profundo respeto al llegar Eugenia, y le dijo:—Aquí es donde está vuestro esposo.—Le dió la mano para subir por una magnífica escalera y la condujo por muchas habitaciones hasta llegar á un soberbio salón. Tan agitada se hallaba, que no pudo seguir andando, y á no sostenerla se habría desmayado.

Por último, se le presentó un caballero ricamente vestido: Eugenia le miró, reconoció á Dumont y, arrojándose en sus brazos, exclamó: — ¡Esposo mío! — ¡Ven! — le dijo Dumont, reclinándola en un canapé.— ¡Ven, mujer tan virtuosa cuanto arrepentida! ¡Ven á gozar la dicha que te preparan el amor y la fortuna! Estás en tu casa; cuanto ves y mucho más es tuyo, y de todo puedes disponer á tu arbitrio, como también de un esposo tierno y respetuoso, que te suplica le perdones el error en



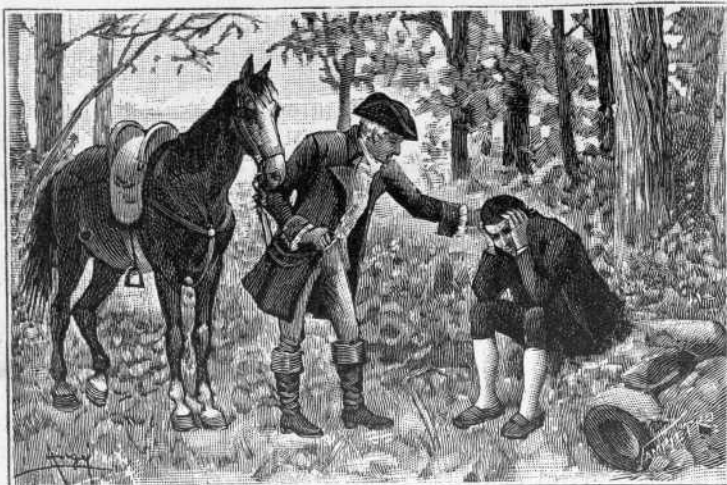
que te ha mantenido. La prueba que quise hacer contigo te ha vuelto toda mi ternura: ambos quedamos muy bien recompensados.

Eugenia, que no sabía si estaba despierta ó soñando, exclamó:—¡Cómo! Este castillo, estos muebles, el parque que he visto y tantos criados, ¿son tuyos?—No, sino tuyos. Sí, esposa mía; somos ricos. Juntamente con este castillo y sus tierras adyacentes, tienes dos casas muy buenas en París, y otras propiedades que te haré conocer. Toma posesión de tus dominios, y de tu estado rústico no conserves más que las virtudes que has practicado todo este año.

Apenas acabó de hablar Dumont cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija, á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las más tiernas caricias. Se sirvió después una excelente comida, y la tarde se pasó en explicaciones y en examinar todas las piezas del castillo. ¿Quién podrá referir la alegría de madame Dumont? Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reúne todas las perfecciones: con ella voy á casarme. Sí, amigos míos; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradar á su hija y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra unión. Mañana pienso llegar á casa de los señores Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relación del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al día siguiente se despidió el forastero de Palomón, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.





## TARDE XXVIII

### EL DESPRENDIMIENTO

Es el hombre generoso  
Y desprendido un logrero  
Que á Dios presta su dinero  
A un interés fabuloso,  
Pues por modo misterioso  
Y en el momento oportuno  
Recibe ciento por uno  
De lo que dió el indigente:  
Por eso para el prudente  
No hay pordiosero importuno.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del emparrado, sustituyéndolas por las serias veladas que pasaban dedicados cada uno á los ejercicios y labores que más convenientes les parecieron. A la vuelta de la primavera anunció Palemón á sus hijos que apenas el tiempo lo permitiese volverían á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin una mañana anunció á su familia que aquella tarde habría reunión en la terraza y que no dejaría de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulís.—En él buscaremos—les dijo—alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría. Corrieron á sus respectivos estudios; pero suspiraban por la llegada de la tarde, que debía ser el principio de sus antiguas satisfacciones. Entretanto llegó la hora de comer, y Palemón se presentó en la mesa taciturno, dando muestras de alguna oculta inquietud. Suspiraba y no podía tomar alimento: los muchachos advirtieron su alteración; pero, respetando el dolor de su padre, no se atrevieron á preguntarle la causa, y se revistieron de una seriedad muy conforme con la melancolía de su padre, pareciendo que el disgusto que le oprimía había pasado á sus tiernos corazones. Se miraban unos á otros, y temían aparecer indiscretos si aventuraban la más leve pregunta; al fin su padre les habló en estos términos:

— Hijos míos, os había prometido emplear una gran parte de la tarde en alguna lectura agradable; pero no puedo cumplir la palabra, porque no podré acompañaros. Procurad divertir os útilmente, que yo quiero quedarme solo en mi cuarto y entregarme enteramente á mis tristes reflexiones.

Armando se arriesgó á decirle:—¿Pues qué tenéis, padre mío? ¿Os ha sucedido alguna desgracia repentina? Esta mañana, y aun ahora poco, estabais tranquilo y brillaba la alegría en vuestro semblante. Decidnos: ¿qué tenéis? Nadie ha venido que haya podido daros una mala noticia.—¿Nadie, hijo mío? ¿Pues el mayoral no me ha traído una carta?—¡Es verdad; no me acordaba! Yo mismo os la entregué; y si hubiera sabido que pudiera ser causa de vuestro disgusto, no os la hubiera dado.—Hijo mío, perdono tu imprudencia por razón del motivo que la ocasiona. ¡Sustraer una carta á su padre! ¡Qué horror!—Perdonad, porque si yo...—¡Basta! Acabo, hijos míos, de recibir una noticia desagradable, que debo comunicaros; y aun deseo saber vuestro parecer acerca del modo como debo proceder en este asunto. Atended.

Soy hijo de un labrador de corto caudal. Murieron vuestros abuelos cuando, sobre poco más ó menos, tenía yo la misma edad que Armando. Recogí mi corta herencia; pero no me bastaba para comprar una granja y ponerme á la cabeza de una casa. ¿Qué había de hacer en tales circunstancias? Trabajar toda mi vida para otros; pero no fué así, pues la Providencia, como á Pedro Deviñes, padre de los tres peregrinos cuya historia habéis leído, me envió un bienhechor, un segundo padre.

Un día me hallaba solo en el bosque, y reclinado sobre un árbol pensaba en mi fatal situación. Pero debo preveniros que entonces amaba á vuestra madre, cuyo padre se hallaba aún más indigente que yo, por lo cual no podía efectuarse nuestro enlace. Aquel día, pues, que lamentaba en el campo mis desgracias un caminante que pasaba á caballo junto á mí se detuvo á mirarme. Absorto en mis tristes pensamientos, no reparé en él hasta que,

habiendo desmentado, se me acercó, me dió un golpe en el hombro, y me dijo:—¿Qué tenéis, amigo? Lo profundo de vuestra melancolía ha llamado mi atención; he conocido vuestra pena en vuestros suspiros: por eso me he acercado, y quisiera saber cómo, siendo tan joven, tenéis ya motivos para los dolorosos sentimientos que indican vuestras lágrimas.—¡Nada preguntéis, señor!—le respondi.—No podéis interesaros en mi pena, y mucho menos remediárla. —¿Y por qué no? ¿Qué sabéis si tengo intención y medios para hacerlos dichosos? A no ser que un amor desesperado... Pero á vuestra edad no es regular. Sin embargo, si eso fuera, aún se podría...—Sí, señor; amo, y no puedo alcanzar el objeto de mi ternura.—¿La joven ama á otro?—No, señor; antes bien, corresponde á mi cariño.—¡Ya! ¿Conque vuestro padre será el que...?—No, señor; soy un miserable huérfano. —¿Luego el padre de ella es el que se opone?—Sí por cierto. ¡Es un hombre tan codicioso! Sobre no dar nada á su hija, quiere que el que sea su yerno tenga mucha hacienda.—¿Y vos nada tenéis?—Muy poco.—¿Y cuánto dinero necesitáis para casaros?

Al oír esta pregunta miré con más atención al forastero, como para preguntarle si su intención era burlarse de mi desgracia, porque estaba muy lejos de pensar que pudiera ofrecirme la menor suma. Entonces me dijo: ¿Por qué me miráis así? ¿Os figuráis que sea mi ánimo insultar á los desgraciados? Cuando os pregunto qué necesitáis para obtener la mano de vuestra amada, ¿creéis que es para engañaros, ó para daros aquí mismo neciamente el dinero sin informarme de si merecéis mi protección? Amigo mío, yo exijo confianza, y nadie ha dejado de tenerla conmigo.

El áspero tono con que pronunció estas palabras me intimidó: conocí que había ofendido su delicadeza, y sin responderle hice un movimiento para retirarme. Lo advertió él, y me preguntó:—¿Vivis en esa aldea que se descubre desde aquí?—Sí, señor—le respondi.—Podéis marcharos.

Eché á andar, y él me siguió, llevando su caballo del diestro. Llegamos al pueblo sin habernos hablado una palabra, y á su entrada me preguntó cómo me llamaba. Yo, que no tenía motivo para ocultar mi nombre, le dije:—Me llamo Palemón, y aquella humilde choza es mi albergue.

Me dejó, y por espacio de algunos días no volví á verle; mas una mañana que iba á salir á mi trabajo, me dijeron que me esperaba en su casa el notario del pueblo. No sabiendo qué podía querer de mi el notario, dudé si iría á verle; pero al fin me resolví, y quedé sorprendido al hallarle acompañado de mi desconocido, el cual, corriendo hacia mí, me dió un estrecho abrazo, diciendo:—Estoy informado de vuestras cualidades, y sé que por ellas sois generalmente estimado en esta comarca. Hallándome gravemente enfermo, hice voto de dotar, si sanaba, á un matrimo-

no virtuoso, y no puedo cumplir esta obligación mejor que ofreciéndoo veinte mil libras, que hacen la cuarta parte de mis bienes.—¡Cómo, señor!—Sí, amigo mio. Me veía á las puertas de la muerte, y prometí á Dios lo que he dicho: vos seréis el agraciado con mi promesa. El padre de Justina, á quien he hablado, vendrá luego con su hija, y yo haré vuestra felicidad comprando para vos la granja de los tres olmos y casándoos con la que amáis.

Aturdido por tan impensado suceso, quedé sin poder pronunciar una palabra y casi sin sentido entre los brazos de mi bienhechor, cuando se presentó Justina acompañada de su padre, el cual me dió el título de hijo y de amigo. El notario extendió nuestro contrato y la escritura de adquisición de la granja, que es esta misma, que yo he aumentado después considerablemente. El forastero, que se llama Mr. Delacour, se despidió de nosotros después de haberlo pagado todo, y sin querer decirnos su estado ni el lugar de su residencia, para evitar, según dijo, hasta nuestro agradecimiento, del cual nos dispensaba por no haber hecho más que cumplir con su obligación.

¿No es éste, hijos míos, un hombre raro? Muy pocos se hallan en el mundo que se le parezcan. En fin, vuestra madre y yo no volvimos á saber de él, á pesar de las muchas diligencias que hicimos para ello; y aún permanecería yo en la misma ignorancia á no ser por la carta que he recibido, que me pone en la mayor consternación. Oid su contenido, y juzgaréis después según vuestros alcances.

«Muy señor mío: Creo que no habréis olvidado al hombre generoso que os casó dotándoos en veinte mil libras: por esta razón debo participaros que, además de hallarse agobiado con el peso de muchos años y rodeado de cinco hijos que todavía no están en disposición de poder socorrerle, le ha reducido á la miseria una quiebra fraudulenta. Su familia está poseída del más profundo dolor: no debo decirnos más, sabiendo, como sé, la delicadeza de vuestros sentimientos. Venid á verme, y dispondremos juntos los medios más á propósito para el alivio de mi amigo Delacour, á quien yo nada puedo dar por la estrechez en que me hallo. El no sabe que os escribo, pues he descubierto vuestra residencia y la conducta de mi amigo para con vos registrando sus papeles para examinar si le quedaba algún recurso; pero no tiene ninguno. Una nota de lo que os dió me ha instruido de todo. No dudo de vuestro agradecimiento (pues no puede faltar á un hombre tan honrado) como el único recurso de este infeliz. — París, etc. — *Bertier*. — Calle de Harley, núm. 30.»

Me parece, hijos míos, que en semejante caso tengo obligación de devolver á Mr. Delacour las veinte mil libras que me dió.— No hay duda—exclamó al instante el joven León, á quien su pa-

dre dijo sonriéndose:—¡Bien debía yo esperar que ése fuese tu dictamen! Los artistas y literatos generalmente son desinteresados; pero reflexiona, hijo mío, que no tengo esa cantidad, ni puedo proporcionármela sino vendiendo esta granja, que pensaba dejaros.—¡Es preciso venderla, padre mío!—dijo Adela.—Las deudas de la gratitud son sagradas.—¡Poco á poco!—contestó Benito.—Antes es preciso examinar si esto es ó no deuda.—Deuda es—dijo Julio.—¿No es un dinero adelantado?

BENITO

¡Dado!

ADELA

¡Prestado!

LEÓN

Para un hombre como nuestro padre, es un dinero puesto á ganancia.

JULIO

Adelantado, dado ó prestado, son para mí en este caso una misma cosa, porque Mr. Delacour no debía esta suma á mi padre; y todo lo que se recibe no perteneciéndonos, se queda á deber.

BENITO

Pues qué, ¿un hombre no puede hacer lo que quiera de su dinero? Conforme se lo dió á mi padre, pudo muy bien enterrarlo.

LEÓN

Es verdad; y la tierra le hubiera sido más agradecida que tú, pues se lo habría devuelto.

BENITO

¡Buen modo de responder! León, yo no quiero decir...

ARMANDO

Todos disputáis, y para ello no consultáis la razón. Si padre lo permite, diré libremente mi parecer, aunque no sea muy del agrado de Adela, Julio y León.

PALEMÓN

Habla francamente, hijo mío.

ARMANDO

Pues señor, vos no habéis ido á buscar á este hombre tan dig-

no de estimación; nada le habéis pedido: él os ha ofrecido, y aun en cierto modo precisado á aceptar en virtud de la legitimidad del motivo que le hacia obrar. Habia hecho un voto, y lo cumplió en beneficio vuestro: no habéis contraído deuda alguna, porque apenas hizo el voto, ya aquellos bienes no le pertenecian y eran patrimonio del que eligiese para entregárselos, que fuisteis vos por casualidad. Si Mr. Delacour os hubiese dicho á ponerlos en vuestras manos: «Cuando me halle necesitado os lo pediré», y vos hubierais prometido entregarlos, en el dia tendríais que desprenderos de todos. Pero no ha sido así: nada habéis prometido, ni creo que os hubierais atrevido á prometer restituir lo que los sucesos inciertos podían hacer imposible. El contrato de adquisición de vuestra granja, ¿contiene alguna cláusula que exprese ser un adelanto, préstamo ó cosa semejante de Mr. Delacour? ¿Os comprometete á alguna restitución? No, por cierto; luego, en razón y conciencia, á nada estáis obligado sino al agradecimiento regular; y así, podéis enviarle los socorros pecuniarios que pudiereis, sin arruinar vuestra hacienda. Esta es mi opinión.

BENITO

¡Eso sí que es hablar, y sin decir cosas picantes! ¿Lo oyes, León?

LEÓN (meneando la cabeza).

Ya lo oigo; pero todo eso me parece más especioso que verdadero.

PALEMÓN

Habla, pues; explícate más claro.

LEÓN

Temo desagradar á mi hermano Armando.

ARMANDO

No, amigo mío; por nada me resentiré.

PALEMÓN

En el examen de un asunto cada cual tiene libertad para exponer su dictamen: dime, pues, qué es lo que hallas especioso más que verdadero en el parecer de tu hermano.

LEÓN

Dice Armando que apenas hizo el voto Mr. Delacour, ya no eran suyas las veinte mil libras; pero por eso ¿eran vuestras? No. Procurasteis saber la residencia de este hombre generoso.

¿Y qué fin os movía á ello? Me parece que el de reintegrarle algún día lo que os había dado: luego, sin duda conociais que en rigor esta suma no era vuestra; y así, devolvérsela me parece un acto de justicia. ¿No os casasteis con este dinero? ¿No habéis triplicado con él vuestra hacienda? Estas solas razones os empeñan más á la restitución. Los que piensan de otro modo no conocen la delicadeza, ni recuerdan que deben responder ante el Creador de todas sus faltas de probidad y reconocimiento, y que la ingratitud es el más vil y despreciable de todos los vicios que caben en el corazón humano.

PALEMÓN (sonriéndose).

¡Mucho se inflama nuestro joven poeta! Pero no piensa que para restituir es forzoso que yo me deshaga de esta granja que amo, que fué mi asilo nupcial y la cuna de mis hijos, quienes debían trasmitirla á los suyos como su antiguo paternal albergue. Si no puedo acabar en ella mis días, conozco que el dolor apresurará mi muerte.

BENITO

¿Lo oís, señor León?

ARMANDO

¡Conservadla, padre mío!

ADELA

Tomad prestado sobre ella, porque es preciso restituir.

PALEMÓN

¡Pasaba en ella días tan felices! Me complacía en perfeccionarla; todos sus árboles los he plantado yo mismo.

ADELA, JULIO Y LEÓN

¡Pero debéis veinte mil libras!

PALEMÓN

Cuando la muerte —me decía á mí mismo— haya descompuesto mi ser, junto á la cuna de mis hijos se colocará mi sepulcro. Allí, en medio de aquellos empinados álamos, en las orillas de aquel arroyo coronado de sauces, me elevará un monumento la piedad filial; grabarán en él mi nombre, y en cierto modo me hallaré todavía presente en el lugar donde dirigí su juventud. ¿Y he de privarme de tan dulces esperanzas?

ADELA

¡Pero aquel anciano, padre mío, aquel anciano indigente!...



JULIO

Se halla enfermo, arruinado, y es muy digno de compasión.

LEÓN

Tiene hijos, cuya herencia está en vuestro poder.

BENITO

¡Nada tienen aquí que reclamar!

ARMANDO

Se les puede auxiliar sin arruinarse.

PALEMÓN

Mucho me alegro, hijos míos, de la franqueza con que os habéis explicado, pues ella prueba la confianza con que me tratáis. Voy á reflexionar sobre la conducta que debo seguir, y, correspondiendo á vuestra ternura, os participaré mi resolución; esta tarde os reuniréis en la terraza...

ARMANDO

Pues qué, ¿no estaréis con nosotros?

PALEMÓN

Sí; iré un rato, y procuraremos distraernos: tal vez en medio de vosotros olvidaré el nuevo cuidado que causa mi inquietud.

Á la hora que el padre les previno se reunieron los muchachos, y se preguntaron recíprocamente si alguno de ellos había visto á Palemón.—No ha salido todavía de su cuarto—se respondieron unos á otros. Se miraban inquietos, y no podían entregarse á sus juegos acostumbrados. Iban á pasar una tarde muy enfadosa si Dios no lo remediaba. Por fortuna, la buena vieja Marcela se les presentó con un hombre bien vestido, que daba el brazo á una mujer joven, la cual llevaba un niño en brazos. Armando preguntó á Marcela quiénes eran aquellas gentes, y ésta le respondió:—Son unos caminantes perdidos y cansados. ¡No venos aquí otra cosa! ¡Ya sólo falta poner una muestra sobre la puerta de la casa para que sepan todos que es una posada común! — ¡Poco á poco, Marcela! — dijo León.—Sabed que la hospitalidad se convierte en insulto cuando no se franquea con buena voluntad. Nada digáis á mi padre, porque está ahora ocupado; después verá á nuestros huéspedes cuando baje. Lo que importa es que les traigáis algún refresco y les preparéis cuarto.

Marcela se retiró regañando y diciendo entre dientes:— ¡Hola! ¡Qué tono toma ya este picaruelo! — Armando invitó á los cami-

nantes á sentarse en medio de sus hermanos, y la joven Adela tomó en su regazo al niño para descansar á la madre, que parecia muy fatigada. El mismo Armando preguntó al hombre: —¿Venís de muy lejos?—De Auvernia. Hace doce días que sali de allí con mi esposa y el niño, que ella misma cria. No habiendo podido alcanzar el coche público en la ciudad inmediata, hemos resuelto ir á pie hasta el primer pueblo, del cual mañana debe salir otro carruaje; pero nos hemos extraviado en el bosque, y sabiendo que todavía tenemos que atravesar otro, viendo acercarse la noche, nos hemos tomado la libertad de llamar á vuestra casa para pedir albergue á vuestro padre.

— Os le concederá gustoso—dijo León;—y nosotros también, porque es una obligación que nos complacemos todos en cumplir. — Menos vuestra ama de gobierno. — Es verdad; pero no se le hace caso. A veces es insufrible. Algún día tengo que hacer una sátira contra ella.—¿Una sátira? ¡Hola! ¿Conque hacéis versos? — Sí, señor — respondió Benito; — hace versos: ha dado en esa manía. Nosotros también los haríamos; pero no queremos ridiculizarnos.—¡Ridiculizarse!—contestó el forastero.—¿A la poesía llamáis ridiculez? Pues yo no tengo vergüenza de confesar que también algunas veces incurro en esa ridiculez.—¿Conque componéis versos?—repuso León lanzando una terrible mirada á Benito. — Algunas veces los hago, amigo mío; pero no es esa mi principal ocupación. Mi profesión es la pintura. — ¡Oh; qué bello arte! ¿Y venís de Auvernia? ¿Se pinta también en ese país? — Como en todos los demás; y puedo deciros que pintando las bellezas naturales que abundan en su comarca encontré á mi querida esposa. Sí, amada María; á mis pinceles debo tu posesión.

Entonces los muchachos rogaron al extranjero que mientras llegaba su padre les contara cómo se había hecho su casamiento por medio de la pintura. Accedió el extranjero; pero habiéndose presentado Marcela con algunos refrescos, la joven esposa del pintor pidió licencia para retirarse al cuarto que les estaba destinado, á fin de dar de mamar á su niño y aviarle. Salió, pues, con Marcela, y los muchachos rodearon al pintor, que principió su historia en estos términos:

### Historia de la familia de Auvernia.

Nací en París; mi padre, que se llamaba Vertpré Dermevil, no tenía más hijos que yo, y hacia muchos años que se hallaba viudo. Después de haber traficado largo tiempo dejó su primera ocupación, en la que adquirió bastante riqueza; pero, no creyéndola suficiente para establecer á su hijo, se dedicó al cambio de letras. Me dió una esmerada educación; pero mi carácter

melancólico, mi afición á las maravillas de la Naturaleza y mi inclinación á la soledad me decidieron por la pintura, á la que me entregué exclusivamente. No podía sospechar que un arte que cultivaba por gusto había de ser algún día mi único recurso para subsistir, aunque, verdaderamente, tales cosas suceden con frecuencia en el mundo.

Tenia veinte años, y no me cuidaba más que de pintar y hacer versos, mis dos inclinaciones dominantes. No pensaba en tomar estado alguno, ni mi padre me había hablado nunca de ello; antes bien, enorgullecido con mis progresos, me estimulaba á continuar mis ocupaciones. Observé que hacía algún tiempo que estaba muy triste: conocí que le dominaba algún grave cuidado, y un día me atreví á preguntarle qué era lo que le afligia; pero la respuesta que me dió fué derramar algunas lágrimas, dejarme y encerrarse en su gabinete. Creí que aumentaría su aflicción con preguntas importunas, y por respeto reprimí mi curiosidad. Como yo pasaba muchos días y noches enteras pintando ó leyendo, una de ellas que estaba embebido en las poesías de *Osián* oí mucho ruido en el gabinete de mi padre, cuyas ventanas se hallaban enfrente de las mías. Nada podía ver, por estar echadas las cortinas; pero la luz se movía continuamente, se oía el ruido de abrir y cerrar gavetas, de rasgar papeles y quejarse amargamente. Asustándome su estado, me acerqué á la puerta del cuarto, llamé, y me di á conocer; mas no me respondió, por lo cual me retiré, resuelto á madrugar para hablarle. Pero la fatiga y el desvelo de algunas noches que había perdido me sepultaron en tan profundo sueño, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, y á esa hora sentí que llamaban á la puerta de mi cuarto.

Abrió, y entró Contois, criado de toda nuestra confianza. Parecía agitado por alguna grave inquietud. Llevaba un billete en la mano, y me lo alargó diciendo: — Leed ese papel y seguidme; abajo tengo dispuestos dos caballos. No hay que perder ni un momento.—Tomé temblando el papel, que decía así:

«Varias quebras fraudulentas, hijo mío, son causa de la mía. Me veo perdido, y te confundo en mi ruina. Sigue á Contois, que te conducirá adonde me hallo.»

Quise volver á leer el billete; pero Contois me lo impidió diciéndome:—¡Vamos, señor; que ya están allí!—¿Quiénes?—¡Los esbirros, los escribanos, los diablos! ¿Qué sé yo? ¡Toda la caterva de ministros infernales!—Pero ¿adónde vamos? ¿Dónde está mi padre? Muy lejos de aquí; pero le alcanzaremos.

Y sin tomar más que las poesías de *Osián*, que aún estaban abiertas, montamos á caballo, y no paramos día y noche hasta llegar á Moubrín, en Borbones, donde hallé á mi padre, á quien la pesadumbre tenía ya á las puertas de la muerte. — Hijo mío

—me dijo, — en esa cartera hallarás el estado de mis negocios. Liquidada mis cuentas. Nada te quedará; pero tienes talento, y sabrás aprovecharle. Lo que más siento—continuó—es mi desdichado... ¡No..., no...; te avergonzarías de ser hijo mío! Y sin decir una palabra más expiró, dejándonos en la duda de lo que podría significar aquel secreto que no pudo desprenderse de sus labios. Volví á París, reuní á los acreedores, realicé los créditos, satisficé á todos, y vinieron á quedarme poco más de cien doblones.

Terminados todos mis negocios en París quise visitar el sepulcro de mi padre, y después me propuse recorrer la Auvernia y tomar de sus montañas los más bellos paisajes. Estando en la parte más árida de aquella comarca un día se exaltó de tal modo mi imaginación recorriendo aquellos hermosos paisajes, que no advertí que la noche se adelantaba, y ya era bien oscuro cuando recordé que me hallaba en un lugar solitario lejos de la carretera. Eché á andar con ánimo de buscar el camino; pero á cada paso me separaba más de él. Por fin vi una luz. Dirigido por ella llegué á una cabaña que vi abierta, y dentro cinco personas cenando alrededor de una rústica mesa. — Un caminante extraviado—les dije— implora vuestra generosidad para obtener un asilo.—¿De veras—preguntó el amo de la cabaña;— de veras os habéis perdido? ¿No traéis armas?— Mis armas son éstas— dije enseñándole los pinceles. — Querida mía, me parece hombre de bien: ¡Vaya; quedaos, y perdonad nuestro recelo, porque andan por aquí muchos pícaros, y estamos lejos de poblado! María, trae un vaso; y vos, señor piutor, sentaos á nuestra mesa.

María era su hija mayor. La miré, y el amor penetró por primera vez en mi corazón. ¡Vedla aquí; ahora es mi esposa!

Como os iba diciendo, María se levantó, y con la mayor afección y modestia me presentó un vaso. Yo me senté en medio de aquellas buenas gentes. La cena fué alegre, y luego...

Al llegar á esta parte de la narración del viajero llegó Palemón; y como advirtió que Vertpré y su mujer estaban fatigados, los obligó á retirarse á descansar, rogándoles que se quedasen un día más en su casa, á lo que accedieron. El resto de la tarde le emplearon los niños en juegos inocentes á presencia de su padre, que nada les dijo de lo que había resuelto acerca del asunto de Delacour.





## TARDE XXIX

### LA DELICADEZA

No aprovecha socorrer  
La miseria con largueza  
Cuando no hay delicadeza  
En el modo de ofrecer.  
Puede muy bien suceder,  
Como prueba la experiencia,  
Que estén juntas la indigencia  
Y la noble dignidad,  
Y entonces la caridad  
Exige mucha prudencia.

Quedóse Vertpré, como había prometido, y entretuvo la mañana hablando á los hijos de Palemón de las pintorescas montañas de Auvernia y mostrándoles sus dibujos, que se alegraron mucho de ver, porque era materia en que podían dar su voto, y no pudieron menos de hacer justicia al mérito de su huésped.

Por la tarde continuó éste del modo que sigue la narración de sus aventuras de Auvernia.

**Concluye la historia de la familia de Auvernia.**

Luego que hubimos terminado la cena, Santiago, que era el

jefe de aquella familia, alto, seco y como de unos cincuenta años, me preguntó:—¿Sois de Auvernia?—No, amigo mío; soy de París.—¿De París? ¡Bien conozco esa ciudad! Allí fui aguador más de veinte años, ¡y me acordaré toda mi vida!—añadió suspirando.—¿Qué, habéis experimentado allí algunas desgracias?—Una sola, pero que vale por muchas.—¿Queréis contármela?—Mucho mal me hizo cierto sujeto, y muy ingrato fué para conmigo; pero no deshonraré su nombre. No hubiera creído en él semejante maldad. ¡Dios le perdone!

No quise insistir en mis preguntas. Felicité á la madre por el buen orden en que tenía la casa, por la compostura que observaban á la mesa sus dos hijos pequeños, y sobre todo por la belleza y modestia de María, á quien me pareció no ser yo tampoco indiferente.

Después me condujeron á una estancia donde hallé una aseada cama, y dormí hasta el día siguiente. Apenas se levantaron en la casa me vestí, y quise despedirme; pero se opusieron á mi partida.—¿Qué prisa tenéis?—dijo Santiago.—Permaneced entre nosotros algunos días, y dibujaréis cuanto os acomode. El país no es hermoso por aquí; pero iremos á San-Flour, donde la Naturaleza se ostenta en toda su belleza. Yo os acompañaré, y también mi hija María, que es una buena muchacha á quien ya hubiera casado; ¡pero son aquí tan pobres las gentes de nuestra clase!—¿Y vos, Santiago, sois rico?—No por cierto.—Pues si yo fuera rico, ¿exigiría que lo fuese mi yerno? Pero si yo nada tengo ni mi yerno tampoco, mi hija, que es lo que más me importa, no puede ser feliz. Conque ¿os quedáis, ó no?

La filosofía natural de aquel hombre me agradaba. Ningún negocio me acosaba, y como, por otra parte, María había hecho tan profunda impresión en mi alma, resolví quedarme algún tiempo entre aquellas buenas gentes. Todos los días salía á recorrer la comarca, acompañado de Santiago ó Luis, su hijo, ó de María, que era lo más común. Estuve así ocho días. Después me rogaron que permaneciese otros quince, y yo no sabía separarme de tan apreciable familia. Me interesaba tanto, principalmente la buena María, que consultando seriamente con mi corazón, vi que estaba perdidamente enamorado de ella. María era joven, bella y virtuosa; yo la amaba: si ella me correspondía y el padre daba su consentimiento, ¿por qué me había de avergonzar de enlazarme con unas gentes honradas?

Un día que estaba entregado á estas reflexiones se acercó á mí María y me dijo:—¿Qué tenéis? Parece que derramáis algunas lágrimas.—Sí, María; lloro, y vos sois la causa.—¿Yo? ¡Dios mío! Pues á mí me sucede algunas veces lo mismo.—¿Y seré yo quien haga derramar esas lágrimas? ¿Os habré desagradado?—No por cierto: si fuera así, no lloraría. Y yo, ¿os he dado algún

disgusto? — ¡Al contrario; no hay cosa que yo ame más en el mundo! — Yo no había amado nunca, y ahora amo demasiado. — ¿A vuestros padres y hermanos? — Eso por supuesto; pero también se puede amar á un amigo; y viéndoos me parece que tengo un hermano más, un... — ¿Un esposo? — ¡Puede que sí! — ¿Queréis ser mía? — ¡Con todo mi corazón! — ¿Y vuestro padre? — Quiere que sea feliz, y le diré que no puedo serlo sin vos.

María era franca y sencilla como la Naturaleza. Cuando llegó Santiago, dejando aparte toda timidez, le dijo: — ¿Me amáis, padre mío? — Ya lo sabes. — ¿No me habéis prometido un esposo? — Cuando encuentres un hombre digno de tu amor. — Pues ya le he encontrado; presente le tenéis. — ¡Muchacha! ¿Estás en tu juicio? ¿Crees que el Sr. Vertpré quiera desacreditarse? — ¡Desacreditarme! — exclamé yo. — Señor Santiago, ¿es posible que me atribuyáis un orgullo que no tengo? — Pero nosotros no somos más que unas gentes... — Muy honradas, y á quienes yo amo y respeto. — Pues bien; vamos al caso. ¿Os agrada mi hija? — ¡Sí, señor; infinito! — Bueno; eso es lo principal. Otra cosa: vuestra familia... — Soy solo; no tengo padres ni parientes, ni más amigos que vos, si queréis serlo. — Lo que es amigo, siempre; pero antes de ser suegro quiero que sepáis mis intenciones. Ya os dije el otro día que soy pobre, y que quería que mi yerno trajese algún poquito de dinero. — ¿Y cuánto sería bastante? — Si tuvierais siquiera cien doblones... — Pues justamente los tengo: contad, Santiago, la cantidad que hay en ese bolsillo.

Santiago contó el dinero, volvió á ponerlo en el bolsillo y me lo devolvió, diciéndome que más adelante me diría los motivos que tenía para exigir precisamente aquella cantidad. En seguida abracé á mis nuevos parientes. Quedó aplazada la boda para de allí á tres días, y todos se ocuparon en hacer los preparativos necesarios. Santiago me llamó aparte, y haciéndome sentar á su lado me rogó que le escuchase atentamente.

«—Nací—me dijo—en esta pobre cabaña, que perteneció á mi padre, el cual, habiendo enviudado, me envió á París, donde al principio me ocupé en hacer recados y después me hice aguador, consiguiendo tener muy buenos parroquianos en el arrabal de San Germán. Vine á mi tierra, me casé, y después volví á París, haciendo casi todos los años un viaje á mi querida Auvernia para traer parte de mis ahorros; no todo, porque mi anhelo era reunir una cantidad suficiente para retirarme al seno de mi familia. ¡Dios sabe cuánto trabajaba para eso, porque eran muchas mis tareas! Al fin llegué á reunir la cantidad de cien doblones.

»Un día entré en casa de un parroquiano, hombre honrado á quien yo amaba, porque, aunque poderoso, no tenía orgullo, me daba siempre tabaco y hablaba conmigo. Aquel hombre estaba

triste: le pregunté la causa, y á fuerza de instarle á que me la dijese me confesó que á consecuencia de una quiebra de un corresponsal suyo estaba arruinado, que tenia que hacer aquel día algunos pagos y carecia absolutamente de fondos para realizarlo. Entonces yo, conociendo su hombría de bien y persuadido de que cuando pudiese cumpliría conmigo noblemente, saqué mi bolsa con los cien doblones que tenia en oro, y le precisé á aceptarlos á pesar de su obstinada resistencia. Unos días después vine á mi tierra, y cuando regresé á París y fui á casa de aquel hombre, me encontré con que habia hecho quiebra y se habia ausentado de la capital, sin que se supiese el paradero de él ni el de un hijo que dejó. Quise reclamar; pero como no tenia ningún documento que acreditase la deuda, me aconsejaron que no hiciera tal cosa, porque sería en balde. Entonces, viéndome ya sin fuerzas para el trabajo, me retiré á mi país, y resolví no casar á María sino con uno que trajese en dote los cien doblones que yo habia perdido. Al fin lo he hallado, por lo cual me considero dichoso de haber tenido tal inspiración.»

Durante la narración de Santiago habia experimentado yo ciertos presentimientos inexplicables, y terminada que fué, rogué á Santiago que me dijese quién era el sujeto que tan mal habia procedido con él. Se resistió, porque, aunque le habia perjudicado, no queria deshonrar su nombre. Tantas instancias le hice, que al fin, suplicándome que no saliese de mis labios, como tampoco volveria á salir de los suyos, me dijo que aquel hombre se llamaba Mr. Dermevil, y que era negociante.

Al oír este nombre perdí el color y quedé confundido y sin articular una palabra: era mi padre el que habia arruinado á Santiago. Mi padre se llamaba, como yo, Vertpré Dermevil; pero era conocido bajo este último nombre, y á mí generalmente me llamaban sólo Vertpré. Los cien doblones pertenecian á Santiago, y yo debia renunciar á mi felicidad. Tomé, pues, mi resolución, y la llevé á cabo. Salí de la casa, y encontrando en el camino á Luis, hermano de María, hice que me acompañase hasta la próxima población, que sólo distaba media legua. Entramos en una posada, y pidiendo tintero y papel, escribí á Santiago la siguiente carta:

«Vuestra confianza, Santiago, me ha hecho infeliz. Vos ignorabais que estabais hablando con el hijo del desgraciado Dermevil, origen de vuestras penas. Esto supuesto, considerad si debo aspirar á la mano de María. No tengo nada, y me veo envilecido á vuestros ojos. Os envío los cien doblones, única cantidad que creí que me pertenecia. Os la restituyo, y me ausento para siempre. ¡Adiós! Consolad á María, á quien nunca dejaré de amar, y buscadle un esposo que sea más digno de ella y de vos que — *Vertpré Dermevil.*»



Cerré esta carta y se la entregué á Luis, juntamente con el bolsillo, rogándole que lo pusiese todo en manos de su padre.

El muchacho marchó, y yo quedé en la posada entregado á las más tristes reflexiones. Así pasé el resto del día, y la noche, que fué de las más apacibles, me sorprendió en la ventana de mi habitación contemplando el majestuoso aspecto de la Naturaleza. Ya hacia algún tiempo que me hallaba de este modo, cuando sentí los pasos de un caballo, y poco después vi un hombre montado con un muchacho á la grupa. Eran Santiago y Luis, que iban en busca mía.

—¿Has podido pensar — me dijo — que no sabría apreciar tu modo de proceder? Podías haberte casado con María y guardado tu dinero, y no lo has hecho, prefiriendo á tu gusto el honrado proceder. Ese rasgo me ha complacido en extremo. Ven, Vertpré; María te espera llorando á mares, y todos desean verte.—¿Permitiréis que me case?—¿Por qué no? Mi plan en nada ha variado.

Por fin llegamos á casa, donde fuimos recibidos con la mayor alegría, y dos días después se celebró nuestro enlace. Luego pasé á Clermont, donde gané algún dinero, que entregué á Santiago, pues no puedo permitir que vuelva á emprender trabajos superiores á sus fuerzas, y en la actualidad voy á París, donde espero ganar lo suficiente para sostener con decencia las presentes obligaciones y remitir á los padres de mi esposa una pensión para que se mantengan con desahogo y den educación á los otros dos hermanos.

Terminada la relación de Vertpré pasaron todos al comedor, donde cenaron con la mayor alegría.





## TARDE XXX

### EL TALENTO

Es el talento una mina,  
Ya de escoria, ya de oro;  
Es de honores un tesoro  
O de infamia una sentina,  
Según la verdad divina  
O el error ciego la explote.  
Es un riquísimo dote  
En manos de la bondad;  
En poder de la impiedad,  
Es un durísimo azote.

Vertpré y su mujer partieron á la mañana siguiente. Los muchachos se reunieron al tiempo del desayuno, y Palemón no concurrió por estar ocupado en su gabinete. La historia de la tarde anterior les suscitó mil reflexiones acerca de la restitución de las veinte mil libras que su padre había recibido de M. Delacour. El joven Vertpré no se creyó propietario de los cien doblones que había recogido de la sucesión de su padre: aquel hombre virtuoso lo abandonó todo, hasta su mismo amor, por restituir una cantidad en el instante en que supo que no le pertenecía. Todo esto ocupaba los discursos de nuestros jóvenes y los hacía mirar las cosas con mucha delicadeza. Armando fué el

primero que mudó de opinión, y dijo á Benito: — ¿Sabes que desde ayer pienso de distinto modo acerca del asunto de papá? Ahora me parece que, efectivamente, debe restituir la suma á M. Delacour. — Pues yo no estoy tan convencido como tú. Si piensas así por lo que ayer oíste á Vertpré en orden al dinero que volvió á Santiago, el caso es muy diferente. — No tanto. — Absolutamente diverso. El dinero de Vertpré era rigurosamente un préstamo, y el de papá, una liberalidad de Delacour. — Pero cuando el que ha hecho el don se halla tan necesitado... — Es cierto que también á mí me ha conmovido el exceso de delicadeza de Vertpré. — ¡Exceso de delicadeza! — exclamó León. — Nada tiene de excesivo su proceder: el padre había abusado de la confianza y bondad de un hombre honrado, y el hijo estaba obligado á la reparación. Así es como yo pienso; y en el caso presente, si yo fuera hijo único y perdiese á mi respetable padre, la primera cosa que haría sería devolver á M. Delacour ó á sus hijos las veinte mil libras. — Benito replicó con una sonrisa irónica: — ¿Y si no tuvieras otra cosa? — Seguiría el ejemplo de Vertpré, que no tenía más que sus tristes cien doblones. — Pero él era efectivamente deudor. — Nosotros también lo somos. — ¡No! — ¡Sí! — Para convenirnos — dijo Armando — dejemos á un lado la legitimidad de la deuda, y atendamos sólo á lo que nos dictan el honor y la delicadeza. — Enhorabuena — contestó Benito; — pero León siempre la echa de entendido. — Discurriendo según nuestro corazón — repuso Armando, — conoceremos que en nuestro interior resuena una voz que nos grita: ¡Volved al indigente lo que os dió en su prosperidad! — ¡Es verdad! — exclamaron á una voz los muchachos. — Pues vayamos al cuarto de padre á decirle que Benito y yo hemos mudado de opinión, decidiéndonos por la de Adela, Julio y León. — ¡Vamos al instante! — dijeron los otros cuatro.

Los muchachos subieron al gabinete de Palemón, que por entonces no estaba allí; pero no tardó en volver, y pareció admirarse de aquella reunión con visos de embajada, aunque desde luego conoció su objeto. — Sentaos, hijos míos — les dijo afectando inquietud y como procurando leer su intención en sus semblantes.

— Padre — dijo Armando, — Benito y yo venimos á confesaros que ayer no acertamos en oponernos al modo de pensar de nuestros hermanos, y yo he conocido que las razones que di en favor de mi opinión no eran bastante sólidas. — ¿Sobre qué asunto? — preguntó con mucho disimulo Palemón. — Sobre la carta que recibisteis y el estado infeliz de M. Delacour, vuestro digno bienhechor. Devolvedle, padre mío, las veinte mil libras, aunque sea necesario venderlo todo. — ¡Eso no! Una parte del valor de esta granja bastaría para satisfacerle. Pero ¿quien os ha obli-

gado á mudar tan pronto de dictamen?—La delicadeza de Vertpré y el haber reflexionado con más juicio. (*Palemón disimuló su alegría.*) Es cierto que la conducta de ese joven respecto del buen Santiago es muy digna de elogio, aunque lo exigían el honor y la probidad. — Mucho celebro que vuestra opinión sea tan conforme con la mía. Ya no debo ocultaros que desde el momento en que recibí la carta de Bertier resolví la restitución de toda la cantidad. Sin embargo, he exigido vuestras opiniones; me las habéis dicho con franqueza, y he estado muy lejos de enojarme contra los que se han opuesto á mi dictamen. Ahora me sirve de mucha satisfacción que los seis pensemos de un mismo modo y que la delicadeza no encuentre infractor alguno en el seno de mi familia. Por lo demás, hijos míos, vivid tranquilos sobre el resultado de este asunto, que terminará sin que mi hacienda padezca alteración particular. Nada venderé (*Armando y Benito se sonrien*); acabo de recibir una cantidad que tenía como perdida. Toda la suma está preparada, y al instante voy á enviarla a casa de Bertier, amigo de M. Delacour, por medio de Miguel, el labrador vecino, que hoy mismo sale para París, y que es hombre de toda confianza. Esto es ya un negocio concluido.

Abrazaron los muchachos á Palemón, el cual añadió: — Hoy está el día apacible. Vamos á que nos dé de comer M. de Versevil, que ha comprado el parque y el castillo del marqués Derfort, cuya funesta muerte ya os he referido. Versevil es un hombre de excelentes costumbres; le debo una tierna amistad, y repetidas veces me ha encargado que con toda franqueza fuese á comer en su compañía. Hoy quiero aprovecharme de sus cortesías ofertas. Id, hijos míos, á disponer: dentro de dos horas partiremos, porque su castillo está tan cerca, que se descubre desde estas ventanas.

Retiráronse los muchachos muy alegres con esta interrupción de sus ordinarias tareas. Armando parecía el más contento; pero ignoraba que aquella diversión se reduciría principalmente á darle una severa lección. Porque Palemón sabía que su hijo mayor temía no tener bastantes bienes para contraer un casamiento ventajoso, que deseaba una mujer rica y se avergonzaba de casarse con una simple labradora. Era preciso reducirle á ideas más sanas, y siempre por medio del ejemplo. ¡Oh padre respetable y hombre sensato, que sabes educar tan bien á tus hijos! ¡Cuánto me complace ser tu historiador!

Les parecía á los muchachos que tardaba mucho en llegar la hora de la marcha. Suspiraban por aquel feliz momento, y creían que el tiempo se paraba de intento para mortificarlos. Por fin Palemón tomó su bastón y su sombrero, y partieron. Pronto llegaron al castillo, á cuya puerta hallaron á M. de Versevil, que dijo á Palemón del modo más afectuoso: — Sin duda

venís á comer conmigo, vecino mío. ¡Cuánto os agradezco que os presentéis con esta familiaridad! ¿Son éstos vuestros hijos? Parecen muy amables. Esta señorita tiene mucha gracia, y vuestro hijo mayor ya es hombre hecho. A la verdad, me causa gran satisfacción la visita, pues esta tarde espero á mi yerno, que ha ido á ver á su padre, y debe volver con su esposa y su hijo. Porque, amigo mío, ya hace un mes que soy abuelo. Mi hija ha ido á presentar el niño á su suegro, y esto es muy natural. Los veréis antes de salir de aquí: entretanto me haréis compañía.

Nuestros muchachos celebraron el buen recibimiento de tan gran señor, y Palemón le dió mil gracias por tantos favores. Hablaron, rieron, jugaron, se pasearon por el parque, visitaron todo el castillo, y después se sentaron á una mesa poco suntuosa, pero donde reinaba la franqueza. Al fin de la comida Palemón preguntó á M. de Versevil: — Señor Conde, ¿es acaso el padre de vuestro yerno algún caballero de las cercanías? Porque me parece haberos oído decir que sus tierras estaban poco distantes de las vuestras. — ¿Sus tierras? Amigo, creo que nunca os he hablado de eso: á lo menos, no lo tengo presente. El padre de mi yerno tiene, á la verdad, alguna hacendilla; pero ni es rico ni caballero. — ¡Bueno! — Pues qué, ¿no os he contado su historia. — No, señor. — Perdonad, porque... — Os protesto, señor Conde, que nunca me habéis hablado de ello. He oído decir que vuestra hija se había casado; pero nada más. — ¿Conque no sabéis que la he casado con el hijo de un pobre labrador? — ¡Un pobre labrador! Lo ignoraba. — Pues es preciso que lo sepáis, para que tengáis más gusto al ver á mis jóvenes cuando vuelvan. Tomemos primero café, y después iremos todos á sentarnos en el parque, donde os referiré las particularidades de este raro matrimonio.

Ya estaban los muchachos impacientes por saberlo todo, especialmente Armando, á quien le chocaba mucho la alianza de un labrador con tan ilustre caballero. Fueron por fin al parque, y sentados bajo un frondoso cenador, M. de Versevil refirió lo siguiente:

### Historia del joven Ledoux.

Soy el mayor de tres hijos de una de las principales familias de Picardía. Fué mi esposa la hija del señor de Labriche, que me hizo feliz y padre de una niña. Habiendo tenido la desgracia de perder á mi esposa cuando aún era muy pequeña mi hija, resolví mantenerme viudo toda mi vida por no perjudicar á mi Eugenia, que crecía á mi vista en gracias, talentos y virtudes. La veía insensible á los placeres de su edad, por más que yo

procuraba multiplicarlos para hacérselos agradables. Prefería la soledad, la música y los libros á los bailes, espectáculos y brillantes concurrencias. Muchas veces que le argüía sobre esta especie de vida solitaria, me contestaba: — Todos los hombres que veo me parecen falsos y lisonjeros: los jóvenes son fatuos y presuntuosos; las mujeres, malignas y murmuradoras; las piezas del teatro, por lo regular insulsas, y los bailes, un vértigo de locura.

Con este modo de pensar presumía yo que sería muy difícil casarla. No quería ver gentes, y juzgando á los hombres con tanta preocupación, le era imposible elegir entre ellos. Yo no quería violentar su inclinación, y ella me decía que su ánimo era vivir sola conmigo hasta el fin de mis días. Esto me desesperaba, porque mi mayor anhelo era verla esposa y madre. Para lograrlo hice el último esfuerzo en París, donde á la sazón nos hallábamos. Di un convite, en el cual procuré reunir á cuantos jóvenes apreciables se hallaban en la corte. Tuve cuidado de decir á mi hija los nombres y circunstancias de cada uno de ellos, y hasta sus aventuras galantes, siendo de las que se pueden referir á una joven bien educada. Muchas veces—decía yo para mí—la relación de estos lances, los celos y la envidia ó el amor propio exaltan y encienden la imaginación de una mujer. Pero todo fué inútil con Eugenia: ninguno de mis brillantes actores hizo impresión en aquella por quien se representaba la comedia.

Cansado de tanta frialdad, la reprendí severamente; pero me desarmó con tantas razones y pruebas de su ternura para conmigo, que al fin resolví no volver á hablarle del asunto.

Estábamos hacia el fin del último estío: lo apacible de los días y los trabajos urgentes y provechosos del otoño nos llamaban á este castillo, que había comprado á los herederos del desgraciado marqués Derfort. Nos pusimos en camino para venir á tomar posesión, y mi cochero, que nunca había estado en Versevil, se extravió en un bosque que está á seis leguas del castillo. Yo iba hablando con mi hija, y no lo advertí hasta que cerró la noche: entonces por la tardanza eché de ver nuestro extravío. Para mayor sentimiento, conocí que el sitio donde nos hallábamos era desierto, y aun peligroso, y que en cuatro leguas alrededor no se hallaba más que una quinta aislada, y ésta distaba todavía dos leguas del camino que seguíamos. No quise comunicar mis temores á Eugenia, y sin reprender demasiado al cochero, le encargué que parase en la primera habitación que hallara á la derecha. Mi ánimo era pedir hospitalidad al dueño de la casa, aunque no le conocía, porque no me atrevía á continuar caminando á tales horas por senderos que no se podían distinguir con exactitud. Eugenia, sintiendo como yo la tardanza, aprobó mi

parecer, y á las once de la noche llegamos á la quinta, que miramos como un magnífico albergue. Aunque era tarde, me pareció que había luz en un cuarto cuyas ventanas entreabiertas daban al camino. Esto me aseguró de que no todos los de la casa dormían, y llamé á la puerta. — ¿Quién está ahí? — me gritaron de la parte de adentro. — Unos caminantes extraviados. — ¡Aquí no se recibe á nadie! ¡Dejadnos dormir, ó si no, soltaré los perros! — Al oír esta amenaza iba ya á retirarme, cuando otra voz dijo: — ¡Pedro, para despedir á las gentes no es necesario desvergonzarse!

Pedro, á quien reprendían justamente, calló, y no volví á oír nada. Persuadido de que el que reprendía era de condición más dulce y que podía ser el dueño de la casa, me atreví á llamar de nuevo. Entonces las ventanas se abrieron del todo, y vi que se asomó un respetable anciano, el cual me preguntó qué se me ofrecía. Se lo dije; examinó cuanto pudo mis gentes, coche, etc., y mandó al instante á Pedro que abriese.

Hízolo éste de mala gana, y el mismo amo bajó á recibirnos. — Perdonad — me dijo — la necesidad de mi criado: su desconfianza no es de extrañar, porque andan muchos ladrones por estos campos. Entrad, y sed muy bien venidos. — Mi hija y yo seguimos al labrador á una sala baja, y allí me di á conocer á aquel buen hombre, que quedó aturdido de hospedar en su casa al conde de Versevil, de quien había oído hablar repetidas veces. En tanto que por sí mismo disponía una cena frugal en una rústica mesa, le supliqué que me dijese su nombre, á fin, añadi, de conocer á un sujeto á quien debía tan particular favor. — Yo — dijo — me llamo Guillermo Ledoux. — ¿Tenéis mujer? — Quince años ha que estoy viudo. ¡Perdí á mi pobre Magdalena! ¡Qué mujer! — ¿Y tenéis hijos? — Sí, señor: tengo uno, que me hace el más feliz de cuantos padres hay en el mundo; porque yo creo que los muchos hijos no hacen la dicha de los padres, sino sus cualidades. Uno bueno basta para mi felicidad. — Tenéis razón — continué yo, mirando con ternura á mi hija, que me abrazó. — ¿Y es varón? — Sí, señor; y todo el consuelo de mi vida. — Le casaréis pronto, porque á vuestra edad ya es preciso descansar. — ¡Casarle! ¡Si no quiere! Dice que mientras yo viva no quiere más compañía. ¡Oh! Es una especie de lo que en las ciudades llaman un fi... fi... fisólofo. — Un filósofo, querréis decir. — Cabalmente. ¿Os reis, señor Conde? Pues á fe que si le conocierais... No penséis que es un labrador ignorante como yo, que no sé leer ni escribir. No, por cierto: sabe música, pinta, y lee muchos librotos; pero no por eso es soberbio con su padre.

La cena estaba preparada. Pusimonos á la mesa, y en tanto que comíamos el buen Ledoux, que echaba un trago de cuando

en cuando, porque ya había cenado, estaba tan contento de que le hablásemos de su hijo como de la mayor satisfacción que pudiera recibir. — Es preciso que sepáis — añadió — que mi hijo tenía siete años cuando murió su madre, que hace ahora quince. Entonces dije para mí: «No quiero que mi hijo sea tan ignorante como yo.» Aunque no soy rico, tengo lo suficiente para darle alguna educación; porque creo que esto es lo primero que deben hacer los padres. Le envié á Paris, á casa del dueño de esta quinta, que compré después. Aquel señor, que gustaba mucho de mi pequeño Eusebio, le puso en un colegio: allí aprendió mil cosas, y hubiera adelantado más á vivir su protector. En tanto, yo adquirí lo bastante para comprar esta posesión; le traje á mi compañía hace tres años, y desde entonces no se ha separado de mí ni un instante. Pero no toma el arado; ¡eso no! Lee, escribe, pinta y hace mil habilidades. Sin embargo, me quiere tanto, que cuando me ve trabajar demasiado en el campo viene, me quita la azada de la mano, y me ayuda más que un jornalero que no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. — Pero, Guillermo, con la brillante educación que habéis dado á vuestro hijo, ¿no deseáis que algún día os suceda en el oficio y sea labrador como vos? — En eso hará lo que quisiere; yo no le violentaré. Pero creo que nunca abandonará la herencia de su padre: tomará criados que le ayuden. ¡Tiene una condición tan dulce! Nada le divierte tanto como los libros. — Quisiera ver á ese joven — dijo Eugenia con bastante viveza, é impelida por cierto interés cuya causa ignoraba. — A la verdad, señorita — respondió Guillermo, — no es cosa muy difícil. Os llevaré á su cuarto, porque no se acuesta hasta muy tarde, ocupado en sus estudios. Yo también deseaba conocer á un joven tan elogiado por su padre; y apoyando el deseo de Eugenia, dije al labrador: — Pues bien, Guillermo; si no le molestamos, hacednos el favor de presentarnos á él, y le diremos cuán obligados quedamos á vuestra hospitalidad.

Embelesado el buen viejo, tomó la luz, echó delante, nos condujo al piso más alto, y deteniéndose junto á una puerta, dijo: — ¿Te has acostado, Eusebio? — No, señor. — Pues abre, que te traigo una buena compañía. — Abrió, y quedamos atónitos al vernos en una estancia adornada con el gusto más exquisito. El joven era un modelo de gallardía, cortés en gran manera y modesto hasta lo sumo. Nos saludó, y tomando la mano á Guillermo, le dijo: — ¿Pues cómo, padre mío, no os habéis entregado al descanso todavía? — Ya sabes que duermo poco, y por eso ando por abajo haciendo tiempo y pensando en tí, que es lo que más me divierte.

Eusebio nos suplicó que nos sentásemos en un canapé. Lo hicimos, y entretanto cerró apresuradamente algunos manuscritos.



tos; en los cuales, al parecer, estaba trabajando. Guillermo le contó nuestra llegada repentina y le dijo mi nombre: él abrazó á su padre, alabando su buen corazón. Luego, dirigiéndose á mí, me dijo:—Señor Conde, mucha felicidad es para nosotros que la casualidad nos haya proporcionado el honor de hospedaros.—¿Qué tal?—interrumpió Guillermo.—¿No es una alhaja el muchacho? ¿Por qué no enseñas á estos señores tu librería?—Ya la veo—dije yo.—¿Bien tendréis aquí unos quinientos volúmenes?—Dos mil hay—respondió Eusebio con mucha dulzura.—También hay dibujos y cuadros que me parecen...—¡Son suyos, señor; él los ha hecho!—dijo muy alegre Guillermo.—¿Conque también pinta?—añadió Eugenia.—Un poco, señorita; pero mis obras tendrían mucho más mérito si copiase las gracias que os adornan.

Avergonzóse Eugenia, y yo me levanté para examinar los cuadros, que me parecieron muy buenos. Había un cuaderno de música sobre un piano; Eugenia lo advirtió, y Guillermo dijo al instante á Eusebio: — ¿No nos harás el favor de tocar y cantar un poco? — Con mucho gusto, padre mío; pero temo privar á nuestros huéspedes de un sueño que sin duda necesitan.

Todos le suplicamos que no lo dejase por ese reparo; él no se hizo rogar, y con la voz más dulce y el estilo más expresivo nos cantó el siguiente romance, que él mismo había compuesto:

Corra en pos de una belleza,  
De una sonrisa, un suspiro;  
Sujétese á las cadenas  
Del implacable Cupido  
Quien materiales placeres  
Codicie, que yo en mis libros  
Hallo el sustento del alma,  
Unico bien á que aspiro.  
No desprecio la hermosura,  
Que hacerlo fuera delito;  
Obra es del Supremo Autor,  
Y acá en mi mente concibo  
Que debe ser admirada  
Sin rendirle el albedrío:  
Quede en libertad el alma  
De contemplar lo infinito.  
El que á la vil servidumbre  
Se rinde, tenga entendido  
Que es amor una ilusión  
Y le ofusca los sentidos;  
Que una amorosa mirada,  
Una palabra, un cariño,  
Bienes son para admirados,  
Mas no para apetecidos.  
Mucho valen; pero cuestan  
A precio muy excesivo.  
Carezo de ellos prudente,  
Y ni los busco ni envidio.

Á ruegos de Eusebio, Eugenia cantó también; pero temblando y como temiendo la superioridad del que la había precedido. Mucho tiempo nos detuvimos en su cuarto, y ya era muy tarde cuando bajamos á la habitación del labrador. Guillermo nos preguntó con entusiasmo qué pensábamos de su hijo: nosotros le hicimos la justicia que se merecía, con lo que el viejo quedó contentísimo. Mi hija y yo nos retiramos á dos cuartos contiguos. Yo dormí; pero no tan profundamente que no advirtiese que Eugenia tosía con frecuencia y no podía disfrutar las dulzuras del sueño, lo que atribuí al cansancio, y sobre todo á la inquietud que nos había causado la pérdida del camino. Por la mañana nos hicieron las preguntas de estilo, y todos juntos nos desayunamos. Entonces fué cuando nos confirmamos en la opinión que habíamos formado de Eusebio, porque su conversación fué la más agradable que se puede imaginar. Si su raro y feliz carácter me embelesaba, aún hacía más impresión en el alma de Eugenia, que hasta entonces había sido insensible al amor. No reparé entonces en la revolución que nacía en su pecho, y cuando tomé el coche, sin prever las consecuencias, rogué á Guillermo y á su hijo que vinieran á verme á este castillo. Me lo prometieron, y al fin nos separamos con el mayor sentimiento.

Luego que llegamos aquí reparé que mi hija se hallaba entregada á una profunda melancolía. Cuando le hablaba del mérito del joven Ledoux procuraba mudar de conversación, y veía asomar lágrimas á sus ojos. Mucho tiempo estuve sin penetrar la causa de su tristeza, y aún la ignorara si un día no hubiesen entrado á decirme que deseaban verme Guillermo y su hijo. Al oír esto perdió Eugenia el color, se trastornó, y fué preciso llevarla á su cama. No por eso dejé de recibirlos bien. El padre me aseguró que había venido á visitarme accediendo á las vivas instancias de su hijo; añadiendo, sin saber lo que se decía, que la hermosura de Eugenia había trastornado la cabeza de su Eusebio.

Este se puso como la púrpura, y todo su talento no bastó á remediar la inadvertencia de su padre. Los hice sentarse, y al instante me preguntaron por mi hija, que se presentó pálida y triste. Eusebio mostró cuánto se interesaba por su salud; Eugenia le miró con demasiada ternura, y al instante conocí los sentimientos de que se hallaban agitados ambos jóvenes.

Quando se fuéron volvió mi hija á caer en su terrible melancolía; apoderóse de ella una fiebre lenta, que podía serle funesta. El temor de perderla pudo más en mí que el orgullo y la vanidad, y por esta razón le dije un día:—Hija mía, ¿por qué no soy digno de tu confianza?—¿Qué decis, padre mío?—Sí; me ocultas un secreto que más hubiera querido saberlo por ti que adivi-

narlo. — ¿Un secreto? — Sí; estás enamorada. — ¡Cielos! Pero ¿de quién? — Del joven Ledoux. — Pero, señor, no pudiendo ser mi esposo, ¿había de atreverme...? — ¡Vaya; confiesa ingenuamente que después de haber resistido á toda la brillante juventud de París el hijo de un simple labrador ha triunfado de tu corazón! — Su mérito... — Es grande, convengo en ello; pero considera su clase. — Castigad, pues, á vuestra hija, que no ha podido cumplir la promesa que os había hecho de no amar. ¡Me confunde mi debilidad! — Muchas cosas podría decirte; pero las reservo para ocasión más oportuna: dentro de dos días sabrás mi resolución. — ¿Dentro de dos días? — Sí, hija mía; pero cuenta siempre con la ternura y los consuelos de tu padre.

Dejé á Eugenia inquieta, y tomando al instante un caballo marché á la quinta de Guillermo, que se sorprendió al verme. Después de los habituales cumplimientos le dije: — ¿Qué podéis dar á vuestro hijo cuando se case? — Señor, esa pregunta... — Respondedme con franqueza: ¿qué le dais? — Yo puedo darle esta quinta, algunas pocas tierras y todo lo que tengo, aunque no es mucho. — Está bien; pues yo le caso. — ¿A quién? — A vuestro hijo. — ¡Vaya, que queréis burlaros! ¡Casar á mi hijo! ¿Y con quién? ¿Con alguna criada de la señorita ó con alguna labradora? El caso es que él no lo hará: está enamorado, parece un loco, y la causa de todo ha sido el haberos hospedado.

Empezó el viejo á llorar tan amargamente, que también yo me enternecí, y con la mayor dulzura le pregunté: — ¿Y de quién está enamorado? — Yo, señor, no me atrevo á deciroslo. — Cabalmente venía á ofrecerle por esposa á mi hija. — ¿Qué decís? ¿Habláis de veras? — No hay duda: yo le quería para marido de Eugenia; pero si está enamorado... — ¡De ella, señor, de ella! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que me pasa? ¡Eusebio! ¡Baja pronto! ¡Si supierais qué afligido estaba yo! ¡Me hubiera muerto de pesar! ¡Hombre! ¿No bajas?

Asustado por los gritos de su padre, Eusebio bajó precipitadamente; y en efecto, estaba muy desfigurado. — ¡Alégrate, hijo mío; alégrate, porque el señor Conde quiere que seas esposo de su hija! — Sí, amigo mío — le dije; — quiero hacerte feliz y llevarte conmigo para que seas dueño de la mano de Eugenia, ya que lo eres de su corazón.

Eusebio, como fuera de sí, decía: — ¿Qué me sucede? ¿Es posible? ¡Yo esposo de Eugenia! ¡Oh padre mío! ¡Hoy si que conozco y agradezco la educación que me habéis dado!

Dejé á Eusebio desahogarse, y en dos palabras arreglé con Guillermo los contratos.

A la mañana siguiente montamos á caballo los tres, y llegamos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta

por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo.—Hija mía— le dije, — traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases y nos acompañaras á la mesa. — Si pudieseis dispensarme... — Me sería muy sensible.—Pues bajaré. Así lo hizo. Se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecían. Ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistía aquella novedad, cuando entraron mis nuevos parientes.—¡Cielos! ¿Qué veo?—exclamó Eugenia.

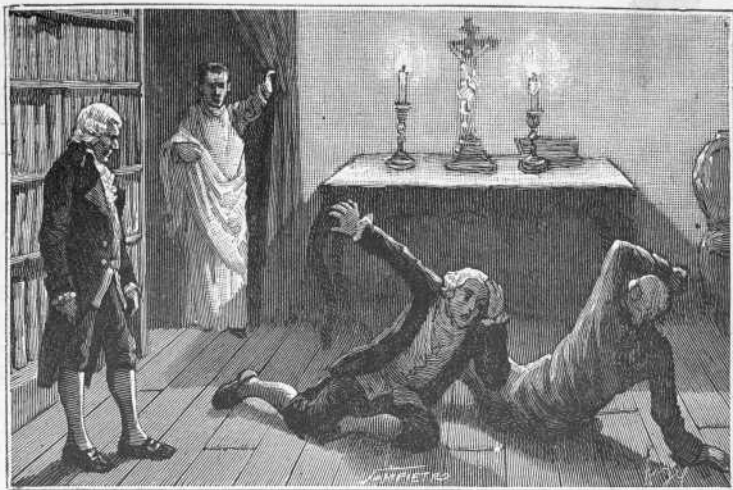
Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije:—Hija mía, ésta es una comida de familia, porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes: sólo os diré que se casaron á los pocos días, y que mi hija y yo cada día agradecemos más al Cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apenas había acabado de hablar M. de Versevil, cuando llegaron sus hijos y se arrojaron á sus brazos.—¿Cómo está tu padre?—preguntó el Conde á su yerno.—Muy bueno; y me ha encargado que os dijera mil cosas. — Y ha hecho — añadió Eugenia — infinitas caricias á mi niño. — ¡Ya lo creo! ¡Es grande satisfacción verse uno reproducido en sus nietos!

Los jóvenes Ledoux repararon entonces en nosotros, y saludaron á Palemón, que no se cansaba de admirar las gracias de aquellos jóvenes esposos. Habló con ellos y con su padre algún rato, luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oír.





## TARDE XXXI

### LA JUSTICIA

Conceder á cada cual  
Su derecho sin falacia,  
Lo mismo en la ley de gracia  
Que en la antigua y natural  
Es y ha sido el principal  
Oficio de la justicia.  
No escuches de la codicia  
Los falsos razonamientos,  
Que siempre hallará argumentos  
Para excusar la injusticia.

La historia de M. Ledoux había interesado á Armando más que á sus hermanos. Ya suponía que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la cuna; pero se admiraba de que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupación que sin escrúpulos entregaran sus hijas á un labrador. El también estudiaba, dibujaba, sabía música y tenía otras habilidades que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitían aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de poderoso estímulo para aplicarse más en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones, cuando Palemón le envió á llamar. Subió al cuarto de su padre, y éste le dijo:—Hijo

mío, como eres el mayor de la familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres días te encargarás del cuidado de la casa. Miguel, el labrador vecino, no va á París, como pensaba, y he resuelto hacer el viaje para entregar yo mismo á M. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour. Está muy necesitado, y no debo perder un momento. Voy, pues, á ponerme en camino. Tú, como mayor, debes quedar al cuidado de tus hermanos, y cuando vuelva me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebajar ó exagerar las cosas. Esta es la llave de mi papelera, donde hallarás el dinero necesario para sostener la casa en mi ausencia, que á lo más será de cuatro días, y llevarás cuenta exacta de todo el gasto.—Padre, mucho agradezco vuestra confianza, y espero que á la vuelta os convenceréis de que no la he desmerecido.—Así lo creo, hijo mío.—Inmediatamente se difundió por la casa la noticia del viaje del anciano, que consternó á los muchachos. Parecía que éstos se veían amenazados de la mayor desolación y que perdían para siempre todas sus satisfacciones, sus placeres y su felicidad. Palemón los reunió y les dijo:—Sabed que trasfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando: obedecedle como á mí mismo y seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo cuanto él hiciere.

Parecía que la casa se había convertido en un melancólico desierto al faltar la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Con cierto aire de autoridad Armando les encargó que fueran á entregarse á sus respectivas ocupaciones; pero todos se negaron. Fué el primer chispazo de insubordinación, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela. En aquélla era efecto de un sentimiento vil que no sabía vencer, y en ésta, un exceso de vanidad que le inspiraba la reflexión de que era más natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexo. Armando se enfadó, y le contradijeron; replicó, y le contestaron: véase, pues, la guerra declarada. Armando, colérico como un tigre, se retiró á su cuarto, diciendo que apuntaría día por día y hora por hora todos los actos de desobediencia de sus hermanos; pero ellos le dejaron decir, se le rieron en su cara y se fueron todos á jugar al patio, á cuya puerta se presentó un hombre que llevaba un bulto bastante grande, y dirigiéndose á Benito le dijo:—¿Vive aquí el labrador Palemón?—Si, señor.—Siendo así, entregadle este regalo.—¿De parte de quién?—El que le envía no quiere ni aun que se sospeche quién es. ¡Adiós!

El hombre se retiró, y Benito, confuso, levantó un blanquísimo lienzo que cubría una soberbia empanada, cuyo delicioso olor excitaba el apetito. Al momento le rodearon los demás, y

le preguntaron:—¿Qué te ha dado ese hombre?—Una empanada.—¿Para quién?—Para papá.—¿Quién la envía?—No ha querido decirlo, ni el que la envía quiere que se sepa.—¡Veámosla! ¡Caramba, qué grande! ¡Qué buena pasta! ¡Qué olor!—Atended—dijo Benito:—se me ocurre una idea. Papá está ausente, y tardará en volver; no sabrá quién le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decirselo á Armando. Guardémosla, y la comaremos á la hora de merendar.—¡Oh, no!—dijo Adela.—Eso estaría mal hecho.—¡Pues bien; si eres tan escrupulosa, no probarás ni un bocado!—Si padre lo sabe...—Pero ¿quién ha de decirselo? ¿Nosotros?—Pero...—¡Vaya, vaya; tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decidirte—dijo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego exclamó:—¡Qué buena! ¡Qué rica! ¡No he probado cosa mejor en mi vida!

¿Qué partido debían tomar sus hermanos? ¿Se lo dirían á Armando? ¿Permitirían que Benito sólo se regalase? La empanada ya había sufrido una embestida; una de sus murallas estaba por tierra, y no se podía reconstituir. El asalto era fácil: por tanto, se resolvieron á darle, y cada cual como valiente campeón se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de aquella plaza. Pero sería imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio más á propósito para consumir el sacrificio. Atropelladamente cogió cada cual un pedazo, que se iba comiendo por no perder tiempo, y Benito se llevó el resto al cenador. Allí no podían ser descubiertos, ni temían que se averiguara su atrevimiento por parte del que había enviado el regalo. A su parecer, podían ser golosos impunemente. Mas, ¡ay!, pronto se verá que nuestros héroes no lo habían previsto todo.

Cada cual de los muchachos se apoderó nuevamente de una porción de la atractiva empanada: se deleitaban y saboreaban al mismo tiempo que comían. Adela miraba con tiernos ojos á León, el cual, como tenía la boca llena, nada decía, así como tampoco Julio; y en tanto Benito comía con tal ansia, que amenazaba no dejar migaja. Se regalaban, y ninguno hablaba. Nada los distraía, nada los divertía tanto como aquella sabrosa ocupación.

Quando menos lo esperaban se presentaron Armando y Marcela: ésta llevaba en la mano un pedazo de la misma pasta que devoraban con tanta complacencia. ¿Quién se lo habría dado, no habiéndola llamado á comunidad? Vamos á saberlo.—¿Qué es esto? ¿Qué hacéis aquí?—preguntó Armando con voz de trueno.—¡Hombre, yo no sé nada!—respondió Benito metiendo en la faltriquera los restos de su ración.—¿Nada sabes?—replicó Armando.—Pues yo veo que todos estáis comiendo. ¡Vamos; hablad!—To-

dos permanecieron silenciosos.—No es difícil saberlo, aunque se obstinen en callar—dijo Marcela.—Ya os he referido que me hallaba junto á la puerta de la leñera que cae al patio, donde está encerrado nuestro perro *Galaor*, el cual gruñía sin cesar; y por saber lo que quería, le abrí. Salió, y al instante vi que cogió un pedazo de empanada: le di un grito terrible, y como es tan dócil, lo dejó. Lo recogí, y os di parte, Armando, pues como en casa no había la menor cosa de pasta, al instante conocí que sería alguna picardigüela de estos señoritos. Ya estáis presenciando que se engullen sin duda algún regalo que hayan traído á vuestro padre, y del cual no tendríamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedaron aturdidos. Hizo Armando que le entregasen el resto de la empanada, y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuvieron sumergidos los golosos. Al declinar el día se reunieron en la terraza, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrara del libro verde una falta de que ya estaban arrepentidos. Armando consintió en borrar la nota, bajo la condición de que hasta el regreso de su padre sus hermanos no volverían á ponerle en la precisión de delatarlos. Todos se lo prometieron; la alegría renació en la asamblea, y aun excitó su risa el petardo que había dado *Galaor* á los delincuentes.—¡Es de maravillar—exclamó Benito—cómo se descubre todo!—Y por unos medios que no se pueden precaver—añadió León.—Dios lo dispone—dijo Adela.—Si—concluyó Julio;—el delincuente siempre comete alguna imprudencia que le descubre.

—¡No lo sabéis bien!—exclamó la buena Marcela.—Yo sé una historia terrible, que tiene mucha conexión con lo que habéis hecho.—¿Una historia?—dijo León.—¿Queréis hacernos el favor de contarla?—¡Y por qué no?—Pues bien, Marcela; referidnos esa historia, si no es demasiado larga.—Con mucho gusto. Escuchad:

### Historia del droguero Aubri.

En una ciudad de provincia, que se llama..., se llama... ¡No me acuerdo! Y es mucho, porque mi memoria es tan... Pero, al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso. Digo, pues, que vivía en una ciudad de provincia un droguero llamado Aubri, el cual entendía muy bien su oficio y sabía hacer su negocio. Tenía una infinidad de parroquianos, al paso que dos drogueros que acababan de abrir tienda en una callejuela poco frecuentada no despachaban absolutamente nada. Estos, que eran jóvenes y se llamaban los hermanos Martín, concibieron tal odio contra M. Aubri, que resolvieron perderle. Para ello se va-



lieron de muchos medios, que no les aprovecharon; y M. Aubri, conociendo su mala voluntad, recurrió varias veces á la justicia para que contuviera sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimaron, y viendo que les era imposible vengarse abiertamente, se valieron de la traición para deshacerse de aquel hombre á quien aborrecían.

M. Aubri no tenía hijos y le ayudaba en el comercio su mujer, que era de bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana había comprado M. Aubri una casita de campo poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su mujer salía el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el cual iba á su casa de campo el mismo día después de haber cerrado la tienda, que era siempre muy de noche. Nunca atravesaba la ciudad, y tenía la costumbre de pasar por una calle de árboles lindante con un bosque que estaba al pie de las casas del arrabal. Los hermanos Martín, que sabían todo esto, resolvieron aprovecharse de la soledad de la noche y de la ocasión de pasar por allí M. Aubri para cometer la mayor iniquidad.

Había en la calle de M. Aubri un mozo muy tonto y pesado, á quien él varias veces habia echado de la tienda porque le molestaba. A éste buscaron los Martín, y le dijeron:—Nicolás, ¿quieres ganar diez luises?—¿Pues no he de querer? ¡Vaya, vaya! ¿Quién pregunta eso?—Pues bien; mañana, que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la calle de los Castaños, que allí nos encontrarás.—Era precisamente la calle de árboles por donde pasaba M. Aubri para ir á su casa de campo. Los malvados fueron á las ocho á aquel sitio; se ocultaron en el bosque, y vieron que M. Aubri pasaba á la hora acostumbrada, sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponían. A muy breve rato se presentó Nicolás; reconociéronle y salieron del bosque. Entonces el tonto les preguntó:—¿Y los diez luises? ¿Qué tengo que hacer para ganarlos?—Poca cosa—respondió el mayor de ellos.—Aquí están, y serán tuyos con tal que grites tres veces de modo que te oigan: *Mr. Aubri, ¿qué os he hecho? ¿Por qué queréis asesinar-me?*—¿No es más que eso?—repuso Nicolás riéndose.—¡Valiente empeño! Pero supongo que no le vendrá mal á M. Aubri.—¿Qué mal? ¡Vaya, comienza! Dilo tres veces, y el dinero es tuyo.

El infeliz gritó á todo gritar por dos veces:—*M. de Aubri, ¿qué os he hecho? ¿Por qué queréis asesinar-me?*—¡Más fuerte y con más dolor!—le dijo el mayor al oído; y Nicolás volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apenas acabó, reclamó la suma prometida; pero, ¡oh maldad!, el hermano mayor le tiró un pistoletazo y cayó muerto á sus pies. ¿Os estremecéis, hijos míos, y os compadecéis acaso del pobre Nicolás, víctima de una

astucia á que se había prestado sin saber cuáles serían las consecuencias? Esperad, y oiréis cosas que os maravillarán.

Los dos hermanos tomaron su dinero, y dejando en aquel sitio el cadáver de Nicolás, se retiraron por sendas extraviadas y volvieron á la ciudad. Entretanto, á las voces de Nicolás y al tiro se abrieron las ventanas de las casas que caían hacia aquella parte, y desde ellas clamaron las gentes: *¡Favor..., justicia..., al asesino!* Los criminales esparcieron la voz de que, pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles, habían visto el modo horrible con que trataba M. Aubri á un tal Nicolás, que también los habían visto luchar, y que al fin M. Aubri había disparado un pistoletazo, pero que ignoraban el resultado.

Los vecinos acudieron y rodearon el cadáver. Llegó la Justicia: se informó; los Martin declararon lo que llevo referido, y los vecinos dijeron que habían oído las exclamaciones de Nicolás. Fué la Justicia á la casa de campo de M. Aubri y le encontraron cenando tranquilamente con su mujer, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendieron, le encadenaron y le llevaron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prisión, y sólo le dijeron que bien lo sabía. Al infeliz le presentaron al día siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesinato. En vano negó, en vano representó el ningún provecho que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenían haberle visto matar á Nicolás, y otros testigos insistían en las exclamaciones de éste antes de oír el pistoletazo. El desgraciado Aubri nada sabía de estas declaraciones, pero sí presumía que su desgracia era obra de sus enemigos, los únicos que se presentaban como testigos de vista y los más interesados en su perdición. El Juez, hombre íntegro y delicado, daba, como dicen, largas al asunto, porque no podía persuadirse de que fuera delincuente un hombre de su reputación y cuya buena vida y costumbres eran generalmente conocidas. Pero, en fin, el asunto aparecía claro: había dos testigos de vista y mil de oídas; la prueba rayaba en evidencia: el crimen de Aubri estaba probado. Ya se había valido de cuantos medios le sugirió su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubri fué condenado á la horca, y sufrió la pena en la misma ciudad donde había sido estimado por su buena conducta y probidad.

¿Lloráis, hijos míos? Eso prueba vuestro buen corazón. Pero voy á lo más admirable de este suceso, que parece increíble, aunque aconteció ni más ni menos como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo para que le entregase el cuerpo del primer delincuente que fuese ajusticiado, á fin de hacer la disección del cadáver. Cabalmente el cirujano era amigo de M. Aubri: juz-

gad cuál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien había estimado y á quien nunca había creído culpado. Pero, ¡oh juicios de Dios!, cuando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un ligero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su mujer y le dijo:—Amiga mía, he aquí á M. Aubri. Aún puedo salvarle: sólo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama y que el secreto quede sepultado entre nosotros.

Aquellos compasivos esposos pusieron el mayor esmero en socorrer á M. Aubri, el cual, después de algunos días, recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que había pasado le parecía como un sueño. Miraba dónde se hallaba, y se maravillaba; pero el cirujano y su esposa le estrecharon en sus brazos; él los reconoció y cayó en el delirio, convencido de la triste realidad de su suplicio. Poco á poco se fué reponiendo, y cuando ya pudo hablar, agradeció á sus amigos tantos favores y les juró que era inocente. Madame Aubri recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría, pero supo contenerla y portarse con discreción. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole sólo una especie de ronquera que hacía su voz desagradable, y la cabeza inclinada hacia la espalda; pero, aunque estropeado para toda su vida, vivió á lo menos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del cual no se apartó, á pesar de los prudentes consejos de sus amigos y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dijo:—Pues unos malvados me han perdido, yo también quiero perderlos, para lo cual se me proporciona un medio excelente. Ya han pasado ocho meses desde que sufrí mi castigo, y estoy tan cambiado, que casi es imposible conocerme. Me presentaré al Juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré:—«La franqueza con que me presento os descubre mi inocencia»; y no podrá menos de creerme. Además de esto, vuelvo á deciros que tengo un excelente medio para confundir á mis asesinos.

A pesar, pues, de las reflexiones de sus amigos, M. Aubri, una noche que se hallaba más fuerte para atravesar la ciudad, se presentó en casa del juez de su causa. Pidió audiencia y le introdujeron en el gabinete del magistrado, á quien dijo:—Señor, ¿me conocéis?—A la verdad, tengo alguna idea muy confusa. Antes de ahora os he visto.—Así es: tenéis en vuestra presencia, señor, al desventurado Aubri.—¿Vos? ¡Cielos!—Sí, señor; yo soy el infeliz Aubri. Vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia.—¿Vuestra inocencia? Pues yo os he sentenciado con pruebas bien claras y convincentes.—No sé cómo se ha conducido este asunto é ignoro los manejos de mis calumniadores; pero soy inocente. Os lo juro. Si fuera criminal, ¿me presentaría á vuestros ojos?—Es muy cierto; y aun confieso

que me ha costado mucha repugnancia creerlos culpable de tan atroz delito. Sosegáos, buen hombre, y hablemos. Decidme: ¿no sospecháis quién ha podido perderos?— Los dos hermanos Martín eran mis enemigos declarados.— ¡Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles! Pero los vecinos que oyeron las voces de Nicolás... — Eso me confunde y no sé á qué atribuirlo; pero mis enemigos darán sin duda la explicación de este enigma. Haced que vengan á esta casa: yo concurriré á la hora que me señaléis, y oculto detrás de estos tapices... — ¡Ya os entiendo! Venid mañana á las siete de la noche: los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidióse Aubri del Juez, el cual mandó al instante que los dos hermanos Martín se presentasen á las siete y media de la noche del siguiente día. Cuando les intimaron la orden del magistrado, no concibieron la más leve sospecha del objeto para que eran citados; y creyendo que sería para alguna cosa relativa á su comercio, comparecieron á la hora señalada. El Juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete y cerró la puerta con toda seguridad; pero quedaron atónitos al oír las razones del magistrado, que fueros éstas:— Amigos, míos, os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. El droguero Aubri, á quien condené por vuestras declaraciones, ¿era efectivamente criminal?— Pues, señor, ¿ahora tenéis esa duda?— La tengo, sí, y muy fundada. ¿Conque vosotros le visteis en el momento...?— Sí, señor; le vimos lo mismo que ahora vemos á usted.— ¡Mucha es mi inquietud! Voy á hablaros con franqueza. Acaso me tendréis por ignorante y aun por iluso; pero lo cierto es que se me aparece el difunto Aubri: le veo, me jura su inocencia, y os acusa á los dos.— Perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una extravagancia. ¿Es posible que creáis semejantes ridiculeces? ¡Un magistrado! — Sí, señores; las creo, porque las veo. — Sin duda queréis chancearos.— No por cierto. Veo á aquel infeliz por las noches: se me representa como un horroroso espectro.— Pero si hubiera sido inocente, más regular sería que se nos apareciese á nosotros, que nos degollara, ó... ¡qué sé yo! ¡Vaya, vaya, señor; eso son ilusiones y cuentos de viejas! ¡Los muertos no vuelven por acá! — Sin embargo, algunas veces... Pero ¿qué diríais si le vierais como yo le veo?— ¡Eso es imposible!— Se me ocurre una idea, y es que nos pongamos á orar: pudiera ser que se apareciese en este mismo cuarto. — ¡Ya teníamos que esperar!— Para Dios no hay imposibles: hagamos lo que he dicho.— Pero, señor...— Amigos, hacedme este favor. ¿Qué os cuesta complacerme? ¿Tal miedo tenéis de ver á Aubri que no podríais soportar, como yo, su presencia? — No es eso, señor;

sino que no somos tan simples que creamos... — Pues bien; si nuestra oración no produce efecto, os permitiré que os riáis cuanto quisiereis de mi credulidad. Pongámonos de rodillas y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se resolvieron á complacerle, y todos se arrodillaron delante de una santa imagen del Salvador. Entonces el Juez exclamó:—¡Alma del desgraciado Aubri, si no cometiste el crimen que te imputaron, y si te es permitido dejar la región de los muertos para confundir á los vivos, te ruego que te presentes! — Los hermanos se echaron á reir; pero el magistrado, sin hacer caso, prosiguió:—¡Alma del desdichado Aubri, ven á confundir á tus calumniadores!

A estas palabras, Aubri, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido, y señalando á los hermanos, dijo:— ¡Vedlos aquí! ¡Estos monstruos son los que me calumniaron!—Los delinquentes, aterrados con tan inesperada aparición, cayeron en tierra y sólo pudieron decir:— ¡sí, sí; tiene razón! ¡Nosotros dimos muerte á Nicolás! ¡Retírate, horrible fantasma, y déjanos lugar para el arrepentimiento!

Aubri se retiró. Unos testigos, prevenidos para el efecto, oyeron la declaración de los dos miserables, que al instante fueron encerrados en la cárcel, donde expusieron todas las circunstancias del caso y recibieron luego el correspondiente castigo.

Esta es la historia, hijos míos. Por ella veis que Dios nada deja sin castigo, y que tarde ó temprano llegan á descubrirse los delitos.





## TARDE XXXII

### LA INSUBORDINACIÓN

Desde que rompió Luzbel,  
Por su orgullo aconsejado,  
De la obediencia el sagrado  
Nudo, y arrastró con él  
De espíritus un tropel  
Del Infierno á la mansión,  
De la insubordinación  
Sopla sin piedad la tea,  
Sin que, necio, el hombre vea  
En ello su perdición.

El siguiente día se pasó sin orden ni concierto: los muchachos paseaban, jugaban y á todo se dedicaban, excepto á sus acostumbradas tareas. La autoridad de Armando en nada los contenía, y tuvo al fin que abandonarlos y retirarse á su cuarto á apuntar en su diario los disgustos que le causaban sus hermanos. Llegó la insubordinación de éstos á tal extremo, que sin contar con él, y á propuesta de Benito, resolvieron hacer una expedición al día siguiente á la quinta de Emiliano, saliendo después de almorzar y volviendo á la hora de comer.

Resueltos ya nuestros cuatro amotinados, no pensaron más que en la ejecución de su proyecto. Brilló por fin la aurora del

deseado día; almorzaron sin decir nada al severo Armando, que se volvió á su cuarto, y los demás fueron á componerse para la visita. Julio presidió al tocado de Adela, la cual, como ya era más que niña, cuidaba mucho de su atavío. Contemplábala Julio embelesado, y ella le dijo: — Nada tengo que ponerme en el cabello: llevarle liso y llano, ¡qué sé yo! ¿Estaré bien? — Para mí — le respondió Julio con mucha galantería—de cualquier modo estás perfectamente. — Ya sé yo que tú me favoreces; pero ese bárbaro de Benito siempre me trata brutalmente.—Benito, Armando y León son tus hermanos, y yo... — También tú lo eres por adopción. — Yo no sé lo que siento en mí que me gusta más ser amigo que hermano tuyo. Cada vez que pienso en eso... Pon la mano sobre mi pecho. ¿No oyes? Tic, tac, tic, tac, tic, tac. ¿Qué es esto? — Yo no lo sé; á mí me sucede lo mismo. — ¡Ah! ¡Si quisiera algún día Palemón casarnos! — ¡Calla, que viene León! Baja á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llegada de León interrumpió la ingenua y dulce conversación de los jóvenes amantes, y Julio bajó al patio, donde se admiró de ver á Benito ocupado en curiosear varias frioleras que llevaba en un cajón un buhonero. — ¿Qué haces ahí? — le dijo con bastante aspereza. — ¿Por qué no vas á vestirme? Ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. — Benito, aunque algo resentido del modo con que Julio le hablaba, conoció que la diversión preparada valía más que todas las brujerías del buhonero, y medio gruñendo subió á su cuarto. Julio también se puso á examinar las mercaderías; y en tanto que registraba un lazo de cintas con algunas lentejuelas, el hombre le pidió un vaso de agua.— Id á la cocina—le respondió Julio. El buhonero dejó su ambulante tienda y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenía qué ponerse en el cabello, y dijo para sí:—¡Dios mío! ¡Qué bien le sentaría este lazo! ¡Si no fuese caro! Pero León añadirá sus ahorros á los míos. ¡Quiere tanto á su hermana! Sí; pero antes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela — dijo; y sin reflexionar más ni esperar á que volviese el buhonero, tomó el lazo y subió precipitadamente al cuarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio llevaba en la mano. Entonces le dijo: — ¿Qué te parece? ¿Es bonito? — ¡Bellísimo! — ¡Pues tuyo es! — ¿Quién me hace este regalo? — ¡Sea quien quiera, tuyo es!

Insistió Adela en sus preguntas; Julio, sin responder, le puso el lazo en los cabellos del modo que mejor le pareció; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinación, se detuvo un breve rato en esta agradable ocupación; pero acordándose de que no había pagado al buhonero, bajó apresuradamente á ejecutarlo. Mas ¡cuál fué su sorpresa no ha-

llando ya al dueño verdadero del lazo! Preguntó por él á Marcela, y ésta le respondió que hacía mucho rato que se había ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró las cercanías y á nadie encontró. Según todas las apariencias, el hombre se había marchado sin detenerse ni echar de menos el lazo que le faltaba; pero al cabo era preciso que lo conociese, y entonces, ¿qué diría? ¿Qué pensaría? Que le habían robado: esto era muy natural. ¡Santo Dios! Si volviese aquel hombre, como es regular, reclamaría su lazo, se quejaría amargamente, y de cualquier modo Julio sería el acusado, sin que bastase pagar lo que pidiera, porque todos los indicios le condenarían. Véase cómo las intenciones más puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿Qué dirían sus hermanos? La misma Adela, ¿qué pensaría? ¿Le contaría Julio lo sucedido? ¿Le pediría el gracioso lazo que tanto le gustaba y que le sentaba tan bien? No; no podía resolverse á esto. Pero era una alhaja que no pertenecía á Julio ni á Adela. ¡Qué atolondramiento! ¡Qué ligereza!

Consternado Julio, volvió á subir al cuarto de Adela y no se atrevía á mirarla. Benito y León fueron á avisarles que ya estaban prevenidos y que era la hora más oportuna para salir sin ser vistos, pues Armando estaba estudiando y Marcela ocupada en la cocina. — ¡Vamos, vamos! Tal era la expresión general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y León los siguieron, y todos, aprovechándose de la libertad que tenían para escaparse, salieron, dejaron la puerta cerrada y corrieron hasta el bosque de los Castaños, donde en otra ocasión habían jugado á las cuatro esquinas con su padre. Allí no temieron ser perseguidos por Armando, pues no podía adivinar el camino que seguían; como que ignoraba que iban á ver al joven Emiliano. Se sentaron y descansaron un rato. Benito, que todavía no había mirado á Adela, le dijo:— ¡Qué hermosa estás! ¿Quién te ha dado ese lazo? (*Julio se puso colorado.*) — ¡No es nada! Me le ha dado mi amante. — ¿Julio? — El mismo. — ¡Oh; es hombre galante! Pero dime, Julio, ¿te ha costado mucho? — No..., no mucho. — Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama. — ¿A la que se ama? ¿Pues quién te ha dicho que yo amo á Adela? — ¡Ah! ¿No la amas? — Eso es muy diferente. La amo, sí; pero lo mismo que vosotros, como un hermano ama á su hermana. — ¡Ya, ya! ¡Para el tonto que te creyera! Pero al cabo ella es una joven muy capaz de conmover el corazón de un hombre. — Lo soy, á pesar de tus injurias: tú siempre serás un descortés.

Adela, como interesada en esta discusión, procuró terminarla. Lo consiguió, y volvieron todos alegremente á continuar su camino. Por fin llegaron á casa de Emiliano. Llamaron, pero nadie les respondió; volvieron á llamar, y una vecina se asomó



á la ventana diciendo: — ¿Quién llama? ¿Por quién preguntáis? — Por Brigida y Emiliano. — ¡A buen tiempo! Pues qué, ¿no sabéis que están en París hace ya dos meses? Emiliano ha encontrado á su padre, á su madre y á toda su familia. — ¿Conque Emiliano está ya con su familia? ¡Qué felicidad! Contadnos cómo ha sido. — ¿Que os cuente cómo ha sido? ¡No es nada el empeño! — Subiremos á vuestra casa. — ¿A mi casa? ¿Sin conoceros? ¡No es mala la franqueza de los trastuelos!

La vecina cerró su ventana é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados por el epíteto con que los había favorecido, estaban resueltos á decirle mil necedades. Era preciso, pues, que se contentaran con saber que Emiliano y Brígida estaban en París y determinarse á volver á casa. ¡Volver á casa! ¡Tan pronto! ¡Sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo! ¡Era cosa dura! Lo mismo ha de reprendernos Armando por una que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocía; y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca hierba, pagando cada cual su ración. — Todos — les dijo — tenemos algún dinerillo ahorrado, á excepción de Julio, que tal vez se habrá arruinado por regalar á su amada. Compremos un pastel ú otra cosa cualquiera; lo comeremos en el bosque, y luego jugaremos.

Todos aplaudieron el pensamiento y aprontaron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se encaminaron al bosque de los Castaños, que tenía mil sitios á cual más agradable, y en el que estaba más inmediato á una fuente se determinaron á tomar la refacción. Esta comida les recordó la merienda que en otro tiempo les ofreció Benito en el bosque, cuando era compañero del carbonero Lagrange; memoria que hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les sucedió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se habrían burlado de ella; pero observaba que el bosque donde estaban era muy extraviado y desierto, y que desde que se habían sentado á comer nadie había pasado por allí, sin embargo de ser casi mediodía y hacer un tiempo tan apacible. Por eso no dejaba de hallarse inquieta, y comía con menos apetito que sus hermanos, mirando siempre á todas partes. ¡Cuál sería su espanto al ver correr hacia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaba el furor! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podía concebir la causa del accidente, porque no veía al hombre, que ya estaba detrás de él. — ¡Este es — exclamó el furioso — el picaro que esta mañana me ha quitado mi hacienda! — León, Julio y Benito fijaron los ojos en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconocieron al buhonero, el cual, mirando á Adela, prosiguió: — ¡Jus-

tamente es mi lazo el que esta picarueta tiene en su pelo! ¿No es una maldad engañar así á un pobre que pasa mil trabajos para ganar su vida honradamente?

Diciendo ésto se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. León y Benito, que nada comprendían de todo aquéllo, se quedaron como petrificados, mientras que Julio se esforzaba en manifestar la verdad del hecho. Todo había pasado como decía; pero el buhonero no le daba crédito.—¡No está malo el embuste!—exclamaba.—¡Decir que ha vuelto á pagarme, cuando yo me detuve más de un cuarto de hora hablando con el ama de gobierno!

Hasta entonces Benito y León nada habían dicho; pero convencidos de la verdad por las lágrimas y juramentos de Julio, viendo, por otra parte, que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo, dijeron cuatro claridades á aquel hombre, el cual, descortés y grosero, replicó que á todos tres los haría pedazos. Entonces la rabia se apoderó de nuestros jóvenes y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapié á Julio; Benito le correspondió con otro; León se le tiró el cuello y le daba fuertes puñadas, mientras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer al suelo. El hombre sacudía por todas partes; y en fin, Benito, sacando su cortaplumas le hizo tal herida junto á una rodilla, que el insolente buhonero cayó dando lastimeros y descompasados gritos. Adela, que casi expiraba de dolor durante la acción, aconsejó á sus hermanos la fuga, y ellos tomaron este partido, dejando en el suelo, al lado del herido, los restos de una comida que habían empezado bajo los más felices auspicios.

Aunque con trabajo, el buhonero se levantó, y pidiendo en alta voz auxilio, corrió detrás de los fugitivos, que, más ligeros que el viento, por nada se detenían; pero al revolver de una senda se le presentaron tres guardas de campo, que atravesándose en el camino los detuvieron. Su enemigo los alcanzó; refirió el suceso con los más feos colores y mostró la herida que había recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enternecieron á los guardas, los cuales los llevaron á casa del juez del pueblo más cercano, que distaba muy poco de la casa de su padre. Allí curaron al herido y le llevaron al hospital, entablando en seguida una querrela criminal. ¡Qué pesarosos, qué arrepentidos estaban los muchachos de haber hecho aquel viaje fatal, en que tanto pensaban haberse divertido!

El Juez, que conocía y estimaba al virtuoso Palemón, al instante pasó el correspondiente aviso á su casa y retuvo á los muchachos. Como Palemón todavía estaba ausente, Armando, pálido y afligido, acudió á casa del Juez, donde halló á sus hermanos aterrados. El magistrado contó el suceso al tímido Armando,

manifestándole que no podía menos de retener á los delincuentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que el Juez le entregase á su hermana y á León, quedando presos Julio y Benito: el primero, como causa principal de la pendencia, y el segundo, por haber herido al buhonero. ¡Qué dolorosa separación para Julio y Adela! Pero más lo era para ésta, porque veía que todo el alboroto dimanaba del rasgo de galantería con que su amigo había querido manifestarle su ternura; pero, sin remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y León. Estaba desesperado, pues en dos días que había faltado su padre todo se hallaba trastornado. ¿Cómo se atrevería á presentarse á Palemón? ¿Cómo había de excusarse por su poca vigilancia? En una palabra, ¿qué haría para disculpar los crímenes de sus hermanos, pues Armando tenía muy buen corazón, y, á ser posible, querría desarmar la cólera de su padre, ó que recayera en él tan solamente?—¡Oh Dios mío! ¡Qué difícil es—decía—gobernar á estos muchachos! ¡Qué desórdenes resultan en una casa por la ausencia de su principal cabeza!

Mientras que Adela y León contaban llorando á su hermano lo que sabían del principio de la escena en que Julio y Benito habían sido víctimas, éstos por orden del Juez fueron encerrados en una sala baja de su casa, y no se les dió más alimento que pan y agua. ¡Qué penitencia! ¡Cuánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento, que tanto perturbaba á su familia! Pero lo que más temía era la vuelta de su padre.

La noche fué cruel para todos los muchachos; pero se pasó, y á la mañana siguiente Armando, León y Adela se juntaron á deliberar, cuando oyeron que se paraba á su puerta un coche. Marcela abrió. ¡Oh Dios! ¡Qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres! Era su padre, el cual iba acompañado de una joven y de un venerable anciano, á quienes dijo: —Entrad: éste es mi campestre asilo. Ahora veréis á mis hijos y conoceréis que soy el padre más venturoso.

¡El padre más venturoso! ¡Qué palabras tan terribles para Armando, León y Adela! Sin embargo, volaron á recibir á su padre y le abrazaron con la mayor ternura. Palemón se admiró de no ver á Julio y Benito, y se quejaba de su frialdad y poco cariño. Adela y León lloraban; Armando fijaba los ojos en la tierra; Palemón se inquietó, hizo varias preguntas á su hijo mayor, y éste pidió contestarle á solas. — Habla libremente — le dijo su padre. — Este caballero es muy amigo mío, y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entonces Armando refirió á su padre la desgracia ocurrida, y

añadió que hasta aquel accidente sus hermanos habían manifestado la mayor docilidad y sumisión. Armando no quería agravar con sus quejas la pena que experimentaba. Luego que oyó la narración, Palemón se cruzó de brazos y permaneció pensativo durante algunos minutos; después recobró la serenidad, y dijo á Armando: —Vete, hijo mío, vete á hacer preparar cuarto y camas para mi amigo y su hija.

— Pero, señor... — ¡Anda! ¡Pronto sabrás mi intención!

Adela y León siguieron á Armando, evitando así la presencia de su padre, cuyas severas miradas no podían tolerar. Palemón hizo entrar en casa á sus huéspedes y se les sirvió el desayuno; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que llevaba en la maleta, y salió después de haber hablado en secreto con su amigo. ¿Adónde iría? Cualquier padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto; fué á la casa del Juez el afligido Palemón, le habló largo rato á solas, y luego fueron los dos al hospital para examinar al buhonero, que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero aquel bribón había exagerado el mal para sacar mayores ventajas. Ambos salieron muy descontentos de tal sujeto. Volvieron á casa del Juez y entraron donde se hallaban los pobres muchachos presos. ¡Qué golpe para éstos! La cabeza de Medusa no los habría petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre, enternecido, se las enjugó, y sentándose junto á él, le mandó que le refiriese cómo había sido la pendencia que habían tenido con el buhonero. — ¡Padre mío — dijo Julio sollozando, — perdónadme! Me reconozco un pobre huérfano, á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia. Siempre he mirado á Adela como la cosa más bella... — No tratemos de eso — le dijo Palemón. — Vamos al caso, Julio; ¡vamos! — Ayer por la mañana, para hacer un regalo á Adela, llevé á su cuarto un lazo de cinta para preguntarle si le gustaba, con la firme intención de bajar al instante á pagar al buhonero, que se había quedado hablando con Marcela. Yo no sé cómo fué. Me entretuve tal vez demasiado; el bribón se marchó, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme... de ladrón. ¡De ladrón, Dios mío! Bien sabéis, padre mío, que yo nunca he manifestado inclinación á semejante infamia; ésta es la verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor Juez, que está presente, nos ha puesto presos. ¿Por qué han de encarcelar á uno cuando no lo merece?

Palemón no pudo menos de sonreirse al oír esta sencilla exclamación de su hijo adoptivo. Abrazó á Julio, lanzó una mirada severa á Benito, que calló mientras Julio hablaba, y salió con el Juez, sin proferir una palabra que pudiese dar esperanzas á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora el mismo Juez

se presentó á buscarlos para entregarlos á su padre, que los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban ni reprimir los extremos de alegría que les causaba su libertad.

Palemón conocía perfectamente los diferentes caracteres de sus hijos para no dudar que Julio le había dicho la verdad. Veía en todo el caso mucho atolondramiento, sin duda; pero también mucha delicadeza en Julio y valor en todos sus hijos, que habían sido maltratados por un hombre grosero y sin educación. Tenía bastante crédito con el juez para que no pasase adelante aquel asunto, que, bien mirado, sólo era una travesurilla que no podía concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad; se cortó la querrela, y la casa de Palemón volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Los muchachos no eran felices en sus excursiones, y aquello podía servirles de lección. También conocía Palemón que Armando disimulaba las quejas que podía tener de sus hermanos; pero no quería indisponerle con ellos y admiraba su buen corazón. Se propuso corregir fuertemente á Benito, que era el que echaba á perder á los otros, siendo el motor de todas las picardigüelas y disensiones, y parecía incorregible. En cuanto á la inclinación que Julio manifestaba á Adela, no podía Palemón darse por sentido, porque hacía mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortificase su mutuo afecto. Sin embargo, para contener la violencia de una pasión que podía conducirles á excesos perjudiciales, se propuso no perderlos de vista y evitar que tuvieran con frecuencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemón se hallaba en estado de dar un colorido suave á su severidad. Dejémosle proceder á su arbitrio: él sabe lo que hace, y tal vez nos enseñará á conducirnos en situación igual á la suya.

Benito y Julio fueron abrazados y acariciados con la mayor ternura por Armando, Adela y León, que los amaban con cariño fraternal. Palemón se retiró al instante á su cuarto, adonde hizo que se presentase Armando, y le dijo sin manifestar enojo ni amabilidad:—Hijo mío, te había confiado la casa, había depositado en ti todos mis derechos sobre tus hermanos, y me lisonjaba de que me sustituirías dignamente. En esta confianza me puse en camino: ha durado sólo tres días mi ausencia, y en tan corto tiempo todo se ha trastornado y todo ha sido aquí desorden y confusión. Entro y hallo á algunos de mis hijos llorando, otros presos y acusados de un crimen que no puedo imaginar que quepa en ellos. ¿Qué debo pensar, hijo mío? ¿Podré oírte hablar decisivamente de establecimiento, y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haría con León, tu hermano menor? El que no sabe gobernar muchachos, todavía lo es él. He aquí la opinión que mi corta ausencia me ha hecho for-

mar de ti, y creo que no tengas tanto amor propio que dejes de conocer la justicia de mi concepto.—¡Padre mío!...—No procures disculparte: repito que mi opinión acerca de ti es justa, y sólo puede hacerme pensar de otra manera una larga serie de pruebas en orden á la solidez de tu carácter. Vete, hijo mío. No te impondré penitencia ó castigo como á un muchacho: la vergüenza que debes de experimentar por haber perdido la confianza de tu padre es castigo suficiente para empeñarte á merecerla de nuevo. Vete, hijo mío, y encarga á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de corrección, adonde tú mismo le llevarás.—¿Cómo, señor?...—¡No gusto de preguntas! ¡Haz lo que te mando!

Desconcertado de pesar y confusión, Armando fué á buscar á Benito, á quien delante de los demás hermanos intimó la orden que había recibido de su padre para llevarle á una casa de corrección. Todos se asustaron, menos Benito, que mordiéndose los labios dijo:—¡A la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me culpa de los defectos de los demás! ¡Dios mío, yo soy el que hace todo el daño; yo soy el más malo de toda la familia! ¡Véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por sólo mimar á los otros! ¿Quiere que vaya á una casa de corrección? ¡Pues bien; ya que así lo dispone, iré y que se regale con su querido León!

—Pero, Benito, ¿por qué te irritas conmigo? Nadie te ama con más ternura que yo; nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiera cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los pies de papá podía mitigar su rigor, al instante correría á ejecutarlo. Pero ya conoces su carácter severo é inflexible; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podríamos adelantar. ¡Pobre Benito! Es preciso que te resignes y que obedezcas. —¿Resignarme? ¿Obedecer? ¡Fácilmente lo dice cualquiera que, como tú, es el Benjamín de la casa! Pero no creáis, hermanos, que esto me cause tanta pena como imagináis. ¡No por cierto! ¡Seré más feliz, pues no me veré continuamente reprendido y, como dicen, hecho el estropajo de todos!

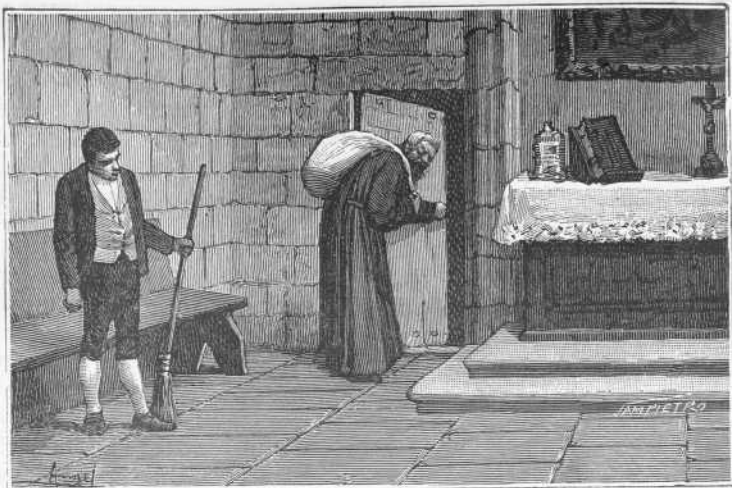
Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecía mucho. En aquella ocasión manifestaba más su carácter duro y envidioso. Se sustraía á las caricias de sus hermanos y les decía desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor.

Cuanto antes pudo se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla y bajó á comer. Pa-lemón estaba sentado entre su amigo y la hija de éste. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó más cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sor-

prendido, que casi creyó que Armando le había engañado fingiendo la orden de su padre; pero pronto recibió el más completo y cruel desengaño, porque concluída la comida, Palemón dijo levantándose de la mesa: — Hijos míos, á la hora regular, á la terraza. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, que por última vez disfrutará el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color; su corazón latió con terrible agitación y casi se desmayó. Adela, que conocía su estado, le acompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan tristemente como había empezado.





## TARDE XXXIII

### LA DUREZA

Pocas veces es prudente,  
Por experiencia lo digo,  
La dureza en el castigo  
Del bisoño delincuente.  
Ser en extremo indulgente  
Con el que en pecar se obstina,  
No es tampoco medicina  
Que corrija al pecador:  
La indulgencia y el rigor  
Con gran prudencia combina.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemón distraer el sentimiento general que el castigo de Benito había causado.—Aquí tenéis, hijos míos—les dijo,—este venerable anciano que es mi bienhechor, M. Delacour, de quien antes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta.—Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y saludaron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones, haciéndola sentarse á su lado. Armando miró á la joven con tal atención, que la hizo bajar los ojos. Antes apenas había reparado en ella, pero entonces, que sabía quién era, hizo en su alma una impresión harto profunda.

Palemón continuó diciendo:—Sí, hijos míos; ved aquí el hom-



bre á quien debo toda mi fortuna y la felicidad de haber sido esposo y padre. Sin duda desearéis saber cómo he logrado determinarle á que viniera á nuestra casa, y voy á deciroslo en pocas palabras.

Tres días ha que, como sabéis, salí de aquí para París con las veinte mil libras que, en mi opinión, debía restituir á la beneficencia. Al momento que llegué á la gran ciudad acudí á la calle del arrabal de San Dionisio, número 32, donde vive M. Bertier, y le dije: — ¿Sois vos el sujeto que me ha remitido esta carta? — Sí, señor; pero vos ¿sois el labrador Palemón, que debe todo cuanto tiene á M. Delacour? — El mismo soy. — Sin duda venis... — A restituirle lo que tuvo la bondad de darme. — ¡Cómo! ¿Las veinte mil libras? ¡Hombre sensible y delicado! ¡Eso es ya excederse en la probidad! Tal vez no podáis desprenderos de esa suma sin un gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses. No obliga á tanto la probidad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedía era algún socorro, y nada más. — Sosegaos: la donación que hago, ó por mejor decir, la obligación que cumplo, no puede arruinarme. — Sería una crueldad permitir que os deshicieseis de tan crecida suma, y mucho más teniendo hijos, pues sé que los tenéis. Esto es su herencia y no debéis despojarlos de ella. ¡Vamos á otra cosa! Supuesto que habéis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscaréis otra posada. Sentaos á la mesa conmigo, sin el menor cumplimiento, y mañana trataremos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su delicadeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á M. Bertier á otra sala, donde hallé una mujer de edad madura con cuatro niños. — ¿Es ésta vuestra familia? — Sí, señor; ésta es mi familia; aunque mi esposa, que es la que veis, nunca ha tenido hijos. — ¿Pues y éstos?... — ¿No lo adivináis? Son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso más alto. Allí le he proporcionado un estrecho albergue: todos los días le envío la comida y siento á sus hijos á mi mesa. — ¡Hombre generoso! ¿Y esta señorita es la mayor? — No por cierto; pronto bajará. Veréis en Enriqueta la joven más amable del universo, y, si puedo decirlo así, el ángel tutelar de su padre. No tiene más que diez y seis años, y reúne cuantas virtudes y gracias... ¡Pero ya llega!

En efecto, se presentó Enriqueta, que es la que veis junto á su respetable padre, y sólo su vista excitó en mi la misma admiración que sin duda habrá excitado en vosotros. Los muchachos miraron á un tiempo á Enriqueta, ella se avergonzó, y Armando, sin poder contenerse, exclamó: — ¡Qué hermosa es! — Palemón miró á su hijo con cierta satisfacción interior y continuó de esta manera:

Sorprendióse un poco Enriqueta de hallar allí un desconocido. M. Bertier le dijo á media voz:—¿Cena?—Ya ha cenado—respondió ella;—ahora está durmiendo.—Entonces dije yo á M. Bertier.—¿Por qué no le rogáis que baje para hacernos compañía?—Hace algunos días que está postrado, porque padece muchos achaques.

Mientras cenábamos tuve ocasión de admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como también la cariñosa atención de M. Bertier respecto de los cinco hijos de su amigo, de los cuales el más joven tendrá como unos diez años. Nada hablamos por entonces del asunto principal. Así que se retiraron los muchachos y quedamos solos mi huésped, su esposa y yo, después de un largo examen determinamos que á la mañana subiríamos juntos al cuarto de M. Delacour y yo me daría á conocer. Subimos monsieur Bertier y yo, y quedé penetrado de dolor al entrar en aquella pobre habitación y ver á mi generoso bienhechor rodeado de sus cinco hijos, que le hacían las más tiernas caricias.—Amado Delacour—le dijo Bertier alargándole la mano, —vengo á presentaros á uno de vuestros antiguos amigos.—¿Quién? ¿El que está á vuestro lado? No tengo el honor de conocerle.—¿No reconocéis sus facciones?—Me son enteramente desconocidas.—No podéis menos de acordaros de un joven labrador... ¡Bien que ya se han pasado treinta años! Sin embargo, no habréis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicisteis dichoso á un tal Palemón dándole una suma de dinero. ¿Qué, no hacéis memoria?—¡Ah, sí; ya me había olvidado de eso! ¡Cómo! ¿Sois vos aquel joven Palemón que tanto me interesó?—El mismo soy, hombre benéfico, y vengo á consolaros y á ofrecereros todos los débiles socorros que debéis esperar de mi gratitud.—Señor, os doy mil gracias; nada necesito para mí.—¿Para vos? ¡Ya lo creo! Porque tenéis un tierno amigo en M. Bertier. Pero, ¿y vuestros hijos?—¡Ah! ¡Me traspasáis el corazón! ¡Mis pobres hijos!—Les buscaremos un segundo padre; haremos que reciban la correspondiente educación, y...—¿Qué queréis decirme con eso? ¿Imagináis que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros tendría ahora la bajeza de pedir os la restitución de una suma que era vuestra, pues yo os la había dado?—No es eso, señor; sino que, así como vos me socorristeis con aquella cantidad cuando podíais hacerlo, yo os suplico que ahora me permitáis prestaros otro tanto dinero, puesto que también me hallo en disposición de poder hacerlo.—¡Ah, señor! No me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡cuán penosa me hace mi situación esa generosidad! ¡Cuánto aviva el sentimiento de mi desgracia!

M. Delacour prorrumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomó el partido de retirarme, prometiéndole que en la

misma mañana volvería á verle. Cuando nos vimos solos me dijo M. Bertier: —Ya veis cuánta es su altivez y delicadeza en medio de sus adversidades. —¿Han sido muchas sus desgracias? —Muchas y muy particulares; yo creo que os hará relación de ellas. —Y si se niega á recibir auxilios, ¿qué hemos de hacer? —No lo sé. Yo no tengo muchas facultades: podría encargarme de uno ó dos de sus hijos; pero de toda la familia, me es imposible. —Atended, M. Bertier, y examinad una idea que me han sugerido vuestras palabras. ¡Sí; no es posible que pueda negarse á esta proposición! —¿Y cuál es? —Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa, y puede venir á ella, donde acabará sus días en medio de mi familia. Me llevaré también á la amable Enriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias de su amor filial; y vos en vuestra misma casa cuidaréis de los demás hijos, pagándoos yo una pensión anual para este efecto. —¡Nada de pensión! No quiero sino que me deis cualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á M. Bertier que subiera á ver á Delacour y le diese parte de lo que habíamos tratado con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exasperarle. Bajó después de una hora, y desde lejos me gritó: —¡Bravo, amigo mío! ¡Mucho trabajo me ha costado; pero al fin le he reducido! —¿De veras? — Mi pobre amigo no quería dejarme: llorábamos juntos, y me he visto obligado á decirle que la estrechez de mi situación no me permite favorecerle por más tiempo. Así es que ha creído que me era gravoso, y se ha determinado. Este era el único resorte de que podía valerme; de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Cuando queráis podéis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísima con esta determinación, porque vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza le han inspirado el respeto más profundo y la más tierna confianza.

Después arreglamos nuestros negocios de interés. M. Bertier no quiso recibir más que ocho mil libras; esto es, dos mil por cada uno de los cuatro hijos que quedaban en su casa para dirigirlos y procurar su establecimiento. Ya tenéis, hijos míos, en vuestra presencia á mi respetable bienhechor y á su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentando con sus bellas cualidades las delicias de nuestra pacífica mansión. En este supuesto, me parece que no necesito recomendaros la veneración, el respeto, las atenciones y la ternura cariñosa que exigen sus virtudes, sus desgracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometieron á su padre hacer cuanto estuviera de su parte para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atención. Entonces Palemón dijo: —

Ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido la satisfacción de sacarle. Hacedme este gusto, amigo mío, y quiera Dios que la relación de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atención.

Todos se acercaron á M. Delacour, que tenía la voz débil, y el anciano empezó su historia en estos términos:

### **Historia de la ermita de San Leonardo.**

En mi juventud cometí muchas faltas, y, aunque después me arrepentí de ellas, me atrajeron el castigo de la divina Providencia, que hasta el día pesa sobre mí. Nací en una aldea del Languedoc, en que mi padre era uno de los más ricos hacendados. Quedó viudo bastante joven, y aunque de carácter duro, era bueno é indulgente para con sus hijos, hospitalario y generoso para con los extraños, y, como exento de preocupaciones, no se oponía á que mis hermanos y yo alternásemos en nuestros juegos con los hijos de los pastores de las inmediaciones, cuyo frecuente trato me hizo colérico, arrebatado y violento.

Un día que jugaba yo con mis hermanos Saturnino y Leonardo, nos enfadamos no sé por qué friolera: llevados de nuestra agreste inclinación vinimos á vías de hecho, y empujando yo á mi hermano Leonardo hacia unas piedras, recibí tan fuerte golpe, que se rompió una pierna. Le cogimos entre los dos, y del mejor modo que pudimos le llevamos á la casa paterna. ¡Cuál sería el dolor de mi padre, que le amaba entrañablemente! Conocía muy bien mi carácter, y aunque mis hermanos y yo achacamos á la casualidad aquel funesto accidente, desde luego me culpó como autor de la desgracia, y arrojándome del hogar paterno me condujo él mismo al albergue de un pastor, á quien, según la orden que me intimó, debía ayudar en sus faenas pastoriles. En vano clamé, lloré y protesté: mi padre fué inflexible, y yo quedé en poder de Pedro.

Pues me tratan como á un bárbaro—dije para mí,—procuraré serlo, y verán que me aprovecho de la educación que quieren darme. Tenía Pedro una hija de diez y seis años: yo contaba catorce, y por vengarme de mi padre resolví fingirle el amor más ardiente y el deseo más vivo de casarme con ella. Mi padre—decía yo entre mí—tiene bastante vanidad: este amor y este deseo le humillarán, y entonces conocerá que ha hecho mal en confundirme con estos rústicos, por lo cual es regular que me saque de entre ellos.

Desde aquel momento prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la cual, necia y coqueta, incurrió en la locura de corresponder á mi fingido amor. No dejó de advertirlo su padre y

quiso enojarse; mas yo entonces le manifesté el deseo que tenía de casarme con su hija. Pedro, discurriendo que de aquel enlace le resultaría mucho honor y grande utilidad, me animó, y desde entonces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Eso era lo que yo quería, pues así me respetaban y no me encargaban trabajos duros. En fin, no hacía nada, y me complacía interiormente en la sorpresa y la cólera de mi padre cuando supiera mi inclinación y mis deseos, lo cual se realizó puntualmente. Hacía seis meses que estaba en compañía de Pedro; no había visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticias de mi casa. Un día se presentó mi padre con mi hermano mayor, Saturnino. Ambos estaban abatidos y sus ojos cargados de lágrimas. — ¡Muy bien, caballero! — me dijo mi padre. — ¡Me habéis privado de un hijo! Leonardo... ¡ya no existe! — ¿Leonardo? — Se le ha gangrenado la pierna y murió anteayer en mis brazos. ¡Oh monstruo; qué crimen has cometido! ¡Eres un fratricida! — ¡Pero yo, señor, no soy culpable! — ¡Cómo! ¿ése es el sentimiento que manifiestas? ¡Quitate de mi presencia, que tu vista aumenta mi tormento! ¡Dios mio! — ¡Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y voy á casarme con ella! — ¿Qué fábula es ésa? — No es fábula, señor: digo que estoy perdido de amor por Margarita y que deseo ser su marido. — ¡En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras! — Sean en buen hora locuras; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita. — ¡Puedes ser lo que quieras, malvado! ¡Ya no cuento contigo para nada! ¡Así, haz lo que mejor te parezca!

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fueron y me dejaron atónito. De nada me servía el artificio que había meditado. En vez de reprendirme y separarme de Pedro para que no me arrojase á una acción tan perjudicial á mi familia, me concedían cuanto yo había fingido que deseaba, y no querían volver á oír ni aun mi nombre. ¿Qué había de hacer entonces? ¿Debía continuar suspirando al lado de Margarita? ¿Podía pensar seriamente en casarme con ella? Esto era imposible: lo primero, porque yo era muy joven todavía; y lo segundo, porque, lejos de querer á aquella necia, la aborrecía.

Pasé algunos días triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba, y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño, veía á mi infeliz hermano extender los brazos hacia mi y culparme de su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse expiarlos con la más rigurosa penitencia entrándome en el primer convento que encontrara apenas huyese, como lo tenía determinado. Huí, en efecto, de la habitación de Pedro y Margarita, que quedarían bien desengañados de mi fingida pasión. Salí, pues, una noche, sin dinero y aun casi sin vestidos. La miseria de mí si-

tuación me sugirió la idea de ir á arrojar-me á los pies de mi padre y solicitar que no me negase su antigua ternura; pero reconocía que, aunque no obré con intención, le había privado de un hijo. Me figuraba que mi desdichado padre me aborrecía, y que, aun suponiendo que me admitiera en su casa, siempre sería tratado con dureza, lo cual no podría sufrir, como tampoco verme postergado. — ¡No! — dije. — ¡Es preciso huir para siempre de la casa paterna y encerrarme en un convento!

Caminé, pues, sin saber por dónde, é iba cerrando la noche sin que yo pensara en los peligros á que me exponía. Seguí las orillas del río Loira sin cesar de caminar, y, agobiado ya por el cansancio, creo que al fin me habría resuelto á echarme en el suelo y pasar allí la noche, si no hubiese visto brillar á lo lejos una luz, que me pareció que salía de alguna cabaña inmediata al río. Pasó junto á mí un pescador, única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté de dónde salía aquella luz. — De la ermita de San Leonardo — me contestó. — ¡De la ermita de San Leonardo! ¿Cómo se halla abierta á estas horas? — Siempre lo está, día y noche, á fin de que los viajeros extraviados encuentren dónde refugiarse y descansar. — ¿Conque sólo sirve para los viajeros? — No, señor; para todo el mundo está abierta. — ¿Habrá alguien que asista y cuide de la ermita? — Sí, señor; hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso según la voz general. Si acaso os habéis perdido y no sabéis el camino de vuestra casa... — No por cierto. Mil gracias; lo agradezco infinito.

Me aparté apresuradamente de aquel hombre por no hacerme sospechoso; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexionar sobre lo que me había dicho. ¡La ermita de San Leonardo! ¡Cuánto me horrorizaba este nombre, acordándome de la trágica muerte de mi infeliz hermano! — Voy — dije — á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira: allí pasaré mis tristes días con el santo varón que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡Oh padre mío; yo me purificaré y me haré digno de ti; y si algún día tengo la dicha de encontrarte, no me negarás tu gracia y me admitirás en tu seno paternal!

Entregado á estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimaron y llegué á la ermita, que efectivamente estaba abierta, según me lo había dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda iluminaba aquel piadoso recinto. Me arrodillé, y sin examinar si me hallaba solo en aquel asilo de recogimiento, empecé á hacer oración, cuando llegó á mis oídos una voz que me hizo estremecer diciéndome: — Joven, ¿qué buscas aquí? ¿Te has extraviado?

Volví los ojos hacia donde salía la voz y vi al ermitaño, que

estaba en un rincón de la ermita, sentado en una silla y con un libro en la mano.— Señor—le dije,—soy un infeliz reo de un crimen atroz.—Acércate, y desahoga en mi seno tus pesares, pues no hay crimen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad.—Me acerqué temblando, le conté mi vida. Al llegar á la muerte de mi hermano, exclamó:—¡Oh inhumanidad! ¡Qué horror! ¿Cómo te sustenta la tierra?—¡Pero si fué por una casualidad!— ¡No importa! ¿Cómo? ¡Tan joven y ya manchado con sangre!— Pero ¡por Dios, que os hagáis cargo!...—¿De qué?— De que todo fué pura casualidad. Pura casualidad, ¿lo entendéis? ¡Bastantes sentimientos me ha ocasionado! Además de que continuamente lloro por mi amado Leonardo.— ¿Leonardo?— ¡Así se llamaba mi infeliz hermano!

El padre Lucas (con este nombre era conocido por toda la comarca el ermitaño) se había aturdido, creyendo que yo había cometido un fratricidio meditado; pero al fin, reflexionando bien el lance, me consoló, me abrazó y me dijo:—Y ahora, ¿qué piensas hacer?— Me siento con gran inclinación al retiro y á la soledad. Si quisieseis que me quedara en vuestra compañía, os ayudaría en todo cuanto se os pudiese ofrecer.—Pero tu padre...— Mi padre no me quiere consigo. Puede ser que sabiendo el partido que abrazo, al fin se digne perdonarme y restituirme su amor.—Dices bien, hijo mío: quédate aquí y sustituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses, y que me ayudaba con el mayor esmero. Pero no te metas en nada de lo que veas y oigas: exijo de ti docilidad, sumisión, confianza ciega, y, sobre todo, ninguna curiosidad.—Sobre todo ninguna curiosidad. ¿No es eso, padre mío?— Eso es.— Pues así lo haré.

El ermitaño se puso á leer. Yo, admirando su gravedad, me senté en un banco, donde dormí tan profundamente, que cuando desperté era muy entrado el día. Estaba ya el ermitaño haciendo oración, y así que acabó me llevó á la sacristía, donde almorzamos.

Tuve después todo el tiempo necesario para examinar la ermita, que tenía unos treinta pies de largo y quince de ancho. Era muy baja de techo, y todo su ornato se reducía á un altar muy sencillo con un gran cuadro del santo. A un lado habia un confesonario y unas sillas de forma muy antigua; al otro, algunos bancos arrimados á lo largo de la pared, y al fin, una pila de agua bendita. Sobre el tejado habia una campana, cuya cuerda bajaba á la capilla. Mi ocupación principal seria tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes extraviados. Detrás de la ermita estaba la sacristía, y en un rincón de ella la cama donde el venerable varón descansaba. Cuando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, compuesta de un mal colchón y un co-

bertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor se veía precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba; pero luego que yo me quedé allí, siempre la tenía abierta. No estaba muy distante del camino real, y como el ermitaño tenía tanto crédito de santidad por aquellos contornos, nadie pasaba que no entrase á hacer oración y dejar limosna. Por la noche dormía yo sobre un banco, y me levantaba de cuando en cuando á tocar la campana. Por la mañana almorzábamos perfectamente; después barría la ermita, disponía la lámpara para encenderla por la noche, y leía alguno de los libros devotos que tenía el ermitaño.

Lo que me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á buscar las provisiones, y volvía con las alforjas llenas de todo género de viandas. No podía comprender cómo se consumían todas, pues siendo nosotros dos, había comida para veinte.

Pero mucho más me sorprendía, y aun me asustaba algunas veces, al ver que después de mediodía me quedaba sólo en la ermita, porque el hermano Lucas, con una llave que nunca dejaba, abría delante de mí una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar, desaparecía y no volvía hasta la noche. Muchas veces, examinando la situación exterior de la ermita, que daba sobre el Loira, procuré inquirir adónde podría conducir aquella misteriosa puerta; pero fueron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces me parecía oír gemidos que me aterraban, y no podía acertar el paraje de donde salían. Aunque en diversas ocasiones estuve para pedir al ermitaño que me explicase aquel misterio, siempre me contuvo la promesa que le había hecho de reprimir la curiosidad. No me atrevía á mirarle, me volvía hacia otro lado y le dejaba hacer cuanto quería; pero padecía interiormente, y me abrasaban ardientes deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Poco más de tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviera á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo deseaba, porque ya era un hombre formado y no me faltaba discernimiento. Tenía diez y ocho años, y conocía que perdía el tiempo en un estado que cada día se me hacía más intolerable. Veía que para nada era de provecho siguiendo así, y experimentaba el noble orgullo, la ambición racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos: pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temía que me escapase y me amaba cordialmente, me ponía continuamente á la vista la confusión del mundo, la inconsistencia de las cosas, la ingratitud de los amigos, la falsedad de los parientes y, finalmente, cuando me veía vacilante, me pintaba la muerte de mi hermano con los colores más horrorosos

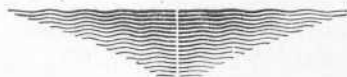


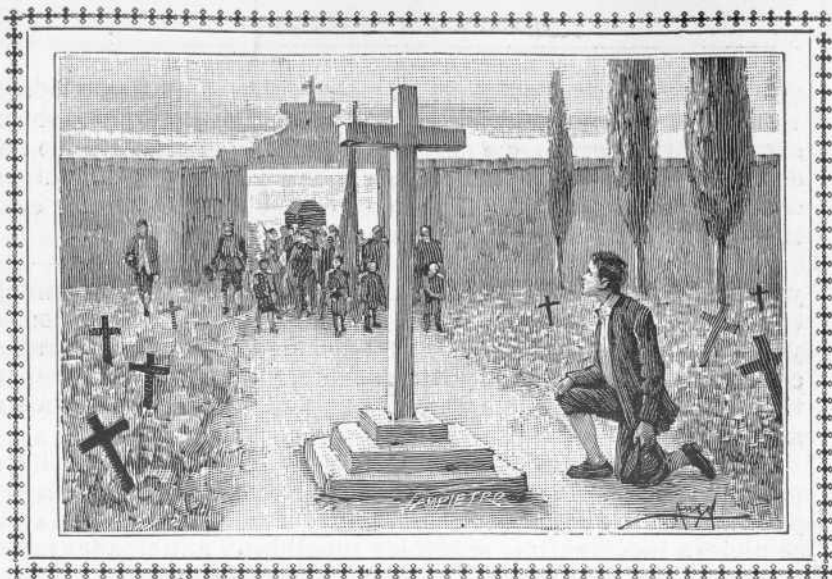
y la legitimidad del odio que mi padre debía profesarme toda su vida. Yo cedía, aunque sin abandonar la idea de escaparme cuanto antes; pero lo que más me detenía era el melancólico ruido de los gemidos que oía algunas veces, y, por consiguiente, el deseo de averiguar todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Por fin, un día...

Aquí Palemón previno á M. Delacour que era ya tarde. — Vos y yo — le dijo — necesitamos descansar: dejemos para mañana la continuación de vuestra historia. Benito no podrá oiros, porque ya estará ausente; pero lo que habéis dicho es bastante para hacer impresión sobre su espíritu rebelde, si es capaz de arrepentirse, como vos, de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexiones, y casi lloró, pero el despecho le sirvió de firmeza. Reprimió las lágrimas y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemón, que temía que se hiciera incorregible, según las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado.

Separáronse todos después de cenar, y Palemón, llamando á su hijo mayor, le dió secretamente órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.





## TARDE XXXIV

### LA SEVERIDAD

La severidad, guiada  
Por el generoso afán  
De hacer bien, es talismán  
Al que no resiste nada.  
La que busca despiadada,  
De la justicia al abrigo,  
Oprimir con el castigo  
Al infeliz delincuente,  
Es un verdugo inclemente,  
Un peligroso enemigo.

Serían las siete de la mañana cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir. — ¿Me llevas muy lejos? — No. ¿Ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina? — Sí. — Pues allí es. — ¿Conque es decir, que de carbonero paso á molinero? ¿De negro á blanco? — No creas que vas á elaborar harina. El dueño del molino parece que es hombre muy instruido. — Pues si es así, ¿cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer lo que el de M. Delacour: me separa de todo el mundo para que sea un salvaje, un montaraz. — No sé cuáles son las intenciones de padre: á nosotros sólo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera solicitó ver á su padre para despedirse de él. Le acusaba de injusto y duro, y no quería mostrarle su pesar y arrepentimiento. Siguió, pues, á Armando, y sin haber hablado en todo el camino, después de una hora de viaje llegaron al molino de M. Roland, el cual ya estaba prevenido, y adelantándose á recibirlos dijo á Armando: — ¿Este es el joven que me envía el labrador Palemón? — Sí, señor; éste es mi hermano Benito. — Su figura dice mucho en su favor: yo espero que aquí se hallará bien y que no tardaremos en ser muy amigos. Benito solamente se ocupará en estudiar y trabajar en esta sala baja. Me sirve de mucha satisfacción la confianza que debo á su padre y procuraré merecerla.

Benito bajó los ojos y nada contestó. Armando examinaba todo cuanto podía á M. Roland, y se complacía en que su hermano estuviera en su poder, porque le parecía que era un hombre bueno, sensible y muy digno de respeto: sus modales manifestaban una distinguida alcurnia, y en sus facciones se veían señales de largos padecimientos. Armando se despidió de M. Roland y abrazó á Benito después de haber entregado anticipadamente á su nuevo maestro el importe de los tres primeros meses de su pensión, lo cual asustó mucho á aquél, porque conoció que el asunto iba para largo. Esta consideración le mortificó tanto, que por la vez primera trastornó su entereza. Perdió el color, temblaba, y viendo que se retiraba su hermano, corrió hacia él, le abrazó tiernamente y le suplicó que le volviera á casa. Bien quisiera el enternecido Armando poder complacerle, pero era imposible, porque las órdenes de su padre habían sido demasiado terminantes.

Ya tenemos á Benito enteramente desterrado de casa de su padre. Dejémosle por ahora en compañía de M. Roland y volvamos con Armando á casa de nuestro virtuoso anciano, donde Julio, Adela y León, que no habían presenciado la salida de Benito, esperaban á su hermano mayor con impaciencia. Entró Armando, y al momento le rodearon los muchachos abrumándole á preguntas: — ¿Dónde está? ¿Ha ido lejos? ¿Estará mucho tiempo? ¿Queda muy triste? Todo esto lo preguntaban á un tiempo.

Armando tenía orden de su padre para no descubrir el sitio donde había dejado á Benito, razón por la cual sólo pudo decirles que estaba muy bien y que en adelante estaría mejor. Los muchachos, que no se satisfacían con tales noticias, le atacaron de nuevo; y como él resistió, le dijeron que no tenía amor ni confianza en sus hermanos. Armando toleró esta descarga, guardando exactamente el secreto que le había encargado su padre. El severo, pero justo Palemón bajó al zaguán, donde ocurría

este altercado, y su aspecto cerró los labios de los tres. Armando participó secretamente á su padre todo lo acaecido en su viaje, sin ocultar las lágrimas de Benito, las súplicas que le había hecho para que no le dejara en el molino y las promesas de su verdadera enmienda. Palemón clavó los ojos en los de Armando y arrugó la frente para advertirle que callara. El muchacho bajó los suyos, hizo á su padre una profunda reverencia y se retiró inmediatamente á su cuarto.

Cuando se pusieron á comer, Palemón, que con no poca pena advertía la profunda tristeza de sus cuatro hijos, quiso distraerlos de ella diciéndoles: — Hoy es día de descanso: hay baile en el bosque de las encinas y nos pasaremos por él. ¿No es así, M. Delacour? La bella Enriqueta creo que tendrá la complacencia de acompañar á su padre y á mis hijos.

Enriqueta manifestó la satisfacción que le causaría el paseo, y luego que acabaron de comer se fueron todos á prepararse para aquella diversión.

Partieron nuestros amigos, y en breve rato llegaron al bosque, donde estaba ya reunida toda la juventud de la comarca. Allí los mozos y doncellas, ostentando una salud que debían al trabajo y á la frugalidad, formaban el baile en presencia de sus madres, mientras que los padres, un poco separados, se entretenían en varios juegos propios de su edad. Una dulzaina y un tamboril componían la orquesta del rústico baile, en que presidían el placer, la decencia y la franca alegría. Adela y Enriqueta fueron invitadas á bailar, y aceptaron el ofrecimiento, lo cual no causó mucho gusto á Julio y Armando. Pero su padre, que se divertía interiormente conociendo aquel pequeño sentimiento, les aconsejó que bailasen ellos también como los demás. No se hicieron rogar; á la siguiente contradanza se apoderaron de sus damas y todos cuatro se mezclaron en la cuadrilla, con la cual bailaron hasta la noche sin dejar sus parejas. León era demasiado filósofo para entregarse á esta diversión. En vano le incitó su padre á que siguiera el ejemplo de los demás: prefirió hacer compañía á los dos ancianos, terciando en su conversación y manifestando en ella brillantes rasgos de ingenio y de buen juicio. Palemón estaba embelesado de oírle, y desde luego formó los proyectos que después se realizaron, como veremos más adelante.

Entretanto se acercaba la noche, que principió á dispersar á los bailarines, porque en las aldeas rara vez ocupan los placeres las horas destinadas para el descanso, pues el sueño fortifica el cuerpo para volver con más ánimo al trabajo.

Palemón hizo presente á sus hijos que se preparasen para marchar; pero se trataba de la última contradanza y no quiso quitarles que la bailaran.

Concluido el rústico baile, nuestros cuatro amigos, bañados en sudor, se reunieron con León y sus padres, que se habían sentado en un banco de piedra junto á los músicos. El que tocaba el tamboril era muy anciano, que, sin embargo de su quebrantada vista, no dejó de reparar en las amables facciones de Adela y de Enriqueta y la bella figura de Armando y Julio; por lo cual, dirigiéndose á Palemón le dijo:—He aquí unos jóvenes que, sin duda, estarán contentísimos. Si no me engaño, no han cesado de bailar. ¡Ah! Esto me recuerda el tiempo de mi juventud, pues en su edad yo hacía lo mismo, y habría disfrutado este placer más largo tiempo á no haberme sucedido una terrible desgracia: —¿Conque habéis experimentado desgracias, buen hombre? — ¡Ah, señor! ¡Una sola, pero muy cruel! Ella me ha reducido al infeliz estado en que me hallo. — Contádmela si no os es molesto, porque habéis excitado mi curiosidad.—¿Hacia qué parte os encamináis?—Hacia el camino de los tres laureles.—Justamente tengo que seguir el mismo rumbo: mientras caminamos juntos os contaré mi historia, que no es larga y puede servir de lección á estas preciosas criaturas.

Hiciéronlo así, y él, en medio de todos, empezó su narración en estos términos:

### Historia del tamborilero.

Me llamo Lucas Romano y soy hijo del antiguo jardinero del castillo que se descubre desde aquí, aunque confusamente, y que ahora pertenece á M. de Versevil. Antes era de M. de Serville, antiguo militar, muy amante de mi padre, que le había visto nacer y llevado mil veces en sus brazos. M. de Serville se casó con una señora que contaba algunos años de edad más que su marido. No tenía hijos, y mi padre tenía un niño y una niña. Vivía Serville muy retirado, y para distraerse de una vida demasiado sedentaria se dedicó á mi crianza, dándome una educación que me había negado la oscuridad de mi clase y nacimiento. En vano le decía mil veces mi padre: — Señor, miráis á Lucas con demasiada bondad: haréis de él un señorito, que para nada me podrá servir, y más quisiera que fuese un honrado jardinero como yo.

M. de Serville le respondía que nunca me abandonaría ni se descuidaría en asegurarme una fortuna independiente que me pusiera á cubierto de toda necesidad. Yo me lisonjeaba con estas esperanzas; pero mi padre temía que el mejor día me faltase mi bienhechor, cuya salud era muy débil, y esto es lo que sucedió cabalmente. Tenía yo diez y ocho años y me hallaba algo instruido, aunque no tanto como debiera, porque me trataban con demasiada condescendencia y no era mucha mi incli-

nación á las letras. Madame Serville cayó desde lo alto de una escalera y murió del golpe. Su esposo sintió tanto la desgracia, que enfermó, y á los ocho días fué á reunirse con su querida consorte. Al instante se presentaron unos sobrinos codiciosos, á quienes nunca se había visto en el castillo, y se apoderaron de todos los bienes. Vendióse el castillo; mi padre fué inhumanamente despedido y no tuvo más recurso que estrecharse en una miserable cabaña y comprar dos vacas, cuya leche iba mi hermana á vender en la ciudad todos los días. ¿Qué había de hacer yo en aquel caso? Renunciar á la opulencia y fausto de que me había visto rodeado desde mi infancia; pero no pensé de este modo. Sin considerar que no era más que un pobre aldeano, sin oficio, sin recursos y sin protección, me dejé vencer por el orgullo y el despecho; me asustaba la inminente miseria y se trastornó mi cabeza y se confundió mi entendimiento en tales términos, que abandoné á mi padre sin decirle palabra y fui á París, donde esperaba que la fortuna me sería más favorable. Me presentaba en las calles de esta ciudad como si fuese un hombre capaz de atraer la atención universal: pensaba que todos me mirarían y que no podía menos de hallar un segundo M. de Serville. ¡Vana esperanza! Gasté allí el poco dinero que había llevado, y me fué forzoso vender todos mis efectos y casi todos mis vestidos. Entonces pensé en volver á mi país, que ya sentía haber dejado. — ¡Si — dije; — no hay en el mundo quien pueda interesarse en mi suerte sino mi padre! Vamos á buscarle; le ayudaré en su cansada vejez y haré cuanto sea necesario para auxiliarle en sus rústicas ocupaciones: seré un hombre del campo como él, pues la necesidad me obliga á ello y la abundancia en que hasta ahora he vivido sólo ha servido para hacerme necio y presumido.

Lleno de resignación, arrepentimiento y ternura para con mi padre, volví al mismo lugar que había abandonado con tanta ingratitud. Ya era casi de noche cuando llamé á la puerta de su cabaña. — ¿Quién es? — me dijeron de la parte de adentro. Reconoci la voz de mi hermana, y muy confiado respondí: — ¡Yo soy; abre! — ¿Quién? ¿Tú? — repuso mi anciano padre. — ¡Si, señor, vuestro hijo Lucas! — ¿Mi hijo Lucas? ¡Yo no tengo más que una hija amorosa, á la cual debo todas las atenciones y cuidados del amor filial! — ¡Cómo, padre mío! ¿No reconocéis mi voz? — Esa voz es muy semejante á la de un hijo perverso que yo tenía; pero no puede ser él, porque huyó de mí dejándome abandonado en la desgracia; y, sin duda, se hallará ahora muy distante de aquí y muy contento. — ¡No, padre mío; yo soy vuestro hijo Lucas, os lo juro! ¡Dignaos abrirme, y lo veréis fácilmente!... — ¡Yo no abro mi puerta á los vagabundos con quienes no hay seguridad, y que hoy ó mañana me dejarán, cuando no hagan

otra cosa peor! — ¡Padre mio!... — Quienquiera que seáis, retiraos y dejadme descansar! — ¿Es posible? ¡A tales horas! ¿Qué puedo hacer? ¿Adónde iré? — ¡Adonde os diere la gana! — ¡Hermana mía, procura alcanzarme el perdón de un padre irritado! — ¡Vuestra hermana ama demasiado á su padre para empeñarle á que se encargue de un hijo ingrato! — ¡Dios mio! ¿Nadie, nadie se compadecerá de mí?

Ya no me respondieron; gemía en vano junto á aquella puerta que me separaba para siempre de un padre severo. — ¡No importa! — exclamé apenado. — ¡Pasaré la noche en el umbral de la puerta que no quieren abrirme!

Abismado en mi dolor, me senté en el umbral de la puerta.

Empezaba á amanecer y me lisonjeaba de ver abrirse pronto aquella puerta, cuando la desgracia más inesperada destruyó todas mis esperanzas. Una ronda de campo pasó por delante de la cabaña; repararon en mí, y creyendo que era algún vagabundo ó mal intencionado, me llevaron á la cárcel. En vano exclamaba que era hijo del virtuoso Romano que vivía en aquella cabaña, pues me respondieron que aquello era un pretexto para librarme, y que si decía verdad, poco tardaría en averiguarse. Sin más examen me sepultaron en un calabozo, privado hasta de la esperanza de que nadie, ni aun mi mismo padre, intercediera por mí.

Dos días estuve sin ver más persona que el carcelero, que me llevaba un escaso y grosero alimento. Al tercero abrieron la puerta de mi prisión y vi entrar á mi hermana, que se arrojó á mis brazos derramando un torrente de lágrimas. Me dijo que desde mi partida á París la salud de mi padre se había debilitado considerablemente, y que me acusaba de sus disgustos y aun de su muerte, pues veía que tardaría muy poco en suceder. El día siguiente al de mi prisión fueron á decirle que uno que decía ser hijo suyo había sido hallado á media noche echado junto á su puerta, y se le había puesto preso por sospechoso. Al recibir esta noticia se desmayó mi padre, sin haber podido pronunciar ni una palabra hasta aquel instante. — Por lo cual — añadió mi hermana, — aunque me han prometido que luego te pondrán en libertad, te suplico que no te presentes á padre, porque sólo verte podría causarle una funesta alteración. — Mi hermana me abrazó llorando y salió de la cárcel.

Considerad cuál sería mi dolor durante aquel eterno día, en que no se verificó mi libertad, según lo habían prometido á mi hermana. Pasóse también otro sin ver á nadie. La inquietud, el dolor, el remordimiento y la vergüenza me tenían á punto de perder el juicio; y lo habría perdido efectivamente á no ir el carcelero á decirme con bastante aspereza: — ¡Vete de aquí; ya estás libre! — La alegría me obligó á hacer extravagancias. Quise

abrazar á aquel bárbaro, pero me rechazó brutalmente. Salí, en fin, y como no me atrevía á presentarme en mi casa, aunque tenía gran deseo de saber de mi padre, di la vuelta al lugar, pensando cómo podría participar á mi hermana que estaba en libertad. Al pasar por el cementerio me detuve al pie de un crucifijo á dar gracias á Dios por hallarme libre. Mientras me ocupaba en acto tan piadoso, un canto funeral hirió mis oídos; las campanas de la parroquia daban la triste señal de alguna muerte, y todo anunciaba que conducían un hombre á su postrera habitación.

Poco después llegó el fúnebre cortejo. Los jóvenes del pueblo iban delante; después seguían los ancianos, y tras ellos tres sacerdotes, que acompañaban á un ataúd cubierto de varios instrumentos de labranza. Me mezclé entre toda aquella gente, y en tanto que depositaban el cadáver en las entrañas de la tierra pregunté quién había muerto, y uno que estaba á mi lado me respondió:—Un padre demasiado sensible, á quien ha conducido al sepulcro la ingratitud de su hijo. Ese cadáver es de Carlos Romano.

Corrí á la sepultura, me precipité en ella, y no consiguieron separarme de allí sino á viva fuerza. No sé lo que hice en el delirio que se apoderó de mí; pero cuando me di cuenta de mi situación me encontré ciego. Todos los concurrentes lloraban, y el digno párroco estaba á mi lado derramando sobre mi alma los consuelos de la religión; pero yo nada oía: llamaba á mi padre, y creía que mi repentina ceguera podía ser un justo castigo del Cielo. Lo mismo que yo creyeron los sencillos habitantes de la aldea, y al instante se extendió la fama del milagro que había sucedido en el sepulcro de Carlos Romano.

Me trasladaron al hospital, donde los cirujanos destruyeron la creencia del falso milagro, declarando que mi ceguera provenía de que, luchando con los que querían sacarme de la sepultura, se me habían llenado los ojos de aquella inmunda tierra, y que para toda mi vida quedaría muy débil de la vista. Recibí este triste desengaño con más firmeza que mi hermana, la cual, sin dejarme un instante ni de día ni de noche, tenía que padecer un sentimiento más sobre el de la muerte de mi padre. En fin, recobré algo de vista. Mi hermana me ayudó cuanto pudo, y yo, después de haberme empleado bastantes años en las sencillas labores que permitía mi triste situación, y después de haber perdido á mi hermana, hallándome viejo y cansado me dediqué á tocar el tamboril para ganar el sustento. Con mi amigo el que toca la dulzaina concurrimos á todos los bailes de las aldeas vecinas, y, gracias á Dios, no nos falta ocupación. Ved aquí, señores, la funesta historia del pobre tamborilero. Ved cómo una sola falta armó la inflexible severidad de un padre, le



condujo al sepulcro, y á mi me sumió para siempre en el abismo de la más cruel indigencia. ¡Hermosas criaturas que me escucháis: nunca dejéis á vuestros padres! ¡Si, queridos; la ingratitude es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos!

Acabó el tamborilero su relación, y despidiéndose de toda la compañía prosiguieron su camino. Advirtiendo la profunda impresión que la historia del tamborilero había hecho en su joven familia, el anciano Palemón no se detuvo á reflexionar sobre ella, y entraron saltando y cantando en la granja, con lo cual sosegaron á la buena Marcela, que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto; ya era hora de cenar y entregarse al descanso, dejando para el día siguiente la continuación de los sucesos de M. Delacour.





## TARDE XXXV

### LA SIMPATÍA

Reflejo de la bondad  
Que de nada desconfía  
Es la noble simpatía,  
Principio de la amistad.  
Impulsa la voluntad  
A querer, sin darse cuenta  
Por qué quiere; y tanto alienta  
Del querer la dulce llama,  
Que ya no quiere, pues ama,  
De todo interés exenta.

¡Qué noble y agradable ocupación es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la educación práctica que les proporciona. Así le sucedía al virtuoso Palemón, pues si bien Benito le causaba algún recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarían á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos al día siguiente los hijos de Palemón y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia M. Delacour, diciendo:

**Continúa la historia de la ermita de San Leonardo.**

Un día que estaba pensando en mi padre y me reprendía á mí mismo el haberle dejado, se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el corazón, reflexionando que si me despedía del ermitaño nunca llegaría á separarme de él. Me determiné, pues, á huir sin decirle nada y volver al seno de mi familia. En esta disposición me hallaba cuando vi que dos mujeres que llevaban el rostro cubierto con dos delicados velos se detenían á la puerta, diciendo la una á la otra: — Este es, querida, el asilo que buscamos: entremos y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entraron aquellas dos mujeres, se arrodillaron ante el altar y se pusieron á orar con tanto fervor, que yo quedé edificado. No sé qué secreto presentimiento me hacía desear ver el semblante de aquellas señoras. Deseoso de reconocerlas, me acerqué á ellas con pretexto de decirles que el ermitaño estaba ausente, pero que volvería pronto. La vieja se descubrió al momento y me miró con ojos centelleantes; pero era tan horrible, que volví la cabeza por no verla, y creo que habría huído al instante sin decir nada, si aquella vieja no dijese á la que la acompañaba: — Levantaos el velo, que el calor es insoportable y no podéis menos de estar casi sofocada. — La joven levantó el velo y descubrió un rostro encantador. Yo había dado un paso atrás para no ver el horrible aspecto de la vieja; pero la belleza de la joven encadenó súbitamente todas mis facultades y quedé inmóvil, con los ojos clavados en aquella hermosísima mujer, la cual, advirtiéndome mi enajenamiento, se ruborizó. Conoció que había perdido mi libertad en presencia de aquel encanto: desvaneciéronse mis proyectos de huir, é interiormente sentí una extraña revolución que nunca había experimentado.

Se aumentó mi alteración cuando, dirigiéndose á mí aquella hermosa joven entretanto que la vieja oraba, me dijo: — ¿Conque, al parecer, no estáis aquí solo, mi buen amigo? — No, señorita. — ¿Quién cuida de esta ermita? Quiero decir, ¿quién manda en ella? — ¡Sólo vos! — ¿Cómo? — ¿Puede mandar alguien donde vos os halláis? — ¡Pluguiese al Cielo que fuera mi imperio tan extenso como decís! En ese caso no me hallaría ahora en este sitio. Pero decidme: ¿son ciertas las maravillas que se cuentan de un santo varón?... — ¿Del venerable hermano Lucas? — Ciertamente. ¿Y vos, habéis renunciado también el comercio del mundo y sois su compañero? — No, señora. — ¿Pues y ese traje? — No es el que me pertenece, señorita: baste decirnos que gozo entera independencia, que estoy dispuesto á servirlos, que puedo ser esposo, y...

La vieja me interrumpió, preguntando á su compañera:— ¿Qué os dice ese joven?— Mi señora tía, nada más sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lucas. — Si no me han engañado, es el hombre más singular que se conoce. ¿Tardará mucho? Necesito hablarle y tomar de él consejos sobre el proyecto que hemos formado de abandonar el mundo. — ¿Abandonar el mundo? — dije yo. — ¿Cómo? ¿Esta señorita quiere retirarse de la sociedad? — Sí, señor — respondió la vieja. — ¿Qué, os admira? ¿No es libre para hacer lo que gustare? — ¿Yo libre? ¡Ah! ¿Qué habéis dicho, señora tía?— Que sois libre— repuse yo;— pero bien se conoce que no es cierto, pues á obrar según vuestra voluntad, no exclamaríais con tanta energía.

— Retirémonos — dijo la vieja tomando la mano de su sobrina y añadiendo:— Entré en la ermita para consultar con el santo varón que vive en ella y no para buscar contradictores.

Iban á salir de la ermita; mas yo, conociendo mi imprudencia, me acerqué á la tía y le dije:— Perdonad, señora, mi indiscreción: ya veis que mi edad no es la de la experiencia. El hermano Lucas sentirá infinito que no le hayáis esperado, y yo nunca me perdonaría el ser la causa de que no recibáis sus saludables consejos. — ¿Es tan indiscreto como vos? — No, señora; todo lo contrario. Es discretísimo; pero nada me aventaja en lo sensible, y mi educación me ha enseñado á serlo mucho más con las damas de la calidad que presumo ver en vos. Pero ya llega; parece que el Cielo favorece mis intenciones.

En efecto, llegó el hermano Lucas con la pesada alforja sobre el hombro. Vió á las dos mujeres; al punto se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas les dijo: — ¿Hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad? — Sí, señor — respondió la vieja;— pero antes es necesario que me oigáis aparte. — El ermitaño la tomó de la mano y la condujo á las sillas que estaban inmediatas al confesonario. Se sentaron y se engolfaron en silenciosa conversación. Entretanto la sobrina se sentó en un banco, sacó un librito y se puso á leer. A breve rato observé que la joven, con mucho disimulo, sacó un lapicero y se puso á escribir, mirando con sobresalto á su tía, como temiendo que la sorprendiese en aquella ocupación. Pero tuvo la dicha de que ni la vieja ni el ermitaño moviesen siquiera la cabeza. Así que concluyó dejó un papel doblado sobre el banco, me miró, me indicó que lo cogiera y se puso en pie en medio de la ermita, sin duda para impedir que lo vieran. Sin detenerme tomé el papel, dentro del cual hallé un lápiz. Salí de la ermita y leí lo que había escrito, que decía:

«En vuestros modales y fisonomía se conoce que sois bien nacido. Si podéis arrancarme del poder de una tía que intenta sa-

crificar mi juventud después de haberme causado los mayores disgustos, os haréis acreedor á la eterna gratitud de la mujer más desventurada y que menos ha merecido serlo.»

Al pie de estas líneas contesté inmediatamente.

«Decidme, indicadme los medios de seros útil: todos los pondrá en práctica el que por primera vez experimenta una revolución que, sin duda, es efecto del violento amor que le inspiran vuestras gracias y vuestras desventuras.»

Este billete daba á conocer bastante el desorden de mis sentidos y mi poca experiencia: le dejé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La joven, que observaba todos mis movimientos, iba ya á cogerlo cuando la llamó su tía, y viéndola indecisa, se levantó, la cogió del brazo y le dijo:—¡No hagáis esperar á ese santo varón, en cuya dulce conversación y sabios consejos hallaréis cuanto es posible para decidir á la persona más irresoluta! — Yo, viendo que no había podido recoger la contestación, tomé el papel y lo guardé.

Rabioso de verla conversar secretamente con aquel hombre, me puse á barrer la ermita, empezando por la parte más próxima adonde los dos estaban, y procurando oír algo para proceder en consecuencia de lo que descubriera ó infriese; pero notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intención, y levantándose furioso, después de una descarga de injurias, me dijo:—¿Cómo se entiende? ¿Es ésta hora de barrer la ermita? ¿Y precisamente empezar por esta parte? ¡Váyase fuera enhoramala; desvíese! ¿No lo oye? — ¡Haré lo que me dé la gana! — respondí, añadiendo:—¿Quién sois vos para mandarme con tanto desafuero? ¿Qué derecho tenéis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito quedó el buen ermitaño al oírme hablar de esta manera; pero luego, volviendo sobre sí, me dijo:— Pues os expresáis en ese tono, yo también me explicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita; y así, os digo que no quiero que estéis más en mi compañía. — ¡Eso es otra cosa! ¡No me parece que perderé mucho en ello!— ¡Ni yo tampoco! — Y diciendo esto tomó de la mano á la vieja, ésta hizo lo mismo con su sobrina, y se encaminaron á la sacristía. Al entrar en ella la hermosa joven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas, manifestando de este modo el triste estado de su corazón.

Entraron y cerraron la puerta. Quedé inmóvil en medio de la ermita, entregado á melancólicas reflexiones; pero al fin exclamé:— ¡No importa que me despidas! ¡No saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada cuanto hermosa joven y atormentar lo posible á su perversa tía! Así hablaba cuando sentí pasos, y vi á un peregrino que, acercándose á mí, me dijo:—

Acabo de entrar y vuestras exclamaciones me hacen creer que padecéis algún grave sentimiento. — ¡Si fuera uno solo! ¡Pero son tantos! Soy muy infeliz. — Confíadme vuestras penas: tal vez podré dulcificarlas. — ¡Es imposible! ¡Absolutamente imposible! ¡Os suplico que respetéis mi secreto! — No quiero importunaros. — El peregrino se fué á un rincón de la ermita, donde se arrodilló.

Estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita, revolviendo en mi imaginación mil ideas, sin fijarme en ninguna de ellas, sin saber qué partido tomar; pues aunque resuelto á seguir á la joven desconocida, no tenía medios para hacerlo, y tal vez podía mi resolución causarle graves perjuicios. Pasaron algunas horas, durante las cuales me arrimé frecuentemente á la puerta de la sacristía; y á pesar del mucho silencio que reinaba en aquel lugar, nada oía, lo cual me inquietaba infinito, pues siendo muy reducida la sacristía, parecía imposible que no se advirtiera algún confuso rumor. El peregrino permanecía arrodillado en el mismo puesto. Aquel hombre me molestaba, pero yo no tenía derecho alguno para despedirle; además de que la ermita estaba abierta día y noche y podía detenerse en ella cuanto quisiera. Para aumento de mi admiración é inquietud se pasó así el resto del día, y se acercaba la noche sin que saliesen las mujeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio y se presentó solo el hermano Lucas, el cual, extrañado de verme y lanzándome una mirada de indignación, me dijo:—¿Todavía estáis aquí? ¿No os he despedido? — Me iré; pero antes quiero recoger lo poco que me pertenece y está en la sacristía. — Como el motivo era justo, no se opuso el ermitaño. Entré, y cuando creí hallar á la tía y á la sobrina, me encontré solo. Lo registré todo por ver si encontraba alguna puerta. ¡Inútil empeño! Nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dijo:—¿Habéis acabado?—Esperad, que estoy buscando...—¡Lo que no encontraréis!—Pero, ¿y las señoras?—Ya no están aquí. — Pues yo no las he visto salir y no me he apartado de la ermita. — Os digo que han salido y, sobre todo, ¿qué interés tenéis en saberlo?—El interés que inspiran la hermosura de aquella joven y la violencia que le hacen. — ¿Y de dónde podéis inferir esa violencia que suponéis? — Tengo motivos que no necesito declarar. — Y yo, para que no estéis más tiempo en esta ermita. ¡Idos! — Es demasiado tarde. — No está muy lejos un convento de capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere.

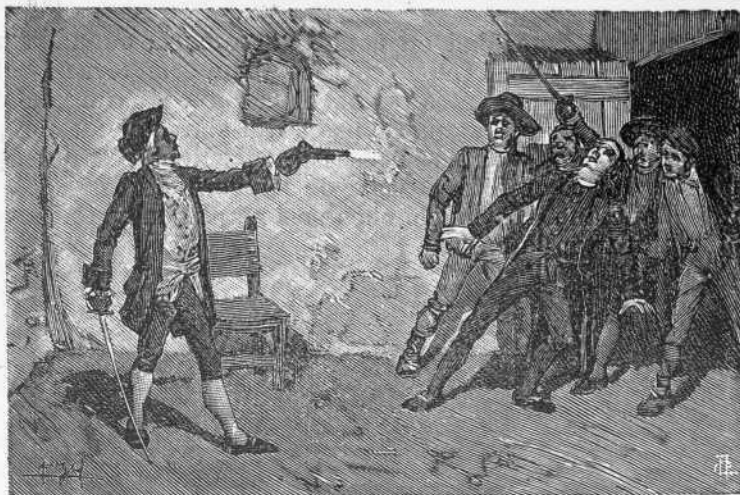
Cuando vi que no había otro remedio, salí de la ermita y caminé sin saber adónde.

Caminaba sumergido en tristes reflexiones, muy descuidado

de atender á mi seguridad en noche tan oscura, cuando senti un golpecito en un hombro. Me sobrecogió un gran terror; volví la cabeza y vi... Pero ya es tarde, hijos míos. Mi amigo Palemón querrá retirarse y yo me canso de hablar: dejemos lo que falta para mañana, y oiréis sucesos tan particulares, que apenas podréis darles crédito, á pesar de ser verdaderos.

Calló el anciano, los muchachos se levantaron y todos volvieron á entrar en la casa.





## TARDE XXXVI

### LA HIPOCRESÍA

Bajo capa de bondad  
Y esmerada cortesía  
Oculta la hipocresía  
Un abismo de maldad.  
Escarnece la amistad  
Y ultraja la religión  
Con su maldita ambición,  
Arma vil; aunque ninguna  
Esgrime con más fortuna,  
Que la torpe adulación.

Al siguiente día por la tarde M. Delacour prosiguió su relación en estos términos:

**Continúa la historia de la ermita de San Leonardo.**

Sobrecogido volví la cabeza y, no obstante la oscuridad de la noche, pude reconocer al mismo peregrino que me había hablado en la ermita.—«Amigo mío—me dijo,—sois desgraciado y debo hacer lo que pueda por consolaros. Referidme vuestras desgracias; en seguida os diré quién soy. Pero ante todo, decid: ¿adónde os dirigis?—¿Y vos?—No llevo rumbo determina-



do; pero escuchad. ¿Oís una campana? Seis..., siete..., ocho..., nueve. ¡Las nueve ya! Ese es el reloj de un convento de capuchinos: pasemos en él la noche y mañana veremos lo que hemos de hacer.

El peregrino, que era anciano y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxilio de su bordón. Mientras caminábamos me hizo tantas instancias para que le manifestara mis desgracias, que me vi precisado á complacerle. Apenas le dije que mi padre se llamaba M. Delacour, dió un paso atrás, me miró atentamente, y luego, volviendo á tomar mi brazo, me dijo con dulzura:—¡Proseguid!—Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos y el primer pensamiento que tuve de consagrar mis días al estado monástico. Le referí las circunstancias de mi morada en la ermita, las frecuentes ausencias del hermano Lucas, la misteriosa puerta por donde desaparecía sin saber yo adónde iba, mi amor á la hermosa joven, su repentina desaparición y la de su tía, y, en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

Quando el peregrino hubo oído mi relación se detuvo algunos instantes y se apoyó en el bordón como reflexionando; después me dijo:—Hijo mío, lo que acabas de referirme merece mi atención más de lo que crees. Si conocieras la trascendencia que pueden tener esas cosas, no hubieras omitido diligencia para penetrar el secreto de la puerta oculta, y en tanto tiempo como has estado en la ermita, tal vez habrías conseguido fácilmente lo que ahora será difícil averiguar. Eso me confirma lo que muchas veces he oído hablar acerca de la ermita de San Leonardo, porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como se supone. Aseguran que ha sembrado en el seno de algunas familias una doctrina muy perniciosa, procurando inclinar á muchas jóvenes á un retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas demasiado crédulas, y temo que vuestra joven sea una triste víctima sacrificada por una tía fanática. Lo que ahora os conviene hacer es ir desde luego á dormir en el convento de capuchinos y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré: conozco á Delacour, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Después volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misterios que se encierran en ella. Ya estamos cerca del convento. ¿No distinguís la torre?—Sí, señor; y oigo que tocan.—Lo hacen para prevenir á los pasajeros que dentro de media hora se cerrarán las puertas y nadie será recibido. Tomemos esta senda que se dirige allá, y procuremos llegar antes que cierren.

Seguí á mi conductor, que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza, y en menos de veinte minutos nos hallamos á

la puerta del convento. Nos presentamos al portero, el cual, apenas oyó que pedíamos hospedaje, nos introdujo en un vasto refectorio. Cenamos, y luego nos retiramos á un dormitorio común, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en aquella santa casa no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos todos, bajamos, pues, al mismo refectorio en que habíamos cenado. Mientras almorzábamos, un religioso pasó y dijo con bastante sequedad al que nos servía:—Fray Hipólito, ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de San Leonardo. No quiero, vuelvo á decir, que se le dé la más pequeña limosna, porque tengo poderosos motivos para creer que ese hombre es mucho más rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas palabras, y nos dejó muy admirados oír citar á un hombre cuya conducta deseábamos averiguar. Mi compañero se acercó á fray Hipólito, y notando en él una fisonomía franca y cierto aire de ingenua bondad, se aventuró á decirle:—Perdonad que me atreva á preguntaros si el ermitaño de quien acaban de hablaros es el mismo que cuida de la capilla que está como legua y media distante de este convento.—Sí, señor; el mismo es.—Ayer pasé por allí: le vi, y me pareció un santo varón.—¡Decid un gran picarón!—¿De veras?—¡De veras! Ha tenido la fortuna, ó la desgracia, de engañar al bondadosísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaría ahora en un calabozo.—¡Dios mío! ¿Pues qué ha hecho?—No se sabe á punto fijo; pero lo cierto es que se trataba, según me dijo un amigo, de hacer un registro en la ermita.—No costaría mucho, siendo tan pequeña.—¿Tan pequeña? ¡No lo es tanto como os parece!—Pero ¿qué puede ser una ermita situada á la orilla de un río y cercada de sendas y bosques por todas partes?—Veo que no estáis enterado. Si no tenéis mucha prisa y gustáis oír una historia particular, venid á mi celda y en ella sabréis el origen de la ermita de San Leonardo y unas aventuras muy extraordinarias.

El peregrino accedió gustoso á la propuesta, y luego que los otros caminantes se despidieron, nosotros seguimos al buen religioso, como interesados en la relación que iba á hacernos, deseosos de informarnos de todas las particularidades que podían tener relación con el hermano Lucas. El padre Hipólito nos introdujo en su celda, cerró la puerta con cuidado y, bien porque se complacía en hablar, ó porque le habíamos inspirado confianza, nos hizo la relación siguiente, que os repetiré con sus propias expresiones:

Seguramente no habéis nacido ni os habéis criado en esta comarca, pues de lo contrario era imposible que no tuvieseis noticia de la famosa iglesia de San Lotario, uno de los más preciosos

monumentos de la antigüedad, construida á las orillas del Loira. Esta iglesia, casi enteramente abandonada desde muchos siglos atrás, y que de día en día iba desmoronándose, fué destruida una noche de resultados de un suceso que voy á referiros.

Había en las montañas llamadas las Cevenas un duque de Asfeld, que era el más poderoso y rico señor de Languedoc, y que tenía dos hijos, varón y hembra. Matilde, su hija, era la persona más completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad había adquirido cuantas habilidades puede tener una mujer, las cuales, unidas á las gracias que la Naturaleza le había prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo tenía un año menos: era despejado, robusto, gallardo y toda la delicia de su padre, que fundaba en él esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorín, hombre de cuarenta años, clérigo tonsurado, en quien se reunían un ingenio nada vulgar y muchos conocimientos y erudición. Era grave, taciturno, reflexivo; á pesar de su exterior, nada propio para agradar á la juventud, había sabido captarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenía Leonardo una vivacidad que rayaba en atolondramiento: amaba á su preceptor, que sabía lisonjear las pasiones de aquel joven y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos, Doctorín era falso, vengativo y sobre todo ambiciosísimo. El Duque se hallaba viudo y le amaba con la mayor ternura; pero más amaba él á la preciosa Matilde, que le había cautivado el corazón. Aquel hombre disimulado conocía que nunca obtendría la mano de tal dama, la más noble y rica de cuantas había en la provincia, pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba más que en deshonar á la hermana de su discípulo y aun robarla si se le proporcionaba ocasión. Ya hacía mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los cuales se confirmaba más conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenía más penetración que su padre.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Leonardo salió un día á cazar acompañado de un solo criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente, que fué preciso trasportarle á la casa más próxima al sitio en que sucedió la desgracia. Vivía en aquella casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á éste se presentó el criado pidiendo hospedaje para su amo. M. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el joven Leonardo estaba bañado en sangre, le hizo trasportar á su casa y envió á buscar un cirujano, que reconoció la herida y declaró que era peligrosa, é imposible trasladar al herido á otra parte en muchos días. Al instante participó M. Blinvil personalmente al Duque todo lo acaecido; y éste, que no esperaba tan fatal noticia, dando las gracias

á M. Blinvil por sus finezas, mandó poner inmediatamente su coche, y partió con su hija, Doctorín y Blinvil, á casa de este último, donde todos manifestaron al herido el interés que tenían por su salud. El Duque prometió volver siempre que pudiera y enviar todos los días á saber de su hijo: después dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorín.

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le trataron con todo el esmero y delicadeza debidos á su clase y situación. Cuando se halló convaleciente le llamó su padre; pero se le hacía muy duro dejar aquella casa tan digna de su estimación. Tenía M. Blinvil una hija bellísima, llamada Eugenia, la cual no se había apartado de la cabecera del enfermo, y el amor con una sola flecha había herido á aquellos dos corazones puros é ingenuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrarios, que fueron la alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. La posición de su padre no le permitía entablar amistad con el duque de Asfeld, y mucho menos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado por la vez primera su corazón á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el Duque iría á la mañana siguiente para llevarse á su hijo, y se propuso permanecer retirada en su cuarto por no presenciar una despedida tan dolorosa para su sensible corazón.

Llegó el fatal instante. El Duque, después de haber dado las gracias á Blinvil, subió á su coche y llamó á su hijo; pero el Duque se acordó de que no había cumplido despidiéndose como debía de Eugenia, y preguntó por ella á Blinvil, que envió á llamarla. Le pareció á Eugenia que el negarse á comparecer podría considerarse como sospechoso; mas, ¡oh Dios; cómo quedó viendo á su dulce amigo que fijaba en ella los ojos con la mayor intensidad! Nunca le había parecido tan gallardo. Hasta entonces Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no había podido lucir á sus ojos la bizarría de su talle y las gracias que había recibido de la Naturaleza: entonces estaba vestido con la mayor elegancia; y de tal modo se manifestaban sus bellas prendas, que Eugenia quedó turbada y sólo tuvo fuerza para exclamar: — ¡Conque se va para siempre! — Y diciendo ésto, cayó desmayada entre los brazos de su padre.

Sin poder contenerse, Leonardo tomó las manos de Eugenia y las bañaba con sus lágrimas, diciendo: — Eugenia! ¡Mi amada Eugenia! Ya volveré... ¡Nos veremos!... ¡Ah! ¡Si no volviese á veros, me faltaría la vida!

¡Qué escena para los dos padres, que se miraban sin atreverse á comunicarse sus recíprocas sospechas! El Duque, asustado con la idea de un amor que ofendía su vanidad, bajó del coche, tomó

del brazo á su hijo, y á pesar de sus lágrimas y sollozos le obligó á subir, y partió rápidamente, mientras que el desdichado Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa, pensando en el fatal descubrimiento que acababa de hacer.

Dejemos por un instante á Blinvil y á su hija, y entremos en el castillo de Asfeld con el Duque y su hijo, que nada habían hablado durante el viaje. Más sosegado el joven, había conocido su imprudencia, y resolvió no decir nada á su padre, cuyas miradas evitaba. ¡Efecto admirable de la vanidad! La ternura del Duque respecto de aquel hijo á quien una hora antes amaba más que á sí mismo, casi se había extinguido. Ya no era padre; era un extraño, un déspota, un tirano. No quiso comunicar por entonces sus resoluciones á su hijo: esperaba ocasión más oportuna; pero sería inexorable.

¿Quién, pues, le calmaría? Aquel que en el castillo era el único que se interesaba en lisonjear las pasiones del joven Leonardo; aquel hombre que sabía acomodarse, doblegarse á las flaquezas ajenas, y ver en el suceso más sencillo el fundamento de su venidera fortuna: aquel hombre era Doctorin.

Como él había presenciado la escena, fué al cuarto de su discípulo, á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos. — Hijo mío — le dijo el hipócrita, — ¡mucho sentimiento habéis causado á vuestro anciano padre! — ¿Cómo es eso? — ¡Fundaba en vos todas sus esperanzas y todo el esplendor de su casa! — Pues qué, ¿he destruido yo, por ventura, esas esperanzas? — Lo recela. — ¿Y por qué? — ¿Pensáis que he cegado? ¿Me creéis de tan poca penetración y experiencia que no haya conocido que amáis á la hija de Blinvil? — Es verdad; la amo, y sería muy ingrato si la aborreciese. — ¡Ah! ¡Una cosa es amar con violenta pasión, y otra, aborrecer! — No entiendo esa confusión: lo que sé es que no puedo querer á Eugenia más de lo que la quiero. — Ya veis que estáis convicto y confeso. — ¿Pues qué delito es ese para negarlo? — ¿Y ella, os corresponde? — Me parece que sí; pero ¿qué importa? — ¿Querréis casaros con ella? — ¿Pues no he de querer? — Nunca accederá á ello el señor duque. — ¿Por qué no ha de acceder? Sería una injusticia la resistencia. Ya veo que dirá que destruyo el prestigio de nuestra familia, pues soy un hombre que heredo su sangre y puedo engrandecerla con mis virtudes públicas y privadas; pero también la unión con la que amo me conducirá á las mayores empresas. ¡Que me den á Eugenia, y seré capaz de todo! — ¡Joven inconsiderado, bien se conoce que no sabéis lo que es pensar como sabio y como padre de familia! — Pues oid, y veréis que tal vez sé discurrir mejor que lo que pensáis. Conozco que mi padre me pondrá por delante la falta de riquezas y la poca distinción de la casa de Eugenia: sé que encontraré de su parte la mayor contradicción; pero lo que no sa-

bía era que vos fueseis tan poco amigo mío que os declaraseis del partido de un padre de quien espero la más cruel persecución.— Os engañáis, hijo mío. ¡Qué mal me conocéis! Yo no he venido á veros sino para consolaros y ofreceros todos mis auxilios á fin de reconciliaros con vuestro padre.—¿Habláis sinceramente, mi amado maestro?—Sí, amigo: ya he destruido una gran parte de las sospechas del Duque haciéndole ver que el cariño que habéis manifestado á Eugenia era un afecto muy natural de la gratitud que le debéis. En cuanto al desmayo de ella, le he asegurado que hace algún tiempo que padece tales accidentes, por lo cual su salud está quebrantada. Me ha creído, y me lisonjeo de persuadirle muy en breve de que entre Eugenia y vos no hay más que una absoluta indiferencia.—¡Ah, mi amado maestro! — Eso es lo que por ahora conviene; y si proseguís en vuestros amores, trataremos de buscar medios para...—¡Ah! ¡Os debo más que la vida!

El joven Leonardo se arrojó en los brazos del pérfido Doctorin; pero éste todavía no había dicho al Duque nada de cuanto manifestaba á su hijo. Al contrario; presentándose en el cuarto de aquél, le dijo que el amor del joven era violentísimo, y que le parecía preciso tomar las más serias providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasión. Por último, añadió:—Acabo de verle, y le he dicho todo cuanto vos mismo pudierais decirle; pero nada sirve: se arrebata, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi sincero afecto, y creo que á vos mismo os faltaría al respeto y os pondría en el caso de castigarle rigurosamente. Creedme, señor; no le habléis por ahora de este asunto. Esperad del tiempo y de mis consejos los saludables efectos que me propongo conseguir: yo os participaré todas nuestras conversaciones y hasta sus más recónditos pensamientos.

El Duque prometió moderar su cólera. Ved aquí al embustero haciendo á dos partidos, y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos.

Sin embargo, para sondear la intención de su padre, Leonardo le dijo algunos días después que la gratitud exigía que fuera á hacer una visita á M. Blinvil. — Los dos iremos—respondió el Duque,—pues yo también estoy obligado á visitarle. — Aunque no gustó mucho al joven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que al menos tendría la satisfacción de ver á Eugenia. Vistióse, pues, con elegancia, y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, que los recibió con mucha frialdad. Después de los cumplimientos de costumbre, el Duque le dijo:—¿No tendremos el gusto de ver á Eugenia?

Apenas podía Leonardo contener su júbilo oyendo á su padre, pues se anticipaba á su deseo, y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué lacónica. — Mi hija está peligrosamente

enferma y no quiero que nadie la vea.—Lo siento—dijo el Duque; y añadió:—Quisiera hablaros en secreto un breve rato.—Con mucho gusto os escucharé,—respondió secamente Blinvil, y pasaron los dos á un gabinete, dejando á nuestro joven entregado á mil tristes reflexiones.

Impaciente Leonardo, se paseaba por la estancia. Se acercó á una mesa en que había varios dibujos hechos por Eugenia, y en uno de ellos vió copiadas sus mismas facciones. Mucha satisfacción le causó aquel hallazgo, pues conoció que no era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable ejercicio. Continuó su examen y halló un retrato de Eugenia en miniatura, que parecía ser de otra mano; y como sabía que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellísima pintura, bien resuelto á no restituirla nunca. En esto se abrió una puerta, creyó que volvían los dos ancianos, y se sorprendió al ver á Eugenia, que enmudeció al verle; mas al fin le dijo:—Yo creía que vos y el Duque no estabais ya en esta casa.—¡Oh Dios! ¿Conque no es cierto que habéis perdido la salud?—¡Ah, Leonardo! Los males del alma son los que me persiguen; el amor, el cruel amor devora mis entrañas!—También las mías; pero me lisonjea este tormento, pues sin cesar me pinta las sublimes cualidades y las grandes perfecciones de la que amo.—¡Asfeld, adiós!

Apenas se había retirado Eugenia cuando volvieron los dos ancianos; pero con tan alterado semblante, que se conocía bien que habían tenido alguna gran disensión. Despidióse el Duque con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos, y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dejaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo retrato llevaba consigo, creyéndose por esto menos desventurado.

Estando en el coche, manifestó el Duque á Leonardo toda su cólera, largo tiempo reprimida. Le había dicho el mismo Blinvil que su hijo amaba ciegamente á Eugenia, y que era igualmente correspondido, sobre lo cual altercaron ambos padres y se hicieron severas reflexiones, mostrando el Duque á Blinvil la diferencia de clases que había entre los dos. Mandó á su hijo que renunciase de un amor sin esperanza si no quería incurrir en su maldición y sufrir los terribles castigos que un padre irritado tiene el derecho de imponer á un hijo rebelde. Ni los ruegos ardientes ni las lágrimas amargas del joven hicieron mella en aquel corazón endurecido por el orgullo, y el triste Leonardo no podía interponer más mediadores que su desesperación.

Apenas llegaron al casillo fué Doctorín á ver á su discípulo, y le halló en su cuarto haciendo los mayores extremos de sentimiento. El preceptor quería consolar al amante de Eugenia, y éste sólo contestaba que le dejase abreviar sus días, ya que no

podía disfrutarlos al lado de Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposición, le dijo:—¡Vaya, hijo mio! ¡No hay para qué desesperarse; yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder!—¿Vos, mi respetable y tierno amigo? ¡Ah! ¡Os debería más que la vida!—Sólo consiste en vos el veros reunido desde esta misma noche con Eugenia.—¿En mí sólo consiste?—Sí; pero antes debo saber si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios.—De todo soy capaz, no lo dudéis! ¡Hablad sin reserva!—Pues voy á descubrirnos un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazón. Vos amáis á Eugenia, y yo á vuestra bellísima hermana Matilde. Conozco que por ningún título puedo considerarme digno de la hija del duque de Asfeld; pero vos sabéis mejor que nadie lo que es el amor, y que el que se halla poseído de esta pasión no repara en clases ni conveniencias. ¿No lo experimentáis vos mismo, que ardéis por una joven de clase tan inferior á la vuestra? Unamos nuestros intereses y un mismo objetivo mueva nuestras fuerzas, inspirándonos mutuamente ingenio é intrepidez. A punto de media noche, bajo cualquier pretexto, conducid á Matilde al jardín, hacia la puerta que sale al monte: yo tendré apostadas gentes de mi confianza y prevenido un coche, en el cual hallaréis á Eugenia.—¡Cielos!—No lo dudéis; en el coche, hallaréis á vuestra amada: yo me encargo de todo. ¡Considerad cuál será nuestra dicha! Los cuatro nos casaremos en secreto; y cuando ya no haya remedio, será preciso que el Duque apruebe los vínculos contraídos por sus hijos ó que muera lejos de ellos. ¿No me respondéis? ¿Tendréis también preocupaciones?—No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza.—¡Costumbres y delicadeza! ¿Y de qué sirve todo eso cuando uno está enamorado?—¡Perverso!...—¡Cómo!—¿Y has tenido valor para confiarme un proyecto sugerido por el mismo Infierno y en el cual veo el deshonor de toda mi familia y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos proyectos. ¡Huye de mi presencia; huye, y teme que revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondeste á sus bondades y confianza!—¿Qué oigo? ¿Podría yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre?—¡Apártate, miserable! ¡No esperes que esta pistola te quite una vida manchada sin duda con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan execrable!—¡Joven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene, y sabe que si haces un sólo ademán, si dices una palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perderte á ti, á Eugenia y también á tu mismo padre!

Como Leonardo era vivo, arrebatado, no pudo oír las amenazas del malvado sin concebir una indignación tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no irió á Docto-



rin, el cual salió inmediatamente del cuarto, gritando: *¡Que me matan! ¡Que me asesinan!* Toda la casa se conturbó, y al estruendo del disparo y de las voces acudieron precipitadamente al cuarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorin á entrar en él precedido por el Duque, el cual, hallando á su hijo con la pistola en la mano, no dudó de que había querido asesinar á su preceptor, quien inmediatamente exclamó: — ¿En qué te he ofendido, joven deslumbrado? ¿Porque te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre, porque te doy consejos propios de mi prudencia y del celo con que atiendo á tu educación, y, en fin, porque te manifiesto la bajeza é infamia de tus pensamientos, quieres asesinarme? ¿Así te atreves á atentar contra tu maestro, contra un hombre tímido y sin defensa? ¿Tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo, fuera de sí, quiso vengarse de aquel nuevo rasgo de perfidia; pero le detuvo su mismo padre, el cual mandó que al instante se le encerrase en la más apartada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza é insultó la desgracia del joven pidiendo su perdón de esta manera: — ¡No, señor! Os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligaréis á salir de aquí. Pero el irritado anciano no cedió, y el pobre Leonardo, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Después de haber explicado á su modo los motivos del arrebató de Leonardo, Doctorin se retiró á su cuarto á meditar los medios de arruinar á toda aquella familia, que aborrecía.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza extraordinaria y terrible, y después de una larga meditación se fué á casa de Blinvil, que á la sazón se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de quien supo que Blinvil, cansado del amor y excesivos sentimientos de Eugenia, había resuelto ponerla en un convento y privarse de una hija á quien adoraba, pero que era causa de su desdicha. A las cuatro de la mañana siguiente aquel padre desconsolado debía marchar á encerrar á Eugenia en un convento de monjas, distante tres leguas. Doctorin formó al instante su plan, y se condujo del modo siguiente para llevar á efecto la más horrible venganza.

Entretanto que el triste Leonardo lloraba sus males esperando que su padre le concediera ocasión de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido, y mientras que examinaba las paredes de la casa paterna, convertida para él en sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la Tierra sus negras alas, encubridoras de los mayores crímenes. El joven, que sólo pensaba en su padre y en su amada, oyó todas las horas de aquella terrible noche. Apenas dieron las tres, cuando sintió abrir la puerta de su prisión y se le presentó Bernardo, criado

de Blinvil. ¿Qué es esto, Bernardo?—le dijo.—¿Cómo has podido llegar hasta aquí?—El amor lo consigue todo. Apenas ha sabido la señorita, no sé cómo, que os hallabais preso, me ha enviado á ver si podía favoreceros, porque conoce que soy muy á propósito para cualquiera invención. Así es que he emtorrachado al que tenía las llaves de esta prisión.—¿Y para qué?—Para que marchéis al instante...—¿Adónde?—A impedir el sacrificio de la señorita.—¿Su sacrificio?—Sí, señor; dentro de una hora la sacará de su casa...—¿Quién?—Quien menos creeríais: el señor Doctorín.—¿Cómo?—Sólo puedo deciros que á las cuatro de la mañana la llevará á un convento por orden de su padre, que está gravemente enfermo; y que la señorita teme que las ideas de ese hombre sean muy peligrosas á su honor, porque antes de ahora la ha requerido de amores.—¿Qué dices?—Lo que ella me ha dicho precipitadamente; añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque creerá que son pretextos para evitar su reclusión, y...—¡Basta: todo lo comprendo! ¡Vamos; ese pérfido!... ¡Le arrancaré el corazón!

Bien conocía Doctorín que el genio precipitado de Leonardo no le permitiría reflexionar; y, en efecto, este joven, sin más información ni examen, se armó con unas pistolas que le había llevado Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Luego que se hallaron en el campo tomaron los caballos, prevenidos también por Bernardo, y fueron á apostarse en el camino por donde precisamente había de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que apareció á breve rato. Hacía frío, y Blinvil se había cubierto la cabeza con un pañuelo; lo cual, juntamente con la dudosa luz del alba, que empezaba á rayar, dió ocasión á Leonardo para creer que era Doctorín. Ciego de cólera, se acercó á la portezuela del coche y dijo:—¡Traidor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto!

Eugenia dió un grito, y se desmayó. Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quién le hablaba, y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leonardo se disponía á apoderarse de Eugenia, cuando un nuevo incidente frustró su resolución. Apenas sonó el tiro aparecieron varias personas, entre ellas el Duque y el mismo Doctorín, el cual dijo:—¡No os adelantéis señor, porque el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia será capaz de toda maldad! En tanto el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorín, y éste, fingiendo recelo de alguna traición, exclamó:—¡Miserable y vil cómplice de ese malvado! ¿Qué intentas? Y diciendo ésto le disparó una pistola, y le mató, sepultando con su muerte su secreto. Considerad cuál sería el estado del infeliz Leonardo, que había muerto al padre de su amada, la cual nunca podría ya

mirarle sino como un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿Qué haría el infeliz Leonardo? ¿Abandonaría á Eugenia, que, por fortuna, todavía estaba desmayada, y que no volvería en sí sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo; conocía que le odiarían su padre y su amada, y que nada le faltaba que perder. En esta persuasión, tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era excelente; le arrimó las espuelas y desapareció de la vista de todos los testigos de sus crímenes. En vano clamaba el Duque, y en vano envió tras de él á un criado; porque el joven, advirtiendo que un hombre le seguía, se paró, le esperó y le amenazó con la muerte si no se retiraba; el criado, temeroso, volvió á carrera abierta á reunirse con su amo.

Mientras que el Duque, Doctorín y su acompañamiento conducían el cadáver de Blinvil á su casa y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en sí, Leonardo corría sin parar, hasta que al fin del día su cansancio y el de su caballo le obligaron á detenerse. No le seguiré en su destierro, pues bastará decirlo que pasó dos años viajando, sumergido en la más profunda tristeza y maldiciendo todos los días su existencia. Sin embargo, el tedio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarle á los pies de Eugenia, le condujeron al cabo de aquel tiempo á su país. Un criado de Blinvil, á quien halló por casualidad, le informó de los resultados que había tenido su crimen; le dijo que Eugenia no existía, pues no había podido sobrevivir mucho tiempo á su padre ni á la vergüenza de haber amado á un asesino; que murió acusando á Leonardo, pero que después de su muerte se habían hecho descubrimientos muy importantes, pues por un papel hallado en los vestidos del difunto Bernardo se supo que Doctorín fué el autor de toda aquella trama; y, receloso del Duque, aquel perverso huyó del castillo sin que se supiera su paradero, aunque se presumía que, atormentado por los remordimientos, se habría retirado á algún claustro; que el Duque todavía conservaba su miserable existencia; que vivía en compañía de Matilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano más desgraciado que criminal, según se había averiguado.

Más entristecido con estas noticias y ardiendo en deseos de vengarse de aquel monstruo que le perdió tan vilmente, Leonardo resolvió dirigirse á casa de un amigo de su padre para entablar por este medio la reconciliación.

Con este deseo caminaba á largas jornadas en lo más crudo del invierno. Una tarde sobrevino una espesísima niebla, la cual, con la distracción de sus pensamientos, le hizo perder el camino. La noche aumentó su confusión; no sabía qué hacer, y

caminaba á la ventura por entre matas y jarales, cuando después de un largo espacio se halló al frente de un edificio que le pareció un monasterio por su construcción, y lo creyó habitado, á pesar de las muchas ruinas que le cercaban. Aproximóse á un pórtico, donde halló á un hombre; le preguntó si aquel monasterio estaba habitado y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si quería, él le podía hospedar en un cuarto que le daban como criado de la labranza.—Me es indiferente—añadió Leonardo—la calidad del cuarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras y de los asaltos de los bandidos que dicen infestan toda esta comarca.—Siendo así, venid conmigo, que aunque mi habitación no es cómoda, sobra para que estéis guarecido y podáis descansar sin cuidado.—Os doy mil gracias. Pero decidme: ¿Qué fábrica es ésta, y cómo se halla tan destruída?—Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fueron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó, por consiguiente, abandonada la iglesia, que tiene la advocación de San Lotario.—¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven?—Hará como diez meses que un santo varón, perseguido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no había cometido, huyendo de la persecución vino á este país, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó; tanto, que á sus expensas se reparó en parte y se construyeron ocho celdillas, que ocupan otros tantos monjes gobernados por aquel hombre, el cual resolvió establecerse aquí para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicaron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia.—¿Y no podré ver á alguno de esos buenos religiosos?—No, señor; todos están recogidos en sus celdas. Mañana, antes de partir, podréis oír la misa del prelado de la comunidad... Pero ya es tarde. Venid conmigo; cenaréis pobremente y descansaréis.

Siguió Leonardo á aquel hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros, y por fin llegaron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, donde nuestro joven, advirtiendo varias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serían bandidos que se refugiaban en aquel sitio, y se propuso no dormir, sino estar preparado á la defensa por si le atacaban. Aumentó su recelo al ver que el hombre, cuya traza anunciaba ser un facineroso, descolgó las armas y se las llevó, dejando á Leonardo encerrado en aquel cuarto, alumbrado con una miserable lamparilla. Aunque conoció tarde su imprudencia, no le abandonó el valor; y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la más leve acción que le pareciera sospechosa.

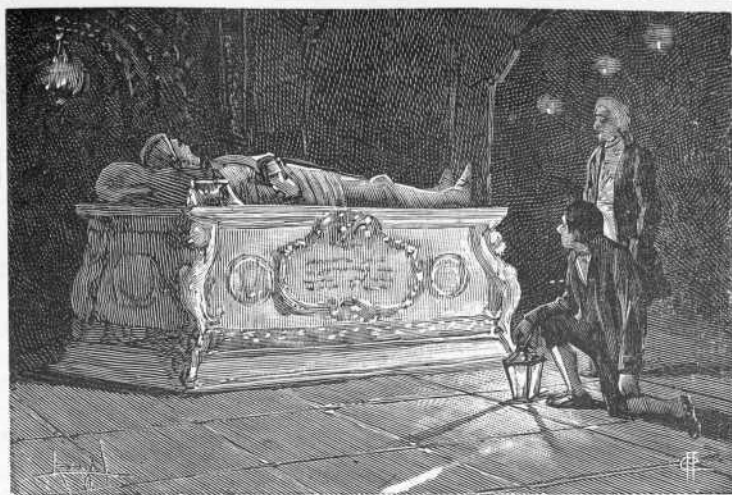
No tardó en ver confirmados sus recelos, pues al cabo de una hora volvió el hombre, acompañado de otros dos, y uno de ellos le preguntó:—¿Sois vos el que ha venido á pedir albergue?—Yo soy.—Pues es forzoso que os sujetéis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasajeros que aquí hospedamos.—¿Y cuál es esa costumbre?—La de entregarnos todas las armas.—Yo nunca me despojo de ellas.—Ahora será preciso, pues si no, la violencia...—¿Qué es eso de violencia?—Muchos de los que hemos recibido nos han robado, y así...—¿Tengo yo traza de ladrón?—No lo extrañéis. Parecéis un joven robusto é ignoramos quién sois.—Pues me haré conocer.—No necesitamos sino que obedezcáis. En aquel instante se presentaron otros dos malvados, que hicieron la misma intimación; pero el mancebo persistió en no entregar las armas, y todos le acometieron. Mas como la desesperación redobla las fuerzas, Leonardo se defendía y ofendía á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando la espada y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda y que reservaba para el último apuro. Casi tocaba en él, cuando se presentó el jefe de aquellos facinerosos, que les mandó suspender la pelea, orden que obedecieron. Leonardo, que reconoció en aquel hombre á Doctorín, le dijo lleno de cólera:—¡Monstruo! ¿Eres tú el jefe de estos asesinos? ¡Pues ahora pagarás tus maldades!—Y disparando contra él la pistola, le tendió muerto á sus pies. Viendo esto sus compañeros, y poseídos de rabia, acometieron de nuevo al joven, que se resistió largo tiempo, aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una terrible descarga que atemorizó á aquellos malvados, los cuales, sospechando lo que podía ser, dejaron á nuestro infeliz joven agonizando y bañado en su sangre y huyeron. Fué el caso que Doctorín, asociado con muchos facinerosos, cometía enormes delitos en la comarca, refugiándose en aquellas ruinas por la noche, y la Justicia, que ya los seguía de cerca, se presentó cuando la ocurrencia de Leonardo para acabar de una vez con semejante canalla; cercó las ruinas y mandó á su gente hacer una descarga á fin de sorprender á los bandidos. Estos, persuadidos de su próximo castigo, y como eran muchos y bien armados, quisieron resistir entre aquellas medio demolidas paredes; pero de nada les sirvió, pues todos fueron muertos entre las ruinas. En seguida mandó la Justicia hacer un reconocimiento y hallaron el cadáver de Leonardo, que fué conocido por varios papeles que reservaba en su cartera y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y también murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lucas edificar una capilla dedicada á San Leo-

nardo sobre las ruinas de la antigua iglesia de San Lotario. De aquí podéis inferir que si la ermita es pequeña, puede tener comunicación con algún subterráneo, y que... Pero tocan á coro: la obediencia no me permite acompañaros por más tiempo; y pues ya sabéis el origen de la ermita de San Leonardo, continuad vuestro camino. Mas si volviereis á ver al hermano Lucas, no os fieis de su hipocresía.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones y salimos del convento. Pero ya es muy tarde: mañana continuaremos esta historia.





## TARDE XXXVII

### EL FANATISMO

Es el ciego fanatismo  
 Un inflexible tirano  
 Que lleva al linaje humano  
 Al más cruel despotismo;  
 Y una vez que en el abismo  
 Le sepulta del error,  
 No reconoce señor  
 Ni en la Tierra, ni en el Cielo,  
 Y su tiranía es celo,  
 Y caridad su furor.

Al día siguiente los jóvenes, deseosos de saber el desenlace de las aventuras de M. Delacour, le suplicaron que anticipase la hora de ir al emparrado. Así lo hizo, y prosiguió en estos términos:

**Fin de la historia de la ermita de San Leonardo.**

Al salir del convento me aconsejó el peregrino que fuera á casa de mi padre, y aun quiso acompañarme él mismo, asegurándome que tenía con él algunas relaciones y que confiaba aplacar su ira, si es que aún se hallaba enojado por mi mal pro-

ceder. Aunque mi resolución de ir á la casa paterna estaba bien meditada, no pude menos de temblar al ver aquellas praderas en que me había solázado en mi infancia, aquellos muros dentro de los cuales habia por primera vez abierto los ojos á la luz.

El peregrino, que advirtió mi turbación, procuró tranquilizarme, y apretándome la mano me dijo: — ¡Valor, hijo mío; no te turbes! ¡Llegará un día en que debes comparecer delante de Dios para dar cuenta de tu vida! A tan formidable cuenta te has de preparar con un sincero y firme arrepentimiento. Hoy vas á ver á tu padre después de haberle ofendido: disponte á expiar tus culpas á sus pies, pues es para ti la imagen de Dios en la Tierra. Si obras como te digo, no te rechazará.— Con esta exhortación cobré ánimo y llegamos á casa, donde hallamos á todos sumergidos en la mayor consternación. Un criado nuevo, que no me conocía, nos dijo llorando:— Si tenéis que decir algo á mi señor, daos prisa, porque expirará dentro de muy poco tiempo. — ¡Padre mío! — exclamé; y el criado repuso atónito: — ¡Su hijo!

Mi compañero, disgustado por mi exclamación y temiendo que el criado subiera al cuarto de mi padre y apresurase su muerte participándole, sin la debida precaución, mi presencia, le suplicó que nos acompañase y no hablara antes que nosotros. Convino en ello, y entramos en el cuarto en que se hallaba el moribundo anciano. Había mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor, Saturnino. Como yo tenía el rostro casi cubierto con un pañuelo y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baja, y parecía que estaba dictando su última voluntad á dos notarios que escribían sus palabras sentados delante de una mesa. No era propio aquel momento para interrumpir al enfermo; y aunque yo deseaba arrojarme á sus brazos, me contenía el peregrino. Nos sentamos, y el moribundo continuó dictando así:

«En consecuencia, como mis dos hijos me han abandonado, el menor, por ingratitud, y el mayor, por una loca pasión de amor que yo quería reprimir; y, en fin, como mis cansados días han dependido solamente del cuidado de mis criados, que han tenido conmigo atenciones que no he hallado en mis hijos, creo que tengo derecho para desheredar á éstos...»

Aquí quise prorrumpir en amargas quejas; mas el peregrino me hizo señas para que callase, y el anciano continuó:

«Por tanto, después de apartado cuanto fuere bastante para asegurar las pensiones que llevo señaladas á mis criados, dejo todo lo restante á la ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso ermitaño, que se halla presente, me ha consolado en mi desamparo.»



No había reparado en aquel bribón; mas cuando le nombró mi padre recorri la estancia con la vista, y al reconocerle no pude menos de exclamar: — ¡Cómo! ¿Este infame recogerá tan pingüe herencia?

A esta exclamación se alborotaron los concurrentes, fijaron en mí los ojos y me reconocieron dos criados antiguos de la casa. — ¡El es! — gritaron á un tiempo. — Pero ¿quién decís que es? — preguntó el pobre enfermo.

No me atreví á hablar; mas el peregrino se encargó de sacarme de mi confusión, y acercándose á la cama del doliente le dijo: — Delacour, ¿puedes distinguir mis facciones? — Con trabajo; pero esa voz no me es desconocida. — Así lo creo, pues no me parece que te habrás olvidado de tu hermano Carlos. — ¡Mi hermano! — Nuevo asombro para mí, pues el peregrino era un tío de quien había oído hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca había visto porque vivía en país muy distante. El ermitaño, aturdido de ver presentarse tan de repente parientes que él no esperaba, ocultó el rostro entre las manos. Yo di mil tiernos abrazos á mi tío, que, juntamente conmigo, se acercó á la cama de mi padre y continuó diciéndole: — Hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de ti, si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que parece que se abre el sepulcro para recibirte, ¿tendré también la desventura de verte cometer la injusticia más horrible? — ¿Y cuál es esa injusticia? Yo no tengo hijos. — Ignoro qué es de tu hijo mayor, pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido. — ¿Qué dices? ¿Cómo? ¿Carlos? — Sí, Carlos; tu hijo menor, á quien yo vi nacer: acuérdate de que fui su padrino y de que le puse mi propio nombre. — ¡Oh hermano mio! Pero ¿qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿Por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme? — Sus remordimientos, su dolor y la persuasión en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre, todo eso le había determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas que no refiero ahora por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el cual, sin el menor escrúpulo, le despojaba de sus bienes. — ¡No es posible que eso sea verdad! Más de dos años hace que todas las semanas viene el hermano Lucas á consolarme y nunca me ha hablado de semejante cosa. — ¡Infame! — Antes bien, me ha asegurado que en cierta ocasión le vió pasar asociado á una tropa de facinerosos, y que después, indagando noticias, supo que este hijo se había entregado á los vicios más detestables y era el oprobio de su familia. — ¡Habrà igual maldad! ¿Por qué calláis ahora, hermano Lucas? ¿Tendréis atrevimiento para negar que este joven ha estado sirviéndoos en la ermita?

Quedó el ermitaño confundido por algunos instantes. Todos los concurrentes, clavando en él los ojos, esperaban ansiosos que confesara la verdad del caso; pero él, reponiéndose un poco, dijo:—No entiendo nada de lo que se habla. Esa novela parece bien inventada; pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que hoy es la primera vez que veo á este joven. — Mucho me irritó oírle explicarse de aquel modo; pero mi tío, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo, y sacudiéndole fuertemente le dijo:—¡Malvado! ¡Por todas partes te perseguiré! ¡Mi mano será la que acabe con tu detestable vida!

El ermitaño, naturalmente cobarde, quiso salir del cuarto; pero no se lo permitió mi tío ni uno de los notarios, que mirándome y mirándole, exclamó: — ¡He aquí el hombre más pérfido de cuantos existen en el universo! Más de veinte veces he visitado la ermita, y siempre he visto en ella á ese joven con el mismo vestido que ahora tiene. — No pudo sostener más tiempo su embuste el ermitaño, y viéndose convicto se puso de rodillas pidiendo perdón, después de haber confesado la verdad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para expirar, dijo que le despidiesen sin hacerle daño, y apenas el pícaro oyó esta expresión, cuando levantándose de la humilde postura en que estaba corrió hacia la puerta; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible pñntapié que le dió mi tío, con que le ayudó á salir, abrumado por las imprecaciones de todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitaño, mi padre, que no acababa de volver de su sorpresa, exclamó por fin: — ¡Carlos! ¿Dónde estás? ¡Ven á los brazos de tu padre, que te vuelve toda su ternura!—¡Ah, padre mío!

Abracé estrechamente á mi padre, le hice cuantas caricias caben en semejante situación, y después de mil tiernas demostraciones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento, dictó otro enteramente en mi favor: pero exigí que en él se insertara la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano tendría yo la obligación de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver expirar á mi padre entre mis brazos, y al día siguiente mi tío, dejando el traje de peregrino y vistiéndose conforme á sus facultades y clase, se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se había casado; su hábito de peregrino era consecuencia de una promesa que había hecho de visitar un santuario muy distante si salía de una grave enfermedad. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que sería su heredero. Algunos días después, por medio de documentos auténticos que nos remitieron, supimos que mi hermano ya no existía. En consecuencia, fui dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico-

pero no tranquilo, porque no podía apartar de la memoria á mi hermosa desconocida y los subterráneos que, según había oído, tenían comunicación con la ermita de San Leonardo. Luego que estuvieron arregladas todas mis cosas, hablé á mi tío de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tío, que por lo mucho que me quería nunca se oponía á mis deseos, prometió acompañarme, y con su auxilio dispuse el plan que oiréis para registrar la ermita que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Mientras fui sacristán nunca pude ver lo que deseaba ni descubrir los secretos del ermitaño. ¿Cómo había de manejarme luego? Entre mis criados había uno muy astuto, llamado Frontín, y de él eché mano para mi proyecto: le di seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitaño iba todos los días y en la cual reunía sus provisiones, y le dije: — De dos en dos días acostumbra el picarón llevar á la ermita un cántaro lleno de vino. Llevarás estos polvos narcóticos; irás á la posada, y con el mayor disimulo, valiéndote de cuantos medios te sugiera tu agudeza, los mezclarás con el vino.

Frontín hizo exactamente lo que yo le había mandado, y volvió corriendo á darme cuenta del buen desempeño de su comisión. Mi tío y yo, que esperábamos impacientes no lejos de la ermita, apenas había trascurrido una hora vimos pasar al ermitaño tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aún no había tomado quien le ayudase, temíamos que al entrar cerrase la puerta, bien para almorzar ó para descansar sin cuidado; por eso, tan luego como abrió nos encaminamos á la ermita, entramos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincón de la capilla. Nos miró, y recelamos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que íbamos, y se entró en la sacristía con sus provisiones. Como yo sabía que apenas volvía de sus expediciones acostumbraba almorzar y echar cuatro tragos de vino, fué preciso esperar todo el tiempo que nos pareció prudente para que el soporífero hiciera su efecto. Después nos aproximamos á la puerta de la sacristía, y por una rejilla que había en medio de ella para observar desde dentro la ermita, y que había dejado sin cerrar, vimos que no se hallaba allí el ermitaño.—He aquí—dije—lo que sucedió con mi amada: desapareció de este sitio, y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este pícaro, aunque no sé en qué paraje.

No tardamos mucho en salir de dudas, pues á breve rato vimos que se levantaba la tarima que servía de cama al ermitaño, luego asomarse una cabeza, y después todo el cuerpo del hermano Lucas con el cántaro en una mano. Nos retiramos para que no reparase en nosotros, y nos colocamos otra vez en

el mismo lugar en que nos había dejado. Á los pocos minutos salió de la sacristía, y sin advertir que nosotros estábamos en la ermita, cerró las puertas y se tendió en el banco más inmediato á ellas.

Se habían cumplido nuestros deseos, pues el ermitaño roncaba fuertemente, no nos estorbaba, y conocíamos el secreto de la trampa. Pero ¿nos aventuraríamos á registrar aquellos subterráneos? ¿Estaría segura nuestra vida? Verdad es que estábamos bien armados; pero ¿podíamos adivinar lo que se encerraba en aquella oscura habitación? Mi tío hizo estas reflexiones y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo, que era vivo, impetuoso y sobre todo emprendedor, le animé, haciéndole ver que no podíamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible, pues en el espacio de tres años que yo había vivido en la ermita nunca vi cosa que pudiese inspirar desconfianza, y mucho menos espanto. En fin, para no omitir precaución alguna, saqué dos faroles que yo sabía estaban en cierto cajoncito; los preparé y encendí en la lámpara que ardía ante el altar: di uno á mi tío, me quedé con el otro, y sin detenerme á más levanté la tarima y descendí el primero. Mi tío me seguía con la luz en una mano y en la otra una pistola. Bajamos una escalera de caracol, y al fin de ella encontramos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! Repentinamente me acordé de que el ermitaño llevaba dos ó tres llaves colgadas en el cordón de su hábito: subí y me apoderé de ellas; abrí la reja y nos hallamos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomamos la dirección á la derecha y fuimos á parar á una especie de capilla donde ardían seis lámparas. En medio se veía un magnífico sepulcro con una estatua de mármol blanco que representaba un joven armado, y en el pedestal la siguiente inscripción:

*Aquí pereció á manos de bandidos el joven Leonardo, conde de Asfeld. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotafio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegareis á este sitio, rogad á Dios por el alma del amable joven, que fué constante y desdichado.*

Cumplimos con el encargo prevenido en la inscripción, y continuamos nuestra pesquisa. Eran inmensos aquellos subterráneos, y habíamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie, hasta que al fin nos hallamos en un salón con varias celdillas ó alcobas á lo largo de él: allí, con grande admiración nuestra, vimos siete ú ocho mujeres dormidas alrededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. En tanto que mi tío estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, tan natural en mi edad, me había obligado á acercarme á aquellas mujeres y examinar á todas con mi farol.

—¡Aquí está! — exclamé. — ¡Aquí está, tío, la que busco! — ¡Calla, imprudente! ¿Quién dices que está ahí?—¡La que amo y amaré mientras viva! ¡No perdamos ni un momento! ¡Manos á la obra!—¿Qué quieres hacer?— ¡Llevarla conmigo y librarla de sus perseguidores!— ¡Reflexiona primero! ¿Piensas que...?— ¡Ah, señor; permitid que os recuerde el billete que me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla! ¡En él me decía que si podía la arrancase del poder de una tía que quería sacrificarla!—La cogimos como mejor nos fué posible y escapamos con ella; pero, por desgracia, no acertábamos á salir del subterráneo. Fué preciso soltar la carga y recorrer aquellos lugares para buscar la salida. Luego que la encontramos, volvimos por la hermosa dormida, que despertó al tiempo de llegar nosotros para volver á tomarla en nuestros brazos. Miró como espantada alrededor de sí; reparó en nosotros y dió un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus pies, y en voz baja le dije:— ¡Señorita, reconoced á un hombre que tiernameamente os ama y fias de su lealtad, pues su intención no es otra que libertaros!

Ella me miró, y aunque no me contestó, la alegría que mostraba en su rostro indicaba que me había conocido. Mi tío se acercó, le dijo quién era, y sin detenerse, ni resistirse ella, la cogió del brazo y la condujo al pie de la escalera que habíamos descubierto. Subimos por ella y fuimos á parar á una puerta de madera; acudí á las llaves, y á la segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Nos apresuramos á llegar al sitio en que habíamos dejado á mi criado; tomamos los caballos, y por la noche llegamos felizmente á mi casa. Hasta entonces la señorita nada nos había preguntado. Le participamos el ardid de que nos habíamos valido para libertarla; ella lo aplaudió, y nos aseguró que sólo algunas gotas de aquel vino, echadas en un vaso de agua, habían sido suficientes para adormecerla tan profundamente, por lo que juzgaba que su tía y las demás mujeres no despertarían en dos ó tres días.

—Mi tía—nos dijo—quería sacrificarme por lo que algún día sabréis, y buscaba un sitio de reclusión y austeridad para acabar en él sus días y los míos. No me participó su resolución hasta pasar á Francia desde Inglaterra, de donde somos naturales; y por la relación que os haré de mi historia conoceréis que yo dependía absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposición, habló con una mujer de alguna edad, que le dió noticia de la ermita de San Leonardo. Lo que habló en secreto con aquel bribón no lo sé; pero sí que éste y aquélla me hicieron bajar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volvería á ver la luz

del Sol. Lo que allí pasa no puedo declararlo, tanto por respeto á la religión como á la decencia. Imposible me habría sido recobrar la libertad á no ser por vuestra diligencia; y pues habéis empezado á favorecerme, os suplico que continuéis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares. No tengo padres, amigos ni parientes: vosotros lo seréis todo para mí, y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser.

Dicho esto, la hermosísima inglesa se apoderó de la mano de mi tío, inundándola con sus lágrimas; y él quedó tan enternecido, que la abrazó estrechamente, prometiéndole seguridad, protección y comodidades. Yo le destiné criadas que la sirviesen, le señalé por suya la habitación de mi padre, y la dejamos para que descansase cuanto quisiera.

Cuando mi tío se vió solo conmigo me preguntó cuáles eran mis intenciones; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella mujer. No mostró repugnancia á tal enlace, pero exigió que primeramente nos informásemos de su clase y nacimiento, á fin de examinar si, como lo parecía, era digna de nuestra alianza. Me pareció muy justo este modo de pensar. Dejamos que la extranjera descansase algunos días, y cuando ya creímos que nos concedería su confianza, por estar asegurada de la nuestra, le suplicamos que nos contase su historia, lo cual prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita, porque la Justicia, noticiosa de la falta de algunas mujeres que desaparecían de entre sus familias, procuró indagar la causa, y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente lo hizo en la tarde del mismo día que nosotros sacamos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo preparado, y dió con el ermitaño y las mujeres en la cárcel, donde la tía de nuestra inglesa murió del susto. Las demás fueron castigadas como convenía; pero el ermitaño seguía preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decía que saldría para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tía, á pesar de sus violencias. Después nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontraréis excelentes lecciones de amor filial y de sumisión





## TARDE XXXVIII

### EL RENCOR

Tigre africano traidor  
Que del candente Sahara  
En las arenas se ampara  
Para encender su furor,  
El implacable rencor  
Se acoge, ciego de ira  
A la ensangrentada pira  
De la rabiosa venganza,  
Y sólo de la matanza  
Con la atmósfera respira.

Al día siguiente, reunidos en derredor de M. Delacour, sacó éste el manuscrito de que había hablado, y en él leyó lo siguiente:

#### **Historia de la inglesa Belly.**

Vivía en Londres un rico comerciante llamado sir Clarins, de edad de treinta años: tenía en su compañía una hermana á quien amaba en extremo, aunque era altiva, caprichosa y de perverso corazón. Llamábase mistress Herbert, frisaba ya en los cuarenta años, había enviudado muy joven y asociado sus bienes al

comercio de su hermano, bajo la promesa que ambos se habían hecho de continuar él soltero y ella viuda. El amaba mucho á su hermana, á pesar de que no podía sufrirla, pues era de carácter dominante, y una de esas personas cuyo prurito es atormentar á los que tienen á su lado.

Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo, por algunas pérdidas que había experimentado, la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló de esto á su hermana, la cual, por la vez primera, fué de su mismo parecer. Vendieron, pues, la hermosa casa que tenían en Charing-Cross, y compraron una bellissima posesión en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Londres. Mistress Herbert, que gustaba del fausto y la ostentación, hermoseó su nueva habitación con los muebles más exquisitos, y los dos se establecieron allí con una servidumbre bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en aquel retiro durante algún tiempo; pero habituado hasta entonces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró distraerse con los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta afición, que muchas veces pasaba entregado á ella días enteros, sin volver á su casa hasta la noche. Quejóse amargamente su hermana del abandono en que la dejaba; sir Clarins le respondió con aspereza, y aquí tuvo principio su desunión, porque Clarins, que entre los cuidados de su comercio había tenido menos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que le agobiaba. Prorrumpió, pues, en quejas, hubo enojos y contradicciones, y siempre estaban en guerra. Sir Clarins prolongaba lo posible sus frecuentes ausencias, y mistress Herbert procuró distraerse en las cercanías.

A muy poca distancia de su casa había un soberbio castillo perteneciente á una riquísima señora que todos los años solía pasar allí la primavera. Mistress Herbert se había relacionado con aquella mujer, llamada milady Bronton, porque, sobre poco más ó menos, ambas tenían el mismo carácter. Una tarde que mistress Herbert se hallaba en casa de milady, entraron á visitarla miss Belly y sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fijaron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiraron la hermosura de la joven Belly, las mujeres quedaron encantadas de la gallardía del joven Enrique. Milady Bronton, que los conocía, los hizo sentarse, y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era obra de la destreza de Belly, prometiéndole que le proporcionaría ocupación entre las personas que ella conocía. La visita de aquellos jóvenes fué corta, y luego que se retiraron, todos los concurrentes pidieron noticias de ellos á milady, la cual, afectando frialdad, dijo:—Estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocos recursos; razón por la cual se ven precisados á valerse de las habilidades que les pro-



porcionó la esmerada educación que recibiesen, pues de otro modo perecerían de necesidad. Regularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitación, adonde vienen de vez en cuando para descansar de su continuo trabajo y disfrutar de las delicias del campo.

Miss Herbert, á quien el joven había interesado mucho, continuó sus preguntas á milady, diciéndole: — ¡Los dos me parecen bellísimas criaturas! ¿Son hermanos? — No; son primos. — ¡Primos! ¿De veras? — No hay duda; he conocido á sus padres. — ¿Su edad? — Belly tiene veinte años, y su primo, dos más, según creo. — ¿Los dos saben pintar? — Belly es la que pinta; su primo es poeta dramático, y hace poco que ha dado al teatro una comedia titulada: *El camino de la ruina*, que ha sido muy aplaudida. — La he visto, y, en efecto, es muy graciosa. ¿Y viven solos, sin padre, madre ó parientes? — Son huérfanos, y sus costumbres tan puras, que merecen la común estimación: yo les profeso el más cordial afecto. — Pues bien; relacionadme con ellos, porque quisiera tener mi retrato y el de mi hermano: yo les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos conocidos. — Lo haré con mucho gusto; pero no me lisonjeo de que vayan á vuestra casa, porque, en medio de su infeliz situación, tienen cierta elevación de espíritu. Mejor es que vos los visitéis, pues no viven muy lejos, y yo os daré las señas.

Aunque distara su casa cien leguas, miss Herbert no habría dejado de presentarse en ella, porque Enrique había hecho en su pecho una impresión demasiado profunda. ¡Funesta impresión, que ha originado la desgracia de tantos inocentes.

Dejó, pues, al instante la Herbert su visita, volvió á su casa, se sentó en un canapé y se puso á reflexionar, lo cual era para ella una maravilla. Por la noche riñó mucho más de lo que acostumbra con su hermano; y fijándose en su rostro tostado por el sol, comparó con él á Enrique. Fácil es conocer que la balanza se inclinaría á favor de éste, cuya imagen estaba grabada en su corazón con rasgos de fuego. Pasó la noche muy agitada, y por la mañana mandó poner su coche y marchó á Briste, pequeño cortijo situado cerca de la casa que habitaban los jóvenes, que iban á perder su felicidad con tan fatal visita. Trasladóse, pues, á su habitación; entró, y sólo halló á Belly, á quien dijo: — Ayer os vi en casa de mi amiga milady Bronton, y, según lo que ésta me ha dicho, sabéis hacer retratos. — Sí, señora. — Pues bien; os suplico que hagáis el mío para regalárselo á mi hermano. Se conoce que milady os quiere mucho. — ¡Efecto de su bondad! — Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo: ¿No está en casa? — Sí, señora; pero está trabajando en su gabinete. — Servíos darle aviso de que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexión, y como si

estuviera persuadida de que habiendo hecho ella una grande impresión en el joven, debía éste de quedar enajenado sabiendo que había ido á verle el objeto de sus ansias; pero Belly se atrevió á decirle:—¿Tiene mi primo el honor de conocer á usted?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta; pero al fin respondió:—No por cierto; mas vi su comedia en Covent Garden, y me causó infinito placer. ¡Tenéis ambos, seguramente, extraordinario talento!

Sin contestarle, Belly le hizo una profunda cortesía, y la Herbert, deseosa de prolongar la visita esperando ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huésped que al instante diese principio á su retrato, añadiendo:—No urge concluirlo; vendré cuantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa antes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete y empezó á trabajar; pero el modelo se ocupaba más en volver la cabeza hacia las puertas que en conservar la actitud conveniente. En fin, la joven artista le dijo que por aquella vez se había hecho lo bastante, y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su amor. Volvió el día siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique estaba siempre ocupado en su gabinete. Cumplióse al fin su deseo, porque á la mañana siguiente halló á Belly y á Enrique sentados á una mesa cubierta de té, manteca, tostadas y frutas. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuación del retrato. Belly no sabía á qué atribuir su distracción, pero después del desayuno Enrique volvió á su gabinete, y el modelo se hizo más dócil.

Diez visitas proporcionó á la Herbert el pretexto del retrato, durante las cuales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Luego que estuvo concluido el retrato, rogó á los dos jóvenes que fueran á cenar á su casa, tanto para abonarles el importe de la obra, cuanto para que disfrutasen de la agradable sorpresa que causaría á su hermano el primor de la pintura. Excusáronse ellos con la distancia á que estaba la casa de sir Clarins; pero la Herbert les dijo que pasarían allí la noche y al otro día los volvería en su coche, con lo cual los dos primos accedieron á su deseo.

Llegado el día, la Herbert procuró acariciar á su hermano para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reinaba entre ellos. Clarins extrañó mucho la amabilidad de su hermana, que no sabía á qué atribuir; pero no pudo menos de corresponder á sus afectuosas expresiones. Al fin, un día le dijo que volviese temprano á cenar, pues le aseguraba que no le pesaría de complacerla. Convino en ello, y volvió de su cacería antes de anochecer. ¡Cuál no fué su sorpresa al ver junto á su hermana

un gallardo mancebo, y sobre todo una joven tan hermosa, que le dejó embelesado! Examinaba Clarins aquel prodigio de la Naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias, y creía ver el modelo de las deidades que los más célebres pintores han presentado á nuestros ojos. Sintió respecto de Belly los mismos efectos que su hermana respecto de Enrique; y por un efecto de extraordinaria simpatía, atendida la diferencia de edad, la hermosa Belly se encontraba en disposición de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedía lo mismo con Enrique, á quien la Herbert debía de parecer muy fea, porque lo era, además de vieja, y cuyo mal carácter se descubría á primera vista. Sin duda, á saber las pretensiones de aquella loca, habría huido de ella como de un monstruo.

La cena fué muy agradable, y á los postres presentaron á Clarins el retrato de su hermana hecho por Belly, con lo cual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se extendió en apasionados elogios de Belly, que los recibió con la modestia que es inseparable compañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Después, para acompañar á los jóvenes á los cuartos que les había preparado, Clarins dió la mano á Belly, y Enrique, por pura cortesía, dió la suya á la Herbert. Mientras nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins pensaba en las gracias y atractivos de la amable Belly, y su hermana se decidía á declarar su amor al joven poeta.

En consecuencia de esta resolución, á la mañana siguiente hizo llamar al joven. Ya se había ella vestido del modo más seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasión; pero, á pesar de sus artificiosas lágrimas y abrasados suspiros, á pesar de todos los resortes de la más refinada coquetería, con gran sorpresa suya fué desairada. Lloraba la Herbert, rogaba, suplicaba; y Enrique, avergonzado de ver la ignominiosa degradación de aquella mujer, juró que nunca volvería á verla. Enrique se retiró turbado, fué en busca de su prima, á la cual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitación de Briste, sin participarle nada de cuanto le había acaecido, por no disgustarla, haciéndola ver el horrible cuadro del vicio. Los dos se entregaron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entretanto, la desesperación y el deseo de venganza se apoderaron del corazón de la Herbert. Enrique no era ya á sus ojos un joven virtuoso y encantador, sino un monstruo. Resolvió perderle, y no pensaba más que en los medios de realizarlo. En tanto que meditaba la destrucción de una familia que para ella era ya detestable, su hermano sólo pensaba en hacer feliz á la

que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana, pero más virtuoso y delicado, tenía en sus amores un objeto decente, pues pensaba seriamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y quería romperla. Era rico, podía hacer venturosa á la que amaba, y se decidió á realizarlo. En consecuencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la cual encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y extraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en leyes de urbanidad, y después procuró ganar la confianza de los dos primos, los cuales, entregándose desde luego á la que les inspiraba, sin prever las consecuencias le hicieron una sencilla confesión de su estado, de su fortuna y de su ninguna ambición. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y después de haber hecho una relación individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse ésta, y su primo, atónito, no sabía qué responder. Enrique quería á su prima más que á sí mismo, y no habría dudado en admitir partido tan ventajoso, á no temer las persecuciones y el carácter violento de miss Herbert. Por esta razón se atrevió á decir á Clarins: — Después de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignáis honrarla, debo exponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una niña como es mi prima; y eso solo... — Eso solo — respondió vivamente Clarins — queda destruído en dos palabras, reducidas á que, casándome con Belly, me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dejé el comercio. Confíad, Enrique, en mi experiencia: conozco perfectamente que vuestra prima no puede ni debe vivir al lado de mi hermana.

Enrique pidió ocho días de término para que su prima reflexionase y respondiera á tan lisonjera propuesta.

Pero Enrique no necesitó los ocho días para conocer las disposiciones de su prima, pues sólo un momento fué suficiente para descubrir el estado de su corazón, resuelto á consentir en todo. Apreciaba mucho Enrique á Clarins; veía en aquel enlace una felicidad inesperada para su prima, y, sin embargo, se estremecía sin saber por qué. Latía violentamente su corazón, y parecía que le gritaba que no consintiera en semejante unión. Sabía que Belly amaba, y quería reprimir aquel amor, aunque no podía desaprobár su pasión hacia el único hombre que podía convenirle. ¡Pobre Enrique! ¡Tú conocías lo que había de suceder, y no tenías resolución para conjurar la tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Al terminar el plazo de los ocho días se presentó Clarins, y al

instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba, por fin, á ser feliz: le aseguraban esta esperanza, y ya no se trataba sino de arreglar los puntos de interés y señalar día para el casamiento.—Yo quisiera—dijo Clarins—que esta unión dichosa se hiciera desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavía en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse. Tiene sobre mí una especie de dominio... Si le digo que tengo intención de casarme, se enfurecerá, llorará, y... ¿qué sé yo? Será mejor que lo sepa cuando ya todo esté concluido, y entonces, como no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mía; le he consultado este punto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto. Su capellán, si os parece, nos casará pasado mañana en presencia de tres ó cuatro amigos, sin que mi hermana llegue á saber nada.

Esta disposición, que á Belly le pareció sencillísima, no fué de la aprobación de Enrique, el cual manifestó algunas dificultades, que su misma prima desvaneció diciéndole por fin que no era más que una precaución momentánea, y añadiendo: —Miss Herbert me ama, y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede sentir, y que, bien mirado, sólo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será menor cuando sepa que soy yo su cuñada. Estoy segura de que me estrechará en sus brazos y de que, lejos de dejarnos, se complacerá en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima y aun asomaron las lágrimas á sus ojos; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla y convino en todo.

Celebróse la unión, y no pensaron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre excita un matrimonio bien dispuesto. Pero ¡cuál no sería la sorpresa de Clarins cuando al fin de la comida vió entrar á su hermana! Conoció que milady Bronton le había vendido y le dirigió una terrible mirada; pero ella, sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndole: — ¡Venid, querida amiga, venid á demostrar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa! Clarins, vos recelabáis de una hermana terrible, sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos y sólo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

—Sí, hermano mío—exclamó la Herbert abrazando á Clarins; —estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada elección. ¡Ven, graciosa Belly; ven á mis brazos, hermana mía, y sabed todos que si he tenido algún resentimiento por vuestra reserva, á fuerza de cariño os demostraré el agravio que me habéis hecho.

Belly abrazó á la Herbert. Clarins estaba atónito de oír á su hermana; pero Enrique, con los ojos fijos en el suelo, parecía

que recelaba de la sinceridad de aquella mujer. Todos formaban un cuadro verdaderamente extraño, que se prolongó silenciosamente breve rato. Al fin Clarins dijo á su hermana: — Hoy mismo habrías sabido mi nuevo estado, aunque temía que me reconvinieras por la promesa que te había hecho de pasar mis días sin separarme de ti; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantarla, está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles están arreglados y tu fortuna se halla absolutamente independiente de la mía. Está hecha la división de bienes, en la cual reconocerás muchas ventajas: por lo tanto, espero que te retirarás adonde quisieres. — ¿Adónde he de retirarme, cruel? ¿No sabes que me es imposible separarme de ti, que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía? — ¡Nada de eso, hermana; nada de eso! Conozco demasiado tu genio, tus arrebatos y tus extravagancias, para cometer la necedad de exponer á ellas á Belly. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin, quiero ser libre y que también lo sea mi esposa. En este supuesto, toma tu partido ó tomaré yo el mío.

Clarins, que hasta entonces no había dado muestras de tal energía de carácter, esperaba, lleno de satisfacción, la respuesta de su hermana. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su fingido papel, después de haberse mordido los labios continuó así: — Es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que siempre te ha dado continuos testimonios de su afecto y que por ti se ha sujetado con voto al celibato. Cuando tú eres quien me engaña y el primero que quebranta nuestro recíproco empeño, ¿tienes valor para decirme cosas tan duras y pretendes desterrarme de una casa tuya y mía á un mismo tiempo? ¡Ah! ¡Cuánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder! Pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fría, no tengo resolución para separarme de un hermano á quien amo y de su esposa, á quien, si no es por mí, no habría él conocido, cuya felicidad actual es obra mía, y á la cual quiero tratar siempre como á mi más tierna amiga.

Mistress Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo: — Sí, querida hermana; yo soy vuestra amiga, y nos amaremos eternamente. — ¿No lo oyes, hermano? Pregúntale si quiere separarse de mí: desde luego me sujeto á su dictamen. — ¡Nunca, nunca! ¡Querido esposo, concédeme la gracia de vivir con tan digna hermana, que será mi más dulce compañera!

Al fin quedó decidido que vivirían todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca habría consentido en semejan-

te enlace, á prever tal arreglo. Sin embargo, tomó su partido, porque temía á la Herbert.

No se crea que aquella perversa mujer mantenía esperanzas de seducirle ó casarse con él; nada de eso: sólo pensaba en arruinarle, juntamente con su prima y aun con su mismo hermano, á quien no podía perdonar el matrimonio que había contraído. Con la idea de dirigir desde lejos sus baterías, había fingido mucha satisfacción; y si deseaba permanecer en la casa, era sólo para ejecutar con más facilidad sus bárbaros designios. Milady Bronton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevación, había participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas arreglaron la escena de falsa ternura que hemos referido. Por algún tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor afabilidad, y por este medio se aseguró tanto la confianza de Clarins, que ganó enteramente su voluntad. Entonces fué cuando dió principio al drama que había concebido. ¡Conducta atroz! ¡Horrible venganza, ejecutada en una inocente y que por desgracia se hallaba próxima al parto!

En el espacio de ocho meses sólo tres veces había ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un día á sorprenderle en Briste, y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En consecuencia, salieron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverían al día siguiente. Durante su ausencia se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenía que hablarle en secreto. Le introdujo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenía que comunicarle, y el aldeano le dijo:—Perdonadme si procuro hablaros á solas, porque sentiría ponerlos en la precisión de avergonzaros delante de gentes. — ¿Yo avergonzarme? El hombre honrado nunca tiene por qué. — Ya; pero... Perdonadme, porque... La miseria en que me veo..., la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares...—Proseguid sin turbaros: enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la debilidad de llorar delante de otro. — ¿Y cómo es posible no llorar? ¡Ah, buen señor! Vos mismo bien pronto... — Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio.—No será extraño, ¡porque soy tan desdichado!—Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos...—¡Oh; nadie en el mundo sino vos puede consolarme!—Pues habladme.—Es que tal vez os enojáis..., me echaréis...; ¿qué sé yo?—Pero bien; ¡acabad de explicaros!—Digo que soy padre de vuestra esposa, que en edad muy tierna dejó mi pobre casa, y sólo hace quince días que he sabido la gran fortuna que ha hecho.—¡Infeliz! ¡Mira no te engañes!—No me engaño. Ha sido educada en la ciudad, en casa de una señora que le ha enseñado la música, la pintura y otras

mil cosas; pero no le ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria y consolarle en su vejez.—Buen hombre, yo creo que deliras. Mi mujer era huérfana y ella y su primo no tenían padres cuando...—¿Qué primo? Yo he sido hijo único, y, por consiguiente, Belly no puede tener primos.—¡Cielos! ¿Cómo? ¿Enrique, que vivía con ella...?—Yo no tengo noticia de tal Enrique.—¡Gran Dios!—Quedó Clarins absorto un gran rato. No se atrevía á entregarse al tropel de reflexiones que se agolpaban á su imaginación; pero al fin, persuadido de que el Labrador confundía las especies ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole:—¡Hombre, cualquiera que seas, tiembla de engañarme; y sobre todo dame pruebas de lo que afirmas! ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?—Me llamo Tomás Benk; he nacido y vivido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas, y en donde, habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un día una señora, me pidió á mi hija y se la llevó á Londres para educarla.—¿Cómo se llamaba esa señora?—Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo, y desde entonces no he sabido adónde se había retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacía retratos. Le escribí muchas cartas, ó por mejor decir, hice que le escribiera nuestro rector, y...—¿No te respondió?—Algunas veces.—¿Tienes algunas cartas tuyas?—Sí, señor: ved aquí un paquete: bien conoceréis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas; desdobló una y leyó:

«Mi querida hija: ésta sirve...

EL LABRADOR

¡Ah! Esa es una carta mía, en que le preguntaba... Pero leedla, y luego veréis su respuesta.

CLARINS (Leyendo)

«Mi querida hija: Esta es para preguntarte si sigues siempre el camino del honor. Te participo que mis dos últimas vacas han muerto, y me veo arruinado. He sabido que ganas bastante haciendo retratos, y así, procura enviarme alguna cosa; bien que son muchas las veces que te he suplicado lo mismo, y nunca me has socorrido. Si haces lo mismo ahora, la desgracia te perseguirá, como sucede á los hijos ingratos: si me envías algún socorro, lo pondrás en poder del rector Sompton en Forshire. Queda tuyo tu padre.—*Tomás Benk.*»

EL LABRADOR

Leed ahora lo que me respondió.



CLARINS (Leyendo y confundido de reconocer la letra de su mujer.)

«Mi venerado Párroco: Me son muy sensibles las desgracias acaecidas al virtuoso Tomás Benk, á quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR

¡No quiere llamarme padre, porque le parecería vergonzoso!

CLARINS (Continuando).

«Por desgracia, nada puedo hacer por él, porque yo misma estoy muy necesitada. Las artes son poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas recibimos continuas alabanzas; pero la fortuna huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al exactor y atormentador de su país. En la actualidad tengo muy poco que hacer. Por lo que toca al joven, ya conocéis su cabeza y los pocos recursos de la profesión que ejerce...

EL LABRADOR

¡Por lo que hace al joven! ¡Nunca he podido entender lo que esto quiere decir!

CLARINS (Suspira y prosigue).

«Decid, pues, al buen Tomás que deje de perseguirme; y á la verdad, no podría hacer más si yo le debiera mi educación y la poca destreza que tengo en mis labores, cuando á vos sólo y á la respetable lady Varing debo cuanto soy. Adiós, hombre virtuoso; y no digáis dónde vivo al que os hace escribir, porque quiero librarme de sus importunidades, aunque no cese de suplicar al Cielo que haga feliz á un hombre á quien debo la vida.»

EL LABRADOR

¡Á quien debo la vida! ¡No es poca fortuna que se digne confesarlo! ¡Ved; ved las demás cartas!

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres dirigidas por Belly al rector de Forshire, en las cuales se hacía mención de Tomás, pero sin llamarle padre. Esto debía chocar á cualquiera hombre que hubiera sospechado que su esposa tenía enemigos; pero Clarins consideraba á la suya rodeada sólo de amigos, y creía que nadie podía tener intención de perjudicarla: por eso nada le ocurrió á Clarins en defensa de su mujer, y se dejó caer en un canapé exclamando: ¡Oh Dios! ¡Enrique no es su primo!

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, insistiendo en que era falso semejante parentesco, pues nunca había tenido hermanos. Aquel hombre apoyaba todo lo que podía interpretarse siniestramente contra la inocente Belly; mas viendo

que Clarins le miraba con ojos espantados, conoció su necesidad, y quiso repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, menos en el agradecimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el corazón del infeliz esposo: sospechaba, ó por mejor decir, creía que Enrique era un amante con quien Belly había vivido libremente antes de su matrimonio, y con quien era de temer que continuara faltando á sus obligaciones. Al fin dijo al labrador:—Quedaos aquí, porque mi mujer no está en casa, ni volverá hasta mañana; pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo, á nadie digáis los secretos que me habéis confiado, porque tengo motivos poderosos para ocultarlos.—El labrador, algo confuso, respondió:—No puedo detenerme, porque tengo empezada la siembra: volveré después, y me detendré todo lo que quisierais.—¿Pues á qué habéis venido?—Solo á ver á mi hija y á mi yerno, y volverme al punto.—Deteneos sólo un día.—¡No puede ser, no puede ser!

Todos los esfuerzos de sir Clarins para detener al labrador fueron en vano: lo único que alcanzó fué que le dejara todas las cartas de su mujer. Se despidió Tomás cargado de regalos que le hizo Clarins, que creía reparar con sus beneficios la ingratitud de su mujer para con su padre.

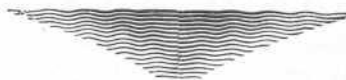
¡Considérese el estado de aquel infeliz luego que se ausentó el labrador! La humilde condición de Belly y el habérsela ocultado le era menos sensible que su íntimo trato con un joven encubierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de los celos y del desprecio; pero para asegurarse más de la inteligencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente al castillo de milady Bronton, la cual, según lo había dicho varias veces, conoció á los padres de los primos. No halló á esta señora, porque, atraída por la fama de unas grandes funciones que se daban en un coliseo de Londres, había marchado allá por por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo, tuvo intención de mandar á su cochero que tomase el camino de Londres para aclarar este misterio; pero no se resolvió á nada sin consultar antes con su hermana, en quien tenía entera confianza y que amaba tanto á su esposa. Bien se deja conocer la agitación en que pasaría la noche y la impaciencia con que esperaba la vuelta de las dos señoras.

Al fin llegaron. Mistress Clarins abrazó á su marido y le dijo:—Mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente su mucho afecto. No puede venir á verte, porque está acabando una obrita que le han encargado con mucha prisa.

Al oír la palabra de *primo* Clarins arqueó las cejas y se desvió de los brazos de su mujer, la cual, como joven y muy viva, no hizo gran reparo en ello. Sin embargo, no dejó de observar después cierta frialdad en su esposo; pero lo atribuyó al disgus-

to de haberse visto ausente de ella veinticuatro horas. Fué Belly á mudarse de ropa, y entretanto Clarins rogó á su hermana que pasara á su cuarto, pues tenía que hablarle en secreto. Miss Herbert buscó un pretexto para dejar en su habitación á Belly, y pasó á la de su hermano.

Aquí se suspendió la lectura, para continuarla la tarde siguiente.





## TARDE XXXIX

### LA TRAICIÓN

Eterna reproducción  
De la serpiente infernal,  
Teniendo de pedernal  
Insensible el corazón,  
Arrástrase la traición  
Del cariño entre las flores  
Y siempre mintiendo amores,  
Hípócrita y despiadada,  
Hunde hasta el pomo la espada,  
Por gozarse en los dolores.

Reunidos la tarde siguiente, M. Delacour continuó así su lectura:

**Continúa la historia de Belly.**

—¡Compadéceme, hermana, estoy desesperado!—dijo M. Clairins á miss Herbert apenas se vieron solos. — ¿Pues qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?—interrogó la falsa arpía aparentando ignorarlo todo.—¡Mi mujer es un monstruo! Me engaña, á mi, á ti, á todo el mundo!—¿Estás en tu juicio?—¡Sí, demasiado; Enrique no es su primo!—¿De veras?—¡No es huérfana, no; he visto